



Carly Phillips

SOLTERO...

¿Y SIN COMPROMISO?

Carly Phillips



HERMANOS CHANDLER, N° 1

**SOLTERO... ¿Y SIN
COMPROMISO?**

*Para mamá y papá, por hacerme creer
que puedo conseguir lo que me proponga.*

Para Phil, por su amor y apoyo en todo lo que hago.

Y para Jackie y Jen, que hacen que todo valga la pena.

Agradecimientos

Gracias a quienes hicieron posible este libro: Maureen Walters, extraordinaria agente que creyó en mí desde el primer día.

Beth De Guzman, por recibirme con los brazos abiertos; y Karen Kosztołnyk, por convertir esta experiencia en la mejor posible.

Un especial agradecimiento a las personas que aportaron su conocimiento y respondieron a preguntas interminables: Lynda Sue Cooper, la experta en asuntos policiales, y Terri Hall, experta en periodismo. Asumo la responsabilidad de todo error o invención.

Y por último, aunque no por ello menos importante, deseo expresar mi agradecimiento a las mejores compañeras críticas que una chica puede tener. A Kathy Attalla por su gran capacidad argumental y a Janelle Denison por su experiencia en el robo de medias. Sin vuestra paciencia infinita y voluntad de releer, habría perdido la chaveta hace ya mucho tiempo.



Prólogo

—Está usted sana, señora Chandler. El electrocardiograma es normal y la presión sanguínea también. No ha sido más que una indigestión. Con un antiácido y un poco de reposo se recuperará en seguida. —La doctora se colgó el estetoscopio alrededor del cuello y anotó algo más en su expediente.

Raina Chandler sintió una oleada de alivio tan fuerte como el dolor que la había atenazado antes. El dolor que había notado en el pecho y el brazo la había pillado desprevenida. Después de que su esposo murió de un infarto a los treinta y siete años, Raina nunca se tomaba a la ligera un dolor repentino. Desde entonces había empezado a preocuparse más por la salud, intentaba mantener el peso correcto y se había acostumbrado a caminar todos los días un rato a paso ligero.

Al sentir la primera punzada de dolor había descolgado el teléfono y llamado a su hijo mayor. Ni siquiera el mal recuerdo del olor estéril y antiséptico del hospital ni las deprimentes paredes grisáceas la disuadían de preocuparse por su salud. Tenía una misión que cumplir antes de marcharse de este mundo.

Miró a la joven y atractiva doctora que la había visitado en Urgencias. Cualquier mujer con buena presencia y con la típica bata verde de hospital tenía posibilidades.

—Eres nueva en el pueblo, ¿verdad? —Raina ya sabía la respuesta antes de que la mujer asintiera.

Conocía a todo el mundo en Yorkshire Falls, municipio de 1.723 habitantes, pronto 1.724, cuando naciera el bebé del redactor de la sección local del *Yorkshire Falls Gazette* y su esposa. Su médico de cabecera era el doctor Eric Fallón, buen amigo desde hacía muchos años. Viudo como ella, hacía poco que Eric había sucumbido al deseo de disfrutar más de la vida y trabajar menos. Su nueva compañera de consulta, la doctora Leslie Gaines, era su solución para reducir el estrés.

Era nueva en el pueblo, lo cual, desde el punto de vista de Raina, no sólo

la convertía en una mujer interesante, sino en esposa potencial para sus desgastados hijos.

—¿Está casada? —preguntó Raina—. Espero que la pregunta no le parezca indiscreta pero es que tengo tres hijos solteros y...

La doctora se rió.

—Llevo aquí unas pocas semanas y la fama de sus hijos ya les precede, señora Chandler.

A Raina se le hinchó el pecho de orgullo. Sus hijos eran buenas personas. Eran su tesoro más preciado y, desde hacía poco, el origen de su continua frustración. Chase, el mayor, Rick, el policía preferido del pueblo, y Roman, el menor, que era corresponsal en el extranjero y se encontraba en Londres cubriendo una cumbre económica. —Vamos a ver, señora Chandler...

—Raina —la corrigió ella mientras escudriñaba a la doctora. Bonita sonrisa, sentido del humor y naturaleza protectora. Raina inmediatamente descartó a la doctora como pareja para Roman o Rick.

Su talante práctico aburriría a Roman y su horario de trabajo sería poco compatible con el del agente Rick. Sin embargo, podría ser la mujer perfecta para su hijo mayor, Chase. Desde que había sustituido a su padre como director del *Yorkshire Falls Gazette* hacía casi veinte años, se había vuelto demasiado serio, mandón y sobreprotector. Por suerte, tenía los rasgos finos y agraciados de su padre y podía causar buena impresión antes de abrir la boca y empezar a querer controlarlo todo. Menos mal que a las mujeres les gustan los hombres protectores; de hecho, la mayoría de las solteras del pueblo se casarían con Chase sin pensarlo dos veces. Era apuesto, lo mismo que Rick y Roman.

Su objetivo era casar a sus tres hijos, y lo conseguiría. Pero antes tenían que desear algo más de una mujer que no fuera el sexo. No es que el sexo tuviera nada de malo; a decir verdad, podía resultar de lo más placentero, recordó. Pero la mentalidad de sus hijos era lo que le resultaba problemático. Eran hombres.

Dado que los había criado ella, Raina sabía exactamente cómo pensaban. Raramente querían a una mujer para más de una sola noche. Las afortunadas duraban un mes como mucho. Encontrar a mujeres dispuestas no resultaba ningún problema. Gracias a la buena planta y el atractivo de los Chandler, las mujeres caían rendidas a sus pies. Pero los hombres, incluidos sus hijos, querían lo que no estaba a su alcance, y sus hijos tenían demasiado y de manera demasiado fácil.

El atractivo de lo prohibido y la diversión de la caza habían desaparecido. ¿Por qué iba un hombre a plantearse lo de «hasta que la muerte nos separe» cuando tenía mujeres dispuestas a entregarse sin compromiso? No es que Raina no comprendiera a la generación actual. La comprendía. Pero también le había gustado todo lo que conllevaba la vida familiar, y había sido lo suficientemente lista como para no ceder antes de tiempo.

Pero en la época presente, las mujeres tenían que representar un reto para los hombres. Emoción. Aun así, Raina intuía que sus chicos se resistirían. Los hombres Chandler necesitaban que una mujer especial les llamara la atención y fuera capaz de mantenerla. Raina exhaló un suspiro. Qué irónico que ella, una mujer cuyo ideal era el matrimonio y los hijos, hubiese criado a tres chicos que consideraban que la noción de soltería era sagrada. Con su actitud nunca tendría los nietos que deseaba. Nunca disfrutarían de la felicidad que se merecían.

—Unas recomendaciones, Raina. —La doctora cerró la carpeta y alzó la vista—. Le sugiero que tenga un frasco de antiácido en casa, por si tiene una urgencia. Normalmente basta con tomar una taza de té.

—Se acabó lo de pedir pizza por teléfono a las tantas, ¿no? —Miró a la joven doctora, que la observaba divertida.

—Me temo que sí. Tendrá que encontrar otra forma de entretenerse.

Raina frunció la boca. Hay que ver lo que tenía que soportar por su futuro. Por sus chicos. Por cierto, Chase y Rick estaban al caer y la mujer aún no había respondido a la pregunta más acuciante. Raina recorrió con la mirada el esbelto cuerpo de la doctora.

—No quiero ser pesada pero...

La doctora Gaines sonrió, todavía divertida.

—Estoy casada y, aunque no lo estuviera, estoy segura de que a sus hijos les gustaría encontrar mujer por sí solos.

Raina disimuló su decepción e hizo un gesto con la mano a modo de respuesta.

—Como si mis chicos fueran capaces de encontrar mujer. Bueno, debería decir «esposa». A no ser que se tratara de una cuestión de vida o muerte, no hay nada que les haga elegir a una mujer y sentar la cabeza... —Raina dejó la frase inacabada mientras asimilaba la trascendencia de sus palabras.

Una cuestión de vida o muerte. Lo único que convencería a sus hijos de la necesidad de casarse. La vida o muerte de su madre.

Mientras el plan empezaba a tomar forma en su mente, la conciencia le

decía a Raina que desechara la idea. Era cruel hacer creer a sus hijos que estaba enferma. Por otro lado, era por su propio bien. No eran capaces de negarle nada, no si ella lo necesitaba de verdad y, aprovechando su naturaleza bondadosa, acabaría conduciéndolos al «y comieron perdices». Aunque no lo supieran ni lo agradecieran al principio.

Se mordió el labio. Era un riesgo. Pero sin nietos, el futuro se le presentaba demasiado solitario, al igual que, sin mujer e hijos, resultaba igualmente triste para sus hijos. Quería para ellos algo más que una casa vacía y una vida incluso más vacía, el tipo de vida que ella llevaba desde la muerte de su esposo.

—Doctora, mi diagnóstico... ¿es confidencial?

La joven la miró con suspicacia. Sin duda estaba acostumbrada a esa pregunta sólo en los casos más graves. Raina consultó su reloj. Cada vez faltaba menos para que llegaran los chicos. El plan que acababa de urdir y el futuro de su familia dependían de la respuesta de la mujer, y Raina esperó, dando golpecitos con el pie con impaciencia.

—Sí, es confidencial —respondió la doctora Gaines con una buena carcajada.

Raina se relajó un poco más y se abrazó con fuerza a sí misma, todavía con el camisón de algodón del hospital.

—Bien. Estoy segura de que no querrá tener que esquivar las preguntas de mis hijos, así que gracias por todo. —Le tendió la mano para estrechársela educadamente cuando en realidad lo que quería era empujar a la doctora al otro lado de la cortina antes de que llegara la caballería con incisivas preguntas.

—Conocerla ha sido un placer y toda una experiencia —dijo la doctora—. El doctor Fallón vuelve a su consulta mañana. Si tiene algún problema mientras tanto, no dude en llamarme.

—Oh, descuide —repuso Raina.

—Bueno, ¿qué pasa? —Rick, el hijo mediano, irrumpió desde detrás de la cortina seguido de Chase. El desparpajo de Rick recordaba al de su madre. Su pelo castaño oscuro y los ojos color avellana eran parecidos a los de Raina antes de que el peluquero le echara mano y la convirtiera en rubia oscura para disimular las canas.

Por el contrario, Roman y Chase tenían el pelo negro azabache y unos ojos azules centelleantes. Tanto el hijo mayor como el menor eran el vivo retrato de su padre. Su constitución imponente y su pelo oscuro siempre le

recordaban a John. Lo que realmente los diferenciaba era su personalidad.

Chase se situó delante de su nervioso hermano y abordó a la doctora sin tapujos.

—¿Qué ocurre?

—Creo que vuestra madre quiere hablar con vosotros de su estado —dijo la doctora antes de desaparecer tras la horrible cortina multicolor.

Haciendo caso omiso de la punzada de culpabilidad, y convencida de que lo hacía por una buena causa y sus hijos acabarían agradeciéndoselo, Raina contuvo las lágrimas y se llevó una mano temblorosa al pecho. Acto seguido, explicó a sus hijos lo delicado de su estado de salud y su mayor deseo desde hacía años.



Capítulo 1

"Roman Chandler fulminó con la mirada a su hermano mayor o, para ser exactos, fulminó con la mirada la moneda de veinticinco centavos que Chase tenía en la mano derecha. Tras recibir la llamada informándole del problema de corazón de su madre, Roman había tomado el primer vuelo que salía desde Londres con destino al aeropuerto JFK, otro avión hasta Albany y luego había alquilado un coche para dirigirse a Yorkshire Falls, su pueblo natal, cercano a Saratoga Springs, en el estado de Nueva York. Estaba tan agotado que le dolían hasta los huesos.

Y encima ahora tenía que añadir la presión a sus problemas. Debido a la enfermedad de corazón de su madre, uno de los hermanos Chandler tendría que sacrificar su libertad para darle un nieto. Una moneda lanzada al aire decidiría qué hermano iba a cargar con tamaña responsabilidad, pero sólo Rick y Roman participarían en el sorteo a cara o cruz. Dado que Chase ya había cumplido con sus obligaciones familiares al dejar los estudios para hacerse cargo del periódico y ayudar a su madre a criar a sus hermanos pequeños, quedaría exento, a pesar de haber argumentado lo contrario. Él quería que participaran todos, pero Rick y Roman insistieron en que se quedara fuera.

Así pues, representaría el papel de verdugo.

—Decidid. Cara o cruz —dijo Chase.

Roman alzó la vista hacia el techo despintado, hacia la parte superior de la casa en la que había pasado su infancia, y donde su madre estaba descansando siguiendo las recomendaciones de la doctora. Mientras tanto, él y sus hermanos permanecían en el garaje polvoriento y manchado de tierra anejo a la casa familiar. El mismo garaje donde de niños guardaban las bicicletas y las pelotas, y donde Roman escondía cervezas cuando creía que sus hermanos mayores no le veían. La misma casa en la que se habían criado y que aún pertenecía a su madre, gracias al esfuerzo de Chase y al éxito del periódico.

—Vamos, chicos, que alguien se decida —los instó Chase ante el silencio que lo rodeaba.

—No hace falta que parezca que disfrutas con la situación —farfulló Rick.

—¿Crees que me hace gracia? —Chase dio vueltas a la moneda entre los dedos con una mueca de frustración en los labios—. Menuda tontería. Tengo claro que no quiero ver a ninguno de los dos dejar la vida que le gusta por una tontería.

Roman sabía que su hermano mayor hablaba con ese convencimiento porque él no había elegido la vida que quería. Se había visto forzado a desempeñar el doble papel de editor y padre de la noche a la mañana. Con diecisiete años cuando murió su padre, y siendo el hermano mayor, Chase se vio obligado a ocupar el lugar de su progenitor como cabeza de familia. Y ése era el motivo por el que Roman participaba en el lanzamiento de la moneda. Roman fue quien dejó Yorkshire Falls e hizo realidad sus sueños, mientras Chase se quedaba y renunciaba a los suyos.

Tanto Roman como Rick consideraban a Chase su modelo de conducta. Si Chase pensaba que la frágil salud de su madre y su profundo deseo de tener un nieto exigían un sacrificio, había que estar de acuerdo. No sólo se lo debían a su hermano, sino que compartían la misma devoción por la familia.

—Lo que ha tenido nuestra madre no es ninguna tontería —les dijo Roman a sus hermanos—. Ha dicho que con el corazón débil no debe enfrentarse a disgustos.

—Ni a decepciones —añadió Rick—. Mamá no ha empleado esa palabra, pero sabéis perfectamente que eso es lo que quería decir. La hemos decepcionado.

Roman asintió para mostrar su acuerdo.

—Así que si tener nietos la hace feliz, entonces a uno de nosotros le toca darle uno para que lo mime y disfrute de ser abuela mientras viva.

—Saber que uno de nosotros está felizmente casado reducirá el estrés que se supone que debe evitar —dijo Chase—. Y un nieto le dará motivos para vivir.

—¿No podemos comprarle un cachorrito? —sugirió Rick.

Con treinta y un años, en los planes de vida de Roman no entraba sentar la cabeza. Hasta el momento, no se había planteado casarse y tener hijos. No es que a Roman no le gustaran las mujeres. Desde luego que le gustaban. Le encantaban: su olor y el tacto de su suave piel en contacto con su cuerpo excitado. Pero no se imaginaba dejando atrás su trayectoria para contemplar el mismo rostro femenino a la hora del desayuno el resto de sus días. Se

estremeció, asombrado de que sus opciones de vida fueran a quedar decididas en ese preciso instante.

Se volvió hacia su hermano mediano.

—Rick, tú ya te has casado una vez. No hace falta que repitas. —Aunque Roman no tema ningunas ganas de convertirse en responsable de la misión, no podía permitir que su hermano repitiera su pasado: casarse para ayudar a otra persona, sacrificándose él.

Rick negó con la cabeza.

—Te equivocas, hermanito. Yo también entro en el juego. La última vez no tiene nada que ver con esto. Ahora es por la familia.

Roman lo entendió. Para los Chandler, la familia era lo más importante. Así que volvían a estar como al comienzo. ¿Retomaría su trabajo de corresponsal en el extranjero para Associated Press, seguiría aterrizando en lugares conflictivos para contar al mundo las últimas noticias o se instalaría en Yorkshire Falls, cosa que nunca había planeado? Aunque, a veces, Roman no estaba seguro de cuál era el sueño que en realidad perseguía: si el suyo, el de Chase o una combinación de ambos. Roman temía reproducir la vida de su hermano mayor, predeterminada y sin opciones.

A pesar de tener el estómago revuelto, estaba preparado y asintió en dirección a Chase. —Hagámoslo de una vez.

—De acuerdo. —Y Chase lanzó la moneda al aire. Roman inclinó la cabeza hacia Rick para que eligiera él primero.

—Cara —dijo éste.

La moneda giró y voló como a cámara lenta. Roman vio pasar ante sus ojos su despreocupada vida: las mujeres que había conocido y con las que había ligado, la especial que había durado lo suficiente como para mantener una relación con ella pero sin llegar a ser la pareja de su vida, los tórridos y apasionados encuentros ocasionales, menos habituales ahora que era más mayor y más exigente.

El sonido de la palma de Chase contra la otra mano devolvió a Roman a la realidad inmediata. Observó la expresión solemne de su hermano mayor. Un cambio de vida. La muerte de un sueño.

Roman sintió la gravedad de la situación en su fuero interno. Se enderezó y esperó mientras Rick tomaba aire de forma exagerada.

Chase levantó la mano y bajó la vista antes de mirar primero a Rick y luego a Roman. Entonces cumplió con su deber como hacía siempre, sin echarse atrás.

—Me parece que vas a necesitar una copa, hermanito. Eres el chivo expiatorio del deseo de mamá de tener nietos.

Rick dejó escapar un suspiro de alivio que no era nada comparado con el nudo de plomo que Roman sintió en el estómago. Chase se acercó a él.

—Si no aceptas, ahora es el momento de decirlo. Nadie te va a reprochar que no quieras hacerlo.

Roman esbozó una sonrisa forzada e imitó al Chase de los diecisiete años.

—¿Os parece que elegir mujer y engendrar bebés es una tarea dura? Para cuando lo haya conseguido, desearéis estar en mi lugar.

—Búscate a una tía buena —dijo Rick con sentido práctico pero sin que sus palabras denotaran ninguna voluntad humorística. Obviamente, sentía la angustia de Roman, aunque era evidente que se sentía aliviado por no haber sido el elegido.

Roman agradeció el intento de aligerar la situación aunque no surtiera efecto.

—Es más importante que sea alguien que no espere demasiado —espetó. La mujer con la que se casara tendría que saber desde el primer momento quién era él y aceptar lo que no era.

Chase le dio una palmada en la espalda.

—Estoy orgulloso de ti, chico. Decisiones como ésta sólo se toman una vez en la vida. Asegúrate de poder vivir con ella, ¿entendido?

—No pienso vivir con nadie —farfulló Roman.

—Entonces ¿qué piensas hacer? —preguntó Rick.

—Un buen matrimonio a distancia que no cambie mi vida demasiado. Quiero encontrar a una mujer que esté dispuesta a quedarse en casa cuidando al niño y que se alegre de verme cada vez que yo vuelva de viaje.

—Así, asunto concluido, ¿no? —preguntó Rick.

Roman le puso mala cara. Su intento de aligerar la situación había ido demasiado lejos.

—De hecho, nosotros tuvimos una muy buena vida mientras éramos pequeños, y quiero asegurarme de que la mujer con la que me case le ofrezca lo mismo a mi hijo.

—Entonces, tú de viaje y tu mujer en casa. —Chase negó con la cabeza—. Más vale que tengas cuidado con cómo te comportas. Supongo que no querrás ahuyentar a las posibles candidatas demasiado pronto.

—Es imposible que eso ocurra. —Rick se rió—. No había ni una sola

chica en el instituto que no fuera detrás de él antes de que se marchara a vivir la aventura.

A pesar de la situación, Roman se rió.

—Sólo después de que tú acabaras el bachillerato. Dejaste el listón muy alto.

—Por supuesto. —Rick se cruzó de brazos y sonrió—. Pero, a decir verdad, yo tuve que seguir la senda abierta por Chase, y no fue tarea fácil. A las chicas les encantaba su carácter fuerte y silencioso, pero en cuanto acabó el instituto, se fijaron en mí. —Se dio una palmada en el pecho—. Y cuando yo me marché, tuviste el terreno libre. Y les interesabas a todas.

No a todas. Sin previo aviso, el recuerdo de su amor de juventud le vino a la memoria, como le pasaba a menudo. Charlotte Bronson, una chica preciosa de pelo azabache y ojos verdes, hizo que sus hormonas adolescentes se volvieran locas. Su rotundo rechazo le seguía doliendo tanto como entonces. Consideraba que era la única que se le había resistido y nunca la había perdonado. Aunque a Roman le habría gustado considerarlo un mero capricho juvenil, había llegado el momento de reconocer que había sentido algo fuerte por ella.

En el pasado no lo había admitido delante de sus hermanos, ni pensaba hacerlo ahora. Un hombre debía mantener en secreto ciertas cosas.

Lo último que sabía Roman de Charlotte era que se había mudado a Nueva York, la capital mundial de la moda. Aunque él tenía alquilado un pequeño apartamento en la misma ciudad, nunca se la había encontrado ni la había buscado. Roman apenas pasaba en la ciudad más tiempo que el de dormir una noche, cambiarse de ropa y dirigirse a su siguiente destino.

Últimamente su madre no le había contado ningún cotilleo, y se dejó vencer por la curiosidad.

—¿Charlotte Bronson ha vuelto al pueblo? —preguntó.

Rick y Chase intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Pues sí —respondió Rick—. Ha montado una tienda en la calle principal.

—Y está soltera —añadió Chase por fin sonriendo.

A Roman le subió la adrenalina de golpe.

—¿Qué tipo de tienda?

—¿Por qué no te pasas por allí y lo ves con tus propios ojos? —sugirió Rick.

La idea le tentó. Roman se preguntó cómo sería Charlotte ahora. Si

seguiría tan callada y sincera como en el pasado. Si todavía llevaría suelta su melena azabache que tan tentadora resultaba. Sentía curiosidad por saber si sus ojos verdes seguían siendo tan expresivos, una ventana abierta a su alma para quienquiera que se tomase la molestia de mirar.

El lo había hecho, y había sido abatido por el esfuerzo.

—¿Ha cambiado mucho?

—Ve a verla. —Chase se sumó a la sugerencia de Rick—. Puedes considerarlo tu primera oportunidad de elegir a posibles candidatas.

Como si a Charlotte fuera a interesarle. Lo había dejado con facilidad después de su única cita y había seguido su camino, al parecer sin pizca de remordimiento. Roman nunca se había creído la proclamación de desinterés por parte de ella, y no pensaba que esa impresión fuera fruto de su ego. La chispa entre ellos podría haber incendiado todo el pueblo, y la química era tan caliente que amenazaba con explotar. Pero la atracción sexual no era lo único que habían compartido.

Habían conectado a un nivel más profundo, él incluso había compartido con ella sus sueños y esperanzas de futuro, algo que nunca había hecho con anterioridad. Revelar esa parte de su alma lo había dejado expuesto, y ahora, gracias a la sabiduría que dan los años y de la que carecía en su juventud, se daba cuenta de que eso había hecho que su rechazo fuera mucho más doloroso.

—Quizá vaya a verla. —Roman fue ambiguo a propósito. No quería dar a sus hermanos ningún otro indicio sobre su renovado interés por Charlotte Bronson. Sobre todo teniendo en cuenta que necesitaba a otro tipo de mujer, una que aceptara su plan.

Dejó escapar un gemido al recordar cómo había comenzado la conversación. Su madre quería nietos. Y Roman haría todo lo posible por dárselos. Pero eso no significaba que fuera a tener una esposa con la sensación de ahogo y las expectativas que conllevaba un matrimonio típico. Él necesitaba libertad. No era un esposo para todos los días del año. Su futura esposa debería estar más deseosa de tener hijos que de tener marido y saber disfrutar estando sola. Bastaba con que fuera una mujer independiente a la que le encantaran los niños. Porque Roman tenía intención de casarse, dejar embarazada a su mujer, largarse y, en la medida de lo posible, no volver la vista atrás.

El sol se filtraba por el escaparate de cristal esmerilado e inundaba a Charlotte de una calidez increíble. Un entorno perfecto para la escena tropical

que estaba montando. Anudó la tira de la espalda de un bikini al maniquí que ocuparía un lugar central en el escaparate y lo giró hacia su ayudante.

Beth Hansen, que además de su ayudante, era la mejor amiga de Charlotte desde la infancia, se rió.

—Ojalá yo hubiera nacido con ese tipillo.

—Ahora lo tienes. —Charlotte echó un vistazo al cuerpo menudo y a los pechos aumentados de Beth.

Yorkshire Falls era un pueblo pequeño, a cuatro horas de distancia de la ciudad de Nueva York, lo bastante lejos como para seguir siendo pequeño pero lo suficientemente cerca como para que valiera la pena viajar a la gran ciudad si había un buen motivo. Al parecer, una operación de aumento de pecho había sido razón suficiente para Beth.

—Tú también podrías. Ni siquiera hace falta tener mucha imaginación. — Beth señaló el maniquí—. Échale un vistazo e imagínate como ella. Para empezar, podrías levantártelo, pero si te lo aumentaras de talla atraerías todavía más el interés masculino.

Charlotte exhaló un suspiro exagerado.

—Teniendo en cuenta el interés que ha suscitado esta tienda, no me hace falta llamar más la atención.

Por lo que a los hombres respectaba, no había tenido una cita desde sus días en Nueva York hacía ya seis meses y, aunque a veces se sentía sola, no estaba preparada para reiniciar la rutina de salir con alguien: las largas comidas con silencios interminables o el beso obligado de buenas noches, cuando invariablemente tenía que sujetar la mano de su acompañante antes de que empezara a manosearla. Aunque si quería completar su vida con marido e hijos además de seguir con su profesión, tendría que volver a entrar en el juego de las citas un día no muy lejano.

—Todas las mujeres necesitan más atención masculina. Te sube la moral, y ¿qué tiene eso de malo?

Charlotte frunció el cejo.

—Yo preferiría un hombre que estuviera...

—Más interesado en tu cabeza que en tu cara y tu cuerpo —recitó Beth como un loro con los brazos en jarra.

Charlotte asintió.

—Eso es. Y yo a cambio le ofrecería a él el mismo respeto. —Se rió—. ¿Empiezo a sonar como un disco rayado?

—Un poco sí.

—Dime una cosa: ¿por qué a los hombres que me atraen sólo les interesa el envoltorio y no están preparados para una relación larga? —preguntó Charlotte.

—¿Porque has salido con los hombres equivocados? O quizá sea porque no les das una oportunidad. Además, está comprobado que ellos se fijan primero en el envoltorio. Un tipo listo, el adecuado, te conocerá, y entonces podrás deslumbrarlo con tu cerebro privilegiado.

—Los hombres que se fijan primero en el aspecto son demasiado superficiales.

—Ya estás otra vez adelantando conclusiones. Y perdona, pero no estoy de acuerdo. —Beth apoyó las manos en las caderas y miró a Charlotte con el cejo fruncido—. El envoltorio es lo que causa la primera impresión —insistió.

Charlotte se preguntó por qué Beth aseguraba una cosa cuando ella misma era la prueba viviente de otra. Si Beth creía que a un hombre le atraía en primer lugar el envoltorio y luego conocía a la mujer y la apreciaba por quién y qué era, ¿por qué se había hecho la cirugía estética *después* de conocer a su prometido? Charlotte quería demasiado a su amiga como para herir sus sentimientos preguntárselo.

—Mira esta tienda, por ejemplo. —Beth agitó una mano en el aire—. Vendes envoltorio, y con ello has sido responsable de la revitalización de muchas relaciones y matrimonios que estaban encallados.

—Eso no te lo puedo discutir. —Muchas cuentas le habían dicho lo mismo a Charlotte.

Beth rió.

—La mitad de las mujeres de este pueblo se sienten afortunadas gracias a ti.

—Yo no diría tanto.

Su amiga se encogió de hombros.

—Como quieras. La pregunta es: ¿no éstas transmitiendo el mensaje de que el envoltorio es importante?

—Preferiría pensar que transmito el mensaje de que está bien ser una misma.

—Creo que nos referimos a lo mismo, pero dejémoslo por ahora. ¿Te he contado que David ofrece paquetes? Ojos y mentón, elevaciones e implantes.

Charlotte puso los ojos en blanco. En su opinión, Beth era perfecta antes de someterse al bisturí, y Charlotte todavía no comprendía qué le había hecho pensar que necesitaba un cambio. Por supuesto, Beth no decía nada al

respecto. Se limitaba a publicitar los servicios de su futuro esposo.

—¿Te ha dicho alguien que empiezas a parecer un anuncio de tu cirujano plástico?

Beth sonrió.

—Por supuesto. Tengo la intención de casarme con él. ¿Por qué no impulsar su negocio a la vez que nuestra cuenta bancaria conjunta?

El comentario interesado de Beth no concordaba con la mujer cariñosa que Charlotte sabía que era. Otro cambio sutil en Beth que Charlotte había observado desde su regreso. Como ella, Beth había nacido y crecido en Yorkshire Falls, y al igual que había hecho Charlotte antes que ella, Beth pronto se mudaría a Nueva York. Charlotte esperaba que su amiga disfrutara de las luces de neón y de la gran ciudad. Por su parte, recordaba su experiencia en la Gran Manzana con sentimientos encontrados. Al principio le encantaron las calles bulliciosas, el frenesí, el brillo de las luces y la animación existente incluso de noche. Pero en cuanto se acabó la novedad, la embargó una sensación de vacío. Tras vivir en una comunidad tan unida como Yorkshire Falls, la soledad le había resultado abrumadora. Sensación a la que Beth no tendría que enfrentarse, puesto que se trasladaría a Nueva York para estar con su marido.

—Ya sabes que nunca podré sustituirte —dijo Charlotte con añoranza—. Eres la ayudante perfecta.

Cuando Charlotte decidió dejar su puesto de jefa de ventas en una *boutique* pija de Nueva York y abrir El Desván de Charlotte en el pueblo, le bastó con una llamada de teléfono para convencer a Beth de que dejara su trabajo de recepcionista en una inmobiliaria y fuera a trabajar con ella.

—Yo también te echaré de menos. Este trabajo ha sido el más gratificante de mi vida.

—Eso es porque por fin utilizas tu talento.

—Gracias a ti. Este sitio es increíble.

Charlotte se sonrojó ligeramente. Al principio no estaba convencida de que una *boutique* chic pudiera tener éxito en su pequeño pueblo natal del norte del estado de Nueva York. Beth fue quien la convenció y apoyó emocionalmente durante la etapa anterior a la apertura. Las dudas de Charlotte habían resultado injustificadas, pues gracias a la televisión, Internet y las revistas, las mujeres de Yorkshire Falls estaban ávidas de moda. La tienda fue todo un éxito, aunque constituyese una especie de rareza entre los comercios antiguos que todavía existían.

—Hablando de talento: no sabes cuánto me alegro de que eligiéramos este color aguamarina en vez de negro. —Beth tocó las tiras bien ceñidas a la espalda del maniquí.

—Es exactamente el mismo color del agua de las islas Fiyi. El mar de Koro y el sur del océano Pacífico. —Charlotte cerró los ojos e imaginó el paisaje que figuraba en los folletos que tenía en el despacho de la trastienda.

No es que tuviera pensado viajar, pero siempre había soñado con lugares lejanos. De jovencita, las fotografías de centros turísticos idílicos alimentaban su esperanza de que su errante padre regresara y compartiera con ella lo que ella percibía como su vida glamurosa. En la actualidad, a veces sentía el impulso de visitar sitios exóticos pero temía que ese deseo la hiciera parecerse demasiado a su padre: egoísta, superficial y egocéntrica, así que se conformaba con las fotos. Como las que tenía en su despacho, en las que se veían aguas resplandecientes, olas con espuma blanca y un sol calentando pieles desnudas.

—Por no decir que el color aguamarina será el complemento perfecto del resto del escaparate para el verano.

La voz de Beth se filtró en los pensamientos de Charlotte y ésta abrió un ojo.

—Eso también. Ahora cállate y déjame volver a mi ensoñación. —Pero el hechizo ya se había roto.

—Cuesta acostumbrarse a ver bañadores cuando apenas estamos saliendo del invierno.

—Desde luego. —Aparte de ropa interior, tanto lujosa como sencilla, Charlotte también vendía prendas modernas y eclécticas: jerséis en invierno, ropa de baño y pareos a juego en verano—. Pero el mundo de la moda sigue su propio ritmo —concluyó.

Igual que ella. El aire frío apenas había empezado a ceder paso a la brisa de marzo, ligeramente cálida, pero Charlotte ya iba vestida de verano, con colores sumamente brillantes y tejidos ligeros. Lo que en un principio era una táctica para atraer clientes había funcionado. Ahora el boca oreja atraía clientela a la tienda, y a ella había acabado gustándole la ropa que llevaba.

—Estaba pensando que podríamos colocar los bañadores en la esquina derecha del escaparate —le sugirió a Beth.

—Me parece buena idea.

Charlotte arrastró el maniquí hacia el escaparate que daba a First Avenue, la calle principal de Yorkshire Falls. Había tenido la suerte de encontrar la

ubicación perfecta, ocupada anteriormente por un almacén de ropa. A Charlotte no le preocupaba abrir una tienda de venta al por menor en el mismo sitio, porque su mercancía era de temporada. Le habían mantenido el alquiler anterior durante seis meses antes de aumentárselo, tiempo suficiente para afianzar el negocio, y su éxito le decía que iba por buen camino.

—Oye, estoy muerta de hambre. Voy a comer algo aquí al lado. ¿Te apuntas? —Beth cogió la chaqueta del perchero del fondo y se la puso.

—No, gracias. Creo que me quedaré un rato y daré los últimos toques al escaparate.

Charlotte y Beth habían revisado casi todo el inventario en un día. Era más fácil hacer cosas cuando la tienda estaba cerrada que cuando estaba abierta. A las clientas no sólo les gustaba comprar, sino también charlar.

Beth exhaló un suspiro.

—Como quieras. Pero tu vida social es patética. Incluso yo soy mejor compañía que esos maniquíes.

Charlotte se disponía a reír, pero miró a Beth y en su mirada advirtió algo más que una buena broma.

—Le echas de menos, ¿verdad?

Beth asintió. Su prometido había ido casi todos los fines de semana, quedándose de viernes a domingo antes de regresar a la ciudad para trabajar. Dado que ese fin de semana no había ido, Charlotte imaginó que Beth probablemente no quería comer otra vez sola.

Charlotte tampoco.

—¿Sabes qué? Ve a conseguir mesa y yo me reuniré contigo dentro de cinco... —Se calló al ver a un hombre al otro lado del escaparate.

El pelo negro le brillaba bajo la luz del sol y llevaba unas gafas de sol muy sexys que impedían que se le viera bien la cara. Una cazadora tejana gastada cubría sus anchos hombros y sus largas piernas estaban enfundadas en vaqueros. A Charlotte le dio un vuelco el corazón y notó una sensación cálida en el estómago cuando le pareció reconocerlo.

Parpadeó convencida de que se había equivocado, pero él ya se había alejado lo suficiente como para perderlo de vista. Negó con la cabeza. Imposible, pensó. Todo el mundo sabía que Roman Chandler estaba en el extranjero a la caza de noticias. Charlotte siempre había respetado sus ideales, el deseo ardiente de sacar a la luz injusticias no denunciadas, aunque no comprendiera su necesidad de permanecer lejos de su hogar.

Sus aspiraciones siempre le habían recordado a las de su padre actor.

Igual que su buena presencia y su encanto. Un guiño, una sonrisa y las mujeres caían rendidas a sus pies. Vaya, ella misma había caído, y después de mucho coqueteo y miradas insinuantes, habían tenido su primera cita una noche. Una noche en la que ambos habían conectado a un nivel más profundo. Se enamoró de él con locura, con el amor repentino e intenso de la adolescencia. Y la misma noche en la que Charlotte descubrió que él tenía intenciones de marcharse de Yorkshire Falls en cuanto se le presentara la ocasión.

Años atrás, el padre de Charlotte las había abandonado a ella y a su madre para irse a Hollywood. Después de la confesión de Roman, ella vio inmediatamente la devastación que él podría dejar tras de sí.

Le bastó con pensar en la vida solitaria de su madre para tener las agallas de actuar según sus convicciones. Dejó a Roman esa misma noche, le mintió diciendo que no «pegaba» con ella. Y no se había permitido mirar atrás, por mucho que les hubiese dolido tanto a ella como a él.

Se mira pero no se toca. Normas sensatas para una chica que deseaba mantener su corazón y su alma intactos. Quizá ahora no le apeteciera salir con hombres, pero cuando apareciera el tipo adecuado, sí querría. Hasta entonces, se atendería a sus normas. No tenía ninguna intención de seguir los pasos de su madre, siempre esperando a que el trotamundos regresara esporádicamente, así que no se liaría con un alma inquieta como Roman Chandler. Tampoco es que tuviera que preocuparse por ello. No era probable que estuviera en el pueblo, y, si resultaba que sí estaba allí, se mantendría alejado de ella.

La mano que Beth le puso en el hombro la pilló desprevenida y se sobresaltó.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, es que me he distraído.

Beth se puso la chaqueta y abrió la puerta que daba a la calle.

—Bueno, pues voy a coger mesa y te espero dentro de unos minutos. — Dejó que la puerta se cerrara detrás de ella y Charlotte se volvió hacia el maniquí, decidida a acabar el trabajo y a tranquilizarse antes de ir a cenar.

Era imposible que Roman hubiera vuelto al pueblo, se dijo. Imposible. estado de salud y su mayor deseo desde hacía años.



Capítulo 2

El sol se ponía en el horizonte cuando Roman entró en el Norman's Garden Restaurant, llamado así en parte por Norman Hanover padre, fundador del local, y en parte por el jardín que había al otro lado de la calle. Ahora Norman hijo era quien regentaba el establecimiento, además de ser el chef. La mañana después del cara o cruz y su primer día entero en Yorkshire Falls, Roman se levantó tarde, estuvo jugando a las cartas con su madre y haciéndole compañía. También se dedicó a ponderar una oferta que le había llegado esa mañana del *Washington Post* para ocupar un puesto de redactor jefe en la capital.

Roman sabía que cualquier periodista mataría por el cargo. Pero aunque tenía que reconocer que quizá disfrutara de la intriga política y del cambio de ritmo, aposentarse en un lugar nunca había entrado en sus planes. Había viajado lo suyo pero quedaba más por ver, más noticias de las que informar e injusticias que sacar a la luz, aunque, con la corrupción que reinaba en Washington D. C, Roman se imaginó que no se aburriría.

Dudaba que se sintiera tan confinado viviendo en la capital de la nación como se sentía en su pueblo natal, y quizá se habría tomado la oferta más en serio de no haber perdido en el a cara o cruz. Ahora que tenía en perspectiva una posible esposa, una que probablemente querría vivir con su marido en Estados Unidos, tenía un buen motivo para no aceptar el trabajo. En esos momentos, marcharse al extranjero sonaba incluso más apetecible que nunca.

Por la tarde, su madre se había quedado dormida frente al televisor y Roman por fin había podido salir de la casa sabiendo que ella estaba descansando y que no tenía que preocuparse de que intentara hacer demasiadas cosas.

Caminó rápidamente por el pueblo hasta que el colorido de un escaparate le llamó la atención e hizo que se detuviera a mirar. Entrecerró los ojos para ver mejor y se encontró con la nariz pegada a todo un despliegue de lencería femenina.

El escaparate estaba repleto de eróticos camisones transparentes, ligas y todo aquello que el sexo opuesto se ponía para atraer a los hombres —y él había visto muchas prendas de ese tipo en su momento—. Los artículos del escaparate eran sensuales y decadentes, con tentadores estampados de animales.

Al parecer, en el pueblo habían cambiado ciertas cosas. Mientras se preguntaba quién habría conseguido derrotar al conservadurismo, recordó la conversación con sus hermanos de la noche anterior. «¿Charlotte Bronson ha vuelto al pueblo?», les había preguntado.

«Ha abierto una tienda en la calle principal... ¿Por qué no te pasas por allí y lo ves con tus propios ojos?» Sus hermanos le habían respondido con vaguedades a propósito, pensó Roman divertido. Se permitió echar otro vistazo a las provocativas medias del escaparate y negó con la cabeza con fuerza. Era imposible que Charlotte fuera la dueña de aquella tienda. La Charlotte que él recordaba era más discreta que extrovertida, más sensual de forma innata que descaradamente sexy. Esa combinación siempre le había intrigado, pero de todos modos, no le parecía que fuera el tipo de persona que abriría una tienda tan tentadora y erótica. ¿O sí?

El sonido de un claxon devolvió a Roman a la realidad y al volverse vio que Chase aparcaba el coche en una plaza libre que había más abajo en la misma calle. Consultó su reloj. Rick ya debía de haber llegado. Tendría tiempo de sobra para inspeccionar la tienda después de reunirse con sus hermanos. Entró en el restaurante y se encaminó hacia el fondo, dejando atrás las mesas que daban a los ventanales delanteros.

Roman encontró a Rick junto a la vieja máquina de discos, en la que sonaba el último éxito *reggae* del momento, salpicado con ritmos jazzísticos. Echó un vistazo a su alrededor para imbuirse de aquel entorno que tan familiar le resultaba.

—Exceptuando la música, la vida nocturna de Yorkshire Falls es tan emocionante como siempre.

Rick se encogió de hombros.

—¿Realmente esperabas que cambiaran las cosas?

—Supongo que no. —Observó que incluso la decoración era la misma. Gracias a la obsesión de Norman padre por la observación de las aves, las paredes del local estaban cubiertas de pajareras de madera pintadas a mano y cuadros de distintas especies en su hábitat natural.

El local había sido, y seguía siendo, el punto de encuentro de los casi

veinteañeros que querían independizarse de sus padres, de los solteros del pueblo y de las familias que necesitaban comer algo tras un partido de béisbol. Esa noche, la clientela incluía a los hermanos Chandler. Después de vivir en hoteles durante semanas y sin apenas visitar su apartamento de Nueva York, por no hablar de su familia, Roman tenía que reconocer que volver a casa estaba bien.

—Dime que las hamburguesas son tan buenas como las recuerdo y me harás feliz.

Rick se echó a reír.

—Qué fácil es hacerte feliz.

—¿Qué te haría feliz a ti, Rick? —Su matrimonio hacía años que había acabado en un divorcio demoledor, cuando su mujer lo dejó por otro hombre. Rick había seguido siendo el hermano despreocupado y alegre, pero Roman solía preguntarse cuánto dolor ocultaba en su interior.

Rick cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo ya soy un hombre satisfecho.

Teniendo en cuenta todo lo que había sufrido Rick, Roman confió en que su hermano fuera sincero.

—Hola, guapo, ¿qué te pongo? —preguntó una aguda voz femenina.

Roman se levantó para dar un rápido abrazo a Isabelle, la mujer de Norman y, a sus sesenta años, la camarera preferida de todos. Olía a una singular mezcla de comida casera y la anticuada grasa que Norman utilizaba en la cocina cuando ella no miraba.

—Me alegro de verte, Izzy—dijo dando un paso atrás.

Ella sonrió.

—Tu madre está loca de contenta de que estés en casa.

Roman volvió a sentarse.

—Sí, pero ojalá fuera por otro motivo.

—Tu madre es muy fuerte. Todo irá bien. Norman y yo le hemos enviado suficientes comidas preparadas para toda una semana.

—Eres la mejor.

Ella sonrió.

—Como si no lo supiera. Bueno, ¿qué te pongo? ¿Hamburguesa con queso deluxe?

Roman se echó a reír.

—Tienes una memoria de elefante.

—Sólo con mis clientes preferidos. —Le guiñó un ojo a Roman antes de

dirigirse a Rick—. Filete y puré de patata, seguro. ¿Un refresco esta noche, agente?

Rick asintió.

—Estoy de servicio.

—Yo tomaré lo mismo.

—¿Y qué vas a hacer mientras estés en casa? —preguntó Izzy.

—No tengo planes más allá de hoy. Esta noche veré si Chase necesita mi ayuda mientras estoy aquí.

Izzy se colocó el lápiz detrás de la oreja.

—Los Chandler trabajáis demasiado.

Rick se encogió de hombros.

—Es que nos educaron así, Izzy.

—Lo cual me hace recordar que vayas preparando también una hamburguesa para Chase. Está a punto de llegar —dijo Roman.

—Ya estoy aquí. —Su hermano mayor apareció detrás de Izzy.

—Justo a tiempo. Una con queso, una sola y un filete. Toma asiento y os traeré las bebidas. —Isabelle se dispuso a marcharse.

—Una coca-cola para mí, Izzy. —Chase se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla antes de sentarse—. Bueno, ¿qué me he perdido?

—Rick me estaba diciendo lo satisfecho que está con su vida —dijo Roman con ironía.

—No me extraña. Te asombraría saber los aprietos en los que se meten las mujeres de este pueblo sólo para tener una excusa y que el agente Rick vaya a socorrerlas —declaró Chase—. Podríamos dedicar una página entera del periódico a las hazañas del policía.

Roman soltó una risita.

—Seguro que eso no te resulta un problema, ¿verdad?

—No más de lo que le resulta a Chase eludir a las mujeres con cestas de picnic que intentan convencerlo para que salga del despacho y ponerlo boca arriba. Encima de la manta de picnic, quiero decir. —Rick se rió y se recostó con expresión satisfecha en la silla de vinilo—. Tantas mujeres y tan poco tiempo.

Roman se rió.

—Pero fuera de Yorkshire Falls hay más variedad. ¿Cómo es que nunca te lo has planteado? —Siempre se preguntaba por qué su hermano mediano se conformaba con patrullar en un pueblo pequeño cuando podría aprovechar más y mejor su talento en una gran ciudad.

Durante los veranos que Roman había pasado trabajando para Chase se había sentido limitado por las noticias pequeñas y a menudo triviales de las que le tocaba informar, mientras el mundo exterior le llamaba la atención, atrayéndolo hacia mayores y mejores... en aquel momento no sabía exactamente qué. Todavía no estaba seguro de qué era lo que le atraía, pero se preguntaba si su hermano sentiría alguna vez una insatisfacción parecida o la necesidad de marcharse.

—¿Roman? ¿Roman Chandler? ¿Eres tú?

Por lo visto no iba a obtener la respuesta en un futuro inmediato. Inclino la silla hacia atrás, levanto la mirada y se encontró cara a cara con una de sus viejas amigas del instituto.

—¿Beth Hansen? —Se puso en pie.

Ella chilló de emoción y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Eres tú! ¿Cómo estás? ¿Y cómo es que no me había enterado de que estabas aquí?

—Con mi madre fuera de servicio, los cotillos tardan más en llegar. —Él le devolvió el abrazo amistoso y dio un paso atrás para verla mejor.

Su cabello a mechadas rubias y peinado de peluquería le llegaba a los hombros y le otorgaba un aspecto más elegante y menos típicamente californiano de lo que recordaba. Y, o era su imaginación o el pecho le había crecido tremendamente desde la última vez que la vio.

—Me he enterado de lo de Raina. ¿Está bien? —preguntó Beth.

Él asintió.

—Se pondrá bien si se toma las cosas con calma y hace caso al médico.

«Y estaría mucho mejor si Roman se casara y fecundara a una mujer lo antes posible.» Dado que el amor y el deseo no tenían nada que ver con el tema, Roman sólo podía pensar en su misión en términos así de cínicos.

Examinó a Beth de nuevo, esta vez como posible candidata. Siempre le había gustado, lo cual ayudaría a cumplir con el objetivo. Habían sido buenos amigos, nada más, pero en el instituto él le había propuesto salir. Se habían visto unas cuantas veces y mantenido relaciones en el asiento trasero del coche de Chase, porque ella estaba dispuesta y él estaba caliente. Pero sobre todo porque necesitaba desesperadamente que le subieran la moral después del rechazo de Charlotte Bronson. Si no «lo hacía» con Charlotte, había decidido que sí iba a «hacerlo» con Beth.

Ahora se daba cuenta de que todo aquello había sido fruto de su ego masculino. Sin embargo, él y Beth habían seguido juntos hasta la graduación

porque era una relación divertida y fácil. Luego, cada cual había seguido su camino. Ninguno de los dos había sufrido y obviamente habían conservado su camaradería.

—Dale recuerdos a Raina de mi parte, ¿vale? —dijo Beth.

—Descuida.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí esta vez? —Los ojos le brillaban de curiosidad.

Beth no le atraía tanto como Charlotte pero tenía buen corazón. ¿Seguiría interesada?, se preguntó Roman. Y si así era, ¿aceptaría un matrimonio entre amigos pero sin amor? Se inclinó más hacia ella.

—¿Cuánto tiempo quieres que me quede?

Ella se echó a reír y le dio un suave puñetazo en el hombro.

—No has cambiado nada. Si todo el mundo sabe que no te quedarás aquí más de lo estrictamente necesario.

Chase carraspeó detrás de él, pero fue un sonido que sonaba más a advertencia.

—Felicita a Beth, Roman. Está prometida con un médico de la gran ciudad. Un cirujano plástico.

Roman dedicó una sonrisa de agradecimiento a su hermano por evitarle quedar como un patán haciéndole insinuaciones a Beth.

—Espero que sepa lo afortunado que es. —Roman la tomó de las manos y advirtió por primera vez el pedrusco que llevaba en el dedo—. Vaya, espero que tenga un corazón tan grande como este anillo. Te lo mereces.

Ella lo miró con su sincera mirada.

—Es lo más encantador que me han dicho jamás.

Si eso era lo más encantador que le habían dicho, su prometido tendría que currárselo un poco más, pensó Roman.

—Oye, tengo que ir a sentarme. No quiero perder la mesa. —Le dio un beso cariñoso en la mejilla—. A ver si te dejas ver mientras estás en el pueblo.

—De acuerdo.

Roman se sentó, confiando en que sus hermanos olvidaran que había tanteado a Beth como posible candidata. La observó mientras se marchaba y se sentaba a una mesa bastante alejada antes de volver a mirar a Rick y a Chase.

Los hermanos intercambiaron una mirada sin romper el silencio, hasta que Rick soltó una risa ahogada.

—¿Esperas que tenga el corazón tan grande como ese anillo?

Roman sonrió.

—¿Qué otra comparación iba a hacer? —Sin hacer referencia a lo obvio, pensó.

—Por un momento he pensado que ibas a mencionar el tamaño de sus... Da igual. —Rick negó con la cabeza con expresión divertida.

—Sabéis que tengo más clase que eso.

—¿Crees que valen diez de los grandes? —preguntó Chase—. No es que su prometido le haya cobrado.

—Son... impresionantes —dijo Roman.

—Lo suficientemente impresionantes como para que te hayas planteado dar el paso. —Chase esbozó una media sonrisita.

Y eso que él esperaba que estuvieran más calmados. Pero siempre habían sido bromistas bienintencionados, eso no había cambiado.

—Me lo he planteado durante unos instantes. He pensado en nuestros buenos momentos, no en el tamaño de sus... Bueno, ya os lo imagináis.

Los hermanos asintieron para mostrar su acuerdo.

Izzy les trajo las bebidas y pusieron fin a ese tema de conversación.

—¿Qué me dices de Alice Magregor? —preguntó Chase en cuanto Izzy ya no podía oírlos—. El otro día se pasó por el periódico con comida casera en una cesta de picnic y una botella de Merlot. Como vio que no me interesaba, preguntó por Rick. Es un indicio claro de que quiere sentar la cabeza.

—Con vosotros dos —murmuró Roman.

No había ni una sola mujer soltera en Yorkshire Falls que no hubiera intentado acosar y atraer tanto a Chase como a Rick con su mercancía; ya fuera cocinada o de otro tipo.

—¿Alice no es la que llevaba el pelo cardado?

—Esa misma —repuso Rick.

—No recuerdo que estuviera interesada en nada más aparte de los peinados y el maquillaje —dijo. Y aunque ahora se peinase de otro modo, tampoco recordaba haber tenido nada en común con ella—. Necesito conversación inteligente —declaró Roman—. ¿Es capaz de hablar con sentido o sigue dedicada a cosas superficiales?

Chase rezongó.

—Roman tiene razón. No es casualidad que siga soltera en un pueblo en que la gente se empareja justo después de la graduación.

Roman cogió el vaso, frío y húmedo.

—Tengo que acertar a la primera. —Echó la cabeza hacia atrás notando

cómo la sangre le latía en las sienes, antes de incorporarse y encontrarse con la mirada de su hermano—. Además, tengo que elegir a una mujer que le caiga bien a mamá. Quiere un nieto por motivos sentimentales, pero también quiere sentirse de nuevo parte del mundo. Me refiero a que la gente del pueblo se portó bien con ella después de la muerte de papá, pero, seamos sinceros, se convirtió en la viuda con la que nadie sabe qué hacer.

—Es la personificación del mayor temor de todas las esposas —añadió Chase.

—Hablando de mamá... Quiero asegurarme de que recordáis el trato. Si alguno de vosotros revela el plan y se lo chiva a mamá, me largo de aquí en el primer avión, y ya cargaréis vosotros con el muerto. ¿Está claro?

Rick dejó escapar un gemido.

—Vaya, tú si sabes cómo hacer que una decisión tomada a cara o cruz pierda toda la gracia.

Roman no desistió hasta que Rick por fin se comprometió.

—Vale, vale. No diré nada.

Chase se encogió de hombros.

—Yo tampoco, pero supongo que sois conscientes de que mamá va a estar pasándonos mujeres por las narices a los tres hasta que Roman encuentre a su novia.

—Es el precio que tenéis que pagar por seguir solteros —les recordó Roman.

—Entonces, mejor que nos pongamos manos a la obra antes de que mamá empiece a hacer de las suyas por el pueblo. ¿Marianne Diamond? —preguntó Chase.

—Prometida con Fred Aames —dijo Rick.

—El gordito de quien todo el mundo se burlaba. —Freddy el gordito, se acordó Roman de repente.

—Menos tú. Le diste una paliza a Luther Hampton por robarle el almuerzo. Yo estaba tan orgulloso de ti que no me importó que te expulsaran del colé —recordó Chase.

—¿Y a qué se dedica Fred ahora? —preguntó Roman.

—Pues ya no es Freddy el gordito, eso está claro —informó Chase.

—Pues mejor para él. El sobrepeso es poco saludable.

—Siguió los pasos de su padre. Tiene un negocio de fontanería y le cae bien a todo el mundo. Fuiste tú quien inició esa tendencia. —Rickapuró el refresco con un sonoro sorbo.

Roman se encogió de hombros.

—Me parece increíble que os acordéis de eso.

—También recuerdo otras cosas —dijo Chase con una mezcla de humor y seriedad en su mirada de hermano mayor.

—La cena, chicos. —Izzy les llevaba la comida. Los succulentos aromas de la hamburguesa y las patatas fritas de Norman le recordaron a Roman que tenía el estómago vacío. Cogió una patata antes de que Izzy llegara a dejar el plato en la mesa y se la comió—. Felicidades al cocinero. Su comida es la mejor.

—Déjate de frases de peloteo y acábate todo lo que tienes en el plato. Ésa es la única felicitación que Norman necesita —le soltó Isabelle. Dijo que volvería con más bebidas y desapareció de nuevo.

—Bueno, ¿dónde estábamos? —preguntó Chase.

Roman dio un mordisco a su hamburguesa sin esperar a que Chase acabara con el ketchup. Masticó y tragó.

—Hablando de mujeres... —Rick fue directo al grano. —Pues parece que antes vas a tener otro reencuentro —anunció Chase antes de que ninguno de ellos tuviera tiempo de pensar en otra candidata.

Roman se volvió en el asiento y vio a una mujer caminando por el pasillo del restaurante, toda una visión. Lucía una falda de color naranja, una camiseta escotada sin mangas y una larga melena de pelo negro brillante.

Sintió una punzada de familiaridad en lo más profundo de su ser al tiempo que Rick se inclinaba hacia él y le susurraba al oído:

—Charlotte Bronson.

En cuanto Roman se fijó en su cara, supo que Rick tenía razón. Pensó que la calidez que había notado cobraba sentido al verla. Ya no tenía el cuerpo de una chica, sino el de una mujer: exuberante, con curvas y, oh, qué tentador. Seguía teniendo un cutis de porcelana radiante y la sonrisa tan vibrante como recordaba, y se vio a sí mismo esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Por el mero hecho de estar presente ella siempre le había hecho sonreír, y eso no había cambiado. Pero ella sí. Vestía de forma más cosmopolita y caminaba con mayor seguridad; obviamente, había encontrado su rumbo.

Su amor del instituto se había convertido en una mujer muy hermosa. Se le secó la boca y, por debajo de la mesa, notó una erección tremenda que se veía incapaz de disimular. Aquella mujer siempre le provocaba el mismo efecto, pensó Roman, y el pulso se le aceleró mientras esperaba a que se detuviera en su mesa.

Mientras tanto, Rick, y eso le recordó por qué siempre había odiado tener hermanos mayores, iba murmurándole al oído:

—Cinco, cuatro, tres, dos...

Pero justo cuando ella tendría que haberse parado a saludarlo, giró a la derecha bruscamente y se dirigió a la mesa en la que Beth estaba esperándola.

Roman gimió y se volvió para mirar de frente al pelotón de fusilamiento que tenía por hermanos.

—Parece que te va a hacer sudar, hermanito.

¿Acaso no era lo que siempre había hecho?

Chase se echó a reír.

—Seguro que no estás acostumbrado a que te ignoren. Va a resultar muy duro para tu ego.

—Cállate la boca —musitó Roman. No había olvidado lo sucedido aquella noche en el instituto. Y aunque siempre había considerado que Charlotte era la única que lo había rechazado, él intentó forzar la situación entre ellos. No es que temiera tener que ganársela a pulso u otro rechazo. Siempre había tenido las intenciones de perseguirla, pero nunca había tenido el tiempo suficiente.

Pero las cosas habían cambiado. Ahora que había vuelto después de una prolongada ausencia, Roman ya no estaba dispuesto a dejar que ella lo ignorase deliberadamente. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Era verdad, Roman había vuelto. A Charlotte se le revolvió el estómago y la embargó una sensación de incredulidad y shock. Su vislumbre a través del escaparate y el presentimiento que había intentado ignorar no la habían preparado para el impacto de verlo de nuevo.

Maldito hombre. Nadie en toda la faz de la tierra era capaz de afectarla de tal modo. Una mirada y volvía a sentirse como una adolescente dominada por las hormonas.

El paso del tiempo se notaba en sus rasgos, para mejor. La edad lo había perfilado de una forma increíble. Tenía el rostro más fino, más cincelado y, si eso era posible, los ojos de un azul todavía más intenso. Negó con la cabeza. No se había acercado lo suficiente como para saberlo con certeza. Al principio porque acababa de entrar en el restaurante y lo vio con Beth, con quien había preferido dejarlo a solas, y luego porque le sudaban las manos y la avergonzaba no ser capaz de mantener la compostura.

Porque Charlotte estaba convencida de que Roman no había cambiado en

un aspecto: su instinto de reportero. Le bastaba una sola mirada no para ver sino para diseccionar. Y ella no quería que la diseccionara.

—Te tiemblan las manos —advirtió Beth.

Charlotte dio un largo sorbo al refresco que su amiga había pedido para ella.

—Es la cafeína.

—A mí me parece que es la sobrecarga de testosterona.

Sin saber muy bien cómo, Charlotte consiguió evitar escupir la coca-cola ante la sonriente cara de Beth.

—¿Te refieres a la sobrecarga de hormonas?

—Puede ser una definición. Esa mesa de apetitosa carne masculina te ha afectado. —Hizo un gesto con la mano hacia el rincón que ocupaban los hermanos Chandler.

—No señales —dijo Charlotte.

—¿Por qué no? Toda la gente del restaurante los está mirando.

—Es verdad —reconoció Charlotte, y se dio cuenta de que había perdido la oportunidad de negar haberlos visto. Su plan había sido hacer caso omiso de los hermanos. Por lo menos hasta que hubiera comido algo y reforzado sus defensas para enfrentarse al efecto desestabilizador de Roman.

Cruzó las manos húmedas, una encima de la otra.

—Yo no. Estoy inmunizada.

—Siempre lo has estado. O has fingido estarlo —declaró Beth con una sabiduría de la que había carecido en su juventud—. Y no puede decirse que lo entienda. —Negó con la cabeza—. Nunca jamás lo entenderé.

Charlotte no le había contado ni siquiera a su mejor amiga la verdad sobre por qué había rechazado a Roman. En el instituto, tenía las defensas en plena forma, y para cuando quiso darse cuenta, Roman había pasado del rechazo de Charlotte a los predispuestos brazos de Beth. A pesar del dolor y los celos, Charlotte había alentado el interés de su amiga y fingido estar inmunizada, tal como acababa de decir Beth. Luego se habían graduado y Roman se había marchado rumbo a lo desconocido.

Charlotte no le había preguntado si su relación había sido seria. A menudo se decía que lo había hecho por respeto a la intimidad de Beth, pero en realidad era más egoísta. Charlotte no quería saberlo. Y, a diferencia de con su operación de estética, Beth había sido discreta en cuanto al tema de Roman.

Pero los tiempos habían cambiado y ahora Beth estaba prometida con otro hombre. Roman era tan agua pasada que Charlotte se planteó hablar del

asunto esa noche.

—Sigue siendo tan guapo... —dijo Beth.

Charlotte cambió de opinión acerca de mantener una conversación sincera.

—Oye, si Roman todavía te interesa, adelante. Si al doctor Implante no le importa, a mí tampoco.

—Mentirosa. —Beth dejó la servilleta encima de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho esbozando una sonrisa—. He visto cómo lo mirabas antes de que él se volviese y te viera. Y he visto cómo desviabas la mirada y venías directa hacia aquí, como si ni siquiera lo hubieras visto.

Charlotte se movió incómoda en el asiento.

—¿Es demasiado tarde para preguntarte a quién he visto y dónde?

—Cobarde.

—Todo el mundo tiene sus debilidades, así que deja de chincar. Ahora, si me disculpas, tengo que ir al baño.

Charlotte huyó rápidamente sin mirar en dirección a Román Chandler. Pero en cuanto llegó al estrecho pasillo que conducía a los servicios, tuvo que secarse las palmas de las manos en la falda de gasa.

Cinco minutos más tarde se había retocado el pintalabios y se había recordado todos sus logros, para así asegurarse de que podría mantener una conversación educada con Román con aplomo y ligereza si era necesario.

Con fuerzas renovadas, abrió la puerta y se encontró de narices con el amplio pecho de Román. El inconfundible aroma a loción almizclada para el afeitado y a poderosa masculinidad la embargó. La excitó. Tomó aire sorprendida.

Mientras ella retrocedía con paso vacilante, él le agarró los antebrazos con ambas manos.

—Tranquila.

¿Tranquila? ¿Estaba de broma? El tacto de sus palmas era cálido, fuerte y demasiado bueno sobre su piel desnuda. Miró sus ojos azules.

—Esto es el lavabo de señoras —dijo como una tonta. Suspiró. Y eso que quería mantener una conversación animada, con aplomo e ingenio.

—No, esto es el pasillo. El lavabo de señoras está detrás de ti y el de caballeros está pasillo abajo. —Sonrió—. Lo sé perfectamente, casi podría decirse que me crié aquí.

—Tengo que volver a mi mesa. Beth me está esperando. Beth Hansen, te acuerdas de ella, ¿verdad? —Charlotte puso los ojos en blanco. Aquello iba

de mal en peor.

Para su disgusto, Román se echó a reír.

—Bueno, por lo menos ahora sé que te acuerdas de mí.

No fingió malinterpretarlo y se sentía incapaz de mentirle.

—Llegaba tarde, tenía prisa, Beth me estaba esperando. —Levantó las manos y luego las dejó caer a ambos lados del cuerpo.

—O sea que no pretendías ignorarme.

Se sonrojó.

—No. Yo... tengo que irme. Beth me está esperando. Otra vez será.

Él le rozó la mejilla con la mano y un temblor de reconocimiento embargó su cuerpo; estremecimiento que a él no le pasó desapercibido.

—Te dejaré volver a la mesa en cuanto te haya hecho una pregunta. Han pasado más de diez años y la atracción que sentimos el uno por el otro sigue viva. ¿Cuándo vas a ceder?

«Cuando el infierno se hiele», le vino a la cabeza, pero mantuvo la boca cerrada. En parte porque en realidad no lo pensaba y en parte porque él no se merecía un rechazo tan aplastante.

Charlotte se humedeció los labios secos.

—¿Cuándo vas a dejar de intentarlo?

Él se rió.

—Cuando el infierno se hiele.

Estaba claro que le leía el pensamiento. Se apoyó en la pared a modo de protección, pero de poco le sirvió cuando Román dio otro paso adelante y aprisionó su cuerpo entre la pared y su armazón esbelto, duro y masculino.

Los años se disiparon cuando él le sujetó la cabeza con las manos y acercó los labios a su mandíbula. La calidez de su aliento en contacto con su mejilla y la presión de su cuerpo contra el de ella le produjeron una sensación tan sumamente placentera que le hizo preguntarse por qué se le había resistido durante tanto tiempo. Parpadeó, cerró los ojos y se permitió disfrutar de la erótica sensación que le recorría las venas. «Sólo por un momento», se dijo a sí misma. Nada más.

Él era atractivo e inalcanzable, igual que los destinos exóticos sobre los que se informaba y soñaba pero que nunca visitaría. Porque ella no era como su padre, y su vida estaba allí. La estabilidad y un futuro sólido estaban ligados a aquel pueblo, a sus raíces. Pero el roce de los labios de Román en la suave zona situada entre la mandíbula y la oreja le hacían querer olvidar la seguridad y la rutina. Una oleada de calidez le inundó las venas, sintió que se

humedecía y quiso mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Cena conmigo el viernes. —Su voz gutural reverberó en su oído.

—No puedo... —Él le posó sus labios en el lóbulo de la oreja y sus dientes rozaron el punto exacto. Cálidas flechas de deseo atravesaron otras zonas más íntimas y sensibles y el baño de sensaciones avivó su cuerpo femenino. Charlotte gimió en voz alta e interrumpió la frase sin explicitar la negativa que había iniciado.

Él la iba mordisqueando y dándole deliciosos lametones, a veces fieros y otras suaves y ligeros como una pluma, y más seductores de lo que ella hubiese podido desear en lo más profundo de su interior. Si la intención de él era dominarla, la tenía rendida a sus pies. Posaba sus labios, húmedos y cálidos, en distintos puntos, sin exigencias pero extremadamente seductores. Una vocecita en su interior intentó rebelarse, recordándole que se trataba de Román y que se marcharía en cuanto su madre se recuperara o en cuanto se aburriera del pueblo. De ella.

Tenía que apartarse de él. Entonces Román le acarició la oreja con la lengua y le sopló ligeramente en la piel húmeda. Oh, cómo la excitaba. Dejó escapar un gemido por entre los labios apenas entreabiertos.

—Me tomo eso como un sí —susurró él.

Ella abrió los ojos a la fuerza. ¿Sí a una cita con él?

—No.

—Eso no es lo que me transmite tu cuerpo.

Román no retrocedió, lo cual hizo que ese rechazo le resultara más difícil que todos los del pasado, porque él estaba en lo cierto.

—Mi cuerpo necesita un guarda.

El esbozó una sonrisa encantadora.

—Vaya, no me importaría ocupar ese puesto.

—Sólo mientras estés en el pueblo, por supuesto. —Le dedicó una sonrisa forzada.

—Por supuesto. —Él acabó retrocediendo y por fin le dejó el espacio para respirar que tanto necesitaba—. Deberías saber que soy un hombre al que le gustan los retos, Charlie.

Se puso tensa al oír el apodo que le había puesto su padre. Había elegido el nombre, Charlotte Bronson, en honor de su actor preferido, Charles Bronson.

—Charlotte —le corrigió ella.

—De acuerdo, *Charlotte*; me atraes. Siempre lo has hecho. Y si yo soy

capaz de reconocerlo, tú también puedes.

—¿Qué más da lo que esté dispuesta a reconocer? En la vida no siempre se tiene lo que uno quiere. —Estaba claro que ella pocas veces lo había conseguido.

—Pero si alguna vez pruebas, a lo mejor consigues lo que necesitas. — Apoyó un hombro en la pared y sonrió.

—Estoy impresionada. Me recuerda a una canción de los Rolling Stones. —Aplaudió para exagerar su reacción.

—Mejor que eso. Yo sé cómo aplicar sus letras a la vida. —Se separó de la pared y se irguió—. Que te quede claro, Charlotte. Tendremos otra cita. — Empezó a caminar por el largo pasillo y se volvió—. Y, teniendo en cuenta tu reacción y la mía, probablemente compartiremos mucho más. —Lo dijo con un tono de certidumbre y promesa.

—Sí, claro, Román. Tendremos esa cita, lo que tú digas.

Él abrió los ojos como platos al oír sus palabras.

—El día en que decidas quedarte en el pueblo. —Y como eso no iba a pasar nunca, pensó Charlotte, su propuesta de cita no se materializaría. Él no suponía ninguna amenaza para ella. «Sí, ya.»

—Cuanto mayor sea tu desafío, más decidido estaré. —Se echó a reír porque era obvio que no creía lo que ella acababa de decirle.

Román no se dio cuenta en absoluto de que ella hablaba muy en serio. Entre ella y el viajero despreocupado no iba a ocurrir nada más, a no ser, claro está, que quisiera acabar sola y abandonada, como su madre.

Pero Román había lanzado el anzuelo verbal. Ahora, lo único que ella tenía que hacer era reunir la tuerza necesaria para resistirse.



Capítulo 3

Para cuando Román salió de Norman's al frío aire del exterior, tenía un trabajo que hacer.

Chase había recibido una llamada urgente de su redactor, Ty Turner, que no podía asistir a la reunión del ayuntamiento porque debía acompañar a su esposa embarazada al hospital. Lo último que a Roman le apetecía era ocuparse de ese encargo, pero quería aligerar de trabajo a su hermano. Así pues, se ofreció voluntario para cubrir la reunión.

De este modo, mientras Rick llamaba a Raina desde una cabina para ver cómo estaba antes de volver al trabajo, y Chase se retiraba para trabajar un poco en la edición de la semana siguiente, Roman se encaminó a la sesión de riñas de esa noche.

Consultó la hora y se dio cuenta de que le sobraban unos minutos. Unos minutos para echar un vistazo a la seductora tienda de al lado y desentrañar de quién era. Había visto a Charlotte y casi se había olvidado de su propio nombre. No había estado en condiciones de preguntarle por su nuevo negocio.

Se centró en el escaparate y se quedó boquiabierto. ¿Aquel maniquí increíblemente real llevaba unas bragas de encaje? ¿En el conservador pueblo de Yorkshire Falls? No daba crédito a sus ojos. Sintió una clara punzada de excitación cuando se dio cuenta de que el maniquí de pelo negro se parecía mucho a Charlotte. De repente pensó que debía de parecer un viejo verde babeando ante la lencería femenina y retrocedió. Cielos, esperaba que nadie le hubiera visto o se moriría de vergüenza.

Román dio otro paso atrás y chocó contra algo duro. Al volverse se encontró con Rick, que le sonreía con los brazos cruzados.

—¿Has visto algo que te guste?

—Eres la monda —farfulló Roman.

—Me he imaginado que estabas recordando tus años mozos.

Roman entendió claramente a qué se refería Rick. Su hermano mediano no olvidaba las travesuras de Roman en el instituto, cuando su idea de

diversión había sido, por ejemplo, hacer una redada de bragas en casa de una amiga donde varias chicas se habían quedado a dormir. No sólo había sido idea de él, sino que se había sentido tan orgulloso que colgó un par de ellas en el retrovisor durante unas veinticuatro horas. Hasta que su madre las encontró, le echó un sermón y le impuso un duro castigo que nunca olvidaría.

Raina Chandler tenía una forma especial de curar los hábitos más incorregibles de sus hijos. Tras un verano lavándose él mismo los calzoncillos y tendiéndolos al sol delante de la casa, Roman nunca volvería a someter a nadie a la misma humillación.

Con un poco de suerte, haría tiempo que el resto del pueblo lo habría olvidado.

—No puedo creer que una tienda como ésta tenga éxito aquí —dijo, cambiando de tema.

—Pues lo tiene. Las jóvenes y las viejas, las delgadas y las más... llenitas, todas compran aquí. Sobre todo las más jóvenes. Mamá hace campaña para que las mujeres mayores también lo hagan y es una de las clientas más fieles.

—¿Mamá lleva ese tipo de bragas?

Los dos hermanos negaron con la cabeza a la vez, porque ninguno de ellos quería que su imaginación fuera por ese camino.

—¿Cómo está mamá?

—Es difícil de saber. Cuando he llamado me ha parecido que jadeaba, como si hubiera llegado al teléfono corriendo, lo cual es imposible. Así que voy para allá para comprobarlo con mis propios ojos.

Roman suspiró con fuerza.

—Llevo el móvil. Llámame si me necesitas.

Rick asintió.

—Descuida. —Acto seguido, caminó hasta la esquina, giró a la derecha, dio la vuelta al edificio y regresó casi en seguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roman al darse cuenta de que se trataba de una ronda de reconocimiento. Su hermano estaba inspeccionando la zona y Roman quería saber el motivo.

Rick se encogió de hombros.

—Esta semana ha habido un par de robos en Yorkshire Falls. El instinto de reportero de Roman se despertó.

—¿Qué han robado?

Roman se dio cuenta de que su hermano esbozaba una sonrisa maliciosa.

—De no ser porque no puedo situarte en la escena del robo, serías mi único sospechoso.

—¿Bragas? —Roman desvió la mirada de su hermano hacia la exhibición del escaparate y miró de nuevo a su hermano—. ¿Insinúas que algún idiota entró en una casa y robó ropa interior femenina?

Rick asintió.

—Os lo habría contado a ti y a Chase durante la cena pero Norman's estaba demasiado lleno como para hablar en privado. Parece ser que la buena gente de Yorkshire Falls se enfrenta a una ola delictiva.

Rick le contó a Roman todos los detalles de los robos. Resultaba que todas las bragas robadas se habían comprado en la tienda delante de cuyo escaparate se encontraban entonces.

Roman volvió a mirar el escaparate. Las bragas en cuestión parecían una provocación. ¿De quién era la tienda? La Charlotte que había conocido quizá no habría tenido la osadía de abrir esa tienda, pero la que acababa de ver vestida con colores vivos y la que le había planteado ese reto... era una mujer totalmente distinta.

—¿Vas a decirme de quién es esta tienda? —le preguntó a Rick.

Los ojos de su hermano centellearon y Roman aguzó su instinto, confirmando lo que ya sospechaba. Al ver que Rick guardaba silencio con una expresión de complicidad, Roman hizo lo obvio: dio un paso atrás y alzó la mirada hacia el toldo.

Un saliente color borgoña con unas letras rosa fuerte y letras de trazo grueso informaba: EL DESVÁN DE CHARLOTTE: TESOROS ESCONDIDOS PARA EL CUERPO, EL CORAZÓN Y EL ALMA.

—Joder. —Al parecer se había precipitado al descartar la posibilidad. Charlotte, la Charlotte «de Roman» era en efecto la dueña de aquella tienda sensual y erótica.

No cabía duda de que era una mujer sensual y erótica, tal como le había demostrado en el pasillo de Norman's. Y él también se había demostrado algo a sí mismo. Que era un hombre con un apetito carnal saludable y hacía demasiado tiempo que no lo había saciado.

—¿No tienes nada más que hacer? —preguntó Rick.

Roman hizo caso omiso de la risa de su hermano, le dio una palmada en la espalda y se encaminó al ayuntamiento.

Al cabo de veinte minutos, Roman se sentía embargado por el aburrimiento más absoluto. Había que ver lo que era capaz de hacer por la

familia, pensó, al tiempo que bostezaba mientras esperaba que terminara la parte correspondiente al repaso arquitectónico de la jornada. Aunque apenas era capaz de concentrarse, iba tomando notas. Ahora esperaba, con el boli suspendido sobre la libreta.

—Siguiente. Recurso por desacuerdo con la instalación de una puerta para perros en la entrada principal del 311 de Sullivan Street, en el complejo de Sullivan. Los vecinos se quejan de que dicha puerta destruirá la uniformidad y belleza del complejo...

—Mi sabueso *Mick* tiene derecho a acceder libremente a la casa. — George Carlton, el peticionario, se puso en pie, pero su mujer, Rose, le dio un tirón para que volviera a sentarse.

—Cállate, George. No es nuestro turno de palabra.

—Continúe —le dio permiso un hombre de la junta.

—Estamos envejeciendo, igual que *Mick*. Tener que entrar y salir cada vez que tiene que hacer sus necesidades nos está agotando. —La mujer permanecía sentada y juntó las manos sobre la falda.

La gente se moría de hambre en Etiopía y se mataba en Oriente Próximo, pero ahí, en Yorkshire Falls, las preocupaciones caninas estaban a la orden del día. Roman recordó que había empezado a ansiar marcharse del pueblo durante su aprendizaje con Chase, y que esas ansias habían ido aumentando con cada reunión a la que asistía que degeneraba en discusiones banales entre vecinos a los que les sobraba el tiempo.

Por aquel entonces, la imaginación de Roman seguía dos rumbos de pensamiento: por un lado, los lugares extranjeros con historias intrigantes y de evolución rápida que visitaría, y por otro, Charlotte Bronson, su enamorada. Ahora que había estado en la mayoría de los lugares con los que había soñado, sólo tenía una cosa en mente. Volvió a pensar en Charlotte y en la atracción que sentían el uno por el otro.

Había intentado acorralarla, hacerle reconocer que había querido evitarlo y averiguar por qué le había dejado en el instituto. Tenía un presentimiento, pero quería oírlo de su boca. No había planeado seducirla y que los dos se excitasen. No hasta que la había mirado fijamente a los ojos y había visto la misma conexión emocional crepitando en lo más profundo de su ser.

No había cambiado nada. Ella se alegraba de verle, por mucho que se resistiera a reconocerlo. Además, estaba el brillo color coral recién aplicado a sus labios carnosos, a los que ningún hombre fogoso sería capaz de resistirse. Había inhalado su fragancia y rozado su suave y perfumada piel.

Había estado lo suficientemente cerca como para provocarla sin satisfacer su deseo.

Roman gruñó interiormente porque, aunque el cuerpo de ella había gritado «tómame», que es lo que él había querido, su mente se había revelado. Y ahora sabía por qué. Por fin le había dado un motivo para rechazarlo que él alcanzaba a comprender. El que había sospechado desde un buen principio. «Tendremos esa cita, lo que tú digas. El día que decidas quedarte en el pueblo.»

Ella quería que su hogar estuviera en Yorkshire Falls. Necesitaba estabilidad y seguridad, vivir felices y comer perdices de la forma en que todo el mundo sabía que no lo habían hecho sus padres. En el pasado, él era demasiado joven y no lo había entendido, pero ahora sí. Y eso significaba que era la última mujer a la que podía recurrir para materializar su plan. No podía hacerle daño, y eso implicaba que tenía que aprender una lección de Charlotte y mantenerse alejado de ella.

—Siguiente. —El mazo golpeó contra la peana de madera que había sobre la mesa.

Roman se sobresaltó en el asiento.

—Maldita sea, me he perdido la resolución —farfulló. Porque estaba absorto pensando en Charlotte. En esa ocasión sólo se había perdido el dilema perruno, pero la siguiente vez quizá se perdiera mucho más. Y no podía permitir que eso le sucediera.

—¿Eres tú, Chandler?

Roman se volvió al oír su nombre y se encontró con un tipo que le resultaba familiar sentado detrás de él.

—Fred Aames, ¿me recuerdas? —Le tendió la mano.

Chase y Rick no le habían engañado. Fred ya no tenía nada que ver con el niño gordito al que todo el mundo intimidaba.

—Hola, Fred, ¿qué tal estás? —Roman le estrechó la mano.

—Pues muy bien. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—He vuelto al pueblo por mi madre, y estoy aquí por el *Gazette*. — Roman miró hacia adelante. Nadie había presentado todavía nada nuevo que debatir.

—Me he enterado de que Raina estuvo en el hospital. —Fred se pasó la mano por el oscuro cabello—. Chico, lo siento.

—Yo también.

—¿Estás sustituyendo a Ty? —Se inclinó hacia adelante y dio una

palmada a la espalda de Roman, movimiento con el que estuvo a punto de hacerlo caer. Fred había perdido peso pero no fuerza. Seguía siendo un tiarrón.

Roman soltó una tos ahogada y asintió.

—Su mujer se ha puesto de parto y no podía estar en dos sitios a la vez.

—Qué detalle por tu parte. Además, estas reuniones son idóneas para ponerse al corriente de lo que pasa por aquí.

—Cierto. —«Si prestas atención», pensó Roman. Pero no tenía ni idea de si habían concedido la libertad al sabueso *Mick* o lo habían confinado tras unas puertas cerradas para el resto de su vida canina.

El sonido del mazo sobre la mesa les hizo saber que iba a haber un breve descanso. Roman se puso en pie y se estiró en un intento por despertarse.

Fred se levantó junto a él.

—Oye, ¿estás saliendo con alguien?

«Todavía no.» Roman negó con la cabeza. No pensaba compartir sus planes con nadie que no fuera sus hermanos.

—En estos momentos no, ¿por qué?

Fred se le acercó.

—Sally te ha estado mirando. Creía que iba detrás de Chase, pero no te quita los ojos de encima. —Con un movimiento exagerado que invalidaba su susurro, Fred señaló hacia donde se encontraba Sally Walker, que tomaba notas para el archivo del condado.

Sally levantó la mano a medias a modo de saludo, con cierto rubor en las mejillas.

Roman le devolvió el saludo y apartó la mirada, porque no quería fomentar el interés de ella.

—No es mi tipo —dijo. «Porque no se llama Charlotte», pensó. Esa idea inesperada asaltó sus pensamientos—. ¿Por qué no vas tú a por ella? —preguntó Roman.

—Supongo que no te has enterado de que estoy prometido —le informó Fred con orgullo—. Voy a casarme con Marianne Diamond.

Roman recordó entonces que uno de sus hermanos se lo había comentado. Sonrió y levantó una mano para darle una palmadita en la espalda a Fred, pero se contuvo en el último momento. No quería que el hombretón repitiera el gesto.

—Vaya, me alegro por ti. Felicidades.

—Gracias. Oye, tengo que hablar con uno de los concejales antes de que

la situación se caldee. Tengo unos cuantos trabajos pendientes de obtener un permiso... Bueno, no hace falta que te cuente los detalles. Ya nos veremos.

—Por supuesto. —Roman le dio un pellizco en la nuca. El agotamiento estaba a punto de vencerle.

—¿Qué tal tu primer día de vuelta a las trincheras?

Se volvió y vio que Chase estaba a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha sucedido algo a mamá? —No esperaba volver a ver a Chase esa noche.

—No, tranquilo. —Chase en seguida posó una mano tranquilizadora en el hombro de Roman y la retiró rápidamente.

—Entonces ¿qué? ¿No confías en que haga bien mi trabajo?—«Lo cual no sería de extrañar», pensó Roman. Todavía no sabía la respuesta al problema con el perro de los Carlton.

Chase negó con la cabeza.

—Me he imaginado que te estarías poniendo de los nervios asistiendo a una de estas reuniones y he pensado en relevarte por si se alargaba mucho. —Se pellizcó el puente de la nariz—. He oído la conversación que has mantenido con Fred. Parece que ya tienes candidata.

—Por lo que ha dicho Fred, a Sally le interesas tú en primer lugar.

—Créeme, tienes vía libre. No te recriminaría que me la quitaras —dijo Chase con ironía—. Sally es demasiado seria para mí. Es de las que se pone a pensar en una casa y niños después de la primera cita. —Se estremeció.

—Si le gustan los solitarios como tú, no va a interesarse por un tipo extrovertido como yo. —Roman se rió, contento de tomarle el pelo a su hermano con su personalidad de lobo solitario. Rick tenía razón al decir que las mujeres se sentían atraídas por el silencio introspectivo de su hermano mayor.

Pero Chase lo miró fijamente, poco dispuesto a tragarse las excusas de Roman.

—Sally está dispuesta a asentarse. Lo que ella quiere en estos momentos la convierte en la candidata perfecta para ti. Así que ¿por qué le has dicho a Fred que no era tu tipo?

—Porque no lo es.

—Perdona que insista en lo obvio, pero ¿no es eso lo que quieres? A Sally le interesas y tú no le correspondes. Prueba a ver si acepta el acuerdo.

Roman volvió a mirar por encima del hombro e inspeccionó a Sally Walter, una mujer inocente, de las que se sonrojan.

—No puedo. —No podía casarse con Sally. Acostarse con Sally.

—Te sugiero que tengas cuidado, hermanito. Si eliges a una fémica que resulta que es tu tipo, a lo mejor no tendrás tanta prisa por largarte. —Chase se encogió de hombros—. Piénsalo.

Menudo era Chase, la figura paterna, para señalar lo obvio. Menudo era también para recordarle a Roman sus prioridades. La caza de una esposa. Su hermano tenía razón. Roman necesitaba una mujer a la que poder dejar atrás, no alguien a quien volver una y otra vez. Otro motivo por el que Charlotte era la opción equivocada. Deseó con todas sus fuerzas poder quitársela de la cabeza de una vez por todas. Pero no sabía cómo. Haberla tocado y saboreado hacía que la deseara más, no menos.

Al cabo de una hora, Roman se dirigió a casa pensando en las palabras de Chase pero con Charlotte en el subconsciente. Esa misma noche, en la cama, se despertó más de una vez acalorado y sudoroso por culpa de Charlotte Bronson.

Más de diez años y la llama ardía más que nunca. Lo cual no hacía más que demostrar una cosa: con tentación o sin ella, Roman no podía permitirse el lujo de liarse con Charlotte. Ni ahora ni nunca.

El sol despertó a Roman temprano a la mañana siguiente. A pesar del tremendo dolor de cabeza, se despezó y se levantó de la cama con una sensación renovada de determinación. Se dirigió a la cocina tras una ducha rápida. La comida no iba a quitarle el dolor, pero al menos le llenaría el estómago. Abrió la despensa de su madre y cogió un paquete de cereales chocolateados, se los sirvió en un cuenco, añadió mini malvaviscos e inundó la mezcla con leche.

Su estómago gruñó mientras tomaba asiento en su silla preferida de la infancia. Extrajo el último ejemplar del *Gazette*, examinó la nueva y mejorada maquetación y se sintió henchido de orgullo.

Chase había logrado que el periódico creciera al mismo tiempo que la población del pueblo iba aumentando.

Le sobresaltó el sonido de alguien que bajaba la escalera corriendo y, al volverse, vio que su madre se detenía de golpe al entrar en la cocina.

—¡Roman!

—¿Esperabas a otra persona?

Ella negó con la cabeza.

—Es que... pensaba que ya habías salido de casa.

—¿Y has decidido correr el maratón en mi ausencia?

—¿No se suponía que ibas a desayunar con tus hermanos?

Entrecerró los ojos para mirarla.

—Esta mañana no podía levantarme de la cama, y no cambies de tema. ¿Has bajado corriendo la escalera? Porque se supone que tienes que hacer reposo, ¿recuerdas? —Pero ¿no había dicho Rick la noche anterior que le había parecido que jadeaba?

—¿Cómo iba a olvidar algo tan importante? —Se llevó una mano temblorosa al pecho y entró lentamente en la cocina hasta situarse junto a él—. ¿Y qué tal tú? ¿Te encuentras bien?

Aparte de desconcertado por la conversación, estaba bien.

—¿Por qué no iba a encontrarme bien? Porque seguro que todavía tienes los oídos tapados por el viaje en avión si resulta que te parece haber oído algo tan absurdo como que yo corría, nada más y nada menos. ¿Quieres que te concierte una visita con el doctor Fallon?—preguntó.

Negó con la cabeza con la fuerza suficiente para destaparse los oídos en caso de que los tuviera tapados y miró a su madre de hito en hito.

—Estoy bien, quien me preocupa eres tú.

—No hay por qué. —Se sentó lentamente en la silla de al lado y observó el cuenco de cereales con el cejo fruncido—. Bueno, ya veo que ciertas cosas no han cambiado. Todavía no sé por qué guardo esa basura a mano. Se te van a...

—Pudrir los dientes, ya lo sé. —Se lo había dicho un montón de veces de niño. Pero le quería lo suficiente como para permitirle esos caprichos—. ¿Eres consciente de que todavía no he perdido ni un diente?

—Todavía, tú lo has dicho. Un hombre soltero necesita todos los dientes, Roman. A ninguna mujer le gustaría despertarse de madrugada y descubrir que tienes la dentadura postiza en remojo en la mesita de noche.

Roman puso los ojos en blanco.

—Menos mal que soy un hombre respetuoso y no dejo que las mujeres se queden a pasar la noche. —Que su madre cavilara sobre eso, pensó Roman con ironía.

—El respeto no tiene nada que ver con eso —masculló ella.

Como de costumbre, su madre tenía razón. Las mujeres no se quedaban a

pasar la noche porque él no se implicaba con ninguna, y así había sido desde hacía mucho; aparte, las mujeres que se quedan a pasar la noche dan por supuesto que pueden hacerlo otra vez. Y otra más. Y antes de que los hombres se den cuenta, están inmersos en una relación, lo cual Roman pensaba que no sería algo malo si fuera capaz de encontrar a una mujer que le interesara durante más de un par de semanas. Chase y Rick pensaban lo mismo. A esas alturas, Roman se imaginó que los hermanos Chandler llevaban la frase NO PASAR grabada en el corazón. Cualquier mujer inteligente leía la letra pequeña antes de comprometerse a nada.

—Te pasas de lista, mamá.

Cuando Roman se levantó, se dio cuenta de que Raina iba vestida de punta en blanco. Llevaba unos pantalones holgados azul marino, una blusa blanca con lazo y la insignia con tres bates de béisbol con un diamante en cada uno prendida en el centro —regalo de su padre después del nacimiento de Chase y ampliada con cada hijo que había tenido—. Dejando de lado que estaba ligeramente pálida, tenía un aspecto estupendo. Lo normal en su madre, pensó orgulloso.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó.

Raina asintió.

—Al hospital, a leerles a los niños.

Él abrió la boca para hablar pero Raina se lo impidió.

—Y antes de que me lo discutas, como han intentado hacer Chase y Rick, déjame decirte una cosa. Llevo en cama desde el viernes pasado, cuando tus hermanos me trajeron a casa. Hace un día precioso. La doctora me dijo que el aire fresco me iría bien siempre y cuando me tomara las cosas con calma.

—Ma...

—No he terminado.

Ella le hizo un gesto y él volvió a sentarse, sabiendo que no valía la pena intentar contradecirla.

—Siempre voy a leerles a los niños los lunes y los viernes. Jean Parker recibe sesiones de quimioterapia esos días y le encanta el cuento de «Jorge el curioso va al hospital».

Bendita fuese su madre por ser tan altruista, se dijo. «Incluso enferma, piensa antes en los demás.» Siempre había tenido espacio más que suficiente en su corazón para cualquier niño que entrara en su casa.

Como si le hubiera leído el pensamiento, se llevó la mano al pecho y se lo frotó suavemente.

—Además, no hay nada como los niños para rejuvenecer el corazón.

Roman puso los ojos en blanco.

—Si descansas más conseguirás el mismo efecto, así que después de la lectura, espero verte en casa y en la cama. —No pensaba responder a la indirecta sobre los niños. No cuando estaba a punto de embarcarse en la búsqueda de una madre para sus hijos—. ¿Has acabado el monólogo? —preguntó cortésmente.

Raina asintió.

—No pensaba discutir. Sólo quería saber si podía prepararte el desayuno. No me gustaría que te cansaras antes de realizar tu labor de voluntaria.

Raina esbozó por fin una sonrisa. Considerando que tenía más de sesenta años, su cutis poseía un brillo que muchas mujeres envidiaban, y no tenía las líneas de expresión tan marcadas como otras muchas mujeres de su edad. De repente le embargó el temor a perderla. Se puso en pie de nuevo y le tendió los brazos.

—Te quiero, mamá. Y no vuelvas a darme un susto como ése.

Raina se levantó y lo abrazó con fuerza y seguridad. Aquélla era su madre, la mujer que lo había criado y, aunque hablaban sólo de vez en cuando debido a las diferencias horarias, él la adoraba. No se imaginaba su vida sin ella.

—Quiero que vivas mucho, mucho tiempo.

—Yo también —dijo ella.

—No te limpies la nariz en mi camisa. —Las lágrimas femeninas lo incomodaban, y quería volver a ver a su madre vivaracha y fuerte—. La doctora dijo que si te cuidas no habrá ningún problema, ¿entendido? Nada de estrés ni de exigirte demasiado.

Ella asintió.

—Supongo que leer no tiene nada de malo. ¿Te llevo en coche al centro?

—Chase va a venir a recogerme.

—¿Cómo volverás a casa?

—Eric me traerá después del almuerzo.

—¿Qué tal está el doctor Fallon? —preguntó Roman.

—Bien. Cuidando de mí igual que vosotros, chicos. —Retrocedió, se secó los ojos con una servilleta de papel que cogió de la mesa y, aunque no lo miró fijamente, volvía a ser su tranquila madre.

—¿Te apetece un *bagel* y una taza de café descafeinado? —preguntó

Roman.

—No me malcríes. Cuando te marches estaré perdida.

Él sonrió.

—No sé por qué pero lo dudo. Eres la mujer más fuerte que conozco.

Raina rió.

—Y que no se te olvide.

Al cabo de una hora, Roman salió de casa para ir caminando hasta el pueblo, agradecido de que la conversación matutina con su madre sólo hubiera incluido cotilleos y nada más sobre niños. Sabía qué tenía que hacer y ni quería ni necesitaba que se lo recordaran.

La misión que le esperaba no sería nada fácil. A las mujeres del pueblo las educaban para ser esposas y madres, trabajadoras o amas de casa, daba igual. Lo que ponía nervioso a Roman era la parte de esposa, y hacía que se preguntara cómo demonios iba a encontrar a alguna dispuesta a aceptar sus necesidades. Necesitaba a una mujer poco convencional que aceptara sus ausencias y se planteó si era posible encontrar a alguien así en Yorkshire Falls.

Siempre existía la posibilidad de elegir a una mujer más cosmopolita, que comprendiera mejor las necesidades de Roman. Tendría que consultar su PalmPilot cuando volviera a casa, pero le vinieron a la mente unas cuantas a las que había conocido en sus viajes y con las que había intimado en el pasado, como por ejemplo Cynthia Hartwick, una heredera inglesa. Pero Roman en seguida negó con la cabeza. Contrataría niñeras para cuidar de sus hijos y Roman quería que los niños que él tuviera se criaran con el amor de una madre cariñosa.

Yvette Gauthier siempre le había gustado, era una guapa pelirroja muy vivaracha capaz de hacer que un hombre se sintiera como un dios. Acto seguido, justo cuando recordaba que ese rasgo de su personalidad casi lo había hecho sucumbir, cayó en la cuenta de que había empezado a trabajar como azafata de vuelo, lo cual significaba que no estaría en casa si su hijo se caía y se hacía una herida o si necesitaba ayuda con los deberes. Raina siempre había estado disponible para sus chicos. Aunque a Roman no le importaba que su esposa trabajara, era impensable que ambos progenitores lo hicieran lejos del hogar.

Su madre no miraría con buenos ojos a ninguna de esas dos mujeres. Se rió al pensar en la reacción de Raina ante la fría inglesa o la sensual tigresa francesa. Su madre era el quid de la cuestión, ella era la que quería nietos, así

que la mujer tendría que vivir o estar dispuesta a instalarse en Yorkshire Falls.

Menudas mujeres había conocido por ahí, pensó Roman con ironía. En cierto modo se sintió aliviado. No se imaginaba casado con ninguna de ellas.

El sol le daba de lleno en la dolorida cabeza. Sin duda alguna todavía no estaba de humor para ver a nadie. No hasta que ingiriera un poco de cafeína, pero su soledad quedó truncada cuando se acercaba al pueblo. Una voz aguda lo llamó y, al volverse, vio a Pearl Robinson, una anciana a la que conocía desde siempre, corriendo hacia él vestida con una bata de estar por casa y con el mismo moño de pelo cano con el que siempre la había visto.

—¡Roman Chandler! Hay que ver tu madre, ¡mira qué no decirme que estabas en el pueblo! De todos modos, tiene más cosas en que pensar aparte de los cotilleos. ¿Cómo se encuentra? He preparado una bandeja de bizcocho de chocolate y nueces para llevárselo esta tarde. ¿Le apetecerá que le haga compañía?

Roman se rió de las divagaciones de Pearl. Era una mujer encantadora, inofensiva si a uno no le importaban el parloteo y la curiosidad y, tras haber pasado tanto tiempo fuera, Roman se sorprendió de que no le importaran.

—Mamá está bien, Pearl, gracias por preguntar. Y estoy convencido de que hoy le encantará tener visita. —Dio un abrazo rápido a la anciana—. ¿Qué tal estás, y cómo está Eldin? ¿Todavía pinta?

Para ser una pareja mayor, Pearl Robinson y Eldin Wingate tenían un planteamiento de vida poco convencional. No estaban casados, pero compartían una vieja casa propiedad de Crystal Sutton, otra amiga de Raina, que había tenido que irse a una residencia geriátrica hacía más o menos un año.

—Eldin sigue pintando, aunque no es precisamente Picasso. Pero está bien y sano, toco madera. —Y se golpeteó la cabeza con el puño—. Aunque a veces la espalda le juega malas pasadas y todavía no me puede entrar en casa en brazos. Por eso seguimos viviendo en pecado —dijo, empleando su frase preferida para describir su relación.

A Pearl le encantaba proclamar su situación a quienquiera que estuviera dispuesto a escuchar, y tantas veces como fuera posible en el transcurso de una conversación. Era obvio que esa idiosincrasia no había cambiado. Pero la reacción de Roman ante ella sí. En vez de molestarse por su fijación personal, se dio cuenta de que había echado de menos su pueblo y las distintas personas que lo habitaban.

Incluso la tranquilidad de su paseo matutino suponía un cambio

reconfortante con respecto a su ajetreada vida diaria. Sin embargo, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que el aburrimiento y la reclusión que había sentido en su juventud surgieran de nuevo a la superficie y lo embargaran? ¿Cuánto duraría su disfrute cuando estuviera amarrado? Se estremeció al pensar en su destino inminente.

—¿Te sientes mal? —Pearl le puso la mano en la frente—. No puede ser que tengas frío con el día tan bueno que hace. A lo mejor tu madre debería cuidarte a ti en vez de al revés...

Roman parpadeó y se dio cuenta de que se había quedado absorto en sus pensamientos.

—Estoy bien, de verdad.

—Bueno, te dejo marcharte. Yo sólo voy al banco y luego a casa. Más tarde ya pasaré a ver a tu madre.

—Saluda a Eldin de mi parte.

Pearl se dirigió al banco de la calle principal y Roman aceleró la marcha. La mayor parte del pueblo no había cambiado, pero lo que le interesaba eran las cosas nuevas y distintas, y se dirigió directamente a la tienda de Charlotte. Estaba claro que era una mujer que siempre le atraía, por mucho que ella intentara apartarlo.

Aunque eran opuestos e incompatibles, ella le tentaba. Por desgracia, no cumplía el requisito más importante: estar dispuesta a aceptar los viajes de él. Sentía un fuerte deseo de asaltar la tienda y las defensas de ella, pero la realidad prevaleció. Todo contacto entre ellos no haría sino herirlos todavía más.

Resignado, se dio la vuelta y se encontró con Rick en el mismo sitio donde estaba la noche anterior, observándole con expresión especulativa.

—¿Patrullando otra vez? —preguntó Roman.

—Estoy buscando a sospechosos como tú —rió Rick.

Roman dejó escapar un gemido y se frotó los ojos.

—No empieces.

Rick lo miró con cautela.

—Veo que esta mañana estás susceptible.

Roman no lo había estado hasta que Rick empezó a pincharle.

—Más tarde, hermano. Necesito un café.

—Ah, sí. Para que te ayude a despertarte y empezar así la búsqueda de esposa.

Al oír las palabras de Rick, a Roman le dolió todavía más la cabeza.

—Buena suerte. —Rick pasó por su lado en dirección a la tienda de lencería.

—¿Qué te trae por aquí?

Rick se volvió sin atisbo de diversión en la mirada.

—Trabajo.

—El ladrón de bragas.

Asintió pero no dijo nada más. No hacía falta. Ya le había dado más información a Roman de la que debía, toda ella de forma extraoficial. Alguien entraba por la fuerza en casa de las clientas de la tienda y robaba una marca concreta de bragas. Rick imaginó que Charlotte podría proporcionar datos relevantes que la policía necesitaba para su investigación.

—¿Quieres venir conmigo? —sugirió Rick.

Roman intentó discernir si Rick se estaba divirtiendo a su costa. Al fin y al cabo, se trataba del hermano que, de adolescentes, respondía al teléfono por él y aceptaba citas a ciegas en su nombre. Pero Rick estaba a la espera, sin atisbo de sonrisa.

Roman calibró sus opciones. No tenía ninguna. La mujer de sus sueños estaba allí dentro. Roman dedicó una mirada de agradecimiento a su hermano mediano. Aunque la intuición y el instinto de conservación le decían que se mantuviera al margen, la curiosidad le empujó al interior.

Al igual que su deseo de ver a Charlotte una vez más, reconoció.

Al oír las campanillas de la puerta, Charlotte dejó de doblar ropa interior de encaje azul lavanda. Alzó la mirada y vio al agente Rick Chandler entrando en la tienda.

Le dedicó un saludo amistoso, pero la mano se le quedó petrificada en el aire al ver que Roman iba detrás de él. Se humedeció los labios secos mientras los observaba recorrer su tienda para mujeres.

Cuando se los veía juntos, el contraste entre los hermanos quedaba muy claro. Los tres hombres Chandler eran guapísimos, pero por muy apuesto que fuera Rick, no ejercía el mismo efecto devastador en ella que Roman. Desde que Charlotte había vuelto al pueblo, Rick y ella se habían hecho buenos amigos, nada más. Incluso Chase, que se parecía físicamente a Roman, no llegaba a un nivel tan elevado en la escala de Richter como Roman.

Charlotte negó con la cabeza y luego movió los brazos, los dedos de las manos y los de los pies.

—Tranquila —se dijo en voz baja. Roman siempre había sido perspicaz, y no quería que pensara que sus nervios tenían que ver con él. La noche anterior ya le había demostrado lo muy engreído que era, y no necesitaba que le subieran más la moral.

—Hola, Charlotte. —Rick se acercó a ella haciendo caso omiso de las bragas que había por todas partes y apoyó un codo en el mostrador, tan tranquilo y confiado como si estuviera rodeado de pelotas y guantes de béisbol en la tienda de deportes que había en la misma calle.

Roman se situó a su lado y la devoró de una sola mirada cargada de erotismo.

—Hola, agente —respondió ella, y consiguió hacer un guiño destinado a ambos hombres—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Vienes a ver las últimas novedades en tangas? —Soltó la broma que siempre utilizaba con Rick intentando aparentar normalidad.

Rick se rió.

—No hasta que hagas de modelo para mí.

Ella soltó una carcajada.

—Ni lo sueñes.

Roman carraspeó para recordarles que él también estaba presente. Como sí a ella fuera a olvidársele.

—Venga ya, Roman. Ya debes de saber que a tu hermano le gustan todas las mujeres. Si fuera legal tendría un harén, ¿verdad, Rick?

Rick se limitó a contestar con una risa ahogada.

—¿Podemos ir al grano? —dijo Roman.

—Asuntos policiales, desgraciadamente. —De repente Rick adoptó una actitud seria.

A Charlotte no le gustó el tono solemne de su voz.

—¿Por qué no nos sentamos? —Los condujo hacia los enormes sillones de terciopelo estilo reina Ana situados cerca del probador.

Los dos hombres resultaban conspicuos en aquel entorno femenino y recargado. Charlotte observó a Roman. Pensó que ejemplificaba el magnetismo de los hermanos Chandler. Todas las mujeres notaban su presencia cuando estaban cerca de él.

Roman se quedó de pie mientras Rick se sentaba con las manos juntas entre las piernas, con aspecto de ser un hombre que escondía un secreto.

—¿Qué sucede? —inquirió ella.

Los hermanos intercambiaron una mirada. El sonido de la radio policial de Rick rompió el silencio. Dedicó a Charlotte una mirada de pesar.

—Disculpa.

Mientras cogía el receptor, sujeto a su cinturón, y hablaba de asuntos policiales, Roman no apartó su penetrante mirada de Charlotte.

Rick alzó la vista.

—Lo siento. Se ha producido un altercado en el colmado y necesitan refuerzos.

Charlotte le hizo una seña de despedida con la mano.

—Ve tranquilo. —«Y llévate a tu hermano», suplicó en silencio.

—Roman, ¿puedes informarle del caso? Tiene que estar al corriente de lo que pasa. —Rick hizo trizas sus esperanzas.

Roman asintió.

—Será un placer —afirmó con voz sensual.

Charlotte se estremeció ante la situación. Maldito fuera por el efecto que tenía sobre ella, pensó; pero para cuando Rick se hubo marchado y ella y Roman se quedaron solos en la trastienda, Charlotte esperó haber controlado su expresión y adoptado una cortés máscara de amistad. Dado que Beth estaba fuera y que había poca actividad en la tienda, nadie iba a interrumpirlos, sería mejor para ella que dejara la atracción en segundo plano.

—Si tal cosa fuera posible —farfulló.

—¿El qué fuera posible? —preguntó Roman.

Ella negó con la cabeza antes de tragar saliva con fuerza.

—Nada. ¿Habéis venido por lo del ladrón?

Roman asintió.

—Tiene que ver con tu mercancía. —Se apoyó en la pared que había al lado de ella.

—¿Con qué artículos? —Rick no le había concretado nada en su última visita.

Roman tosió y se sonrojó antes de responder.

—Bragas de señora.

Charlotte sonrió.

—Vaya, quién lo iba a decir, hay un tema capaz de sonrojar a un Chandler. —Esa manifestación de vergüenza le permitió ver un aspecto más vulnerable de Roman, quien solía mostrarse seguro en circunstancias normales. Se sintió agradecida por el privilegio, y una parte traicionera de su

corazón se abrió para él.

—Hablo en serio —dijo Roman, ajeno al efecto que su vergüenza había tenido en ella.

Charlotte tenía que esforzarse por que la situación no cambiara.

—Parece ser que el hombre es una especie de fetichista.

Fetichismo de bragas. Charlotte negó con la cabeza con ironía antes de asimilar las palabras de Roman.

—Has dicho que el hombre es fetichista. ¿Por qué dar por supuesto que se trata de un hombre? ¿La policía cree que es un hombre?

—Tendrás que hablar con Rick sobre eso.

Charlotte asintió al tiempo que seguía pensando sobre el tema.

—Supongo que eres consciente de que los bienes robados sólo puede llevarlos una mujer sin que nadie se dé cuenta. A no ser, claro está, que el hombre esté muy mal dotado. —Advirtió la expresión divertida de Roman.

—No seas mala, Charlotte.

Su sonrisa la inundó de calidez y sintió una especie de cosquilleo.

—¿Y qué marca de bragas? Vendo docenas de ellas.

—Bueno, Rick es quien sabe los detalles, pero mencionó las de encaje del escaparate. Me dijo que estaban hechas a mano. ¿Es verdad?

Las hacía ella. Sus prendas eran exclusivas, modernas, personales, y no tenían por objeto convertirse en motivo de obsesión o burla de un perverso. Tenía sus razones para seguir dedicándose a la afición que se había convertido en un elemento imprescindible de su negocio, pero Charlotte no se imaginaba revelándole secretos personales a Roman, cuando mantener las distancias parecía la vía más segura y los detalles relacionados con esas prendas podían desembocar en un campo de minas emocional.

Su afición de hacer encaje de ganchillo era una vía de entrada a su alma, y hablar del tema supondría revelar su dolor y decepción más profundos. Porque entre otras cosas, su madre le había enseñado a hacer ganchillo. Eran actividades que Annie practicaba como vía de escape, después de que el padre de Charlotte las dejó para buscar fortuna cuando ella tenía nueve años. Hollywood le esperaba, dijo una mañana, y se marchó, aunque volvía a intervalos irregulares. Su costumbre de llegar y volver a desaparecer rápidamente se había convertido en una característica de su vida. Se trataba de un rasgo que Charlotte siempre había temido que se repitiera con Roman, tan fuerte era el magnetismo que ejercía sobre ella.

Él carraspeó y Charlotte pareció despertar.

—Sé de qué marca son —dijo ella por fin—. ¿Qué puedo hacer para ayudar a la policía?

—Por ahora, Rick sólo quiere que estés más informada. Seguro que se pondrá en contacto contigo para decirte lo que necesita.

Ella asintió. Para romper el silencio que siguió, Charlotte buscó un tema de conversación neutro.

—¿Qué tal está tu madre?

Roman suavizó la expresión.

—Tirando. Puede realizar alguna actividad al día, luego vuelve a casa a descansar. Me siento mejor habiéndola visto con mis propios ojos. La llamada de Chase me dio un susto de muerte.

Charlotte tenía ganas de acogerlo en su corazón, y su deseo de ayudarle a superar su temor y su angustia era fuerte y abrumador. Pero no podía permitirse el lujo de conectar con él en un plano más profundo del que ya habían conectado.

—¿Cuándo llegaste al pueblo? —preguntó.

—El sábado por la mañana, a primera hora.

Y a Raina la habían llevado a urgencias el viernes por la noche. Charlotte admiraba la fuerte vena protectora de Roman, rasgo compartido por todos los hermanos cuando se trataba de su querida madre. Aunque una parte de Charlotte ansiaba ese cariño también para ella, sabía que aunque se lo diera no duraría.

Él suspiró profundamente antes de acercarse más a Charlotte. Poderoso y seguro, se situó a su lado. El corazón le latía más rápido en el pecho y el pulso se le iba acelerando. El calor corporal de Roman la rodeó junto con una oleada de calidez y emoción que iba más allá del mero deseo. El hombre tenía recovecos ocultos y la bondad innata propia de su familia. Podía darle todo lo que deseaba menos él para siempre, pensó Charlotte entristecida.

Él alargó la mano y le levantó el mentón para obligarla a mirarlo.

—Ten cuidado. Afrontémoslo, Rick no sabe a ciencia cierta si se trata de un incidente excepcional o si es obra de algún chiflado peligroso.

Charlotte sintió un escalofrío.

—No me pasará nada.

—Ya me aseguraré yo de eso. —Su voz ronca destilaba el cariño que ella deseaba y se le hizo un nudo en la garganta.

—Una cosa más —añadió—. Rick quiere que todo esto se mantenga en

secreto. La policía no desea que cunda el pánico en el pueblo ni que los rumores sobre el ladrón se propaguen como la pólvora.

—Como si aquí pudieran controlarse los cotilleos. —Hizo una mueca—. Pero yo no diré esta boca es mía.

Charlotte lo acompañó a la puerta, debatiéndose entre el deseo de que se quedara y la necesidad lógica de verle marcharse. Él la miró de hito en hito una última vez antes de dejar que la puerta se cerrara tras de sí. Charlotte tenía las palmas húmedas y el pulso acelerado, y no era por culpa del ladrón.

Al volver a la ropa interior de color lavanda que había dejado en el mostrador, repasó la realidad mentalmente. Era imposible que en la faz de la tierra existieran dos personas más distintas que ella y Roman. Él prosperaba gracias a la transitoriedad y los desafíos, ella necesitaba permanencia y el bienestar de la rutina. Incluso su breve estancia en Nueva York, por emocionante que hubiera sido, se debió a la escuela de moda y el aprendizaje, y regresó a Yorkshire Falls en cuanto le fue posible. Roman, en cambio, había convertido el estar lejos de allí en el objetivo de su vida.

Había roto con él en el pasado porque su ansia de marcharse de Yorkshire Falls la había convencido de que no le ofrecería más que dolor. Nada de lo que él había hecho en la vida desde entonces le indicaba que hubiera cambiado. Agarró las bragas con fuerza deseando de todo corazón que las cosas entre ellos pudieran ser distintas, pero aceptando la realidad como sólo podía hacerlo alguien que viviese en ella.

Tanto en el pasado como en la actualidad, su único consuelo era el hecho de que no le quedaba otra opción. Había hecho lo correcto. No quería repetir la vida de su madre, viviendo en un limbo hasta que su hombre volvía y se dignaba dedicarle un poco de atención bajo sus propias condiciones, para volver a desaparecer al cabo de poco.

No podía permitirse el lujo de reconocer lo mucho que Roman la excitaba ni admitir la verdad que se ocultaba en lo más profundo de su corazón: que tanto su osada personalidad como su estilo de vida la atraían. Y así, había silenciado la parte de ella que deseaba a Roman Chandler y el germen de insatisfacción que crecía en su alma.

Incluso ahora.



Capítulo 4

La brisa primaveral que flotaba en el ambiente matutino y aportaba una calidez inusual a Yorkshire Falls llenaba los pulmones de Raina con un aire increíblemente dulce y fresco. Tan fresco como sus hijos cuando eran adolescentes, pensó con ironía.

Salió de Norman's, recorrió la calle principal y se dirigió al montículo cubierto de hierba del centro del pueblo que tenía un mirador en la esquina. Iba a reunirse con Eric en su hora del almuerzo, antes de que tuviera que volver a la consulta para las visitas de la tarde. Aunque era él quien la había invitado, ella había elegido el lugar y comprado la comida. ¿Quién podía resistirse a un picnic al aire libre? Había comprado unos deliciosos sándwiches de pollo asado.

Al llegar, se detuvo de repente, sorprendida de ver allí a Charlotte Bronson y Samson Humphrey, el hombre pato, como lo llamaban los niños del pueblo. Samson vivía en las afueras, en una casa desvencijada de su familia que había pasado de generación en generación. Raina no tenía ni idea de qué vivía o a qué dedicaba el tiempo aparte de sentarse en el parque y dar de comer a los patos, pero era un personaje habitual del pueblo y en concreto de aquel lugar.

Se acercó a ellos.

—Hola, Charlotte. Samson. —Les sonrió a los dos.

—Hola, Raina. —Charlotte inclinó la cabeza—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. —Como Samson guardaba silencio, Raina insistió—. Qué buen día hace. Perfecto para dar de comer a los patos.

—Ya te he dicho que me llamo Sam —refunfuñó con voz apenas audible—. ¿No eres capaz de recordar una puñetera cosa?

—Está gruñón porque todavía no ha comido, ¿verdad, Sam? —dijo Charlotte.

Raina se rió a sabiendas de que siempre estaba gruñón. Charlotte era experta en templar los ánimos más ariscos.

—¿Y tú qué sabes? —dijo él.

Raina pensó que probablemente Charlotte tuviera razón. De hecho, había traído un sándwich de más para él por si acaso.

—Bueno, sí sé que perro ladrador, poco mordedor —dijo Charlotte—. Toma esto. —Y le tendió una bolsa de papel marrón, con lo que se adelantó a la buena obra de Raina.

Desde la época en que Roman se había enamorado de Charlotte en el instituto, Raina sabía que la chica tenía un corazón de oro. Recordaba que habían tenido una cita y que su hijo estuvo de un humor de perros al día siguiente. Entre Roman y Charlotte había habido algo más que una cita nefasta. Raina lo supo entonces y lo sabía ahora. Igual que sabía que Charlotte Bronson y su buen corazón eran perfectos para su hijo pequeño.

—Venga, Sam, tómalo —insistió Charlotte.

Él agarró la bolsa y farfulló un «gracias» apenas audible. Quitó el papel de plata rápidamente y dio un primer bocado enorme.

—Lo habría preferido con mostaza.

Raina y Charlotte se echaron a reír.

—Norman se niega a ponerle mostaza al pollo asado, y de nada —dijo Charlotte.

Raina pensó que era obvio que el condimento del sándwich no importaba, porque Sam se zampó la mitad en dos bocados.

—Tengo que volver al trabajo. —Charlotte se despidió de Raina, luego de Sam y se dispuso a regresar a la tienda.

—Buena chica —dijo Raina.

—Tendría que ser más sensata y no perder el tiempo conmigo —musitó él.

Raina negó con la cabeza.

—Eso no hace más que demostrar su buen gusto. Bueno, que aproveche. —Raina siguió caminando y se sentó en el extremo opuesto del banco del mirador.

Sabía que no tenía sentido sentarse con Sam. Llegado el momento, él se levantaría y se marcharía, como hacía siempre. Era un hombre solitario y antisocial. Los niños pequeños le temían y los jóvenes se burlaban de él, mientras que el resto del pueblo en general no le hacía caso. Pero Raina siempre se había compadecido de Sam y le caía bien a pesar del caparazón bronco. Cuando se compraba algo de comer en Norman's, siempre añadía algo para Samson. Era obvio que Charlotte compartía sus sentimientos. Era algo que Raina y la joven tenían en común, aparte de Roman.

—Tendría que haber sabido que llegarías antes que yo —dijo una voz masculina conocida.

—Eric. —Raina se levantó para saludar a su amigo. El doctor Eric Fallón y Raina habían crecido en la misma calle de Yorkshire Falls. Eran amigos mientras ambos estaban casados y siguieron siéndolo una vez fallecidos sus respectivos cónyuges, la esposa de Eric mucho después de que Raina perdió a John.

—Más te vale no haber venido caminando hasta aquí o conducido por el pueblo a más velocidad de la permitida. Con indigestión o sin ella, debes ser precavida. —El cejo se le frunció en una mueca de preocupación.

Raina no quería que se preocupara por ella, pero tenía otra cuestión más apremiante de la que ocuparse antes. Debía recordarle a su querido amigo la ética médica antes de que, sin querer, se le escapara delante de sus hijos que no había sufrido más que un ardor de estómago más intenso de lo normal.

—Chase me ha traído y supongo que has repasado mi historial o te has enterado de mi visita al hospital por los chismorreos.

—Me lo tendrías que haber dicho tú cuando te he llamado esta mañana.

—Si todos tus amigos te molestaran con sus problemas de salud en cuanto vuelves de las vacaciones, regresarías corriendo a México.

Él exhaló un suspiro mientras se pasaba una mano por el pelo entrecano.

—Tú no eres una amiga cualquiera. ¿Cuándo te vas a dar cuenta? —La miró fijamente con sus oscuros ojos.

Raina le dio una palmadita en la mano.

—Eres un buen hombre.

Él le cubrió la mano con la suya, bronceada y curtida, y su tacto le pareció sorprendentemente cálido y tierno.

Estremecida, cambió de tema.

—Supongo que te has enterado de que Roman ha vuelto al pueblo.

Eric asintió.

—Ahora dime por qué también me he enterado de que tus hijos van de puntillas a tu alrededor por temor a que te rompas. Por qué Roman se ha pedido un permiso laboral. Y por qué cuando no estás por el pueblo, estás en casa «haciendo reposo» por prescripción médica. Porque sé perfectamente que Leslie no te dijo nada de que descansases más. Que tomaras Maalox, puede ser.

Raina echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien la salvaba del sermón, pero no había ningún caballero blanco a la vista, ni siquiera Samson,

que se había levantado del banco y se dedicaba a arrancar la maleza de los parterres.

—Eric, ¿qué edad tienen los chicos? La edad de estar casados —dijo sin esperar a que él respondiera—. Edad suficiente para tener hijos.

—O sea que eso es lo que te preocupa. ¿Quieres nietos?

Raina asintió. Le costaba hablar, reconocer la verdad sin dejar traslucir el vacío creciente que sentía, tanto en su vida como en su corazón.

—Los chicos se casarán cuando estén preparados para ello, Raina.

—¿Qué tiene de malo acelerar el proceso? Sabe Dios qué Rick necesita darse cuenta de que el hecho de que una mujer le hiciera daño no significa que todas las demás vayan a hacer lo mismo. Y luego está Roman..

—Perdona pero no te entiendo —la interrumpió Eric—. ¿Qué tiene que ver que finjas estar enferma con tu deseo de ver a tus hijos establecidos y con descendencia?

Ella levantó los ojos al cielo. Necesitaba la ayuda de Dios para tratar con hombres obtusos y tenía la impresión de estar rodeada de ellos.

—Mis hijos nunca me negarían mi deseo más profundo, algo que por otra parte también llenaría sus vidas, si no pensarán que... —Arrugó la nariz y se encogió de temor, vacilante.

—¿Tu vida corre peligro? —Ante el asentimiento de cabeza apenas perceptible de Raina, Eric se puso en pie—. Cielo santo, mujer, ¿cómo se te ocurre hacerles eso a tus hijos?

—Lo hago por ellos. Siéntate, estás montando un numerito. —Raina le tiró de la manga y él obedeció.

—Eso está mal.

Raina hizo caso omiso de la punzada de culpabilidad. Bueno, era más que una punzada, pero si su plan surtía efecto, nadie resultaría dañado y todos saldrían beneficiados.

—No me puedes descubrir.

—Los chicos te quieren mucho. Dame una buena razón para no decírselo.

—Tu juramento hipocrático. —Se cruzó de brazos—. ¿Es necesario que te lo recite? Porque me lo sé. Verso a verso —añadió por si acaso.

—No lo dudo —repuso él con los dientes apretados.

—Siglo quinto antes de Cristo. Juro por Apolo, el médico...

—Tú ganas, Raina, pero esto no me gusta.

—Ya lo sé. —En circunstancias normales le encantaba batallar con él, y

al aprenderse el pasaje de memoria había querido impresionarlo con sus conocimientos, pero la victoria no era tan dulce—. Los chicos no saben lo que se están perdiendo en la vida. ¿Qué hay de malo en querer enseñárselo? Tú tienes dos nietas preciosas y ambas viven en Saratoga Springs, a menos de veinte minutos de aquí. Seguro que no te imaginas la vida sin ellas. Estoy convencida de que estarías angustiado si tus hijas no estuvieran todavía establecidas.

—No sé qué decirte porque las dos están casadas y tienen hijos. Pero dudo que les hiciera seguir ese camino en la vida a ciegas. Lo que me desagrada son tus métodos, no tus sentimientos. Y hay otra cosa.

Él empezó a desplazar el pulgar por la mano de ella, y por primera vez Raina se dio cuenta de que seguía cogiéndosela con fuerza. Tragó saliva.

—¿De qué se trata?

—Hace demasiado tiempo que estás sola. Hay estudios que ponen de manifiesto que las viudas, las mujeres con maridos adictos al trabajo y las que no tienen intereses personales desarrollan más tendencias a entrometerse en la vida de sus hijos.

Había muchas cosas en la vida que Raina odiaba. Una de ellas era que la trataran con condescendencia.

—Yo tengo intereses fuera de casa. Además, hago *footing* todas las mañanas o corro en la cinta que tengo en el sótano.

El arqueó una ceja.

—¿Sigues haciendo *footing* ahora que estás mal del corazón?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando estoy segura de que no me pillarán, y no ha sido fácil, créeme. Los chicos son muy listos y, como son tres, da la impresión de que están en todas partes. El sótano es mi único refugio, pero ésa no es la cuestión. También soy voluntaria en el hospital —dijo, intentando convencerle de que tenía intereses saludables fuera de casa.

Él frunció el cejo.

—En la sala de pediatría. Para esos niños eres como un precioso regalo, pero por lo que a ti respecta, es una extensión de la misma obsesión. Entrometerte en la vida de tus hijos no es saludable.

Raina se encogió de hombros, pero el corazón le palpitaba dolorosamente en el pecho y se le formó un nudo en la garganta.

—No estoy obsesionada y no me entrometo. Estoy exagerando la verdad para que mis hijos amplíen sus horizontes. Eso es todo.

—Digamos que en ese tema estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, pero con respecto a ti, ha llegado la hora de que te hable claro, y no sólo como tu médico.

Raina no estaba segura de por qué, pero la adrenalina le subió como no lo había hecho en años. Notó un cosquilleo en la boca del estómago.

—Podría citarte otros estudios, pero ¿sabes que la relación emocional y física con otro ser humano es una parte esencial de la vida?

—Yo tengo relaciones —le dijo—. Con mis hijos, mis amigos, contigo..., con toda la gente del pueblo.

—No me refiero a las amistades, Raina.

Ella lo miró de hito en hito y por primera vez lo observó con detenimiento. Lo miró de verdad, no sólo como amigo sino como hombre. Un hombre atractivo, atento y apetecible.

Había envejecido bien, el pelo entrecano le otorgaba un aspecto distinguido, no de viejo. Estaba bronceado y curtido, como un desafío a la vejez y las arrugas. Y había mantenido el tipo; si bien carecía de la firmeza de la juventud, seguía conservando la apariencia de un hombre viril.

Se preguntó qué vería él cuando la miraba y se sorprendió al darse cuenta de que eso le importaba. Aquella conversación tenía un trasfondo personal y sensual que nunca había imaginado en boca de Eric. Se preguntó si estaba equivocada. Era demasiado mayor para pensar que los hombres la miraban con algún tipo de interés verdadero. Ya no. No desde John.

Pero ¿acaso no acababa ella de hacer una valoración de Eric de carácter íntimo? Aunque le costaba atreverse a pensarlo... Azorada, cerró las manos en un puño y él por fin la soltó.

—Tengo pacientes a las dos. Creo que deberíamos comer.

Raina asintió agradecida e introdujo la mano en la bolsa de picnic que había comprado en Norman's.

—Bueno, cuéntame qué otros proyectos tienes en mente —dijo Eric en cuanto empezó a comer.

—Has oído hablar de la noche del bridge, ¿verdad? —Una noche al mes, mientras jugaban a cartas, Raina intentaba convencer a las mujeres de que compraran en la tienda de Charlotte. Ella la llamaba «la noche de las señoras».

Él se rió.

—Por supuesto que he oído hablar de ello. Te has propuesto ayudar a que Charlotte tenga éxito. —Señaló hacia el otro lado, donde estaba el Desván de

Charlotte.

Raina se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Esa chica siempre me ha caído bien.

—Ya estás otra vez entrometiéndote —dijo Eric entre dos bocados. Raina frunció el cejo y le habría replicado, pero él suavizó sus palabras con una sonrisa admirable—. Ven conmigo al baile de San Patricio el viernes por la noche.

Nunca antes le había pedido que salieran juntos. Nunca se había ofrecido a acompañarla a ningún sitio a no ser que fueran en grupo. La niñera de la viuda, decía, y a nadie le había parecido mal. Hacía tres años que la mujer de Eric había muerto y él se había volcado en el trabajo, así que su invitación la sorprendió.

—Me gustaría, pero los chicos irían y...

—¿Podrían pensar que estás sana, Dios no lo quiera?

Se ruborizó.

—Algo así.

—Entonces tendré que recetarte una noche fuera.

A Eric le brillaban los ojos y ella tuvo que reconocer que estaba tentada. No sólo por su oferta, sino por él.

—¿Quién va a hacer de niñera esta vez? —Necesitaba una aclaración. ¿Iba a salir con él como una cita o su única intención era sacar a una vieja amiga de casa?

Él la miró fijamente y declaró:

—Nadie hará de niñera. Vamos a salir juntos.

—Será un placer. —Volvió a notar un cosquilleo en el estómago, y esta vez, Raina no sólo reconoció la intensa sensación, sino que la recibió con los brazos abiertos.

Tres días después de que Roman visitó la tienda, Charlotte seguía sin poder quitárselo de la cabeza. En sueños sabía que no debía sucumbir, pero durante el día, en cuanto oía las campanillas de la puerta, el estómago se le encogía ante la posibilidad de que fuera él. Si sonaba el teléfono, se le aceleraba el pulso al pensar que quizá oyera su voz al otro lado de la línea.

—Patético —farfulló. Tenía que dejar de pensar en Roman. Aparcó en batería junto a la acera de enfrente de casa de su madre. Visitar a Annie era un

ritual semanal. Cuando Charlotte regresó al pueblo, ya llevaba demasiado tiempo emancipada como para volver a vivir con ella y, además, no quería caer en la depresión y la frustración producidas al ver sus esperanzas y sueños irracionales. Pero se negó a dejar que esa vez su madre se deprimiera. Estaba decidida a estar de buen humor para acompañar el buen día que hacía. El sol brillaba en un despejado cielo azul y la alteración propia de la primavera hacía que se sintiera flotando. Y seguiría sintiéndose así si no pensara que esa noche estaría en la sala de baile del ayuntamiento, inhalando el olor de carne en conserva y escuchando los cotilleos del pueblo, en vez de estar disfrutando de una cita con Roman Chandler. Pero las chicas tenían que tomar decisiones sensatas y ella había tomado las suyas.

Charlotte llamó al timbre. No quería usar su llave y asustar a su madre, o hacerle pensar que Russell había vuelto. Annie nunca había cambiado las cerraduras y nunca las cambiaría. Vivía constantemente en el limbo.

Al final, su madre abrió la puerta de la vieja casa de par en par, vestida con una bata.

—¡Charlotte!

—Buenos días, mamá. —Dio un fuerte abrazo a su madre antes de entrar.

El aire de la casa se notaba viciado, como si no hubiera abierto las ventanas para disfrutar de la llegada temprana del ambiente primaveral, y daba la impresión de que tuviera intenciones de pasar su día de fiesta encerrada en casa. Para variar.

—¿No tendrías que estar en la tienda? —preguntó Annie.

Charlotte consultó la hora.

—Sí, pero Beth puede abrir por mí. De hecho, Beth puede encargarse de todo hasta más tarde. —A Charlotte se le ocurrió una idea. Hacía tiempo que quería tomarse un día libre y ahora tenía un plan perfecto para las dos—. Vístete —le dijo a su madre—. Vamos a pasar la mañana juntas. —Mientras hablaba, empujó a su madre escaleras arriba hasta su dormitorio—. Seguro que Lu Anne nos puede peinar y hacer la manicura. Compraremos ropa para el baile de San Patricio de esta noche y luego iremos a comer a Norman's. Invito yo.

Su madre echó un vistazo a la habitación ensombrecida.

—Bueno, no pensaba salir esta noche, y lo de salir ahora... —No terminó la frase.

—Nada de excusas. —Charlotte subió las persianas para que entrara la luz—. Vamos a pasarlo bien. —Se cruzó de brazos—. Y no voy a aceptar un

no como respuesta, así que vístete.

Mientras Charlotte se preguntaba qué habría hecho si Roman la tomara por asalto de ese modo, su madre parpadeó y, para su sorpresa, obedeció sin rechistar. Media hora más tarde, estaban sentadas en Lu Anne Locks, un salón de belleza propiedad de otro dúo madre-hija. Lu Anne se encargaba de peinar a las señoras mientras que su hija, Pam, se ocupaba de las adolescentes extravagantes y de las jóvenes preocupadas por su estilo.

Después de la peluquería, fueron a Norman's a comer y luego se dedicaron a las compras. Charlotte no recordaba la última vez que había conseguido sacar a su madre de casa, y se alegraba de que hubiera llegado el momento.

Escogió unos cuantos vestidos para ella del colgador y, después de probárselos a regañadientes, se pusieron de acuerdo en escoger uno.

—Te queda fenomenal. Con el peinado nuevo y el maquillaje, este vestido hace que te destaquen los ojos verdes.

—No sé por qué esta noche es tan importante para ti.

—¿Aparte del hecho de que sea una función para recaudar fondos para la liguilla de béisbol? Porque salir de casa es importante. Oye, a lo mejor te encuentras con Dennis Sterling. Sé de buena tinta que le gustas, mamá. Pasa por la biblioteca mucho más a menudo de lo que le haría falta a un veterinario.

Annie se encogió de hombros.

—No salgo con otros hombres. Estoy casada, Charlotte.

Charlotte tomó aire con expresión frustrada.

—Mamá, ¿no crees que ha llegado el momento de superarlo? ¿Sólo un poquito? Y aunque no estés de acuerdo, ¿qué tiene de malo tantear el terreno? A lo mejor incluso te gusta. —Y cuando Russell se dignara aparecer de nuevo, como hacía siempre, le resultaría beneficioso que su madre no siguiera sentada esperando a que hiciera su aparición estelar.

—Él me quiere. A ti también te quiere. Si le dieras una oportunidad...

—¿Una oportunidad para qué? ¿Para venir a casa, decir hola y luego adiós al cabo de un momento?

Annie se acercó los vestidos al pecho, como si las capas de tejido pudieran protegerla de las palabras de Charlotte. Ésta se estremeció. No le hacía falta ver la reacción de su madre para darse cuenta de que había sido demasiado dura. En cuanto hubo pronunciado esas palabras, se arrepintió del comentario y el tono despiadado. Tocó el brazo de su madre con actitud conciliadora, sin saber qué más decir.

Annie fue la primera en romper el silencio.

—Las personas tienen formas distintas de mostrar su amor, Charlotte.

Y su padre demostraba su falta de sentimientos cada vez que se marchaba.

—Mamá, no quiero hacerte daño ni quiero discutir.

¿Cuántas veces había mantenido una conversación parecida con su madre? Había perdido la cuenta. Pero siempre que le había parecido que podía darse un paso adelante, su errante padre reaparecía por el pueblo. Charlotte pensó que era como si tuviera un radar. Estaba claro que no quería a Annie, pero tampoco quería que le olvidara. La consecuencia era que su madre vivía en el limbo. Por voluntad propia, se recordó Charlotte. Por eso sus decisiones tenían que ser claramente opuestas a las de su madre.

Annie sostuvo el vestido, contenta con todo menos con las palabras de su hija, lo que dio a Charlotte la oportunidad de mirar a su madre de nuevo. El peinado y el tinte le cubrían las canas, y el maquillaje le iluminaba las facciones. Parecía haber rejuvenecido diez años.

—¿Por qué me miras con esa cara?

—Estás... preciosa. —Un adjetivo que Charlotte raramente utilizaba para describir a su madre, aunque sólo fuera porque Annie muy pocas veces se preocupaba de su aspecto.

Al verla ahora, Charlotte recordó la foto de boda del tocador de su madre. Russell y Annie no habían celebrado una boda lujosa, pero aun así, su madre había llevado el clásico vestido blanco y, gracias al brillo que otorgan la juventud y el amor, no había estado sólo preciosa sino exquisita. Y, a juzgar por el rubor de sus mejillas y la luz de sus ojos, en ese momento también era delirantemente feliz. Charlotte pensó que podía volver a serlo. Pero sólo si lo decidía, lo cual hacía que la situación fuera mucho más frustrante.

Charlotte culpaba a su madre de negarse a aceptar ayuda, al igual que culpaba a su padre por esfumarse como por arte de magia. Pero Annie era la más vulnerable de los dos, y estaba claro que Charlotte la quería.

—Estás realmente preciosa, mamá —repitió mientras le acariciaba el pelo.

Annie le restó importancia al halago, pero, para sorpresa de Charlotte, su madre le acarició la mejilla.

—Tú en cambio *eres* preciosa, Charlotte. Tanto por dentro como por fuera.

Era raro que Annie saliera de su nebulosa el tiempo suficiente para ver el

mundo que la rodeaba. Y el halago era tan poco propio de ella que a Charlotte se le hizo un nudo en la garganta y por un momento no supo qué contestar.

—Me parezco a ti —dijo en cuanto se hubo recuperado. Annie se limitó a sonreír y toqueteó los suaves volantes del vestido con evidente nostalgia. Su madre estaba empezando a ceder.

—Ven al baile, mamá.

—¿Sabes qué? Iré al baile si dejas de discutir sobre tu padre.

Charlotte sabía cuándo conformarse con algo. Salir una noche ya era avance suficiente. ¿Qué más daba cuáles fueran los motivos de Annie?

—De acuerdo. —Levantó las manos en señal de rendición—. ¿Qué te parece si pagamos esto y vamos a mi tienda? Elegiremos algunas prendas de ropa interior, daremos por concluida nuestra salida y entonces te llevaré a casa.

Al oír la palabra «casa» a su madre se le iluminó el semblante y Charlotte tomó nota mentalmente de concertar visita con el doctor Fallon. Tenía que haber algo más en esa necesidad de Annie de estar en casa, y tal vez el médico pudiera hablar con ella.

Cuando entraron en la tienda, Charlotte iba decidida a proporcionar a su madre otra media hora más de diversión fuera de casa. A juzgar por la expresión de Beth cuando Charlotte le ordenó que sacara la ropa interior más reducida y atrevida, su ayudante obedeció más que contenta.

Charlotte colgó el cartel de VUELVO EN SEGUIDA en la puerta de entrada y se volvió hacia su madre y su amiga.

—¿Alguien se ofrece a hacer un pase de modelos? Venga, mamá. Puedes escoger lo que quieras. Libera tu yo interno para que acompañe a tu nuevo yo externo. ¿Qué te parece?

—Soy demasiado mayor para ir por ahí paseándome en paños menores. —De todos modos se rió, y ese sonido regocijó a Charlotte—. Pero os haré de espectadora.

—¿Prometes llevarte a casa al menos un par?

Su madre asintió.

La tarde transcurrió como una fiesta entre amigas y Charlotte y Beth se probaron los conjuntos de ropa interior más seductores. Incluso Annie pareció disfrutar, no sólo del espectáculo, sino de la idea de cuidarse por una vez.

Los progresos se materializaban de distintas formas, pero Charlotte consideró que ese día había realizado unos cuantos.

—El último —dijo a su madre y a Beth, que esperaban en la zona de

exposición privada, justo en el exterior de los probadores individuales.

—Vale. Estoy vestida y tu madre sigue esperando en las sillas, disfrutando del espectáculo, ¿verdad, Annie? —preguntó Beth.

—Así es. Hacéis que eche de menos mi juventud.

Que había desperdiciado con un hombre que no se la merecía, pensó Charlotte, pero sabía que no era el momento de decirlo en voz alta y estropear el que había sido un día perfecto. Así pues, se enfundó las bragas que había reservado para el final, unas de su línea de encaje hechas a mano. Nunca le había contado a su madre que había aplicado lo que le había enseñado en su trabajo, pues nunca había pensado que Annie saldría de su caparazón el tiempo suficiente como para que le importara. Pero ese día había llegado.

Alguien llamó a la puerta con fuerza.

—Ya voy —dijo Beth—. Hemos cerrado el tiempo suficiente como para despertar la curiosidad de la gente del pueblo.

—Sea quien sea, díles que esperen unos minutos, ¿de acuerdo? —A Charlotte no le preocupaba tanto el negocio como los lazos de unión que estaba estableciendo con su madre. Aquella última parte del día podía unir las todavía más.

—De acuerdo.

Charlotte oyó cómo las dos mujeres iban hacia la puerta delantera para ver quién llamaba. Mientras tanto, se abrochó el sujetador a juego, una nueva adquisición de la línea. Aquellas prendas estaban destinadas a los juegos de seducción más íntimos.

Se miró en el espejo. No había contado con el efecto excitante de llevar esas prendas. Se le erizaron los pezones, que se marcaban a través de la fina tela, mientras notaba una dolorosa sensación de vacío en la boca del estómago.

Una vez excitada, se puso a pensar en Roman. Paseó las manos por las caderas, y giró hacia los lados, recorriendo su perfil, las largas piernas y el vientre plano. Tenía que reconocer que llenaba bien el sujetador. Si tuviera el mismo arrojo que intentaba transmitir a sus cuentas, entonces... ¿qué? Charlotte se lo preguntó a sí misma y se obligó a encontrar respuesta.

Iría a por Roman Chandler. Se permitiría dar rienda suelta a los sentimientos que albergaba por él desde el instituto. Lo que había empezado como un enamoramiento juvenil se había metamorfoseado en curiosidad y anhelo adultos. ¿Cómo era Roman ahora? ¿En qué tipo de hombre se había convertido? Para empezar, sabía que adoraba a su madre, pero había muchas

más facetas que le gustaría explorar.

La única forma de saciar su curiosidad era ceder a sus sentimientos. Aceptar lo que él le ofreciera durante el tiempo que lo ofreciera y, cuando se marchara, tener el valor de seguir adelante con su vida. A diferencia de su madre, que nunca había tenido la intención de seguir adelante, Charlotte satisfacería su pasión más profunda y luego se alejaría.

Pero mientras Roman estuviera allí, siguió fantaseando, mientras fuera de ella, iría a por todas. Posaría con sus creaciones hechas a mano delante de él y observaría cómo se le dilatarían los ojos por el anhelo y el deseo. Como si estuviera representando la realidad, su cuerpo se estremeció como reacción a la osadía de sus pensamientos. Centrándose de nuevo en el aquí y el ahora, Charlotte se preguntó si tenía el valor suficiente para poner en práctica sus fantasías. Sin duda podía justificar su deseo. Después de más de diez años, era obvio que no iba a quitarse ahora a Roman de la cabeza fingiendo que no existía o que no la atraía.

Ignorando sus sentimientos no lo había conseguido. Así pues, ¿por qué no intentar superarlo materializándolos? No estaba condenada a repetir los errores de su madre si aprendía de ellos.

El corazón se le aceleró mientras se planteaba la idea de permitirse caer en la tentación. Caer en Roman. Con Roman.

—De acuerdo, estamos preparadas —anunció Beth desde la parte delantera de la tienda. El tintineo de las campanillas de la puerta la devolvió de golpe a la realidad. Por desgracia, la excitación no se esfumó con tanta rapidez.

Charlotte negó con la cabeza. Había llegado el momento de concentrarse en sus motivos para llevar esa ropa interior. Demostrar su habilidad manual y quizá hacer que Annie utilizara esa misma ropa para escapar de su prisión particular. Charlotte pensó que tanto ella como su madre tenían que dar grandes pasos en su vida.

El sonido de unos pasos, de Beth, obviamente, llegó hasta la trastienda.

—Preparadas o no, aquí estoy yo —anunció Charlotte, y saliendo de la pequeña estancia, se plantó en la zona abierta donde estaban los sillones estilo reina Ana. Pero en vez de por su madre y por Beth, el público que encontró allí estaba formado por una sola persona.

Un hombre increíblemente sexy y viril llamado Roman Chandler.

Roman observó el cuerpo prácticamente desnudo de Charlotte completamente anonadado. El sujetador y las bragas más eróticas que había visto en su vida envolvían las cimbreantes curvas de la mujer más bella que había visto jamás. La mujer a la que había deseado siempre.

No estaba preparado para aquello en absoluto. Cuando por fin había decidido guardar las distancias, se encontraba con eso.

—¿Roman? —Abrió los ojos como platos y, para alivio de él, Charlotte se dispuso a buscar la protección de las puertas batientes. Por desgracia, se detuvo.

¿Estaba esperando? ¿Se lo estaba replanteando? Roman no lo sabía pero disfrutaba de una vista perfecta de su esbelta y blanca espalda, la delgada cintura y los tentadores atisbos de piel de su delicioso trasero.

Y entonces ella se volvió, lentamente, y colocó una mano encima de la puerta. Sus pechos blancos como la nieve se perfilaban bajo el tejido negro, generosos y lozanos, llamándole. Rogándole que olvidara su voto recién hecho de apartarse de ella.

Charlotte se situó delante de él sin correr a vestirse. Roman no sabía que fuera tan valiente. Otra faceta más que descubriría de ella. Pero el descaro no era lo único que caracterizaba a aquella increíble mujer. El temblor y su aliento irregular le indicaron que no estaba ni mucho menos serena. Gracias a Dios no era una seductora nata, pensó él. Su lado más tímido e inocente lo mantendrían centrado y contenido. Algo tenía que cumplir ese cometido porque su cuerpo luchaba contra su mente a cada paso.

—¿Dónde están mi madre y Beth? —preguntó ella.

Sus espectaculares ojos verdes se clavaron en los de él y una cascada de pelo negro le cayó sobre el hombro desnudo, lo cual hizo que se preguntara cómo sería el tacto de aquellos sedosos cabellos contra su piel.

—Beth me ha pedido que te dijera que llevaba a Annie a casa y que volvería más tarde. Mucho más tarde. —Era obvio que Beth, la futura esposa, había visto la oportunidad de hacer de celestina y la había aprovechado.

—Un montaje —musitó Charlotte, dándose cuenta de lo mismo que Roman—. Y tú has venido aquí porque...

—Tienes una cosa que necesito. —Se maldijo en silencio. No había querido sonar tan sugerente.

Ella respiró hondo. ¿Para armarse de valor? Roman no lo sabía, pero desde luego, él sí necesitaba una buena dosis del mismo, porque ella empezó a caminar y no se detuvo hasta llegar muy cerca de él. Tan cerca que él advirtió

su aroma fresco y primaveral y quiso más.

—¿De qué se trata? —preguntó Charlotte.

—Rick me ha dicho que había llamado y te había pedido una lista con nombres de clientes que le dejarías en un sobre a su nombre. —Algo relacionado con el ladrón de bragas, aunque Roman no había preguntado qué cosa en concreto.

Charlotte asintió, pero no hizo ademán alguno de coger el sobre que Rick había mandado a Roman a buscar, ni tampoco parecía tener intención de vestirse. No sabía qué había motivado el cambio de opinión de Charlotte desde la última vez que se habían visto, pero no cabía la menor duda de que ahora lo tenía bien acorralado. Al parecer tenía planes propios que él desconocía por completo.

Roman suspiró bruscamente. Se habían vuelto las tornas. El cazador se había convertido en cazado, lo cual no dejaba de ser irónico.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó.

—¿Por qué te interesa?

Una llama de deseo ardió en su interior, potente y devoradora. Tenía que esforzarse sobremanera para fijar la vista en su rostro en vez de en su cuerpo apetitoso.

—¿Qué pasa aquí, Charlotte? —Maldita sea. Su nombre sonaba como una caricia, y lo embargó una oleada de calidez.

Ella levantó uno de sus delicados hombros.

—¿Por qué de repente te resistes a lo que dijiste que querías, lo que me retaste a dar?

Charlotte había evitado la pregunta de él formulándole otra, con voz vacilante a pesar de su actitud osada. Pero él no podía responderle sin traicionar a sus hermanos, el sorteo a cara o cruz y su propio plan. Él mismo apenas era capaz de hacerle frente.

Se negó a revelárselo a Charlotte.

—Me rechazaste de plano. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Iba prácticamente desnuda y le ofrecía lo que su corazón más deseaba. Pero tenía que controlarse o, de lo contrario, se arriesgaba a poner en peligro un trabajo que le encantaba y el futuro que quería.

—No pensaba que te fuera a importar el cómo o el porqué. —Charlotte le sujetó el cuello de la camisa vaquera y deslizó un dedo tembloroso hasta el pico.

Roman empezó a sudar.

—Tengo moral y principios, ¿sabes?

—También honestidad respecto a tus intenciones. No piensas quedarte aquí. Agradezco tu sinceridad.

—Siempre seré sincero contigo, Charlotte.

—Bueno, he decidido que con eso me basta. —Esbozó una sonrisa vacilante—. ¿Quieres que reconozca la atracción? Está bien, la reconozco. —Tragó saliva—. Te..., te deseo, Roman.

—Oh, lo que faltaba —farfulló. ¿Qué hombre podría resistirse a una declaración como ésta? Roman le posó la mano en la nuca, introdujo los dedos en su cabello y le selló los labios con los suyos.

El primer beso empezó suavemente, consintiéndose la necesidad de explorar, pero rápidamente se descontroló gracias al apetito acumulado durante demasiados años de contención. Lo consumía la necesidad acuciante de recuperar el tiempo perdido. Excitado y voraz, Roman le recorrió la comisura de los labios con la lengua, solicitando la entrada, que ella le permitió. Tenía la boca húmeda y acuosa, dulce y pura, y sabía a gloria.

Un gemido gutural escapó de los labios de Charlotte. Roman no estaba seguro de quién se movió primero, pero ella retrocedió y él la siguió, sin que sus bocas se separaran. Llegaron a la pared que tenían detrás. En cuanto estuvieron en el pequeño probador, las puertas batientes se cerraron y ellos quedaron dentro. Las manos de Roman viajaron de la nuca a la cintura de ella, lo cual les llevó a intimar el contacto. La entrepierna de él quedó anidada en la ingle de ella y su erección iba en aumento, hinchiéndose mientras buscaba un hogar cálido y acogedor.

Percibió su femenina y húmeda calidez a través del grueso tejido de los vaqueros.

—Cielo santo —musitó él, con el cuerpo a punto de estallar. La barrera de ropa lo confinaba y un sufrimiento dulce pero doloroso le suplicaba que le pusiera fin. Se desplazó lateralmente para profundizar el acceso al máximo.

Como si ella le hubiera leído el pensamiento, separó las piernas, y Roman tomó aire de forma entrecortada. Estaban mejilla contra mejilla, ella lo sujetaba por los hombros mientras le hundía los dedos debajo de la camisa y respiraba de forma superficial e irregular.

Ella lo rodeó. Físicamente, lo acunó con su cuerpo y, al respirar, Roman quedó embriagado por su esencia. El aroma que despedía lo embargó de tal manera que sobrepasó la mera necesidad sexual, y eso fue lo que le hizo regresar a la realidad.

—¿Qué demonios estamos haciendo? —alcanzó a preguntar.

Ella emitió una sonrisa temblorosa mientras él notaba la calidez de su aliento en la piel.

—No sé cómo lo llamarías tú, pero yo estoy intentando apartarte de mi mente.

«Como si tal cosa fuera posible», pensó él. Habían pasado más de diez años y aquélla era la única mujer que ponía en jaque sus sentimientos, junto con sus hormonas. Tenía la capacidad de hacerle tirar por la borda sus decisiones.

Con la cabeza apoyada en la pared, Charlotte lo observó con ojos vidriosos.

—Has de reconocer que la idea tiene mérito.

Él retrocedió y se pasó una mano temblorosa por el pelo. La idea tenía mérito, si pudiese estar con Charlotte hasta que se cansara. Suponiendo que alguna vez se cansara de ella. Roman albergaba sus dudas.

Además, él tenía su plan. Un destino que no había buscado pero con el que debía cumplir gracias a una decisión tomada a cara o cruz, y a un fuerte sentido del deber familiar. En esos momentos, no tenía ni idea de cómo iba a cumplir tal objetivo, pero esa mujer suponía un peligro. Ella no quería un compromiso duradero con un hombre que no pensaba quedarse en Yorkshire Falls. Eso era lo único que la dejaba fuera del juego.

No obstante, Roman también temía que Charlotte pudiese atraerlo hacia ella, a su pueblo, y le hiciese olvidar los sueños y objetivos que siempre había deseado para su vida.

Cuanto más satisfacía su apetito, más atraído se sentía por ella.

—Apartarte de mi mente es una idea fantástica. No tengo ni idea de cómo ponerla en práctica, pero ésta... —hizo un gesto para señalar su cuerpo prácticamente desnudo y el de él totalmente excitado—, ésta no es la forma más inteligente de hacerlo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Roman se volvió y cruzó rápidamente las puertas batientes, cuyas bisagras hizo chirriar a su paso. No se permitió volver la vista atrás.

Sólo cuando se vio a salvo, en la calle se dio cuenta de que había olvidado la lista de posibles sospechosos para Rick. Pero no pensaba volver a la línea de fuego ni por asomo.



Capítulo 5

Las calles de Yorkshire Falls estaban vacías, ya que buena parte de los habitantes del pueblo se habían reunido en el ayuntamiento. Tras tomar una bocanada de aire fresco, Charlotte ocupó su puesto de voluntaria, como vigilante del ponche. En un día normal y corriente, ningún adulto sensato tocaría la ponchera llena de líquido verde, pero en el baile anual de San Patricio, todo el mundo se permitía el gusto de probar el colorido Kool-Aid.

Se dijo que era mejor que se dedicara a asegurarse de que nadie añadía licor al ponche en vez de estar pensando en Roman. El mero hecho de recordar el sensual encuentro de aquel mismo día le ponía la carne de gallina.

Había hecho acopio de todo su valor para volverse hacia él y materializar su fantasía. Abrirse a él. Aceptar y ceder a su beso a pesar de saber que Roman podía hacerle mucho daño. Y era lo que había pasado. El hombre había dejado su ego por los suelos, y le iba a costar olvidarlo. Ahora sabía cómo se había sentido él durante todos aquellos años. Eso sí que era vengarse a lo grande, pensó.

Y aun así, era incapaz de negar que seguía resultándole atractivo. Recorrió la sala abarrotada buscándolo con la mirada. Estaba para comérselo, con unos vaqueros negros y un jersey blanco. Destacaba entre la multitud, y no sólo por desafiar las convenciones al no ir vestido de verde. No conseguía quitarle los ojos de encima. Al parecer, no tenían el mismo problema, porque él no había mirado en su dirección ni una sola vez.

En cambio, Roman se dedicaba a mariposear de soltera en soltera, desplegando sus encantos, sonrisa fácil y atractivo sexual. A Charlotte le exasperaba ver que tenía un público sumamente receptivo. Ella no era más que una de tantas. Y le dolía.

Al volver a su puesto, descubrió que tenía compañía. Raina Chandler estaba sentada detrás de la larga mesa que hacía las veces de bar improvisado.

—Hola, Raina.

La mujer la saludó desplegando una sonrisa de oreja a oreja.

—Deja que te vea. —Charlotte dio un paso atrás para apreciar el aspecto de Raina. Estaba tan esbelta como siempre y el brillo del maquillaje le iluminaba las mejillas. Al verla, no parecía que hubiera estado en el hospital —. ¡Estás fabulosa!

—Gracias. Intento que mi estado de salud no me deprima. —Raina miró de soslayo y luego miró a Charlotte otra vez.

—No te he visto en toda la semana. Espero que eso signifique que te estás cuidando bien. Pasar una noche en el hospital es más que suficiente.

Raina asintió.

—Estoy aprendiendo a ser más cauta —reconoció—. Ahora hablemos de ti. He venido a relevarte. Ve a mezclarte con la gente.

—Oh, no. —Charlotte negó con la cabeza—. No voy a permitir que te quedes aquí de pie y te dediques a servir ponches. Tienes que descansar.

Raina hizo un gesto con la mano para quitar importancia al asunto.

—Yo no soy tu sustituta.

Charlotte miró a su alrededor pero no vio a nadie más por allí.

—¿Quién es? Espero que no sea mi madre...

—Por lo que he visto, tu madre está la mar de bien. Haciendo vida social.

—¿Dennis Sterling? —preguntó Charlotte incapaz de disimular el tono esperanzado de su voz.

—Desgraciadamente, Dennis va a llegar tarde.

—Lástima. —Como único veterinario del pueblo, todas las urgencias animales recaían sobre sus hombros.

Raina le dio una palmadita en la mano.

—No te preocupes. Si el hombre está interesado, en cuanto vea a tu madre esta noche, insistirá todavía más.

—¿No te parece que está preciosa? Yo misma he elegido el vestido.

—Tienes un gusto estupendo. Tú también estás muy guapa.

—Gracias. —Sabido que había elegido ese atuendo pensando en el hijo pequeño de Raina, Charlotte notó que se sonrojaba. Sobre todo porque había decidido llevar algo atrevido, un conjunto que había comprado cuando vivía en Nueva York.

Roman tal vez había podido resistirse a ella lo suficiente como para apartarse, pero no sin que Charlotte notara la reacción de su cuerpo ante el de

ella. Él no era inmune. Y esa noche Charlotte necesitaba subirse la moral haciendo que se fijara en ella. Por desgracia, aquella mirada azul no estaba tan interesada en observarla como ella había esperado.

—Tengo entendido que mi hijo pequeño y tú os habéis visto —dijo Raina como si hubiera captado los pensamientos más profundos de Charlotte.

El rubor de las mejillas de ésta se convirtió en ardor. ¿Cómo era posible que alguien la hubiera visto con Roman?, se preguntó mientras reproducía en su mente el encuentro erótico que habían tenido.

—Yo..., pues..., nosotros...

—En Norman's, hace unos cuantos días. Rick me lo dijo. —Raina no advirtió el suspiro de alivio de Charlotte y se limitó a darle una palmadita en la mano una vez más—. Nunca se sabe lo que puede surgir después de años de distanciamiento. Estoy aquí para darte la oportunidad de sacar partido de ese modelito tan sexy. Sam se encargará del ponche, ¿verdad? —Raina alargó la mano detrás de ella e hizo evidente la presencia del solitario del pueblo por antonomasia.

—Hola, Sam. —A Charlotte le sorprendió que hubiera decidido asistir a una función benéfica llena de gente, pero la gratuidad de la comida y la bebida quizá fuera la explicación.

—Quería preguntaros cómo os conocisteis —dijo Raina.

—Le chiflan los hombres mayores —farfulló él.

Charlotte asintió. Siempre había sentido debilidad por el solitario.

—Y a veces Sam me hace recados. —Llevar cartas a correos y cosas así a cambio de dinerillo que le permitía comprar comida, pensó ella, aunque no lo dijo en voz alta.

Se trataba de un hombre orgulloso al que pocas personas del pueblo se tomaban la molestia de conocer o comprender. Pero incluso de niña, recordaba que su madre era atenta con él. Al volver a Yorkshire Falls, a Charlotte le entristeció ver que Sam seguía llevando la misma vida solitaria, y había hecho un esfuerzo extraordinario por ayudarlo sin ofrecerle caridad directamente.

—Bueno, ahora va a encargarse del ponche —informó Raina.

—Liberándote para que bailes conmigo. —Rick Chandler apareció por el otro extremo de la mesa y la acorraló delante de su madre con un guiño.

Lo único que le faltaba a Charlotte era pasar un rato a solas con otro Chandler.

—En el momento en que me relevan, necesito un poco de aire fresco.

—Pues con Rick lo tendrás —le dijo Raina.
Rick la miró fijamente.

—Necesito que me ayudes a mejorar mi reputación por estos lares. Las mujeres me rechazan a diestro y siniestro. —La miró de hito en hito y ella entendió que quería hablar sin disimulos ni distracciones. Probablemente se tratara de asuntos policiales. Todavía le debía la lista de clientes que habían comprado o encargado las bragas de encaje hecho a mano de su tienda.

Charlotte pensó que debía cooperar con la fuerza pública de Yorkshire Falls.

—Creo que un baile me irá mejor que el aire fresco.

Rick apartó la mesa para que Charlotte pudiera salir.

—Y eso significa que puedo volver con mi... —Raina dejó de hablar y se llevó una mano temblorosa al corazón.

—¿Mamá? —exclamó Rick.

—Estoy bien. Sólo que quizá no haya sido tan buena idea salir hoy. Palpitaciones. —Desvió la mirada hacia la pared del fondo—. Le diré a Eric que se siente conmigo hasta que pueda llevarme a casa. Es mí...

—Pareja —sugirió Rick mientras deslizaba el brazo por la cintura de su madre. Dedicó a Charlotte una mirada de preocupación aunque esbozó una sonrisa, pues obviamente quería mostrarse tranquilo delante de su madre—. Puedes decirlo. Estás aquí con tu pareja.

—Estoy aquí con mi médico.

—¿Que de repente se dedica en exclusiva a una paciente? —Rick sonrió a su madre con complicidad y luego hizo un gesto hacia el otro lado de la sala, para llamar al médico.

—Lo que tú digas, pero soy su paciente.

Sin embargo, Charlotte advirtió que Raina no era capaz de mirar a su hijo a los ojos.

—¿Quién es la afortunada esta noche? —preguntó Raina cambiando de tema.

—Ya te he dicho que no quieren saber nada de mí. —Rick le guiñó un ojo a Charlotte.

—¿Qué pasó con Donna Sinclair? —preguntó su madre.

—Sólo me quería por mi cuerpo.

Raina puso los ojos en blanco y Charlotte no pudo evitar reírse de la escena, aunque también le preocupaba la salud de Raina.

—¿Erin Rollins?

—Ya es agua pasada, mamá.

—Entonces a lo mejor podrías intentar animar a Beth Hansen.

Al oír el nombre de Beth, Charlotte se sobresaltó para a continuación preocuparse.

—¿Por qué? ¿No está con David? —Charlotte no esperaba ver allí a Beth y a su prometido teniendo en cuenta que hacía dos semanas que no se veían.

—No he visto a Beth, pero he oído decir que su prometido la ha dejado plantada, y he supuesto que le iría bien tener un hombro sobre el que llorar —explicó Raina—. Pero quizá sean sólo habladurías.

Charlotte exhaló un suspiro.

—Pasaré por su casa antes de ir a la mía y hablaré con ella.

Raina asintió.

—Alguien debería hacerlo. Bueno, Rick, dado que Charlotte se ha ofrecido para ese otro trabajo, ¿por qué no sacas a bailar a Mary Pinto? Está ahí, al lado de la silla de ruedas de su madre.

Rick negó con la cabeza.

—¿Lisa Burton? —Raina señaló a la conservadora maestra de escuela que estaba junto a la pared.

Rick suspiró.

—Sé encontrar pareja yo solo, mamá. Además, ahora estoy aquí hablando con Charlotte. ¿Acaso quieres ahuyentarla?

—Qué curioso. Por lo que he oído sobre el comportamiento de tu hermano cuando Charlotte está cerca, pensé que era asunto suyo, no tuyo.

Antes de que Charlotte pudiera reaccionar, el doctor Fallon se acercó a ellos. Prometió a Rick que se quedaría sentado con Raina hasta que recobrará fuerzas y que luego la acompañaría a casa. Se llevó a Raina colocándole una mano en la espalda con firmeza.

Rick los observó mientras se marchaban, divertido ante la nueva pareja, pero obviamente preocupado por la salud de su madre.

—No podría estar en mejores manos —dijo Charlotte.

—Lo sé.

—¿Alguien os ha dicho alguna vez que vosotros los Chandler sois como huracanes? —preguntó, refiriéndose a los comentarios de Raina sobre Roman.

Rick negó con la cabeza.

—Últimamente no, pero es una descripción tan buena como cualquiera otra.

—Adoro a tu madre pero a veces es...

—... muy directa —dijo Rick.

—Un rasgo admirable cuando va dirigido a los demás —dijo Charlotte con una sonrisa—. El doble de admirable cuando resulta que hace que prospere mi negocio. Sólo que...

—Te ha hecho pasar vergüenza hablando de Roman.

Charlotte asintió.

—Antes de que bailemos, ¿quieres asegurarte de que tu madre está bien?

—No. Tú misma lo has dicho. No puede estar en mejores manos que las de su médico. Así que ¿me concedes este baile? —Le tendió la mano—. Puedes susurrarme los nombres de las clientas al oído.

Charlotte rió.

—¿Por qué no?

La tomó en sus brazos y la llevó hacia la pista de baile a tiempo para bailar un tema lento. No era el lugar más ortodoxo para hablar del ladrón. Chocaron con muchas parejas en la abarrotada pista, Pearl y Eldin incluidos. La pareja que vivía en pecado bailaba, con un exceso de lentitud en deferencia a la maltrecha espalda de Eldin. El hecho de contemplarlos, tan felices a su edad, debería haber dado esperanzas de futuro a Charlotte, pero no hizo más que aumentar su deseo por Roman.

—Clientes, Charlotte —susurró Rick mientras sus mejillas se rozaban.

—Eres un policía listo. —Se echó a reír y le susurró la información que necesitaba al oído. Por fin tenía la lista de clientas.

Pero lo mejor de la situación fue que el hecho de bailar con Rick consiguió lo que no había logrado el modelito de Charlotte: llamar la atención de Roman. Estaba mirando en su dirección, con el cejo fruncido en su apuesto rostro.

Si Roman estrangulaba a su hermano, ardería en el infierno, pero quizá valiera la pena el sacrificio si así conseguía que Rick apartara las manos de la espalda desnuda de Charlotte.

Roman apretó los puños mientras admiraba los pantalones de cuero verde que vestía y el ligero top que llevaba anudado a la espalda con un puñetero lazo, que podía deshacerse con la brisa más suave o los dedos más ágiles. Maldita fuera Charlotte por llevar un modelito tan elegante y sugerente. Por el

amor de Dios, ¡aquello era una función familiar en el ayuntamiento, no un baile de solteros en Nueva York!

—Zh, Roman. —Una mano femenina le hacía señales delante de la cara. Terrie Whitehall. Había olvidado que estaba manteniendo una conversación sobre la descortesía de los clientes de los bancos con los cajeros.

—¿Qué? —preguntó él sin apartar la vista de Charlotte y Rick. El traidor.

—Todavía no sé qué pensar de ella —declaró Terrie.

—¿De quién? —Hacía tiempo que Roman había perfeccionado el arte de la repetición sin llegar a prestar atención.

—Charlotte Bronson. La estás mirando, así que ¿a qué otra persona iba a referirme?

Como lo había pillado in fraganti, a Roman no le quedó más remedio que centrarse en la morena que lo miraba como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—Es mayor que yo...

—Sólo un año —le recordó él.

—Bueno, a mí no me ha hecho nada, pero de todos modos, volver al pueblo y montar una tienda tan descarada...

—Tenía entendido que la mayoría de las mujeres, jóvenes y mayores, apreciaban el toque cosmopolita que ha aportado al pueblo.

—Algunas mujeres sí.

«Pero no las celosas y reprimidas», pensó Roman, fijándose en el pelo bien echado hacia atrás de Terrie, el escaso maquillaje y la blusa de volantes abotonada hasta el cuello. ¿En qué demonios estaba pensando cuando se había planteado que podría ser la madre de sus hijos?

Roman sabía perfectamente en qué había estado pensando: en encontrar a una mujer que físicamente fuera lo contrario de Charlotte. Una mujer que tuviera un trabajo respetable de nueve a cinco, capaz de darle la conversación inteligente que buscaba. Y así era, había encontrado la conversación. Inteligente en parte, cotilleo en su mayoría y sin suficiente sentido común como para captar su interés.

También había querido demostrarse que el físico no lo era todo. Y no lo era, siempre y cuando la mujer en cuestión tuviera respeto por los demás, su trabajo y su atuendo. Esa mujer en cambio miraba por encima del hombro las decisiones de Roman. La tachaba pues de su lista de candidatas a esposa.

Junto con la otra media docena de mujeres con las que había hablado o lo habían abordado esa noche. Después de dejar a Charlotte en la tienda, se había

dado una ducha fría y larga para distanciarse mentalmente de la única mujer a la que deseaba, y así poder acercarse a las que no.

Una lógica estúpida, pero Roman sabía que sus planes de matrimonio también eran una estupidez. Recorrió el salón con la mirada y vio a su madre. Raina estaba sentada en una silla, enfrascada en una conversación con Eric Fallon, el médico de la familia. Esperaba que su madre no se hubiera agotado asistiendo a una fiesta tan poco tiempo después de haber estado en el hospital.

Alguien debería cuidar de ella y hablar con el médico. Se excusó ante Terrie. Con una idea en mente, Roman se acercó a Rick y, sin dirigirle la palabra a Charlotte, lo agarró por el hombro.

—Me parece que tendrías que ir a ver cómo está mamá. La veo un poco pálida y se ha pasado casi toda la noche sentada en el mismo sitio.

Rick inclinó la cabeza hacia Roman.

—Ve a verla tú. ¿No ves que estoy ocupado?

—A mí no me hace caso. Como no suelo estar en casa, se cree que exagero. —Lo cual era cierto en parte. Raina no hacía caso a nadie, ni siquiera a sus tres hijos. Pero si con esa media verdad conseguía que su hermano le quitara las manos de encima a Charlotte, Roman la daría por bien empleada.

—Vete a paseo —espetó Rick.

—Creo que Roman tiene razón. —La suave voz de Charlotte le llegó a Roman a lo más hondo, pero hizo caso omiso de la sensación de ardor—. Si Raina te hace más caso a ti, asegúrate de que está bien —le dijo a Rick.

—Por el amor de Dios, ¡está sentada con su médico!

«Un punto para Rick», pensó Roman antes de mirar con fijeza a Charlotte. Si se había dado cuenta de que lo único que quería era apartarla de Rick, no lo parecía. De hecho, cuando la miró, sus ojos normalmente cálidos le parecieron fríos como el hielo.

Él había querido su enfado. En cierto sentido, lo había buscado para que le resultara más fácil dejarla atrás y seguir con su misión. Pero el hecho de hablar con las mujeres del pueblo lo había dejado vacío. Y lo que sentía por Charlotte era cada vez más intenso.

¿Cómo demonios iba a encontrar a otra mujer con la que casarse, y acostarse, cuando la única que deseaba volvía a su mente una y otra vez?

—Rick, por favor. Si Roman está preocupado, vale la pena cerciorarse de que no pasa nada.

Como Rick no se movía, Charlotte habló:

—¿Sabéis qué? Vosotros dos seguid discutiendo, que yo iré a ver a

Raina.

Antes de que ninguno de los hermanos tuviera tiempo de reaccionar, Charlotte se soltó de Rick y se dirigió tranquilamente al otro extremo de la sala, lejos de los hermanos Chandler.

—Eres poco convincente, patético y predecible —farfulló Rick.

—Igual que tú. A ti lo único que te interesa es pasar un buen rato, así que quítale las puñeteras manos de encima. Se merece algo mejor.

Rick escudriñó a su hermano.

—Me gusta la compañía femenina. La de todas las mujeres, y no hay ninguna en este pueblo que no sepa lo que hay. No se me acercan si quieren algo más. Yo paso un buen rato, ellas pasan un buen rato, y no hacemos daño a nadie.

—¿Tampoco a ti?

—Tampoco a mí. —Rick se encogió de hombros, pero dejó traslucir un atisbo de dolor en la mirada.

Roman se arrepintió inmediatamente del comentario mordaz que había lanzado a su hermano. Nadie merecía ser utilizado y herido como lo había sido su hermano mediano. Especialmente porque él velaba por todo el mundo a expensas de sí mismo.

—Rick...

—Olvídalo. —Le quitó importancia al comentario de Roman con la típica sonrisa de los Chandler.

Roman soltó un gruñido. Sabía que su reacción había sido exagerada. No creía que Charlotte quisiera nada de Rick aparte de amistad. Pero dicha certeza no impedía que Roman hubiera querido evitar un contacto demasiado amistoso de Rick con la piel de Charlotte.

—¿Existe alguna posibilidad de que pudieras disfrutar de la compañía de otra mujer? —le preguntó a su hermano.

—¿Por qué? ¿Porque es tuya?

Roman no respondió a la provocación, y Rick retrocedió y le dedicó la típica mirada de policía, como diciendo: «Ya lo voy entendiendo».

—Tú eres quien busca una esposa para mantenerla a distancia, hermanito. Si estás tan preocupado porque se merece algo mejor, me parece que será preferible que sigas tu propio consejo.

—Mierda —farfulló Roman.

—Desiste. Lanzándole mensajes contradictorios le estás haciendo daño.

Roman conocía a Rick mejor que nadie y se dio cuenta de que su hermano

velaba por el interés de Charlotte y empujaba a Roman en la dirección adecuada al mismo tiempo. A Rick le daba igual si Charlotte caía en los brazos de Roman o no, siempre y cuando ninguno de los dos saliera perjudicado. Era su talante protector. Una naturaleza que ya lo había metido en problemas con anterioridad.

Pero por mucho que Roman odiara reconocerlo, Rick tenía razón. Roman transmitía mensajes contradictorios. Charlotte se había pasado más de diez años evitándolo y luego, cuando por fin respondió a sus señales ostensibles, ¿qué hacía él?: la rechazaba debido a su instinto de conservación... a costa de ella.

Rick le dio una palmada en la espalda.

—Ahora que hemos aclarado este asunto, creo que iré a ver cómo está mamá para que te tranquilices. —Dio media vuelta y se marchó en dirección a Raina y Charlotte dejando que Roman se tragara sus palabras, que le dejaron un regusto amargo.

Tras otra media hora intentando interesarse por las solteras de Yorkshire Falls, Roman se dio cuenta de su estrepitoso fracaso. Y todo por culpa de la mujer de ojos verdes que lo había hechizado desde el primer día. Luego estaba su hermano mediano, que andaba por ahí con Charlotte, atormentando y exasperando a Roman, a propósito, sin duda. Si Rick quería provocar en él alguna reacción, le faltaba muy poco para tener éxito.

Sobre todo cuando Roman se volvió hacia la puerta y vio que Charlotte y Rick se marchaban juntos, su hermano con la mano en la región baja de la espalda descubierta de ella. Mañana ya se preocuparía por el autocontrol, pensó, mientras decidía que el instinto de conservación estaba sobrevalorado.

Salió disparado hacia la noche oscura sin mirar atrás.

Raina observó que su hijo mediano se marchaba con Charlotte para acompañarla a visitar a Beth Hansen, mientras el pequeño salía corriendo tras ellos del ayuntamiento. Raina se dio cuenta de su marcha abrupta y colérica. Sus hijos sabían cómo entrar en los sitios, pero tenían que mejorar las salidas.

De todos modos, no podía negar la sensación de alivio que la embargó al verlos partir. Tendría que quedarse quieta. Aunque le encantaría bailar, no podía correr el riesgo de que el cotilleo llegara a oídos de sus hijos. Si no se andaba con ojo, podrían adivinar su jugada; eran muy listos. Cuando se le

había ocurrido la idea, no pensó que fuera a costarle tanto fingir que tenía problemas de salud.

Negó con la cabeza y miró hacia donde estaba el ponche. Hacía ya rato que Samson había desaparecido y lo había reemplazado Terrie Whitehall, abandonada por Roman. Exhaló un suspiro. Por mucho que adorara a sus chicos, odiaba la devastación que dejaban a su paso. Raina se sentía especialmente protectora con Charlotte. Y lo último que quería en el mundo era que Charlotte Bronson fuese víctima de los Chandler.

Tenerla como nuera, sin embargo, sería otro asunto.

—Parece ser que se ha vuelto a encender la chispa entre Roman y Charlotte —dijo Raina a Eric, satisfecha de que su hijo pequeño mostrara emociones con respecto a Charlotte.

No dio mucha importancia a la forma en que Roman había ido mariposeando de mujer en mujer esa noche, haciendo caso omiso de la que más le interesaba. Y sabía que el interés que Rick pudiera tener por Charlotte era meramente platónico, destinado a provocar los celos de su hermano y quizá empujarle a dar algún paso más tarde o más temprano.

A Raina le agradaba la idea. Podría funcionar..., si antes Roman no mataba a Rick.

—Estos chicos me van a matar —declaró en voz alta.

Eric le hincó el diente a las zanahorias que se habían servido en un plato de plástico hacía rato.

—Ya estás otra vez entrometiéndote.

—¿Crees que Roman ha ido a por ellos?

—¿Crees que quiere que hagamos conjeturas?

Raina se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que el resto de la sala está haciendo lo mismo. No puede decirse que se haya marchado con discreción. —Dio un golpecito con la uña en el asiento de la silla plegable—. Ahora que lo pienso, Annie tampoco ha sido muy discreta. Pobre Charlotte. ¿Crees que la depresión de Annie tiene cura?

Eric exhaló un suspiro.

—¿Crees que voy a hablar de una paciente contigo?

—Paciente potencial. Charlotte dijo que quiere que trates a su madre, suponiendo que sufra alguna enfermedad, aparte de mal de amores. Charlotte es una mujer cariñosa y atenta. Sería una esposa y madre maravillosa. Y hablando de bebés...

—Déjalo. —Eric tomó otra zanahoria del plato de plástico que tenía sobre las rodillas, la mojó en un aliño bajo en grasas y se la introdujo a Raina en la boca.

Raina se habría ofendido si su tono no hubiera sido tan grave y apremiante y su tacto tan cálido. Sintió un ardor interno que hacía tiempo que había olvidado, que se le originó en la boca del estómago y se fue extendiendo por su cuerpo.

Masticó y se tragó la zanahoria, dándose tiempo para aceptar y adaptarse a la situación.

—Intentas distraerme —dijo, cuando hubo terminado de comer.

—Tus hijos se han marchado. Ya no hace falta que finjas estar tan delicada. ¿Qué tal lo hago? —Mojó otra zanahoria y se la tendió—. Me refiero a lo de distraerte.

—Para ser tan mayor no lo haces mal. —Raina sonrió, incapaz de creer que estuviera coqueteando. Le daba igual que Eric quisiera distraerla, le gustaba recibir atenciones masculinas, y descubrió que las había echado de menos más de lo que imaginaba.

—¿A quién llamas viejo? —Le tocó la punta de la nariz con el extremo de la zanahoria y rápidamente le quitó con un beso los restos de aliño.

Era innegable que lo que Raina sentía en su pecho era deseo.

—Está claro que no me haces sentir vieja —murmuró. Ni siquiera le importaba que estuvieran en un lugar público, a la vista de todo el mundo.

—Eso espero. —Se rió y se le acercó más para poder susurrarle al oído —: Y apuesto a que con el tiempo puedo hacerte sentir todavía más joven. Tan joven que te olvidarás de tus ganas de tener nietos y pensarás sólo en mí.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas. —Una y otra vez. Mientras continuara haciéndola sentir joven, radiante y llena de vida, tenía permiso para experimentar todo lo que quisiera. Deseó que Roman intentara hacer lo mismo.

Con Charlotte.

Charlotte salió del ayuntamiento con Rick y fueron juntos a ver cómo estaba Beth. Tenía alquilada una habitación en una vieja casa a las afueras del pueblo. Con el porche, la enorme zona de césped delantera y la luz que salía de las ventanas de la cocina, la casa resultaba muy acogedora. Era

exactamente el tipo de sitio en el que Charlotte siempre había soñado vivir algún día, cuando tuviera marido e hijos. Era el sueño que albergaba cuando no fantaseaba sobre lugares lejanos de nombre exótico y paisajes increíblemente hermosos iluminados por aguas cristalinas y gloriosos rayos de sol.

A veces, Charlotte pensaba que tenía una doble personalidad, que en su interior vivían dos personas que anhelaban cosas distintas. Aun así, en ambos casos había rayos de sol y un final feliz, algo que también le deseaba a Beth.

Pero en la expresión de su amiga no había ninguna de esas dos cosas, lo cual hizo que a Charlotte le entraran ganas de estrangular al doctor Implante.

—¿Por qué no ha podido venir este fin de semana?

Beth se encogió de hombros.

—Ha dicho que le había surgido un compromiso inesperado para dar una charla.

Beth se volvió y se puso a mirar por la ventana.

—¿Acaso es la nueva forma de decir «me ha surgido un imprevisto»? — le susurró Charlotte a Rick.

Él le dedicó una mirada de advertencia que ella entendió. Pero no acababa de comprender por qué el prometido de Beth no se la llevaba a la ciudad o prestaba más atención a la mujer que decía amar.

—A lo mejor le ha surgido algo de repente. Una oportunidad de hablar en público que no podía rechazar. —Rick fue al lado de Beth y le pasó el brazo por los hombros de forma amistosa.

—Entonces ¿por qué no me ha pedido que fuera a Nueva York para estar con él? —Se volvió para mirar a Charlotte.

Charlotte inclinó la cabeza porque no sabía qué decirle. Su amiga tenía razón, pero no iba a reconocérselo en ese momento.

—Quizá no quería que te aburrieras —sugirió Rick—. Y a lo mejor...

—Te compensará —añadió Charlotte, por elegir algo de la lista de posibles explicaciones que sugería Rick. Estaba claro que quería proteger los sentimientos ya heridos de Beth, y tenía motivos para ello. Beth ya tendría tiempo de enfrentarse a la verdad y aceptarla, fuera la que fuese. Esa noche lo que necesitaba eran amigos.

Charlotte lanzó una mirada a Rick, que colmaba de atenciones a Beth en un heroico intento de que recuperara el sentido del humor y la autoestima. Beth incluso le reía los chistes malos. Por lo menos alguien le servía de ayuda. Charlotte estaba de demasiado mal humor como para hacerle algún bien a su

amiga.

Primero, su madre había desaparecido por una puerta lateral justo cuando Dennis Sterling entraba por la puerta delantera; luego Beth se había perdido la gran noche del pueblo porque su novio había vuelto a dejarla plantada. Charlotte no sabía qué era peor: que una mujer dependiera de un hombre para ser feliz o estar sin hombre y ser desgraciada.

Tenía calambres en el estómago y sentía un nudo en la garganta. Charlotte sabía que se estaba comparando tanto con Beth como con Annie y que temía ser como alguna de las dos. Ambas eran infelices por culpa de un hombre. Aunque «desgraciada» fuera una palabra demasiado fuerte para describir el estado de Charlotte en esos momentos, era innegable que los sentimientos que Roman provocaba en su interior eran intensos.

La invitaba a que tuviera iniciativa sexual, a que se atreviera, y luego la rechazaba sin saber por qué y continuaba con el insulto ignorándola para dedicarse a desplegar todo su encanto con otras mujeres. Si sólo se tratara de atracción sexual, Charlotte podría sobrellevar mejor la situación, pero sus sentimientos hacia Roman iban más allá del plano físico. Quería conocer al hombre que había dentro de aquel maravilloso cuerpo, y eso la asustaba.

Maldito hombre. Se frotó los brazos desnudos y pensó que quería ir a casa. Rick y Beth estaban enfrascados en una conversación. Charlotte se marchó sin que se percataran. La luna llena en el cielo nocturno le indicó el camino mientras las estrellas puntuaban el resplandeciente telón de fondo negro. El aroma del exterior, a hierba y flores recién brotadas, acompañaba sus pasos. Intentó pensar un poco en el ladrón de bragas. Rick le había dicho que no había habido novedades durante la semana, pero que no consideraba que el caso estuviera cerrado ni olvidado. Charlotte fue incapaz de imaginar quién podía ser el culpable, por lo que se dio por vencida.

Al cabo de veinte minutos estaba en casa y ya se había despojado de la ropa de fiesta y se había enfundado la ropa de estar por casa: su prenda preferida, un vestido blanco sin mangas con un volante de encaje grueso en el bajo de la falda. Lo había cogido de la caja antes de que Beth tuviera tiempo de colgar la prenda o venderla a alguna cuenta. Era uno de los pocos artículos que Charlotte se había llevado a casa en vez de ponerlo a la venta, porque con él se sentía femenina y cómoda a la vez, sin dejar de ser ella misma.

Tras prepararse una taza de té helado, tomó su libro preferido, abrió la ventana que daba a la escalera de incendios y saltó al exterior. La brisa fresca le rozaba la piel pero no le importaba. En cuanto había visto aquel

apartamento, la salida de emergencia se había convertido en su parte preferida del lugar, por no hablar de la posibilidad de saltar de la cama e ir caminando a trabajar.

Siempre que Charlotte salía allí se sentía sola, y esa soledad le encantaba. Se sentó, con el enorme libro en el regazo, y empezó a hojearlo. De todos los libros de viaje y folletos que tenía, *Escapadas con glamur* era su preferido. Lo había comprado con el dinero que ganó con su primer trabajo como canguro, y lo había escogido porque el libro daba especial relevancia a Los Ángeles, con el rótulo de Hollywood enclavado entre las colinas. En la ciudad de Los Ángeles se encontraban las estrellas y los famosos, gente como su padre, había pensado cuando era pequeña y todavía tenía sueños.

La compra de ese libro le había permitido visualizar los lugares a los que pensaba que iría, los restaurantes que frecuentaría y la gente a la que conocería. Había imaginado situaciones en las que su padre la tomaba de la mano y le presentaba a la jet set en lugares exóticos. Más tarde, cuando se hizo mayor y se dio cuenta de que él nunca regresaría para quedarse, había sustituido el sueño de que él se la llevaba por el de viajar y ver esos sitios por sí misma.

Pero junto con el sueño convivía el temor a ser como el hombre al que desdeñaba y, en lo más profundo de su corazón, Charlotte sabía que nunca se atrevería a realizar esos viajes. Nunca volvería a arriesgarse a que la amarga realidad la desilusionara. O a volverse egoísta, como él.

De todos modos, cuando necesitaba reconfortarse, libros como ése la distraían. Sencillamente, dejaría de pensar en su padre y en su pasado y disfrutaría de la fantasía de viajar y conocer lugares maravillosos. Inspiró profundamente y pasó las páginas, pero no era capaz de dejarse llevar. No esa noche.

Justo entonces, oyó que golpeaban ruidosamente en su puerta. Se frotó los brazos y se dio cuenta de que se le había puesto la carne de gallina. Sonó otra llamada y entró en casa para ver quién era. Según las costumbres de Yorkshire Falls, no era normal presentarse en casa de alguien casi a medianoche.

Volvió a dejar el libro encima de la mesa y se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Roman. Abre.

El corazón le dio un vuelco.

—Es tarde. —Y no estaba de humor para más discusión.

Él golpeó la puerta una vez más.

—Venga, Charlotte. Déjame entrar cinco minutos. —Hablaba con voz profunda y seductora.

Charlotte se apoyó en la puerta y, a pesar de que ésta los separaba, se acaloró.

—Lárgate.

—No hasta que hablemos.

—Pásate por la tienda por la mañana. —Cuando Beth estuviera por allí como barrera, pensó Charlotte.

Roman dio un puñetazo en la puerta a modo de respuesta.

—Vas a despertar a los vecinos.

—Entonces déjame entrar.

—Ojalá pudiera —repuso, demasiado bajo como para que él la oyera. No podía permitirle entrar en su pequeño apartamento de ninguna de las maneras, porque la abrumaría con su presencia, su olor, su esencia. Apoyó la mejilla contra el yeso frío, pero no le supuso ningún alivio al calor interno que él le provocaba.

De repente, en el exterior se hizo el silencio y, aunque era lo que le había dicho que quería y debería sentirse aliviada, a Charlotte le decepcionó que se hubiera dado por vencido con tanta facilidad. Regresó junto a la mesa, pero el libro que antes le había resultado atractivo no hizo más que recordarle el dolor que sentía. De repente oyó un estrépito procedente del exterior, el sonido de unos pasos en la escalera de incendios.

Era obvio que Roman no se daba por vencido con tanta facilidad como había pensado. El corazón se le aceleró y se notó el pulso en la garganta seca. Se quedó mirando cómo Roman llegaba a su rellano y se agachaba para poder pasar su corpulenta envergadura por el marco de la ventana. Entró en el apartamento de Charlotte y se enderezó.

Le parecía imponente siempre que lo veía, pero en su pequeño apartamento, su corpulencia y su magnetismo le resultaban abrumadores. Tragó saliva mientras se preguntaba qué querría y si tendría fuerzas suficientes para resistir el tira y afloja que tanto le gustaba a él.



Capítulo 6

Charlotte permaneció de pie, con los brazos en jarras, y observó a Roman con cautela. Él se sentía como una mierda, y suponía que realmente lo era, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido entre ellos desde su regreso e incluido el hecho de que acababa de entrar a la fuerza en su apartamento.

Tras marcharse del baile había estado merodeando frente al edificio de Charlotte un buen rato. Cuanto más tardaba ella en llegar, más se le desbocaba la imaginación, hasta que se había visto obligado a reconocer que, cuando se trataba de Charlotte, no controlaba sus sentimientos. El hecho de que llegase por fin, y sola, no lo había tranquilizado. Aunque Rick hubiera respetado los límites fraternales, Charlotte no pertenecía a Roman en absoluto.

Por muy posesivo que se sintiera, tenía que dejarlo estar. El rato que había pasado esa noche, caminando arriba y abajo, le había brindado la oportunidad de pensar, y Roman sabía exactamente qué tenía que decirle a Charlotte. El problema era que no sabía por dónde empezar.

—Es muy raro que estés tan callado, teniendo en cuenta que acabas de entrar a la fuerza en mi apartamento —declaró ella finalmente.

—No he entrado a la fuerza...

—Yo no te he abierto la puerta, así que ¿cómo lo llamas a irrumpir por la ventana?

—Hacer una visita. —Se quedó callado y se pasó una mano por el pelo—. Está claro que no estás de humor para hablar conmigo así que ¿qué te parece si me escuchas?

Charlotte se encogió de hombros.

—Estás aquí. Cuanto antes hables, antes te marcharás.

Ahora que había entrado en el santuario, lo último que quería era marcharse. El apartamento era coqueto y femenino, como Charlotte. Se fijó en las paredes blancas, los ribetes amarillos, la tapicería floreada, y aunque se suponía que debería sentirse fuera de lugar rodeado de tanta feminidad, se sintió en cambio intrigado y excitado. El periodista que había en él quería profundizar, saber más. El hombre que era se limitaba a desearla.

Verla con aquel exiguo vestido sin mangas hizo que sus venas bombearan más adrenalina. Aunque era obvio que era cómodo e informal, resultaba sumamente sensual. El blanco immaculado de la tela contrastaba con su cabello negro y desgreñado. A pesar de ser un color que simboliza la inocencia, la envoltura blanca conjuraba pensamientos que no tenían nada de puro.

Pero no estaba allí para embarcarse en la danza sensual que tan bien conocían, sino para explicar sus sentimientos, algo que Roman Chandler nunca había hecho, por lo menos no con una mujer. Pero Charlotte no era una mujer más. Nunca lo había sido.

Y merecía saber que su marcha atrás no tenía nada que ver con sus sentimientos y sí con sus diferencias; y con el hecho de que él respetaba las necesidades de ella.

—Tengo que aclarar varias cosas.

—¿Qué cosas?

—Hablaste de la necesidad de apartarme de tus pensamientos y viceversa.

Charlotte abrió los ojos como platos mientras su vulnerabilidad resultaba tan obvia como la tensión sexual que bullía entre ellos.

—Creo recordar que rechazaste la oferta. Me apartaste. Luego, me ignoraste en público, y ahora vuelves, invadiendo mi espacio privado con ganas de hablar. Te intereso, no te intereso y te vuelvo a interesar. —Charlotte movía las manos con rapidez siguiendo sus palabras como ráfagas y caminando arriba y abajo por delante de él—. ¿Acaso tengo cara de juguete que se coge o se tira según el momento?

Su pregunta confirmó el comentario de Rick y los temores de Roman: que estaba hiriendo sus sentimientos transmitiéndole mensajes contradictorios, y por eso mismo le debía una explicación. Pero ella todavía no le había dado la oportunidad de explicarse.

—O a lo mejor eso es lo que te gusta: la caza. Lo prohibido. Quizá seas uno de esos hombres que no quieren las cosas que les resultan demasiado fáciles. —Negó con la cabeza—. Y no cabe duda de que yo te lo he puesto fácil. —Se sonrojó al recordar lo ocurrido entre ellos en el probador de la tienda.

Él la sujetó por la muñeca en una de sus pasadas y no la soltó hasta que lo miró fijamente con sus ojos verdes.

—¿Crees que no te deseo? —masculló.

—No me has dado ninguna prueba que demuestre lo contrario.

Sus palabras equivalían a un desafío que despertaba sus instintos más primarios. Apartando sus buenas intenciones, Charlotte lo había llevado al límite y le había hecho cruzarlo. Roman dio un paso hacia adelante y la colocó de espaldas a la pared hasta que sus cuerpos estuvieron alineados. Era imposible que ella no advirtiera el deseo de él, igual que Roman no podía ignorar sus pezones erectos, duros contra su pecho. Sin esperar respuesta, inclinó la cabeza para darle un beso, un beso en el que juntaron las lenguas como si se batieran en un duelo, tan erótico como deseado por ambos.

Para interrumpir ese momento Roman hizo acopio de toda su determinación y levantó la cabeza.

—¿Qué te parece esto como prueba? —preguntó, respirando todavía con dificultad.

Ella inhaló con fuerza antes de apartarse.

—De acuerdo, Roman. Se acabaron los juegos.

Lo que menos quería era jugar con sus sentimientos pero, cada vez que estaba cerca de ella, sus sentimientos se descontrolaban y le hacían comportarse al contrario de lo que le dictaba el sentido común.

—¿Qué quieres de mí? —Se frotó los brazos con las manos, como si quisiera proporcionarse calor y bienestar.

—Lo que quiero y lo que puedo tomar son dos cosas distintas —respondió él llegando al final quid de la cuestión—. No voy a quedarme en el pueblo —declaró en voz más baja, diciendo la verdad que sabía que lo apartaría de ella. Por mucho que le doliera hacerlo.

—Lo sé. —Charlotte se mordió el labio inferior manteniéndolo un momento entre los dientes—. Ojalá mi padre hubiera sido tan sincero con mi madre.

Ese comentario pilló a Roman desprevenido. Sólo sabía lo mismo que el resto del pueblo, que Russell Bronson había salido precipitadamente de Yorkshire Falls y abandonado a su esposa e hija pequeña. Regresaba a intervalos irregulares, se quedaba unos días y luego volvía a marcharse. Roman también sabía que ese abandono hacía mucho daño a ambas mujeres. Algo que él ni quería ni pensaba hacer.

Estiró la mano y le tocó la mejilla.

—No es lo mismo.

—Eso es porque yo sabría que no existe ningún tipo de compromiso duradero. De lo contrario, sería exactamente igual.

Habló con voz ronca y llena de emotividad, por lo que sus palabras le

llegaron a Roman a lo más hondo. Hacía mucho tiempo que alguien o algo no tocaban esa fibra tan sensible en su interior. No desde la muerte de su padre y los primeros años de dolor de su madre, y Roman se rebeló de forma instintiva contra los sentimientos que se agolpaban en su interior.

Por desgracia, la fibra, una vez tocada, vibró cada vez con mayor intensidad. Y no le gustaba ser colocado en la misma categoría a la que pertenecía el padre temporal y marido errante del pueblo, el hombre que tanto había herido a Charlotte.

—Nunca dejaría de hacer honor a mis compromisos de ese modo. —Pero mientras Roman pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había pensado hacer. Casarse, dejar embarazada a su esposa y largarse. Exactamente lo que el padre de Charlotte le había hecho a su madre. Roman había estado demasiado ensimismado por el cambio de vida que le esperaba para plantearse lo que sus acciones supondrían o podrían suponer para la mujer en cuestión.

Negó con la cabeza, asqueado. Aunque sus motivos fueran desinteresados, por el bien de su madre y no del suyo, sus actos estaban de todos modos destinados a herir a otra persona. Reprimió una imprecación. Visto con los ojos de Charlotte, a través del prisma de su pasado, sus planes eran vergonzosos.

Pero la obligación familiar y la necesidad de su madre perduraban. A Roman sólo le cabía esperar que su plan, tan egoísta como ahora se daba cuenta que era, fuera aceptado por una mujer que no temiera el abandono, que comprendiera cómo tenían que ser las cosas, y que quisiera tener hijos, pero no necesariamente el entorno familiar típico. Charlotte no lo entendería ni aceptaría. Otra mujer quizá sí. Pero si Roman no se quitaba a Charlotte de la cabeza lo antes posible, la promesa realizada a sus hermanos corría peligro.

—Ya sé que no te vas a quedar —dijo ella—. Lo supe cuando... me acerqué a ti. Pero apartarte de mi mente..., eso no tiene nada que ver con el largo plazo. Yo no quería ningún compromiso por tu parte. No te pido eso.

—Pero acabarías resentida. No es propio de ti conformarte con menos y yo no puedo darte más. No soy el tipo de hombre que necesitas. El que se quedaría aquí para siempre. —Negó con la cabeza—. Sería una tontería que nos liáramos. Y doloroso. —Para ambos—. Por mucho que deseemos lo contrario.

Ella inclinó la cabeza y apoyó la mejilla en la palma de la mano de él.

—Sé que no lo harías. Me refiero a no hacer honor a tus compromisos.

Los Chandler sois demasiado honestos.

«Si ella supiera», pensó Roman. Charlotte no debía enterarse por nada del mundo del a cara o cruz y el dichoso trato.

—Sí, somos los ciudadanos más honrados del pueblo —declaró con ironía.

—Por eso estás aquí, dándome explicaciones de por qué me rechazaste. Es más de lo que yo hice por ti en el pasado —reconoció Charlotte con voz queda—. Eres un gran hombre, Roman, mejor de lo que creía.

—No cometas el error de imaginarme como un buen chico —le advirtió él.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró por entre sus espesas pestañas.

—No diría que eres un ángel, pero te preocupas por mí. Y te lo agradezco aunque no me guste lo que oigo. —En sus labios se dibujó una sonrisa llena de tristeza.

—Yo tampoco puedo decir que me guste. —Nada de todo aquello. A pesar de sus palabras de advertencia y protesta, Roman anhelaba sobremanera besar aquellos labios una última vez. El último adiós.

Charlotte debió de leerle el pensamiento, porque se puso de puntillas al mismo tiempo que él hacía descender su boca hacia la de ella. Pero un simple beso no bastaba para satisfacer su deseo, y le sujetó la cabeza entre las manos para acceder mejor al interior de su húmeda boca.

Se suponía que era un beso de despedida, lo suficientemente intenso y apasionado como para ser recordado toda la vida. Deslizó las manos hasta la cintura de ella y empezó a arremangarle el vestido, subiendo el fino algodón centímetro a centímetro hasta que por fin palpó la piel desnuda de su diafragma.

Se aferró a su carne suave y cálida y, mientras ella dejaba escapar un débil gemido, a Roman el corazón le latía cada vez más fuerte.

Y de repente lo supo: no podía decirle adiós ni tampoco elegir a otra mujer como esposa y como madre de sus hijos. Antes de procesar ese pensamiento, alguien llamó a la puerta con fuerza y los sobresaltó a los dos.

Charlotte dio un respingo y volvió a la realidad debido a los golpes incesantes.

Roman dejó escapar un gemido de frustración.

—Dime que no esperas a nadie.

—No espero a nadie. —Desvió los ojos, incapaz de mirarlo a la cara—. Tampoco te esperaba a ti, y nadie se presentaría a estas horas sin previo aviso.

—Bien. —No estaba de humor para tratar con otros seres humanos—. Lárgate —gritó, y ella le dio un codazo en las costillas.

—He dicho que no esperaba a nadie, pero a lo mejor es algo importante.

Roman la soltó, conmocionado todavía por la conclusión a la que había llegado después del beso.

—Abre, Roman. Es la policía. —Oyeron la voz de Rick.

A pesar del ensombrecimiento que se había apoderado de ellos, Charlotte no consiguió contener la risa; a Roman no le hizo gracia. Rick era la última persona a quien quería ver. Sobre todo cuando el mero hecho de pensar en su hermano y Charlotte seguía poniéndole de mal humor.

Mientras se dirigía a la puerta, Charlotte se alisó el vestido arrugado e intentó peinarse con mano temblorosa. Era imposible ocultar lo que habían estado haciendo.

Tampoco es que él quisiera disimularlo. Los labios despintados y besuqueados de Charlotte la delataban, y a Roman eso le encantaba.

Vaya con las buenas intenciones. Había irrumpido en su apartamento para disculparse por transmitir mensajes contradictorios. Había querido ir allí a despedirse y poner fin a toda ilusión que cualquiera de ellos pudiera albergar por el otro. Pero con Charlotte nunca podía darse nada por terminado o definitivo, por mucho que él lo intentara.

Lo vio claro de repente y esa idea lo pilló desprevenido. El adiós no era posible. No con Charlotte. No podía apartarse de aquella mujer y recurrir a otra, independientemente de sus motivos.

Negó con la cabeza sabiendo que acababa de tener una revelación. Sabiendo que para ella sería una conmoción tan grande como para él. En vez de liberarse para ir a la caza de esposa, Roman ya tenía a su candidata. Una mujer que no quería ser la esposa que se queda en casa de un marido lejano y trotamundos. Tendrían que llegar a un acuerdo. Pero eso no le parecía mal. Hasta los planes mejor trazados solían cambiar a lo largo del camino. Y por Charlotte él cambiaría lo que hiciera falta. No le quedaba elección.

Sin embargo, antes tenía que convencerla de que se dieran una oportunidad después de su discurso sobre marcharse. Dejó escapar un gemido. Roman sabía que ella no le cerraría la puerta en las narices. Si tenía ocasión, se acostaría con él con la intención de olvidarlo. Y mientras tanto, Charlotte intentaría convencerse de que podría dejarlo cuando así lo decidiera.

A Roman no le quedaba más opción que convencerla de que se equivocaba. Tendría que llevarla en esa dirección lentamente, eso sí lo veía

claro. Pero esta vez no había vuelta atrás.

El estómago se le había revuelto por las conclusiones a las que había llegado, pero a pesar de los pesares, era lo correcto. Rotó los hombros para reducir la tensión; sin embargo, antes de que pudiera seguir pensando en opciones, Charlotte había dejado entrar a Rick. Chase iba pisándole los talones.

Roman se preguntó qué ocurriría para que sus dos hermanos fueran al apartamento de ella.

—¿Beth está bien? —Charlotte miró fijamente a Rick, obviamente preocupada por su amiga.

—Está bien. La dejé cuando recibí una llamada urgente, pero estaba bien.

—Entonces ¿qué sucede? —Miró a Rick con cautela—. Roman no necesita acompañante, así que ¿a qué se debe esta visita?

Roman también quería una respuesta.

—Sentémonos —indicó Rick.

—No —farfulló Roman, pues no quería prolongar su visita.

—Es el ladrón, ¿verdad? —preguntó Charlotte alzando la voz—. ¿Ha vuelto a actuar?

—Es lista —afirmó Rick—. ¿Sabías que era lista, Roman?

—Una sabihondilla —rió Charlotte.

Roman puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y se dirigió hacia la sala de estar. Al parecer, estaba a punto de tomar asiento junto a su hermano policía, su otro hermano y Charlotte, que no era ni su amante ni su ex amante... sino su futura esposa. En esos momentos no le apetecía plantearse qué haría si ella lo rechazaba. A Roman empezó a subirle la adrenalina mientras en su fuero interno luchaba por vencer los nervios que sentía al pensar que ella pudiera rechazarlo. Sólo era capaz de imaginar la reacción de ella, pero de ninguna manera podía contarle sus planes. Todavía no. No hasta que la hiciera suya de un modo al que ella no pudiera negarse.

Se acomodó en el sofá mullido y floreado.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Roman cuando estuvieron todos sentados.

—Charlotte tiene razón. Ha habido otro robo. —Rick fue el primero en romper el silencio.

—Y voy a hacerlo público por la mañana —informó Chase.

Roman asintió. Sabía que su hermano mayor no podía mantener en secreto otro robo. Lo había hecho por respeto a la policía y su necesidad de investigar

sin que se supiera.

Charlotte se inclinó hacia adelante.

—Por favor, dime que no han robado exactamente la misma marca.

Rick asintió.

—Jack Whitehall tampoco está muy emocionado por la elección.

—¿Las de Frieda? —Charlotte se llevó las manos a la cabeza y gimió—. Hacía muy poco que las había terminado. Se las enviamos a su casa hace sólo unos días.

Roman siguió el hilo del comentario de Rick.

—¿Por qué se ha enfadado Whitehall, aparte de porque hayan entrado a robar en su casa? ¿Qué más le da al viejo la marca que hayan robado?

—Bueno, que Jack sepa, su mujer es partidaria de las prendas sencillas de color blanco —repuso Rick.

—Las de Frieda eran blancas —informó Charlotte, saliendo en defensa de su clienta.

—Blancas y sexys —aclaró Chase—. Los hemos dejado discutiendo para quién pensaba ponerse esas bragas.

—Las compró para darle una sorpresa a su marido en su septuagésimo cumpleaños —murmuró Charlotte—. Hay que ver, los hombres son capaces de llegar a todo tipo de conclusiones erróneas.

—Eh, no te metas con nosotros, nena —dijo Roman, y ella le dio un codazo en el costado que le hizo soltar un gemido. Por lo menos el dolor le hizo centrarse en algo que no fuera el deseo. Y cuando el dolor menguó, Roman volvió a dedicarse a observar el entorno para distraerse de la seductora fragancia a la que olía Charlotte. Pasó la mano por un libro satinado de gran formato que había visto tiempos mejores.

—O sea que ha habido tres robos en total... —dijo Charlotte.

—Cinco.

El número llamó la atención de Roman.

—¿Cinco? —preguntaron él y Charlotte a la vez.

—Esta noche se han producido tres. Mientras el pueblo entero estaba en el baile de San Patricio, algún tío se dedicaba a robar bragas.

—¿Quién es capaz de hacer una cosa tan..., tan... —Charlotte se levantó del asiento; al percibir su frustración, Roman no intentó detenerla—... tan infantil? Tan estúpida. Tan perversa. —preguntó.

Rick rió disimuladamente. Roman no tenía ganas de revivir su juventud

delante de Charlotte.

—Bueno, podemos limitar la lista de sospechosos sabiendo a quién vimos todos en el baile.

—Hay un problema —apuntó Rick.

—¿Cuál?

—Los horarios no concuerdan. El último robo se produjo a eso de las diez y media. Whitehall persiguió al tío por el jardín de su casa, pero éste fue muy hábil y consiguió llegar a la pequeña arboleda. Entonces a Whitehall le dio un ataque de asma y se desplomó.

—Mierda —farfulló Roman.

—Exacto. Sabemos que es alguien con mucho aguante. Y si entró en dos casas antes de las diez y media, en calles distintas y alejadas, eso es mucho tiempo. Es decir, que no sabemos nada. Yo me marché de la fiesta a eso de las diez menos cuarto, Chase no vino porque estaba trabajando y, según los testigos, tú, hermanito te marchaste alrededor de las nueve y cuarenta y ocho.

—Algo que Whitehall se aseguró de hacernos saber —intervino Chase.

Roman notó cierta desazón en su interior.

—¿Por qué?

Charlotte dejó de caminar delante de la enorme butaca en la que estaba sentado Chase.

—Sí, ¿por qué?

Chase se pellizcó el puente de la nariz y Roman se dio cuenta de que se había metido en un lío.

—El viejo se ha acordado de cierta travesura que Roman hizo hace mucho tiempo.

—Mucho, mucho tiempo —puntualizó Roman.

—Cuando era infantil y estúpido —añadió Rick, repitiendo las palabras pronunciadas por Charlotte.

—Pero no perverso —añadió Chase con una sonrisa.

—La correría de las bragas —murmuró Charlotte—. Hace tanto tiempo que ya lo había olvidado.

—Ojalá lo hubiera olvidado todo el mundo. —Roman dedicó una mirada asesina a sus hermanos.

—De todos modos, ¿por qué iba Whitehall a desenterrar una vieja hazaña ahora? —inquirió Charlotte.

Roman se frotó los ojos con las manos.

—Porque las chicas se habían quedado a dormir en casa de Jeannette Barker, pero las bragas que robé eran...

—Que robaste y colgaste del retrovisor —añadió Rick con actitud servicial.

—... eran de Terrie Whitehall —terminó Chase—. Que ha llegado corriendo a casa de sus padres justo cuando nos íbamos.

Maldita sea, ¿cómo era posible que Roman hubiera olvidado todo aquello? Se había pasado un montón de rato hablando con la remilgada empleada de banco esa misma noche y ni por un momento se había acordado de que en una ocasión le había robado la ropa interior.

—¿O sea que cuando Terrie se enteró de lo que le habían robado a su madre, supuso que yo debía de ser el culpable? —preguntó Roman negando con la cabeza en señal de incredulidad.

—No, sólo ha mencionado que te había visto salir corriendo del ayuntamiento. Por desgracia, no fue la única que te vio hacerlo. —Rick se puso en pie y se cruzó de brazos—. Jack Whitehall te ha señalado como posible sospechoso.

Roman no daba crédito a sus oídos.

—Es un viejo chocho...

—Estoy de acuerdo, pero cuando se formula una acusación, tengo que investigar. —Con su mejor actitud de agente de la ley, deslucida tan sólo por la media sonrisa de su rostro, Rick se dirigió a Roman y dijo—: ¿Te importaría decirme dónde has estado esta noche después de salir del ayuntamiento? ¿Y si alguien puede dar fe de tus movimientos?

Charlotte abrió la boca y la cerró en seguida. Chase se echó a reír.

Aquella noche había habido una sorpresa tras otra, pensó Charlotte mientras acompañaba a Rick y a Chase a la puerta. Como Roman permanecía detrás de ella, tenía el presentimiento de que todavía no habían acabado.

—Gracias por pasaros por aquí para informarme de que había habido otro robo —dijo Charlotte.

Rick se detuvo.

—Bromas aparte, hemos venido a advertirte. Ha habido cinco allanamientos de morada con robo con un solo vínculo: tú. No sólo vendes los artículos que roban, sino que son los que haces tú.

Roman arqueó las cejas sorprendido, pero no preguntó nada y se dispuso a asumir el mando.

—Por eso no voy a dejarla sola.

Charlotte negó con la cabeza y guardó silencio. Ya había previsto que a Roman le saldría la vena protectora, pero tenía pensado guardarse los argumentos por los que no debía quedarse para cuando estuvieran a solas.

Agradecía su consideración, pero era injustificada. El ladrón de bragas había entrado en las casas de las cuentas sin hacer daño a nadie. Iría con cuidado, pero creía estar a salvo. No podía permitir que se quedara a pasar la noche con ella. Teniendo en cuenta que cotillear era el pasatiempo preferido de la gente del pueblo, no tenía ninguna intención de que los vecinos lo vieran saliendo a hurtadillas por la puerta, o por la escalera de incendios, al amanecer.

—En casa estás segura —dijo Rick, mirando a Roman y proporcionándole a Charlotte una excusa si es que la quería—. Teniendo en cuenta que tienes vecinos a ambos lados, nadie sería tan idiota como para irrumpir aquí, pero te sugiero que mantengas esa ventana cerrada con llave. En estas circunstancias, mejor que no te arriesgues a invitar a entrar a un sinvergüenza.

Miró a Roman con el rabillo del ojo y consiguió contener la risa. Los dos sabían que él era el último sinvergüenza que había trepado hasta su ventana, pero Charlotte no veía motivos para dar más munición a sus hermanos.

Ya le estaban dando la lata lo suficiente, aunque eso sí, con cariño, algo que ella nunca había experimentado en la vida. Era hija única, y había madurado demasiado rápido después de que su padre las dejó, mientras que, a pesar de todo, los hermanos Chandler habían sido capaces de ir haciéndose mayores y conservar cierta faceta infantil. La rivalidad entre hermanos, las ganas de superarse unos a otros y el cariño eran tan obvios entre ellos que su

compañía hacía que a Charlotte se le formara un nudo en la garganta. Ella no había experimentado ningún tipo de verdadera unidad familiar y ahora se daba cuenta de lo mucho que se había perdido.

Lanzó una mirada a la ventana abierta.

—Me ocuparé de ello, lo prometo.

—Estamos haciendo horas extras, pero no puedo prometerte nada hasta que pillemos al tipo, así que ojo.

Charlotte asintió una vez más.

Chase le colocó la mano en el hombro con gesto amistoso.

—En cuanto publique el artículo, tendrás a todo el pueblo pendiente de ti.

—Lo que me faltaba, que me controlen a mí y mi vida. —Dejó escapar un suspiro—. Espero que esto no perjudique el negocio. No puedo permitirme el lujo de que a la gente le dé miedo comprar mis artículos.

Rick negó con la cabeza.

—Yo creo que, como mucho, habrá un descenso en las ventas de la prenda en cuestión.

—Espero que estés en lo cierto. —Desde luego, no podía enfrentarse a un descenso generalizado de las ventas y seguir pagando el alquiler. Los ahorros de la época pasada en Nueva York no le durarían mucho más y justo ahora empezaba a recuperar la inversión inicial.

—Haremos que patrullen el barrio, ¿de acuerdo?

Charlotte asintió y por fin cerró la puerta detrás de Rick y Chase. Entonces se armó de valor y se volvió hacia Roman. Tenía un hombro apoyado en la pared, con postura sexy y expresión segura.

Si no le fallaba el instinto, Charlotte intuyó que entre ellos algo había cambiado. Una vez más.

—¿Qué tiene de especial la ropa interior que están robando? —preguntó.

—Tú sabrás. Pudiste verla el otro día. —Tragó saliva—. En el probador.

El recuerdo oscureció sus ojos azules, que adoptaron un matiz tormentoso.

—¿Las hiciste a mano?

Charlotte asintió. Él entrelazó su mano con la de ella y las yemas de sus dedos encallecidos causaron estragos en las terminaciones nerviosas de Charlotte, enviándole dardos de fuego incandescente por todo el cuerpo. Al final él le cogió ambas manos para vérselas mejor.

—No sabía que estuviera tratando con una artista.

Ella dejó escapar una risa nerviosa, desconcertada por el contacto y el

deseo que siempre le inspiraba.

—Tampoco te pases.

—Querida, he visto esas bragas y te he visto con ellas. Ni mucho menos exagero. De hecho, entiendo por qué un hombre sería capaz de hacer cualquier cosa para conseguir unas. Sobre todo si tú las llevaras puestas. —Bajó la voz y adoptó un tono ronco y seductor.

Roman le giró la muñeca y le dio un beso estratégico, seguido de un mordisquito en un dedo. A Charlotte se le endurecieron los pezones al primer contacto, y cuando él repasó todos los dedos, un deseo ardiente embargó todo su cuerpo.

Charlotte se preguntó adónde querría ir a parar, por qué habría empezado a seducirla ahora en vez de despedirse. No comprendía aquel repentino cambio de estado de ánimo. No dudaba que el beso que se habían dado antes había sido una especie de despedida.

—¿Sabes que esta noche no podía quitarte los ojos de encima? —Roman le lamió la cara interna de la muñeca y le sopló aire fresco en la piel húmeda.

Charlotte reprimió un gemido de placer.

—¡Pues disimulas muy bien!

—Intentaba engañarnos a los dos. Incluso esta noche, cuando he irrumpido aquí con la idea equivocada de que podría alejarme de ti, intentaba engañarnos a los dos.

Se le formó un nudo en la garganta mientras lo escuchaba.

—Con los años he perfeccionado el arte de observar sin ser visto. Es necesario para mi trabajo. —Le recorrió el brazo con la boca, excitándola con el suave roce de sus labios—. Te estaba observando.

—Vaya. Entonces, decididamente me has engañado.

—Pero no creo que haya engañado a Terrie Whitehall —declaró al llegar a su hombro. Entonces se detuvo para acariciar la piel sensible del cuello de Charlotte.

Le flaqueaban las rodillas y Charlotte se apoyó en la pared.

—¿Así que Terrie te ha acusado por celos?

—Eso parece —reconoció él, dejando su aliento cálido en la piel de Charlotte.

Roman apuntaló los brazos en la pared detrás de ella y la cubrió con su cuerpo duro y fibroso. Charlotte intentó respirar con tranquilidad mientras la erección de él, plena y dura, se situaba entre sus piernas. Intentó recordar de

qué habían estado hablando, pero era incapaz de articular palabra.

—No puedo concentrarme —acertó a musitar.

—De eso se trata. —Introdujo los dedos en su pelo—. Deja que me quede esta noche, Charlotte. Déjame cuidarte.

Charlotte había imaginado que querría hacer de guardaespaldas.

—No es buena idea. —Por mucho que le hubiera gustado. Apoyó ambas manos en los hombros de él, pero en vez de apartarlo, saboreó el calor y la fuerza que transmitía su cuerpo contra el de ella.

—Entonces ¿por qué parece buena idea? —Roman echó las caderas hacia adelante, empujando su dureza contra el pubis de ella. Las oleadas de sensaciones cobraron vida. Charlotte cerró los párpados y disfrutó del momento.

—Parece buena idea porque el sexo no tiene nada de racional. Pero ahora soy racional. No puedes quedarte porque has venido a despedirte. Lo has dicho antes. —Recordó sus palabras con el dolor alojado en la garganta.

—Y entonces te he besado y me he dado cuenta de que no puedo marcharme de ninguna de las maneras.

—¿Qué? —Una excitación y esperanza sin igual cobraron vida en el interior de Charlotte mientras procesaba sus palabras—. ¿Qué estás diciendo? —preguntó, porque quería estar segura.

—Siempre ha habido algo entre nosotros. Algo que no va a desaparecer. Si tienes las agallas de arriesgarte a ver adónde nos lleva, yo haré lo mismo. —La observó con su mirada azul.

El pulso empezó a desbocársele. La había pillado por sorpresa. Al parecer, él también estaba conmocionado. Ella comprendía el tira y afloja entre ellos igual de bien que Roman.

Pero a pesar de que la había pillado desprevenida, ya se había planteado esa posibilidad. Liarse con Roman no sólo era lo que quería sino lo que necesitaba. Porque dando rienda suelta al deseo que se había ido fraguando durante años, también le daba la oportunidad de que siguiera su curso.

Sin duda, Charlotte sabía que su corazón corría peligro. Se había alejado de él en el pasado y, aunque nunca lo había reconocido, ni siquiera a sí misma, lo había lamentado profundamente. Tenía que saber cómo era hacer el amor con Roman. Necesitaba tener ese buen recuerdo para poder pasar el resto de la vida sin él.

Pero le pondría fin. A diferencia de su madre, que vivía pendiente de la espera interminable, Charlotte sería fuerte y saldría de ésta con entereza.

—Di, ¿puedo quedarme? —insistió él con una sonrisa encantadora.

—¿Porque crees que necesito protección de una amenaza inexistente o porque quieres estar conmigo?

—Los dos motivos me sirven.

—Puedo cuidarme yo sola. Incluso Rick ha dicho que estaba a salvo. Con respecto a lo otro..., es demasiado pronto. —Charlotte no pensaba acostarse con él por mucho que su cuerpo protestara contra esa decisión.

Quería tiempo para asimilar sus intenciones. Saber que esta vez no volvería a cambiar de opinión. Pero sobre todo, quería conocerle mejor. Todo su ser. Necesitaba tiempo para entrar tanto en su cabeza como en su corazón. Porque cuando se marchara, tal como Charlotte sabía que pasaría, no tenía ninguna intención de esforzarse por olvidar. Estaba claro que no le olvidaría, aunque ella siguiera adelante con su vida.

Roman asintió a modo de aceptación de su respuesta. No quería forzarla, no cuando había hecho progresos y había conseguido traspasar sus barreras de precaución. Ella le reía las gracias, aceptaba sus cambios de actitud. Por ahora le bastaba.

Después de todos los mensajes contradictorios que le había enviado, no esperaba que le abriera el corazón y confiara en él de la noche a la mañana.

—¿Qué te parece si duermo en el suelo y hago de guardaespaldas? —sugirió él en un último intento de compartir más tiempo con ella.

Ella negó con la cabeza y se echó a reír.

—Ninguno de los dos dormiría.

—Se da demasiada importancia al dormir. Podemos quedarnos despiertos hablando. —Por lo menos, así la tendría a su lado.

—Sabes perfectamente que no nos pondríamos a hablar. —Sus mejillas adoptaron un saludable tono rosado—. Y mis vecinos también lo sabrían.

A Roman los vecinos no le importaban, pero a Charlotte sí, y en un pueblo pequeño un negocio estaba ligado a la reputación. Se pasó la mano por el pelo en señal de frustración y se obligó a aceptar lo que ella le decía.

—¿Me llamarás si me necesitas? ¿Si por casualidad crees que me necesitas?

Charlotte lo miró de hito en hito.

—Oh, te necesito, Roman. Pero no te llamaré para ese tipo de necesidad.

Roman suspiró con fuerza. Él también la necesitaba a ella. De una forma que iba más allá del deseo sexual. Como si le hubiera rodeado el corazón con una mano. Su única esperanza era que quisiera soltarlo cuando llegara el

momento de seguir adelante.

Roman se despertó cuando los rayos del sol iluminaron su habitación de la infancia inundando su cuerpo de calor. Se había marchado del apartamento de Charlotte, pero ella había permanecido con él toda la noche, en sueños calientes y cautivadores que no llegaban a consumarse.

Cerró los ojos y se recostó en las almohadas, evocando todo lo que había observado la noche anterior. Mientras Charlotte y sus hermanos hablaban de los últimos robos, Roman había puesto en práctica su talento para escuchar una conversación y mirar todo lo que le rodeaba a la vez, y había descubierto los libros de gran formato y revistas situados en la mesa que tenía delante. En las portadas aparecían lugares lejanos y entornos glamurosos. Algunos del país, otros extranjeros, como castillos en Escocia, o exóticos, como el Pacífico Sur. Nada que no pudiera servir como tema de conversación, pensó Roman.

Mucha gente compraba libros de ese estilo para decorar. Pero pocas personas los leían hasta que estaban gastados, y menos todavía dejaban esos ejemplares sobados y con las esquinas dobladas a la vista. Charlotte sí.

Así pues, mientras observaba lo que le rodeaba había sido capaz de hacerse una idea, compuesta de contradicciones y tentaciones. Charlotte era femenina y sexy. No era de extrañar que le gustaran las flores. No obstante, pensó, vacilaba, no estaba convencida de su atractivo y le costaba atreverse con ciertas cosas, lo cual hacía que el negocio que había elegido resultara sorprendente. Igual que la ropa interior que tejía a mano. Aquellas prendas enseñaban más que ocultaban. No sólo dejaban al descubierto la piel que había bajo las bragas de encaje, sino a Charlotte y su mundo interior.

Los libros revelaban mucho más. Aunque le gustaba tener casa y hogar en Yorkshire Falls, a una parte de ella le intrigaba el extranjero y los lugares exóticos. La idea hizo que la adrenalina circulara a toda prisa por sus venas. Era más perfecta para él de lo que ella estaba dispuesta a aceptar.

«Charlotte», pensó. Lo cautivaba como nunca lo había cautivado ninguna otra mujer. Tenía que ganársela, convencerla de que estaban tan profundamente entrelazados que no tenían más remedio que intentar una vida en común. Sólo entonces podría cumplir con la obligación contraída con su familia y satisfacer el deseo de su madre de tener un nieto. Sólo entonces podría retomar su vida

errante, ir a donde las noticias le llevaran y continuar concienciando al público sobre temas importantes. Y a lo mejor un día ella querría viajar con él.

—Oh, Dios mío. Roman, levántate ya —oyó la voz de su madre.

Vivir solo tenía sus ventajas, y cuando su madre irrumpió en su cuarto sin llamar, recordó de qué se trataba: intimidad.

Se incorporó en la cama y se destapó.

—Buenos días, mamá.

A su madre le brillaban los ojos por algo que había descubierto y despedían un toque de diversión que lo asustó sobremanera.

—Lee esto. —Se acercó a él blandiendo el *Gazette* ante su cara.

Roman tomó el periódico.

—BRAGAS BIRLADAS —leyó en voz alta.

—Bonito titular —observó ella—. A Chase siempre se le ha dado bien la lengua.

Roman alzó la vista hacia su madre y vio su expresión risueña.

—¿No te preocupan los robos? —le preguntó.

—Rick lo tiene todo controlado. Igual que el inspector Ellis. Además, nadie ha resultado herido. Lee la última línea, Roman.

Antes de que pudiera obedecer, su madre le arrancó el periódico de las manos y leyó ella misma:

—«Por el momento, la policía carece de sospechosos, pero Jack Whitehall persiguió a un hombre de raza blanca por el jardín antes de que desapareciera en el bosque situado detrás de la casa. Aunque la policía todavía tiene que identificar a algún sospechoso, Jack Whitehall señaló que el regreso de Roman Chandler le parecía demasiada coincidencia. Según el señor Whitehall, Roman Chandler estuvo detrás de una travesura juvenil relacionada con el robo de ropa interior. Entonces no se presentó ninguna demanda, que se produjo hace más de diez años, y la policía no cree que exista relación entre los incidentes».

—Bonita noticia —farfulló Roman.

—¿Tú qué opinas?

Roman puso los ojos en blanco.

—Por Dios, mamá, eso fue cuando iba al instituto. ¿Qué esperaba que dijera?

Pero Roman estaba enojado con su hermano. Aunque la acusación se atribuyera a Whitehall y la policía la negara, a Roman le costaba creer que

Chase fuera capaz de publicar tamaña sandez.

—Pensaba que Chase sería lo bastante sensato como para no...

—Chase informa de los hechos, jovencito. No culpes a tu hermano de los actos pasados que te persiguen en el presente.

Hacía años que Roman no oía a su madre emplear ese tono admonitorio con uno de sus hijos. Teniendo en cuenta la voz suave que utilizaba desde que estaba enferma, el tono le sorprendió. Pero nunca había tolerado que un hermano estuviera enfadado con otro, y eso no cambiaba aunque no se sintiera bien. Creía que sus chicos tenían que ser uno. Estar unidos independientemente de las circunstancias.

La mayoría de las veces, Roman estaba de acuerdo con esa idea, pero no en esa ocasión. Sin embargo, no quería que su madre se preocupara porque él estuviera molesto con Chase.

—Siéntate. A tu corazón no le convienen las preocupaciones. —Dio una palmada en la cama.

Raina se sorprendió, pero se sentó lentamente en el extremo de la cama.

—Tienes razón. Sólo pensaba que tenías que estar preparado. Te han señalado como expoliador de bragas.

Roman no podía hacer nada aparte de fruncir el cejo y cruzarse de brazos.

—Lo único que no acierto a imaginar es la reacción que tendrán las mujeres.

Roman se preparó para lo que venía.

—¿A qué te refieres?

Su madre se encogió de hombros.

—No sé si cuando te vean se te van a echar encima o van a correr en dirección contraria. Por la cuenta que te trae, más vale que sea un acicate para ellas. Espero que lo sea, o los nietos que quiero estarán incluso más lejos.

Roman renegó para sus adentros.

—¿Qué te parece si te metes con Rick o con Chase?

Raina dio un golpe con el pie en el suelo de madera.

—Por desgracia, ahora tus hermanos no están aquí. —Tomó el artículo y pareció volver a releerlo—. ¿Sabes qué? Cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que las mujeres de este pueblo se mantendrán alejadas de ti hasta que se retiren las acusaciones. Nadie quiere tener nada que ver con un delincuente convicto. Una buena chica no querría presentarles a sus padres ni siquiera a un posible sospechoso.

—Por Dios, mamá —volvió a decir.

—¿No te había dicho que estas cosas te persiguen en la vida? Es igual que la nota de la selectividad o las notas del bachillerato. Determinan la universidad a la que vas. Pero ¿tú me hiciste caso? No. Tú siempre eres más listo que nadie. —Sin previo aviso, le atizó en el hombro con el periódico—. ¿No te dije que esto volvería a salir a la superficie algún día?

Intuyendo que su madre estaba a punto de sermonearlo, Roman gimió y se tapó la cabeza con las mantas. Era demasiado mayor para vivir con su madre y estaba demasiado cansado para oír sermones.



Capítulo 7

A las diez menos cuarto de la mañana, empezó a formarse una cola en el exterior de El Desván de Charlotte. Charlotte miró de reojo a Beth, que no hablaba de otra cosa con ella que no fuera el negocio. Al parecer había superado el bache de la noche anterior, y Charlotte respetó su intimidad, por el momento. Estaba resuelta a abordar a su amiga al término de la jornada y descubrir qué pasaba exactamente.

—¿Has anunciado rebajas y te has olvidado de decírmelo? —Beth señaló a la multitud de mujeres que esperaban en el exterior.

—Ojalá. —Charlotte arqueó las cejas en señal de confusión.

Se acercó a la puerta y la abrió. Las mujeres entraron en tropel, como si regalara la mercancía, y la rodearon hasta que Frieda Whitehall dio un paso adelante, erigida en portavoz. La anciana llevaba el pelo entrecano cortado y peinado siguiendo el único estilo que Lu Anne sabía. Frieda solía vestir pantalones de poliéster con blusas de seda a juego que había que lavar a mano, y ese día no había hecho ninguna excepción. Pero Charlotte sabía que Frieda quería reavivar la chispa de su matrimonio, y por eso había comprado el conjunto de bragas y sujetador de encaje tejidos por Charlotte.

—¿En qué puedo ayudarlas, señoras?

—Estamos interesadas en... —Frieda carraspeó y se sonrojó.

—Las bragas birladas —gritó Marge Sinclair desde el fondo—. Mi Donna también quiere unas.

—Y yo tengo que comprarme otras —declaró Frieda—. También me gustaría comprarle unas a Terrie. A lo mejor así deja de ser tan estirada.

—¿Bragas birladas? —Charlotte parpadeó sorprendida—. ¿Se refieren a las bragas de encaje? —Era obvio que el robo era del dominio público. En aquel pueblo las noticias volaban y sólo las súplicas de Rick y del inspector de policía habían mantenido el incidente en secreto después de los primeros robos.

—Todas queremos unas.

—¿Todas ustedes?

Se oyó un fuerte murmullo de asentimiento mientras la fachada de la tienda se convertía en un hervidero de mujeres. Algunas eran muy mayores, otras jóvenes, y todas ellas querían las «bragas birladas» de Charlotte.

—Deben comprender que no las tenemos en stock —intervino Beth—. Se confeccionan a medida. Anotaré el nombre, la preferencia de color y la talla. Pónganse en fila y nos pondremos manos a la obra.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Charlotte. Precisamente la noche anterior había mostrado su preocupación ante la posibilidad de perder clientela y ahora tenía un aluvión de mujeres que querían comprar las mismas bragas objeto de los robos. A ese paso, se iba a pasar haciendo ganchillo los nueve meses que faltaban hasta Navidades.

—¿Has leído el periódico matutino? —preguntó Lisa Burton, ex compañera de clase de Charlotte y convertida en respetable maestra.

Charlotte negó con la cabeza. Se había despertado más tarde de lo habitual porque había pasado una noche desasosegada, con sueños febriles protagonizados por ella y Roman.

—No he tenido tiempo ni de leer el periódico ni de tomar un café. ¿Por qué?

A Lisa le brillaban los ojos de la emoción cuando le tendió un ejemplar del *Gazette*.

—Si hubiese un hombre en este pueblo que te gustaría que entrara en tu casa a robarte las bragas, ¿quién sería?

—Pues...

Antes de que Charlotte tuviera tiempo de contestar, Lisa se respondió a sí misma:

—Uno de los Chandler, por supuesto.

Charlotte parpadeó.

—Por supuesto. —Roman era el único Chandler que le interesaba, pero no pensaba decirlo.

Y no hacía falta que le robara las bragas, ella misma se las daría encantada..., igual que la mitad de las mujeres del pueblo, por lo que parecía. Recordó el relato de los hermanos sobre el robo de la noche anterior y la acusación contra Roman. Chase había dicho que lo iba a publicar.

—¿Qué dice el periódico exactamente? —preguntó a su amiga—. Cuéntamelo todo.

Al cabo de media hora, Charlotte había cerrado la puerta con llave

porque necesitaba un respiro. Contaba con una lista de mujeres que querían comprar sus bragas, muchas de las cuales deseaban atraer a Roman Chandler a su casa.

—Tengo ganas de vomitar. —Charlotte se desplomó en una silla detrás del mostrador. Dejó a Beth organizando y poniendo orden en la tienda después de la locura de la mañana mientras ella hacía una copia de la lista de nombres para entregarla a la policía.

No sólo habían recibido pedidos de los artículos más caros de la tienda, sino que también habían vendido otras cosas mientras las mujeres esperaban: saquitos perfumados para el interior de los cajones, perchas para lencería y otras prendas de vestir. Había sido el día con más ventas desde la apertura del negocio, y ni siquiera eran las doce del mediodía. Pero en vez de sentirse satisfecha, Charlotte se sentía incómoda.

Le desagradaba ganar dinero gracias a la fama de mujeriego de Roman. Los celos la consumían al pensar en todas las mujeres que habían pronunciado su nombre en la tienda. Le molestaba que le recordaran a la cara qué y quién era: un trotamundos mujeriego. Y ella había aceptado ser una de sus conquistas, hasta que se marchara del pueblo. Charlotte se estremeció, aunque nada de lo que había pasado ese día le hacía cambiar de opinión sobre el rumbo que ella y Roman habían elegido.

Miró el periódico que Lisa había dejado y negó con la cabeza. Roman era muchas cosas, soltero empedernido y trotamundos, pero no un ladrón. Y no creía ni por asomo que estuviera detrás de los robos. La idea era ridícula, y el hecho de que mujeres adultas se hubieran tragado esa suposición la dejaba anonadada. Estaban forjándose una idea fantasiosa en torno a la acusación. En torno a él.

Charlotte comprendió el deseo de hacer tal cosa, pero también sabía a ciencia cierta que las fantasías no se materializan, y que la realidad es siempre mucho más dura.

Roman procuró agotarse con flexiones y una carrera antes de ducharse, vestirse y dirigirse a la redacción del *Gazette*. Esperaba eliminar así la fuerte tentación que sentía de darle un puñetazo a su hermano mayor por bocazas. Como reportero, Roman respetaba la verdad, pero en ese caso imaginaba que

debía de haber una forma mejor de abordar los cotilleos del pueblo que otorgándoles credibilidad publicándolos. Los dichosos habitantes de aquel pueblo tenían más memoria que un elefante.

Fue en coche por First Street con las ventanillas del coche bajadas para que el aire fresco lo despertara y tranquilizara. Aminoró la marcha al pasar junto a El Desván de Charlotte. Había mucha gente congregada en el exterior, lo cual lo sorprendió, teniendo en cuenta que a Charlotte le preocupaba que los robos afectaran negativamente al negocio.

Tenía muchísimas ganas de verla. Pero gracias al periódico matutino y a su nueva notoriedad, Roman debía mantenerse alejado de la tienda de Charlotte. El sitio del que salían las bragas birladas era el último lugar en el que Roman Chandler podía dejarse ver.

Detuvo el coche en un semáforo de la salida del pueblo. Un sedán gris se paró en el carril de al lado. Echó una mirada cuando el conductor bajó la ventanilla del copiloto. Roman vio que era Alice Magregor. Su pelo ya no tenía la forma de un casco ahuecado, sino que lo llevaba desgreñado como la melena de un león. De todos modos, Roman consiguió dirigirle una sonrisa amistosa.

Alice cogió algo del asiento del copiloto, levantó la mano y lo blandió en el aire antes de dar dos bocinazos y marcharse.

Roman parpadeó. Cuando el semáforo se puso en verde, cayó en la cuenta: Alice le acababa de enseñar unas bragas. Le había planteado el reto femenino por antonomasia: «Ven a por mí, chicarrón».

Justo cuando acababa de llegar a la conclusión de que sólo quería a una mujer, las solteras de Yorkshire Falls habían decidido abrir la veda. Roman soltó un fuerte suspiro al darse cuenta de lo que le esperaba de la población femenina de la localidad. En sus años mozos habría agradecido tanta atención. Ahora lo único que quería era que lo dejaran en paz.

Menudo método más estrambótico para embarcarse en una cruzada para conquistar a Charlotte, pensó Roman, y sintió un deseo renovado de aporrear a su hermano mayor. No cabía la menor duda de que el acto de Alice era fruto del artículo del *Gazette*. Aunque Roman sabía que Whitehall era una fuente tendenciosa, esa mañana, mientras se tomaba el café, todo el pueblo había recordado la jugarreta de Roman.

Al cabo de cinco minutos, aparcó frente a la redacción del *Gazette* y caminó hasta la entrada. Se paró en los buzones, marcados individualmente con las distintas secciones del periódico. Aquéllos todavía no estaban llenos,

pero el de la sección de Local estaba más cargado de la cuenta debido a que el redactor estaba con su mujer y su hijo recién nacido. Roman cogió la información de ese buzón con la intención de escribir durante un par de horas para que así Ty pudiera pasar más tiempo con su familia.

Roman se dijo que se implicaba en el negocio del *Gazette* como favor a un viejo amigo. Estaba clarísimo que los actos de Roman no estaban motivados por el deseo de ayudar a su hermano mayor.

Entró en el edificio.

—Hola, Lucy —saludó a la recepcionista, que era un elemento tan fijo en aquel lugar como los cimientos. Había empezado trabajando para su padre y ahora continuaba con Chase. Tenía un don de gentes y una capacidad de organización de los que ningún director de periódico podía prescindir.

—Hola, Roman. —Le hizo una señal con el dedo para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó él al aproximarse.

Lucy volvió a encoger el dedo y él se inclinó hacia ella.

—¿Qué haces con las bragas que birlas? —le preguntó con un susurro—. Puedes contármelo. ¿Ahora te ha dado por el travestismo? —Le guiñó un ojo y soltó una carcajada.

Roman puso los ojos en blanco al recordar, demasiado tarde, que también tenía un sentido del humor muy pícaro.

—No tiene gracia —masculló Roman.

—Si te sirve de consuelo, Chase no quería publicarlo... pero no tuvo más remedio. Puede decirse que Whitehall puso en duda su integridad periodística si no lo publicaba por ser tu hermano.

Roman negó con la cabeza.

—De todos modos, ¿dónde está?

Lucy señaló hacia arriba con los pulgares. Roman subió rápidamente por la escalera y entró en el despacho de Chase sin llamar.

—¿Te importaría decirme en qué demonios estabas pensando? —Roman le estampó el periódico encima de la mesa.

—¿Respecto a qué?

Roman se inclinó hacia él con una actitud amenazante que no surtía ningún efecto en su hermano mayor. Chase se limitó a relajarse todavía más. Se echó hacia adelante y la parte superior del que había sido el sillón de cuero de su padre tocó el alféizar de la ventana, bloqueando una vista que Roman podría describir con los ojos cerrados. El estanque y los viejos sauces que montaban guardia abajo formaban parte de él, igual que la antigua casa

victoriana que siempre había albergado la redacción del *Gazette*.

—Eres demasiado listo para hacerte el tonto y no estoy de humor para juegos. ¿Algún motivo por el que tuvieras que publicar mi nombre? —preguntó Roman a Chase.

—Yo publico las noticias. Si hubiera prescindido de la cita de Whitehall, habría cometido una flagrante omisión.

—¿Para quién?

—Para cualquiera del pueblo con quien Whitehall hable. No quiero que la gente de aquí piense que hay favoritismo o que protejo a los parientes.

—Una travesura del pasado no es una noticia.

Chase negó con la cabeza.

—Como reportero, deberías tener mejor criterio. —Corrió el sillón hacia adelante—. A ti te importa un bledo lo que la gente piensa de ti, así que no sé por qué te ha sentado tan mal el artículo. ¿Qué es lo que realmente te fastidia? —Se levantó del asiento y se acercó a Roman sin quitarle los ojos de encima.

—Vuelve a vivir con nuestra madre y no hará falta que me hagas esa pregunta.

—Eso podría llevarte a caer en la bebida, no a querer estamparme en la pared. Esto no tiene nada que ver con mamá. Ahora que me fijo, tienes un aspecto horrible. ¿Qué has hecho? ¿Cavar zanjas o echar un polvo?

—No habría sido echar un polvo sin más —respondió Roman sin pensar.

—¿Cómo dices? —Chase empujó a Roman hacia la silla más cercana y cerró la puerta del despacho de golpe—. Nunca se sabe cuándo Lucy está aburrida y se presenta por aquí —explicó, antes de abrir el pequeño armario de la esquina.

Su padre siempre había guardado licores en él, y Chase no había variado esa costumbre. Sirvió dos vasos de whisky escocés y le tendió uno a Roman.

—Ahora, habla.

A pesar de lo temprano que era, Roman se relajó en el asiento y se bebió el whisky de un trago.

—Lo necesitaba. Y no tengo ni idea de a qué te refieres.

Chase alzó la vista.

—Estás cabreado por haber perdido a cara o cruz. Estás cabreado porque tu vida tiene que dar un giro de ciento ochenta grados y, como crees que estás en deuda conmigo, no pensabas reconocerlo.

—Tienes toda la razón. —No tenía sentido negar lo obvio. Aunque Charlotte hiciera que la perspectiva del matrimonio y los hijos resultara más

atractiva, sus planes de vida habían cambiado desde su regreso a casa, y no por voluntad propia.

—No lo hagas si crees que no puedes. —Chase apoyó los brazos en el escritorio—. Ya te lo dije aquella noche, nadie te culpará si te echas atrás.

—Yo sí me culparía. ¿Alguna vez te he dicho lo mucho que te respeto por las decisiones que tomaste?

—No hace falta que me lo digas. Sé que llegas a mucha gente con tus noticias y tu talento. Y cada vez que leo uno de tus artículos, cada vez que mandas recortes a casa, me demuestras el tipo de hombre que eres. Y cuánto aprecias todo lo que tienes en la vida.

Roman miró a Chase y negó con la cabeza.

—No hablo de lo mucho que aprecio la vida. Los dos sabemos que la aprecio. Hablamos de lo mucho que te respeto. —Se puso en pie y hundió las manos en los bolsillos traseros—. Hasta que perdí en el a cara o cruz no comprendí plenamente el sacrificio que hiciste. Además, eras muy joven, y te respeto aún más por ello.

—La palabra «sacrificio» es demasiado fuerte —objetó Chase inclinando la cabeza.

Roman había incomodado a su hermano, y sabía que eso era todo lo que recibiría a modo de agradecimiento por su parte.

—Ahora cuéntame qué tiene que ver Charlotte Bronson con todo esto —le instó Chase.

Roman se sirvió otra copa. Teniendo en cuenta que Chase había tomado decisiones difíciles en la vida, nadie iba a entender mejor que él lo que estaba pasando Roman.

—Me encanta mi vida. Viajar, los reportajes, informar a la gente de asuntos importantes que suceden en el mundo...

Chase le dedicó una sonrisa irónica.

—Incluso cuando éramos pequeños, siempre me identifiqué contigo. Me veía reflejado en ti. —Inhaló profundamente—. Cuando papá murió supe que mis sueños se habían ido con él. Pero si yo no podía ser quien viajara, iba a asegurarme por todos los medios de que tú tuvieras las oportunidades que a mí me faltaron.

A Roman le embargó la emoción.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Chase restó importancia a sus palabras haciendo un gesto con la mano.

—No lo hice para que algún día me lo agradecieras. Lo último que

quiero es una compensación. Si todavía quisiera viajar, podría subirme a un avión ahora mismo. Mi vida está bien. Así que si no eres capaz de hacerlo y sentirte satisfecho —dijo, refiriéndose al a cara o cruz—, entonces no lo hagas.

—Oye, tengo la intención de cumplir con mi obligación, pero me cuesta verme ligado a cualquier mujer de este pueblo. No cuando resulta...

—No cuando resulta que sólo quieres a una.

Roman hizo ademán de coger la botella, pero en el último momento decidió apartar el alcohol.

—Exacto —reconoció, afrontando sin tapujos las palabras de Chase.

Se levantó de la silla y fue hacia la ventana. Contempló el paisaje que tanto placer había proporcionado siempre a su padre. Lo sabía porque los tres hijos se habían turnado para sentarse en el regazo de su padre mientras mecanografiaba un artículo, recibía anuncios por teléfono o pasaba el rato con ellos, todo ello con aquella vista detrás. Ahora, los ordenadores habían sustituido a las viejas máquinas de escribir Smith Corona, los árboles habían crecido y las raíces eran más profundas, pero por lo demás, nada había cambiado. Los recuerdos que Roman tenía de su padre eran vagos, porque era pequeño, pero existían en el límite de su memoria, y le resultaban reconfortantes incluso ahora.

—Es obvio que a ella también le interesas, así que ¿cuál es el problema?

Roman inspiró hondo.

—No quiero hacerle daño, y todo esto al a cara o cruz y mi plan apesta a su padre, Russell Bronson.

—Joder. —Chase se pellizcó el puente de la nariz.

—Interpreto esa exclamación como que estás de acuerdo.

—¿Y qué otras candidatas tienes? —preguntó Chase.

Roman observó cómo la brisa mecía las ramas de los árboles, que todavía no habían florecido. Sólo la forsitia amarilla y la hierba fresca añadían color al entorno. Mientras miraba, un recuerdo lejano le vino a la memoria: un picnic familiar celebrado allí, planeado por su madre para que su padre, que era adicto al trabajo, saliera a tomar un poco el aire y pasara un rato con los niños. Casi era capaz de oler los sándwiches de pollo que su madre había preparado y oír la voz de su padre mientras le explicaba a Rick cómo coger el bate mientras Raina lanzaba la pelota.

Roman no se imaginaba a otra mujer que no fuera Charlotte desempeñando el papel de esposa y madre, pero tampoco a sí mismo teniendo

la típica familia a expensas de la carrera que se había forjado y que tanto le gustaba. Sin embargo, su obligación era tener un hijo. Y no quería engendrar ese hijo con una mujer que no fuera Charlotte.

—No hay ninguna candidata más.

Chase se colocó detrás de él y le dio una palmada en la espalda.

—Entonces te sugiero que busques la manera de convencer a la damisela en cuestión de que acepte un matrimonio a distancia, hermanito.

Aquello sí que era un reto, pensó Roman. Charlotte no estaba preparada para oír las palabras «matrimonio» o «hijos» de sus labios. Cielos, tampoco él estaba seguro de estar preparado para pronunciarlas. Pero tenía que empezar por algún sitio.

—¿Qué me dijiste cuando quise hacer mi primera entrevista y escogí al alcalde? —Había sido cuando tenía dieciséis años y estaba convencido de que iba a comerse el mundo como reportero.

—Empieza lentamente y ya irás aprendiendo. Lo mismo que me dijo papá. Estoy impresionado. Me cuesta creer que esas palabras se te quedaran grabadas en esa cabecita tan dura que tienes. —Chase soltó una carcajada.

—¿Te refieres a que aparqué delante de la oficina del alcalde y no me moví hasta que respondió a mis preguntas en vez de ir al presidente de la asociación de padres y maestros como sugeriste? —Roman se rió al recordarlo.

—Con respecto a Charlotte, voy a seguir tu viejo consejo —le dijo a Chase—. Pero no te lo tengas muy creído.

Roman empezaría poco a poco. Pasar tiempo con ella y volver a conocerla mejor sería un placer. No tenía que preocuparse de seducirla. La atracción surgía por sí sola siempre que él y Charlotte estaban juntos. Si la cosa funcionaba, él tendría la carrera que le gustaba y la mujer que siempre había querido, no sólo en la cama sino en la vida.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Se volvió hacia Chase.

—A asegurarme de convencer a Charlotte de que me deje formar parte de su vida, hasta el punto de quererme para siempre.

Charlotte cerró la tienda a las cinco. Tenía la noche del sábado por delante. Se frotó los ojos y miró a Beth, que jugueteaba con un lápiz entre los dedos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Charlotte a su amiga.

—En nada.

—Tonterías. Llevas las dos últimas semanas evitando hablar en serio conmigo. Necesitas a una amiga y aquí me tienes. Así que déjame ayudarte, por favor.

Beth meneó la cabeza.

—Ojalá pudiera, Charlotte, pero no lo entenderías.

Charlotte no sabía si debía ofenderse.

—¿Tan insensible te parezco?

—No, pero eres de ideas fijadas. Cualquier relación que se parezca a la de tus padres recibe inmediatamente tu desaprobación. No me apetece oírlo.

A Charlotte se le formó un nudo en la garganta mientras se acercaba a su amiga.

—Nunca he pretendido juzgarte. Siento que lo digas. Si he hecho o dicho algo que te ha dolido, perdóname. Pero Beth, eres una mujer hermosa, prometida al hombre que quieres y aun así te sientes desgraciada. ¿Por qué?

—Charlotte tragó saliva porque no quería sonar reprobatoria—. ¿Porque tú estás aquí y él en la ciudad?

Beth negó con la cabeza.

—No es sólo eso.

—Por favor, explícamelo. Te prometo que te escucharé sin juzgarte. —Charlotte tiró de la mano de Beth y la condujo a los sillones de la zona de espera—. Iré a buscar algo para beber y me lo cuentas, ¿de acuerdo?

Al cabo de unos segundos, con una lata de refresco para cada una, Charlotte volvió junto a Beth. Se sentó con las piernas recogidas bajo el cuerpo.

—¿Os conocisteis en Navidades? —Hizo que Beth empezara por el principio.

—Sí. Norman celebró su fiesta anual y David estaba en el pueblo, visitando a los Ramsey, Joanne es su tía materna. Bueno, da igual, nos presentaron, empezamos a hablar... y esa noche me enamoré. Supe que era el hombre de mi vida.

—¿De qué hablasteis? ¿Cómo supiste que era el hombre de tu vida? —Charlotte se inclinó hacia adelante, ansiosa por oír que sus sospechas sobre

David eran injustificadas, que él y Beth tenían realmente más objetivos e intereses en común de lo que ella había visto hasta el momento.

—Sobre todo de su trabajo. Tiene clientes famosos, pero también mujeres normales y corrientes que necesitan un cambio para aprovechar al máximo su potencial.

—Suenas interesante —mintió Charlotte—. Y cuando te acompañó a casa, ¿te besó bajo las estrellas? —Charlotte quería para Beth la historia con final feliz que ella todavía no había vivido.

—No, de hecho se portó como un caballero. Me dio un beso en la mejilla y...

Charlotte colocó la mano encima de la de Beth.

—¿Y qué?

—Me dio su tarjeta y me dijo que si alguna vez iba a Nueva York le hiciera una visita. Que estaba seguro de poder maximizar mi belleza.

A Charlotte se le cayó el alma a los pies al entender que sus peores temores se confirmaban.

—Beth, no quisiera equivocarme, así que corrígeme si es necesario, ¿por qué pensaste que tenías que maximizar lo que era hermoso de por sí? Nadie es perfecto, querida.

—Pues tal como era no atraía al hombre adecuado —repuso ella a la defensiva.

—Es que no puede decirse que en Yorkshire Falls abunden los hombres «adecuados». —Aparte de Roman.

Charlotte se quitó esa idea de la cabeza inmediatamente. Era el hombre equivocado, adecuado sólo para unas cuantas semanas, se recordó con crueldad. Acto seguido, volvió a centrarse en Beth.

—¿Qué pasó a continuación?

—Fui de viaje a Nueva York. Siempre había querido ver un espectáculo de Broadway, así que convencí a mi madre para que fuéramos a pasar un fin de semana. Nos alojamos en un hotel, fuimos a ver un espectáculo, invité yo, y pasamos un buen fin de semana. —Se mordió el labio inferior—. Mandé a mamá a casa el domingo, y el lunes visité a David en su consulta. A partir de ahí, todo fue muy rápido. Al cabo de un mes estábamos prometidos.

—¿Después de ponerte los implantes?

Beth apartó la mirada rápidamente.

—Se portó fenomenal. Totalmente centrado en mí y en mis necesidades.

En lo que quería crear, pensó Charlotte. Al hombre no le interesaba la

mujer increíble que Beth ya era. Dio un sorbo al refresco.

—¿Fuiste muchas veces a Nueva York?

Beth asintió.

—Y él vino aquí la mayoría de los fines de semana a partir de entonces. Teníamos unos planes increíbles —dijo, al tiempo que los ojos le brillaban por el recuerdo, pero sin perder el atisbo de tristeza y realidad—. Tiene un ático precioso, con vistas al East River y en una zona con muchos comercios. Hay montones de tiendas de niños. Estábamos de acuerdo en tener hijos pronto y él me dijo que quería que yo me quedara en casa a criarlos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Charlotte sabía que sonaría sentenciosa y sesgada, basada en la experiencia de su madre, pero, en el caso de Beth, Charlotte tenía el presentimiento de no estar equivocada.

—Adelante —dijo Beth con recelo.

—Un hombre con tanto dinero y con el que compartías los mismos sueños... ¿por qué no te propuso que te fueras a vivir con él de inmediato? Sin duda podía costárselo, así que ¿por qué estar separados?

—¡Porque cree en el noviazgo tradicional! ¿Qué tiene eso de malo? No todos los hombres que no se quedan en Yorkshire Falls son unos crápulas como tu padre. —Beth abrió mucho los ojos y en seguida se le empañaron de lágrimas—. Oh, cielos, lo siento. He dicho una cosa horrible.

—No, has sido sincera —repuso Charlotte con voz queda—. Te hago preguntas legítimas y estás a la defensiva. ¿De qué tienes miedo, Beth?

—De que haya encontrado a otra que le interese más. —Su amiga se secó los ojos—. Ya había estado prometido con una paciente —reconoció Beth.

—¿Con una paciente? —Charlotte tenía la impresión de que el doctor Implante era de los que se enamoraban de sus creaciones, no de las mujeres cuyos cuerpos retocaba, y que dejaban de interesarle en cuanto descubría otro proyecto.

En Beth había encontrado a la mujer ideal, porque, a pesar de su buena presencia natural, nunca se había sentido perfecta, algo que Charlotte sabía desde que eran adolescentes, aunque nunca había alcanzado a entenderlo.

—O sea, que no le interesaste hasta que decidiste materializar sus sugerencias de cirugía estética, ¿no? —Charlotte esperaba haber logrado que Beth fuera comprendiendo la dolorosa verdad poco a poco para que llegara a esa conclusión por sí misma.

—No —repuso con voz queda—. Y hace tiempo que intuía la verdad. Incluso estando aquí se mostraba distante. Si hablábamos de algo, era sobre

cambiarme. —A Beth se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Estar tan desesperada?

Charlotte tomó la mano de su amiga.

—No eres imbécil ni estás desesperada. A veces vemos lo que queremos ver porque lo deseamos con todas nuestras fuerzas. Tú querías que un hombre te amara. —Bajó la mirada hacia el refresco de cola que tenía en la mano—. Eso es lo que queremos todas.

—¿Tú también?

Charlotte soltó una carcajada.

—Sobre todo yo. Sólo que soy más consciente de los riesgos que la mayoría, por lo mucho que he visto sufrir a mi madre al intentar retener a un hombre que no quería estar atado. —Le dio vueltas a la lata entre las palmas—. ¿Por qué piensas que no espero más de la vida? ¿Alguien que me quiera, por ejemplo? —Al notar el calor de la mirada de Beth, Charlotte alzó la vista.

—Porque eres muy independiente. Te marchaste, fuiste en busca de tus sueños, volviste y los materializaste. Yo me quedé aquí, en un trabajo sin porvenir, hasta que me introdujiste en el mundo de la moda, algo que siempre me había gustado. Pero necesité tus agallas para atreverme a dar un paso en la dirección correcta.

—Tenías motivos para quedarte y para ti eran válidos. —Charlotte miró a su alrededor y contempló la tienda, decorada con encaje blanco de fantasía—. No habría podido hacer todo esto yo sola. Tú también tienes parte del mérito por el éxito. Mira este lugar y siéntete orgullosa. Yo lo estoy. —Volvió a mirar a Beth en espera de que su amiga reconociera la verdad con un asentimiento de cabeza—. No sé de dónde procede tu inseguridad, pero ahora que eres consciente de ella, puedes intentar reforzar tu autoestima.

—La inseguridad siempre ha estado ahí. Dudo que tú sepas lo que es...

Charlotte negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que Beth estuviera tan ciega como para creer que la vida de Charlotte era poco menos que perfecta?

—No sabes lo equivocada que estás. Por supuesto que entiendo la inseguridad. Lo que pasa es que creo que hay que trabajársela de dentro a fuera, no viceversa. ¡Eso explica la filosofía que hay detrás de esta tienda!

—Supongo que debería aprender. —Beth esbozó una sonrisa forzada—. ¿Roman forma parte de eso que llamas «trabajárselo»? No quieres comprometerte. ¿Eso se debe a que sabes qué es lo que te conviene?

Charlotte exhaló un suspiro. ¿Cómo explicarle a Beth los cambios con respecto a Roman?

—Roman es distinto. Nuestra relación es distinta.

—Aja. O sea que hay una relación.

—Breve —puntualizó Charlotte—. Los dos conocemos las reglas del juego.

—Siempre supe que había algo entre vosotros. ¿Eres consciente de que sólo quiso salir conmigo cuando se dio cuenta de que lo vuestro no funcionaba?

Charlotte negó con la cabeza. No era el momento de agravar las inseguridades de su amiga. Además, nunca había pensado que Roman recurriera a Beth para compensar su decepción amorosa. Charlotte no había querido pensar que su amiga hubiera significado gran cosa para él. Pero al plantárselo ahora, el estómago empezó a revolvérsele ante la posibilidad.

Sin embargo, en esos momentos Beth era quien necesitaba una inyección de confianza, no Charlotte.

—Venga ya. Tú eras la animadora principal más marchosa. Eras irresistible para él —dijo, transmitiéndole lo que había creído de corazón en aquel entonces.

Beth puso los ojos en blanco, recuperando por fin el sentido del humor y disfrutando de la situación.

—Lo pasamos bien, pero eso fue todo. No fue nada serio o irresistible. Yo intentaba olvidar a Johnny Davis y Roman olvidarte a ti.

—Beth...

—Charlotte... —la imitó su amiga, con los brazos en jarras—. Ahora me toca a mí explicarte algunas cosas de la vida. Hay distintos tipos de hombres y de relaciones. Está el hombre que es para siempre y el que está superando un desengaño amoroso, también llamado «hombre de transición». Con el que te lo pasas bien y luego sigues tu vida. Eso es lo que Roman fue para mí, y yo para él. —Hizo una pausa para pensar—. Creo que ha llegado el momento de que te plantees qué es Roman para ti.

—¿Cómo te las has apañado para desviar la conversación hacia mí? —preguntó Charlotte.

—Porque somos amigas, como has dicho. Tú me necesitas tanto como yo a ti.

—Bueno, prometo explicarte lo que es Roman algún día. —Cuando consiguiera explicárselo a sí misma.

Beth consultó su reloj.

—Tengo que irme. Rick llegará de un momento a otro.

—¡Ese *playboy* es el último hombre con el que deberías relacionarte! Sobre todo mientras estés prometida.

Beth se echó a reír.

—Rick y yo somos amigos. A-M-I-G-O-S.

Charlotte exhaló un fuerte suspiro de alivio.

—Rick me escucha y me hace reír. Las dos cosas que necesito ahora mismo. De hecho, hablar con un hombre me está dando la confianza necesaria para enfrentarme a David... y a mis temores. —Su sonrisa se apagó—. Luego tendré que plantearme la vida en solitario y descubrir quién soy y qué necesito.

—¿Y si hemos subestimado a David? —Charlotte se sintió obligada a preguntar—. ¿Y si te quiere y...?

Beth negó con la cabeza.

—Nunca sabré si se enamoró de mí o de la mujer en que creyó convertirme. ¿Te he dicho que quiere arreglarme la nariz?

Charlotte dio un respingo en el asiento.

—Ni se te ocurra...

—No voy a hacerle caso, gracias a ti y a Rick. —Dio un fuerte abrazo a Charlotte—. Eres una buena amiga.

—Lo mismo digo. —Le devolvió el abrazo.

Llamaron a la puerta y Charlotte corrió a abrir.

Samson estaba en el exterior con el pelo encanecido mojado y una pila de cartas en la mano.

—¿No coges el correo? —farfulló—. Si dejas las cartas fuera se las llevará el viento o se mojarán con la lluvia. Toma. —Le entregó el puñado de cartas.

—Gracias, Sam. —Las cogió y buscó en el bolsillo el dinero que recordaba haber metido allí por la mañana—. Ya sabes que nunca me acuerdo de recoger el correo. —Le tendió la mano con unos billetes arrugados en el puño—. ¿Puedes ir a buscar un refresco, traerlo y quedarte con el cambio?

Refunfuñó pero cogió el dinero con un destello de agradecimiento en sus ojos oscuros.

—¿Hay algo más que no seas capaz de recordar tú solita? —preguntó.

Charlotte reprimió una carcajada.

—Pásate por aquí el lunes por la mañana, tendré un paquete o dos para

llevar a correos. —Entre otras cosas, para entonces habría acabado de empaquetar algunas bragas para sus cuentas.

Como suplemento especial del servicio, cuando acababa los pedidos antes de lo estipulado a Charlotte le gustaba sorprender a las clientas enviándoselos en vez de llamarlas y hacerlas ir a la tienda a recogerlos.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Sam.

—Que eres perezosa. Hasta entonces.

Charlotte sonrió y cerró la puerta con llave otra vez. El pobre hombre incomprendido. Negó con la cabeza. Cuando empezaba a revisar el correo sonó el teléfono.

—Ya respondo yo —le dijo a Beth.

Descolgó el auricular.

—El Desván de Charlotte, Charlotte al habla.

—Soy Roman.

Su voz profunda la envolvió de calidez y anhelo.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal? —preguntó él.

—He tenido un día muy ajetreado. Tendrías que haber visto las colas que se han formado en la tienda.

—Las he visto. Pero te he echado de menos. —Bajó la voz y adoptó un tono grave.

La embargó una sensación intensa.

—Es fácil encontrarme.

—¿Te imaginas los titulares si realmente llegara a entrar por la puerta de tu tienda?

Charlotte se mordió el labio inferior. Si su tienda se había beneficiado de los titulares del día, Roman en cambio debía de haberlo pasado mal.

—¿Tan malos serían?

—A ver si soy capaz de explicártelo. La secretaria de Chase me ha acusado de travestismo, mi propia madre me ha llamado delincuente en potencia y más de una mujer me ha enseñado unas de esas bragas que a ti tanto te gustan.

—Oh, no. —Charlotte se dejó caer en la silla, con un nudo en el estómago al pensar en que otras mujeres pudieran hacerle insinuaciones a Roman.

—¿Qué ocurre? —Beth apareció detrás de ella.

Charlotte hizo un gesto con la mano para que no siguiera hablando.

—Es Roman —le indicó moviendo los labios y acercándose un dedo a éstos.

Beth sonrió y se acomodó para esperar.

—¿En serio te ha pasado todo eso?

—Tan en serio que estoy pensando en pasar el resto del fin de semana fuera del pueblo.

Se sintió decepcionada y se dio cuenta de las muchas ganas que tenía de verlo. De estar con él. De consumir su relación. Temblaba ante la posibilidad, su cuerpo reaccionaba con sólo pensarlo.

—El fin de semana termina mañana por la noche —le recordó Charlotte.

—Pero ¿te imaginas cuántas cosas podemos hacer juntos en veinticuatro horas?

—¿Podemos? —Agarró el teléfono con más fuerza.

—Bueno, no vivimos en una metrópoli próspera, pero me gustaría llevarte a algún sitio bonito.

Charlotte sintió que la calidez la embargaba, un calor que no tenía nada que ver con el deseo sexual. Oh, el deseo también estaba presente, pero el cariño que destilaba su voz la había pillado por sorpresa, directo al corazón.

—¿En qué habías pensado?

—Se me había ocurrido ir al Falls. —El único restaurante del pueblo que exigía cierta formalidad en el vestir, pensó Charlotte.

—Pero ¿te imaginas comer mientras las mujeres me van introduciendo bragas en el bolsillo de la americana?

Charlotte rió.

—No me digas que eso también lo han intentado.

—Todavía no.

—Tu autoestima me deja pasmada. —Vio que Beth la miraba anhelante y giró la silla para no tener que verla—. ¿Me estás pidiendo...?

—Que vengas conmigo. Una noche, un día. Tú y yo. ¿Qué me dices? —preguntó.

—¿Una cita?

—Más que eso, y lo sabes.

Charlotte respiró hondo. Hacía varios días que se encaminaban hacia ese momento. Charlotte ya había racionalizado por qué iba a permitirse liarse con él. Porque estar con Roman parecía ser la única manera de superarlo. Con un poco de suerte, descubriría que tenía demasiados vicios. Si no, por lo menos

conservaría recuerdos para el futuro. Nunca volvería la vista atrás, pero lamentaría no haberlo probado.

—Te está pidiendo para salir. ¿A qué esperas? Di que sí —instó Beth desde atrás.

Charlotte la miró por encima del hombro.

—Cállate.

—No es la respuesta que esperaba.

—Disculpa, no te lo decía a ti. —Charlotte le hizo una seña a Beth para que se callara—. Sí, la respuesta es sí —declaró antes de tener tiempo de cambiar de opinión.

Beth soltó un grito de alegría.

—Me aseguraré de que sean unos momentos inolvidables —dijo con aquella voz tan sexy y convincente.

Y Charlotte le creyó. Estaba convencida de que cuando terminara ese fin de semana, nunca más volvería a preguntarse qué se había perdido desde que lo rechazó en su adolescencia.

No obstante, tendría presente que se trataba de una relación breve. Que Roman era su «hombre de transición».



Capítulo 8

Roman recogió a Charlotte a la hora acordada. La llevó hasta las afueras del pueblo antes de aparcar en el arcén de la carretera y abrir la guantera para sacar un pañuelo de seda. Lo agitó delante de ella.

—¿Para qué es? —Charlotte observó el pañuelo, intrigada.

—No quiero que veas la sorpresa antes de que esté preparada.

La embargó una gran expectación.

—Me encantan las sorpresas.

La carcajada de Roman la envolvió por completo dentro del pequeño coche de alquiler.

—¿Me equivoco o detecto cierto tono de agradecimiento?

Se inclinó hacia ella y le tapó los ojos con el pañuelo. Charlotte sintió un escalofrío de emoción en las terminaciones nerviosas.

Se llevó las manos a la venda que le impedía ver y notó un cosquilleo en el estómago. En cuanto había perdido momentáneamente la vista, los otros sentidos se le habían aguzado. La respiración profunda y la fragancia masculina y embriagadora de Roman desencadenaron toda suerte de sensaciones trepidantes en su interior.

—Entonces ¿adónde vamos?

—Tendrías que haber sido más sutil. Si quisiera que lo supieras no necesitaría la venda, ¿no? —Puso el coche en marcha y Charlotte se desplazó hacia atrás cuando se reincorporaron al tráfico.

No sabía decir cuánto tiempo transcurrió mientras charlaban de forma amigable. Se llevaban bien, lo cual no resultaba sorprendente, como tampoco lo eran las cosas que tenían en común: la pasión por la historia y los parajes extranjeros, muchos de los cuales Roman le describió con un nivel de detalle propio de un observador muy atento. Charlotte envidiaba sus viajes mucho más de lo que era capaz de admitir en voz alta.

—Cuando estuve en tu apartamento me fijé en los libros que había en la mesa. —No era un cambio de tema sorprendente después de haber escuchado

las anécdotas y descripciones que había compartido.

—Mucha gente tiene esos libros —repuso Charlotte; pues todavía no estaba preparada para desnudar su alma.

—Eso creí, pero al mirarlos de cerca me di cuenta de que estaban desgastados y más que leídos.

Maldita sea. Observaba y analizaba todo hasta llegar a la conclusión correcta.

—Tal vez te parezca superficial, pero me gustan los libros ilustrados.

—Me pareces muchas cosas —le colocó la mano en la rodilla, y el calor de la palma le atravesó los finos pantalones elásticos de algodón—, pero no superficial. Creo que albergas el deseo secreto de viajar.

—Menuda conclusión por ver unos cuantos libros.

Roman negó con la cabeza.

—Ya lo suponía, pero las veinte mil preguntas sobre mis viajes y el tono anhelante de tu voz me indican con claridad que algún día te gustaría visitar esos lugares.

Charlotte se planteó mentirle, pero cambió de idea. Había prometido liberarse de todas las inhibiciones y disfrutar al máximo para luego no tener que arrepentirse de nada. Eso significaba que no mentiría ni omitiría nada.

—Supongo que una parte de mí querría viajar —reconoció.

—¿La parte aventurera que ocultas? —preguntó en tono humorístico.

—La parte superficial —repuso sin el más mínimo atisbo de humor. Charlotte apartó la cara de Roman y la dirigió hacia donde sabía que estaba la ventanilla, pero mirara donde mirase sólo veía oscuridad.

—Superficial. Otra vez esa palabra.

Charlotte notó que el coche aminoraba la velocidad, luego aparcaba, y después oyó la tela vaquera en contacto con el asiento mientras Roman se volvía.

—Yo viajo. ¿Eso es lo que piensas de mí, que soy superficial? —le preguntó finalmente.

Se lo imaginaba mirándola con un brazo en el reposacabezas, pero no podía verlo, claro, sólo conjeturar qué hacía o qué revelaba su expresión. Su tono destilaba un leve dolor ante la posibilidad de que ella lo considerara insustancial. Parecía como si a Roman le importara lo que ella pensara, y eso hizo que el corazón le latiera con fuerza.

Roman era inteligente y cuidadoso. Procuraba enterarse bien de las cosas

y luego informaba de las noticias de un modo que atraía a los lectores. Charlotte había leído sus artículos. Roman no le parecía superficial, todo lo contrario.

—Es lo que temo ser. —Nada de mentiras, se recordó Charlotte, y bajo la protección de la oscuridad admitió su mayor miedo. Quería que Roman lo supiera.

—La curiosidad por lo desconocido te vuelve inteligente, no superficial.

—¿Y si la necesidad de ver esos lugares o hacer esas cosas te retiene lejos de casa? —inquirió—. Lejos de las personas que te quieren.

Roman prestó atención a sus palabras. Tal vez hablara de él, aunque intuía que estaba revelando sus miedos más íntimos.

—Te refieres a tu padre, ¿no?

—Es una pregunta retórica. —Charlotte seguía mirando hacia la ventanilla.

Roman le tocó el mentón con la mano y le giró la cabeza.

—El problema no fue que quisiera vivir en Los Ángeles ni ser actor, sino su poca disposición para estar a la altura de sus responsabilidades, y el hecho de que parece estar emocionalmente desconectado de su familia. Fue lo que él eligió. Tú elegirías otras cosas porque eres distinta.

Charlotte se encogió de hombros.

—Mi padre, mis genes. Nunca se sabe.

—También tienes los genes de tu madre, y ella es una persona muy casera. —Más bien una reclusa, aunque no lo dijo—. Seguramente eres una combinación de ambos. —«De lo mejor de los dos», pensó—. Entonces ¿qué otro motivo tienes para temer tanto esos deseos secretos?

Charlotte no respondió.

Roman tenía la corazonada de que la genética no era lo que preocupaba a Charlotte. Sólo era una tapadera. El sabía de sobra que ella no era ni egoísta ni una réplica de su padre, y ella también lo sabía, aunque era normal que alguien que estuviese resentido con su padre temiese ser como él. Charlotte era lo bastante inteligente como para mirar en su interior y ver la verdad.

—No eres más superficial que los libros que había en la mesa.

—No eres imparcial. —Charlotte esbozó una sonrisa.

—Eso no es una respuesta. Venga ya, Charlotte. Has vivido en Nueva York y te gustan mucho los libros sobre países extranjeros. Deseas viajar, pero te niegas a admitir que eso te haría feliz. ¿Por qué?

—¿Y si la realidad me decepciona?

Roman pensó que Charlotte ya se había llevado demasiados chascos en la vida, pero él estaba a punto de cambiar eso.

—Si pudieras estar en cualquier lugar ahora mismo, ¿cuál escogerías?

—¿Aparte de aquí contigo?

Roman sonrió.

—Buena respuesta. —Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia ella y rozó sus cálidos labios con los suyos. Charlotte sintió un escalofrío inconfundible y su cuerpo reaccionó poniéndose tenso.

—Creo que ha llegado el momento de que te enseñe dónde está ese «aquí». Daré la vuelta para guiarte.

Roman se levantó del asiento, rodeó el coche hasta su lado y la ayudó a salir. La llovizna, la niebla y las nubes que los rodeaban contribuían al ambiente casi melancólico del lugar que había escogido. Esperó a que estuviese frente al destino final para quitarle la venda.

—Echa un vistazo.

Mientras Charlotte se fijaba en el entorno, Roman la observaba. El pelo negro como el azabache, despeinado por la venda y la intemperie, se le arremolinaba sobre los hombros y alrededor de la nuca. Se sujetó el pelo con una mano y dejó la nuca al descubierto. El sintió el abrumador impulso de mordisquear aquella piel blanca, pero logró contenerse y se limitó a mirar.

Charlotte parpadeó, entrecerró los ojos y arrugó la nariz mientras examinaba aquel lugar.

—Parece una granja.

—En realidad es un establo reformado. Está bastante aislado y dispone de unas vistas maravillosas de los montes Adirondack. Nos hemos perdido la puesta de sol, pero podremos disfrutar del amanecer.

Charlotte dio un paso hacia adelante, con ganas de ver más detalles.

—Espera. —Roman recogió el equipaje del maletero. Charlotte había llevado poca cosa, algo que no sólo le sorprendió, sino que, aunque pareciese absurdo, le hizo pensar que se llevaría mejor con ella, o que ella entendería su modo de vida de una forma que él no habría esperado.

Puesto que no sabía cómo interpretar esos sentimientos, se situó a su lado.

—No es un castillo escocés, pero tendrás la impresión de haber salido del mundo real. Te prometo que no te decepcionaré.

Charlotte se volvió hacia él.

—Eres perspicaz e intuitivo. Supongo que son rasgos que forman parte de ti porque eres reportero. Lo que no sé es si esto te beneficiará a ti o a mí.

Roman no se sintió insultado. Charlotte estaba pensando en su padre y por ello tenía la necesidad de buscar motivos ocultos en la actitud de Roman. Él lo comprendía, y no le importaba responder.

—Salir de la ciudad nos beneficia a los dos, traerte conmigo me beneficia a mí, y elegí este lugar en concreto para ti, cariño.

—Crees que me tienes calada. —Charlotte se mordió el labio inferior.

—¿Y no es así? —Roman extendió un brazo y señaló la montaña—. ¿No te gusta esta escapada repentina? ¿Este paraje no te recuerda esos lugares que te gustaría ver pero que nunca has tenido la oportunidad de visitar?

—Sabes de sobra que sí. Es evidente después de observar con atención mi apartamento o analizarme con tu instinto de reportero, pero eso no significa que lo sepas todo. Todavía quedan muchas cosas ocultas.

—Me muero de ganas por descubrir el resto de tus secretos. Charlotte frunció los labios lentamente hasta formar una sonrisa pícaro.

—¿Y a qué esperas? —le retó, tras lo cual giró sobre los talones y se encaminó hacia la casa, aunque el efecto de su salida majestuosa quedó empañado por el andar titubeante, por culpa de los tacones altos, sobre el terreno sin pavimentar del aparcamiento.

Charlotte y Roman disfrutarían, por acuerdo y necesidad, de una aventura breve. «Aventura» era la palabra clave. Por mucho que le gustara confiar en él y escuchar su voz tranquilizadora y sus palabras comprensivas, no quería malgastar el poco tiempo que tenían hablando.

Y menos cuando podían dedicarse a cosas más apasionantes y eróticas, cosas que recordaría con cariño y que le servirían para demostrar que se valía por sí misma y que era más fuerte que su madre. Podría tomar lo que deseara y marcharse en lugar de esperar a que él regresara y diera sentido a su vida. Seguiría sola y entera, por mucho que le echase de menos.

Para cuando Charlotte hubo entrado en la granja reformada, que tenía el modesto nombre de The Inn, el entusiasmo era su único acompañante.

Una pareja mayor salió a recibirlos.

—Bienvenido, señor Chandler.

—Roman, por favor.

La mujer, con vetas de pelo cano y ojos brillantes, asintió.

—Pues Roman será. ¿Sabes que te pareces a tu padre?

Roman sonrió.

—Eso dicen.

—¿Conoce a tus padres? —preguntó Charlotte, sorprendida.

—Mamá y papá pasaron aquí la luna de miel.

Lo dijo con toda naturalidad, pero a Charlotte no le pareció tan normal. La había llevado al lugar donde sus padres habían pasado su noche de bodas. Vaya.

—Ya lo creo que la pasaron aquí. Soy Marian Innsbrook, y él es mi marido, Harry.

Charlotte sonrió.

—Entonces eso explica el nombre de este lugar.

—Fácil de recordar por si alguien quiere volver —repuso Harry.

Charlotte asintió.

Roman se colocó junto a ella y le puso la mano en la zona baja de la espalda. Aquel contacto hizo que la agitación que había sentido al entrar en The Inn se convirtiera en excitación pura y dura. La embargó una sensación de calidez, de pesadez en los pechos, y una palpitación inconfundible entre las piernas. Todo ello resultaba inapropiado en aquel momento y lugar, pero pronto estarían a solas, y pensaba despojarse no sólo de la ropa sino también de las inhibiciones.

Ajeno a los estragos que había causado en el cuerpo de Charlotte, Roman sonrió a los Innsbrook.

—Les presento a Charlotte Bronson.

Charlotte les sonrió mientras Roman y ella les estrechaban las manos. Charlotte miró alrededor para admirar la ambientación y el encanto europeos que destilaba The Inn. Techos con vigas de madera y paredes revestidas con paneles. «Cómodo» y «hogareño» eran las palabras más apropiadas.

«Vacío» fue otra palabra que pasó por su cabeza. No había nadie más.

—¿Lo regentan ustedes?

Marian asintió.

—Pero está muy tranquilo en esta época del año. Aunque estamos a apenas una hora de Saratoga, todavía se notan los momentos de calma entre las escapadas de invierno y la temporada de carreras. Me alegro de que hayáis

podido encontrar sitio con tan poca antelación.

—Y se lo agradecemos —repuso Roman.

—Con mucho gusto. Y ahora vamos a acomodarnos.

Tras subir un pequeño tramo de escalera y recorrer un pasillo estrecho, Marian Innsbrook los condujo hasta una habitación tenuemente iluminada.

—Aquí está el salón. El dormitorio está arriba. Hay televisión por cable, y el termostato para controlar la temperatura es éste. —Se dirigió hacia la pared del fondo y les explicó el funcionamiento del sistema—. El desayuno se sirve a las ocho, y os podemos despertar a la hora que queráis. —Se dispuso a salir de la habitación.

—Gracias, señora Innsbrook —le dijo Charlotte.

—Llámame Marian, y no hay de qué.

Roman la acompañó hasta la puerta y poco después la cerró con fuerza. Estaban solos.

Roman se volvió y apoyó la espalda en la puerta.

—Creía que nunca se marcharía.

—Ni dejaría de hablar. —Charlotte sonrió—. Aunque me caen bien.

—Han estado en contacto con mi madre todos estos años, e incluso acudieron al funeral de papá.

—Qué detalle.

—Son buenas personas. —Se encogió de hombros—. Y mamá y papá venían todos los años para celebrar su aniversario.

Sus miradas se encontraron, la de ella oscura y apremiante, y se miraron de hito en hito hasta que él la apartó.

—No sé qué decir —admitió Charlotte.

Roman comenzó a acercársele.

—Se me ocurre que podríamos hacer muchas cosas más interesantes que hablar. —Se detuvo delante de ella.

La fragancia almizcleña de Roman le despertó un deseo tan intenso que las rodillas le cedieron y tragó saliva.

—¿Y por qué no me las enseñas?

Roman emitió una especie de gruñido sordo que también revelaba su deseo. Instantes después, la tenía entre los brazos, la llevó escaleras arriba y la tumbó en la enorme cama de matrimonio, tras lo cual la besó con fuerza.

Había estado esperando lo que desconocía: ese beso intenso, exigente, que nunca acababa y que le producía oleada tras oleada de deseo carnal que le

recorrían el cuerpo a la velocidad de la luz. Los labios de Roman eran implacables, aplastaban los suyos, y aquella embestida fogosa y húmeda avivó su interior.

Cogió la cara de Roman entre las manos y le pasó los dedos por el pelo, deleitándose con la suavidad sedosa, toda una contradicción con el cuerpo masculino y duro que tenía encima. Roman le recorrió la mejilla con la boca y luego descendió por el cuello, donde se detuvo para mordisqueárselo.

—Cuando te recogí y vi que llevabas este jersey escotado, no paraba de pensar en saborearte —le susurró al oído con voz sensual.

El deseo de Roman intensificó la lujuria y el valor de ella. Arqueó la espalda, apoyó el cuerpo en el colchón y empujó sus pechos deseosos y sus pezones endurecidos contra el pecho de Roman, para así ofrecerle todo el cuello.

—¿Y bien? ¿Tengo un sabor tan bueno como imaginabas? Roman emitió otro de aquellos gemidos que tanto la excitaban y le hundió más los labios en la piel.

La sensación tirante de los dientes contra la carne encontró una respuesta entre sus piernas, el lugar que estaba y siempre había estado vacío..., y que lo estaría hasta que Roman lo llenase.

Roman se colocó mejor sobre ella, con la entrepierna caliente y pesada entre sus muslos. La tela vaquera era una barrera infranqueable, pero Charlotte sentía el peso y la fuerza de Roman, presionándola, buscando una entrada. Su cuerpo se agitaba debajo de él, quería algo más que las arremetidas de los cuerpos vestidos. Aunque nunca lo admitiría en voz alta, su cuerpo le recordaba lo que había intentado olvidar: llevaba toda la vida esperando a aquel hombre. Y ahora era suyo.

Y ella también era de él. Las grandes manos de Roman parecían apoderarse de ella mientras le recorría el cuerpo con las palmas, deteniéndose sólo alrededor de los pechos, para cubrirlos con sus manos, sentir su peso y acariciar luego los pezones con los pulgares. Dejó escapar un gemido que a ella misma la sorprendió.

Roman se irguió apoyándose en las piernas.

—No te imaginas el efecto que tienes en mí.

Charlotte soltó una carcajada convulsiva.

—Créeme, me lo imagino en parte.

Cuando Roman alargó la mano hacia la cintura elástica de sus pantalones, ella respiró hondo y esperó a que se los bajara de un tirón y se los quitara.

Sin embargo, se detuvo.

—En cuanto a la protección...

En la mayoría de los casos, hablar de ese tema le quitaba las ganas. Con Roman, se trataba de una dilación que ella no quería.

—Tomo la píldora —admitió Charlotte.

Los ojos de él brillaron de sorpresa y luego se iluminaron con el destello inconfundible del deseo. Charlotte se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella, que lo único que imaginaba era a Roman en su interior, carne contra carne, sin barreras de por medio.

—Pero... —Charlotte era demasiado lista como para despreocuparse de otros temores.

A Roman se le tensó un músculo de la mandíbula, prueba de lo que le costaba contenerse.

—¿Qué? —preguntó con una voz más suave de lo que ella lo hubiese creído capaz en momentos así.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, y las pocas veces que yo..., usábamos protección. —Desvió rápidamente la mirada hacia la pared de color crema de la izquierda, escandalizada por el contenido íntimo de la conversación. De todos modos, no existía nada más íntimo que el paso que estaban a punto de dar.

Roman respiró hondo y Charlotte se preguntó si sus palabras le habrían sorprendido o incluso asustado. A los hombres no les gustaba pensar que una mujer se entregaba tan a fondo en una sola noche. Pero ella y Roman ya habían hablado del tema y sabían de qué iba el asunto.

—No temas, no soy promiscuo.

Al oír su voz, Charlotte volvió a mirarlo, temiendo el final de lo que todavía tenía que empezar.

—Tengo cuidado —prosiguió Roman—, y antes de viajar al extranjero me hago todos los análisis de sangre imaginables. —Se produjo un silencio incómodo—. Y eso que nunca antes me había preocupado tanto lo que pudiera pensar una mujer, así que no me dejes en suspenso.

Charlotte sintió un peso en el pecho y que se le formaba un nudo en la garganta al notar las muñecas de él entre sus manos, pero se negó a dejarse vencer por las emociones, no cuando el deseo era tan intenso y envolvente.

—Deja de hablar y hazme el amor, Roman, o podría tener que...

Roman la interrumpió bajándole los pantalones con un movimiento rápido, y Charlotte sintió el aire fresco en los muslos.

—Me gustan los hombres que escuchan. —De hecho, Roman le gustaba mucho. Más de lo aconsejable, pensó mientras se quitaba los pantalones.

Roman se levantó para desvestirse y Charlotte se quitó el jersey. Roman volvió a la cama desnudo y esplendoroso. La piel morena complementaba su pelo negro; los ojos azules se habían oscurecido de deseo... por ella.

—Me gustan las mujeres que no temen decirme lo que quieren. —Le colocó las manos en los muslos y le separó las piernas—. Las mujeres que no temen su propia sensualidad. —El rostro se le iluminó mientras observaba el sujetador y las bragas azules—. ¿A que no sabes cuál es mi color favorito? —le preguntó.

Charlotte se dispuso a responder, pero se lo impedían el tacto ardiente de Roman que le atravesaba la piel y el deseo líquido que le recorría las venas.

—Ahora mismo el azul. —Dicho lo cual, hundió la cabeza para saborearla.

Charlotte creyó que moriría de placer. Se preguntó si eso sería posible, y luego ya no fue capaz de pensar nada más. La lengua de Roman era mágica, se colaba por los orificios de las bragas hechas a mano. La lamió a conciencia alternándolo con persistentes chupeteos que le hicieron sentir dardos incandescentes por todo el cuerpo, mientras todos sus nervios suplicaban que parase.

Estuvo a punto de hacerla llegar al clímax en varias ocasiones, pero entonces suavizaba la intensidad de los lametones y ella se relajaba. Charlotte se contorsionaba y suplicaba hasta que Roman usaba de nuevo la lengua y los dientes para rozar apenas los pliegues más sensibles, con lo cual ella volvía a arquearse de placer. Pero Charlotte se negaba a tener el primer orgasmo sin que Roman estuviera dentro de ella. Necesitaba imperiosamente sentir esa conexión emocional con él, y cuando Roman entrelazó las manos con las de ella, supo que lo había entendido.

Sin mediar palabra, se deslizó a su lado, le quitó el sujetador y las bragas rápidamente y volvió a abrazarla.

—Tú sí que sabes. —Le apartó el pelo de la cara y, antes de que respondiera, le cerró la boca con la suya. Al mismo tiempo, presionó con la mano el monte de Venus deseoso y vacío. Charlotte volvió a sentir oleadas de deseo. Alzó las caderas y gimió, un sonido que llegó hasta la garganta de Roman.

Interrumpió el beso pero no apartó los labios.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Esto ayuda? —preguntó mientras le introducía los

dedos.

El cuerpo de ella se estremeció.

—Hay algo que ayudaría más.

Roman también lo sabía. Aquel comedimiento no le resultaba fácil. Roman estaba disfrutando, pero si no la penetraba acabaría explotando.

—Dime qué quieres. —Necesitaba oírlo de sus labios besados.

—¿Por qué no te lo enseño? —Tenía las mejillas encendidas de deseo y los ojos le brillaban de necesidad mientras alargaba la mano para sostener el miembro duro de Roman.

Roman no tenía que responder, sólo seguir sus indicaciones, y eso hizo. Se colocó encima de ella mientras Charlotte separaba las piernas y dejaba la punta del pene frente a la uve húmeda de sus muslos. Los preliminares habían llegado a su fin.

Roman la penetró, rápido, con fuerza. Charlotte le había dicho que había pasado mucho tiempo desde la última vez, y cuando los flexibles músculos de ella se contrajeron alrededor de su pene, supo que realmente había pasado mucho tiempo. Estaba húmeda y prieta y lo envolvía con un calor sedoso. Él comenzó a sudar copiosamente, no sólo porque estaba excitado y tan a punto de correrse que creía que estallaría, sino porque sentía que estaba en el lugar apropiado.

Era como estar en casa.

Roman abrió los ojos y vio su mirada sobrecogida. No era de dolor o incomodidad, sino de comprensión. Era obvio que compartía sus sentimientos.

Comenzó a penetrarla rápidamente intentando distraerse, alejarse de la realidad de sus sentimientos. En el pasado, el sexo siempre había sido una forma de liberación rápida y fácil. Ahora no.

No con Charlotte, no cuando el ritmo de ella complementaba el suyo, sus respiraciones iban al unísono y sus cuerpos se amoldaban perfectamente. Cuando llegó al clímax, a la vez que ella, Roman supo que nada volvería a ser igual.

Roman salió del baño y se encaminó hacia Charlotte, completamente desnudo y sin el más mínimo atisbo de vergüenza. Charlotte supuso que ya no tenían mucho que ocultar y no le importaba mirarlo. En absoluto.

Ella no estaba preparada para mostrarse tan impúdica. Cruzó las piernas y se cubrió con las sábanas.

—Me muero de hambre.

Los ojos de Roman se iluminaron con picardía.

—Yo puedo aplacar esa hambre.

Charlotte sonrió.

—Ya lo has hecho. Dos veces. Ahora lo que necesito es llenar el estómago. —Dio una palmadita en la sábana que le cubría el vientre. Se le había abierto el apetito y no la avergonzaba reconocerlo.

Lo que la avergonzaba era analizar su interior demasiado profundamente, porque no era la misma mujer que había entrado en el hotelito. Le parecía demasiado fácil estar con ese hombre encantador que prometía honestidad con la misma facilidad con que le garantizaba que se marcharía por la puerta.

Roman cogió la carpeta de cuero que había en la mesita de noche y repasó la selección de tentempiés para última hora.

—¿Qué podemos tomar? —preguntó Charlotte.

—Pues no hay gran cosa, la verdad. Hay un surtido de galletas con té variados o verduras con mostaza a la miel o salsa de queso azul, y refrescos. También hay fruta del tiempo. No sé qué será en esta época del año, pero lo que está claro es que tomaremos algo frío y no será casero. —Se rió—. Entonces ¿te pido las verduras?

Charlotte arqueó una ceja, sorprendida de que Roman se hubiera equivocado.

—Supongo que no me conoces tan bien como crees.

—Vaya, todo un reto. Entonces ¿quieres la fruta?

Charlotte arrugó la nariz.

—Roman Chandler, ¿con qué clase de mujeres sales? —Negó con la cabeza—. Olvida la pregunta.

Roman se sentó a su lado.

—Lo siento, demasiado tarde —dijo. Y tomándole la mano, comenzó a masajearle la palma de forma constante y tranquila. Su tacto era tan seductor como sus ojos hipnóticos y azules—. La reputación de los Chandler está sobrevalorada.

—¿Ah, sí? ¿Tus hermanos no coleccionan mujeres?

—No digo que las mujeres no hagan cola por mí —la sonrisa pícaro daba a entender que bromeaba—, pero las rechazo a todas. Me estoy haciendo mayor para las aventuras cortas.

A pesar de la expresión socarrona, Charlotte le arrojó una almohada.

—Dime una cosa, no me acuerdo bien de tu padre. ¿También tenía fama de tener a las mujeres a sus pies? ¿Eso es lo que intentáis emular los tres?

Roman negó con la cabeza.

—Mi madre era la única mujer que interesaba a mi padre, y viceversa.

—Ojalá mi padre hubiera correspondido a los sentimientos de mi madre como hizo el tuyo.

Roman ladeó la cabeza en actitud pensativa.

—En realidad nuestras madres no son tan distintas.

Charlotte no pudo evitar reírse.

—Bromeas, ¿no?

—No. Olvida el rencor que sientes hacia tu padre y piensa en esto; él se marchó de repente y tu madre lo ha estado esperando desde entonces, ¿no?

—Sí —repuso Charlotte sin tener ni idea de adónde quería ir a parar.

—Y mi padre se murió y mi madre nunca volvió a tener relaciones con otros hombres. Hasta esta semana, pero ésa es otra historia. —Aquella maldita mirada perspicaz se topó con la suya—. No hay tanta diferencia —añadió Roman—. Las dos dejaron sus vidas en suspenso.

—Supongo que tienes algo de razón. —Charlotte parpadeó, sorprendida de que tuvieran algo tan primordial en común.

Sin embargo, no había cambiado nada para ellos, aunque ahora Charlotte sintiera una mayor dependencia emocional de él. Maldita sea. Sus objetivos a largo plazo seguían siendo diferentes, algo que debía recordarse a sí misma mientras estuvieran juntos.

Las palabras de Roman resonaron en su propio interior. Su madre había dejado su vida en suspenso durante lo que parecía una eternidad. Al haber formado parte de la vida de su padre durante tanto tiempo, se había sentido perdida tras su muerte. De no haber pronunciado esa conclusión en voz alta, Roman nunca se habría percatado de que su madre no había seguido adelante.

—Pero al menos Raina vivió un matrimonio feliz. —La voz de Charlotte interrumpió los pensamientos de Roman.

Sus palabras lo hicieron reflexionar. ¿Acaso las mujeres querían vivir ese cuento de hadas, costara lo que costase, aunque se pasaran el resto de la vida en una especie de limbo infeliz? En el caso de su madre, ¿una felicidad breve a costa de la plenitud a largo plazo? En el caso de la madre de Charlotte, ¿perseguir una fantasía que nunca se haría realidad? Negó con la cabeza, ya que ninguna de las opciones le gustaba.

Había observado a su madre tras la muerte de su padre, el luto, el retiro y luego los pequeños pasos de vuelta al mundo real, pero nunca había vuelto a ser lo que había sido con su padre y tampoco había intentado redefinirse.

Roman se dio cuenta de que eso era lo que su madre había elegido. Igual que su elección había sido alejarse no sólo de su pueblo natal, sino de su familia y del dolor que veía en los ojos de su madre cada vez que estaba en casa, sobre todo al principio.

En aquel momento, Roman se percató de que había estado huyendo del apego emocional, del mismo modo que Charlotte huía de él. Ella temía sufrir el mismo dolor que había visto en su madre, día tras día.

Pero hacer el amor con ella le había mostrado que, en algunos casos, no existían alternativas. Estaban hechos el uno para el otro. No sólo porque la deseaba, sino porque quería darle lo que no había tenido: familia y amor. Lo que no sabía era cómo lo lograría sin renunciar a la libertad que necesitaba para su trabajo y su vida.

Le quedaba mucho camino por delante para demostrarles, a ella y a sí mismo, que esa forma de vivir les satisfaría, que sus vidas no tenían por qué ser una repetición de los errores de sus padres, sino que las construirían por sus propios medios.

Roman se dio cuenta de que eso implicaba un gran compromiso, no sólo con su familia, como había prometido, sino también con Charlotte.

La miró a los ojos y se enterneció.

—¿Lo que quieres es un matrimonio feliz? —le preguntó.

—¿Es eso lo que tú no quieres? —replicó Charlotte.

—*Touché*. —Le acarició la mejilla con un dedo.

Pobre Charlotte. No tenía ni idea de que ya lo tenía todo claro. Roman sabía que la quería... a ella. Estaba a punto de asaltar sus defensas y ella ni se lo imaginaba.

—Me he dado cuenta de que antes has cambiado de tema. Quería hablar de «mis» mujeres.

Charlotte se ruborizó levemente.

—Pues yo no.

—No hace falta que hables, sólo tienes que escucharme. —Con un movimiento suave, la tumbó boca arriba y se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

Charlotte lo miró con el cejo fruncido.

—Juegas sucio y te has olvidado de pedir la comida —dijo.

—En cuanto acabemos esta conversación te traeré más galletas de las que podrás comerte. —Acercó sus caderas a las de ella en un gesto provocador y sensual.

—Eso se llama soborno. —Pero Charlotte tenía la mirada vidriosa, dándole a entender que la provocación erótica la había tentado. Su estómago escogió ese preciso instante para quejarse de forma ruidosa y echar a perder aquel momento. Sonrió con timidez.

—Supongo que si quiero comer no me queda otra elección que escucharte.

—Supongo que tienes razón. —Pero no pensaba seguir sin un poco de coacción erótica. Se apoyó en ella para sentir sus curvas y su piel tersa. «Joder, qué placer»—. Escúchame bien —dijo para evitar distraerse, puesto que había mucho en juego—. En primer lugar, siempre he estado tan ocupado que las mujeres casi nunca entraban en la ecuación de mi vida, lo creas o no. Pero te prometí que nunca te mentiría. En segundo lugar, tal vez no me haya comprometido con anterioridad, pero te aseguro que ahora sí lo estoy. Aquella afirmación lo sorprendió incluso a él y, obviamente, también a Charlotte, ya que se produjo un largo silencio.

Algo parecido al miedo brilló en los ojos de ella.

—Dijiste que nunca mentirías.

—Creo que esta vez debería sentirme insultado.

Charlotte negó con la cabeza.

—No te estoy llamando mentiroso.

—Entonces ¿qué?

—No conviertas esto —hizo un gesto entre los cuerpos desnudos— en más de lo que es en realidad.

—Oh, ¿y qué es «esto» para ser exactos? —preguntó Roman, porque necesitaba saber con exactitud a lo que tendría que enfrentarse cuando se viera en la tesitura de hacerle cambiar de parecer.

—Sexo —respondió Charlotte, restándole importancia a lo que habían compartido.

Aunque Roman era consciente de que se trataba de un mecanismo de protección, era innegable que le había dolido. Forzó una risa fácil.

—Me alegro de que no prometieras que nunca mentirías, cariño.

De ese modo le dio a entender que no creía lo que Charlotte le acababa de decir, y esta vez ella inspiró hondo, puesto que se dio cuenta de ello.

Roman también inspiró. El aroma del sexo flotaba en el aire y le excitaba y hacía que la deseara, a pesar de que hubiera trivializado lo que habían compartido. Él ya había expresado su punto de vista: habían experimentado algo mucho más profundo que el sexo.

Le separó las piernas con las rodillas.

—¿Qué haces? —preguntó Charlotte.

—Has dicho que estabas hambrienta, ¿no? —Roman no esperó a que respondiera—. También has dicho que entre nosotros sólo hay sexo. —Colocó el glande del pene erecto entre sus piernas y la penetró lenta y metódicamente, con un movimiento hábil y palpable que a Charlotte no le quedaba más remedio que sentir. Él lo sentía, vaya que sí.

Charlotte separó los labios y los ojos se le dilataron mientras Roman la penetraba.

Le había preguntado qué estaba haciendo.

—Haré que te tragues lo que acabas de decir.

Le haría experimentar todos los sabores, tactos y sensaciones de modo que siempre formaran parte de ella. Le demostraría que lo que había entre ellos era profundo e importante.

Los movimientos intensos en el interior de Charlotte provocaron una reacción inconfundible, al menos a juzgar por los sonidos de placer que ella emitía.

Cada gemido que salía de sus labios se colaba en el interior de Roman y le producía una sensación de escozor en los ojos y un nudo en la garganta.

Luego, cuando yacía dormida entre sus brazos, Roman supo que ella ya formaba parte de él. «O puede que siempre haya formado parte de mí», se dijo.

Al día siguiente, el sol hacía ya mucho que se había ocultado tras el horizonte, como una pelota de fuego naranja en el cielo color rojo, cuando Roman condujo de vuelta al pueblo. A Charlotte se le encogió el estómago. No estaba preparada para acabar tan pronto esa aventura.

Las cosas se habían animado después de aquella conversación seria que no los había llevado a ninguna parte. Habían hecho el amor, habían comido galletas caseras, habían dormido acurrucados el uno junto al otro y se habían

despertado a tiempo para ver el amanecer. Habían disfrutado de una comida campestre en la bonita zona exterior del hotelito, luego habían cenado con los Innsbrook y a continuación habían vuelto a la habitación para hacer el amor de nuevo antes de marcharse del establecimiento.

Tal vez Roman sintiera lo mismo que ella, porque los dos volvieron a casa en silencio. Cuando Roman la acompañó hasta su apartamento, Charlotte sentía un nudo inmenso en el estómago.

No estaba preparada para despedirse.

—Me pregunto si anoche se produjo algún robo —dijo Charlotte para quedarse más tiempo con él.

—No se lo deseo a nadie, pero me libraría de las mujeres de este pueblo. —Los ojos se le iluminaron con una expresión divertida—. Tengo una coartada.

Charlotte sonrió.

—Sí, ya te entiendo. Si nadie sabe que te marchaste del pueblo, entonces el ladrón no podrá usarte de escudo... si es que ésa era su intención después del artículo. —Se encogió de hombros.

—Sólo mamá y mis hermanos saben que he estado fuera del pueblo, así que ya veremos qué pasa.

La madre de Charlotte también lo sabía, pero puesto que casi nunca hacía vida social, era prácticamente imposible que revelara la noticia.

—Entrar en las casas y robar bragas —dijo Charlotte negando con la cabeza.

Se ruborizó y alzó la mano para tocarlo de nuevo. Mientras las yemas de los dedos de ella acariciaban su áspera mejilla, Roman la miró de hito en hito. Un atisbo de conocimiento resplandeció en aquellos ojos azules y Charlotte retrocedió, avergonzada por aquella sencilla muestra de afecto que desvelaba demasiado sus sentimientos.

—Esto es algo más serio que una travesura juvenil —dijo sin darle mucha importancia—. Nadie en su sano juicio te culparía. La mera idea de robar bragas es ridícula.

Roman se encogió de hombros y Charlotte desvió la mirada hacia su camiseta negra y sus músculos marcados.

—Es imposible saber qué puede excitar a un hombre. Vamos, a un hombre raro.

Charlotte asintió y luego tragó saliva. Se produjo un largo silencio. No se oía nada en los otros apartamentos ni en la calle. Sólo faltaba despedirse.

—Entonces...

—Entonces.

—¿Volveré a verte? —Charlotte se dio una patada mental en cuanto hubo pronunciado esas palabras. Tendría que haberlas dicho él.

—¿Por qué? ¿Para otra sesión de sexo? —replicó Roman con una sonrisa sardónica.

Charlotte frunció el ceño; aquellas palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago. Se había arrepentido de lo que había dicho nada más salir de sus labios. Ahora sabía cómo había hecho que se sintiera Roman.

—Supongo que me merecía esa respuesta.

Resultaba obvio que le había hecho daño al resumir su relación de ese modo. No había sido su intención, había sido una mera estrategia para protegerse. Como método de defensa, las palabras nunca bastaban y llegaban demasiado tarde.

Roman alargó la mano y sujetó el mentón de Charlotte.

—Tan sólo me gustaría que no me cortases con comentarios como ése. Sé abierta de miras y deja que las cosas sigan su curso.

Charlotte ya se lo imaginaba. Ella acabaría en Yorkshire Falls mientras él viajaba al extranjero. Fin de la discusión, fin de la relación.

Pero no parecía que Roman quisiese llegar rápidamente a esa situación, no parecía que fuera a marcharse del pueblo pronto. ¿Para qué preocuparse innecesariamente y discutir con él? Esbozó una sonrisa.

—Supongo que podré.

—Lo dices a la ligera.

—Venga, no discutamos y echemos a perder un fin de semana espectacular, ¿vale?

Roman se le acercó.

—He estado espectacular, ¿eh?

Su fragancia masculina la envolvió, se convirtió en parte de ella, y el corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—Me refería a que el fin de semana ha sido espectacular.

Roman apoyó el brazo por encima de la cabeza de ella y sus labios quedaron junto a los de Charlotte.

—¿Y yo?

—Incluso mejor —murmuró, mientras la boca de Roman tocaba la de ella. El beso fue demasiado breve y superficial. Roman la dejó con ganas de más, lo cual, supuso, había sido su intención.

—Volverás a verme. —Le quitó la llave de la mano, abrió la puerta y le dejó paso.

Cuando Charlotte se dio la vuelta, Roman ya se había marchado.



Capítulo 9

Al llegar a su casa, Roman comprobó que la puerta no estaba cerrada con llave; entró y dejó las llaves en la encimera. Las habitaciones a oscuras y el silencio sepulcral le indicaron que su madre no estaba en casa. Farfulló un improperio. Cabría esperar que su madre tuviera más sentido común, sobre todo con un ladrón suelto. De todos modos, era probable que pensase que lo del ladrón de bragas no iba en serio, como la mitad de las mujeres del pueblo.

—Ridículo. —Mañana por la mañana llamaría a Rick para ver si se habían producido más allanamientos.

De momento, necesitaba descansar. La noche anterior no había dormido nada, y le bastó recordar el porqué para excitarse. Se dirigió hacia la habitación que había sido la suya de niño, dejó caer la bolsa de viaje al suelo y se encaminó al baño.

Abrió el grifo de agua fría de la ducha, pero no le ayudó a calmar la añoranza de Charlotte que sentía. Se había duchado con ella ese mismo día y recordaba perfectamente haber eyaculado en su interior mientras el agua los empapaba. Ahora, ni siquiera la descarga de agua helada bastó para relajarle.

Estaba cansado y excitado a partes iguales, y al llegar a su habitación estaba tan agotado que ni siquiera se molestó en encender la luz. Sólo pensaba en una cosa: tras lo que había compartido con Charlotte, su vida y su futuro habían cambiado, y no sólo por la promesa familiar.

Tenía que tomar decisiones, pero primero debía dormir. Se arrastró hasta la cama. Descansó la cabeza en las sábanas frías, acomodó la espalda en el colchón y su cuerpo sintió una piel cálida y suave.

—¡Joder! —Roman dio un respingo y se incorporó al instante—. ¿Quién coño está ahí?

Salió de la cama de un salto y se dirigió hacia la puerta con la intención de encender la luz y ver quién era el intruso.

—Esa no era la reacción que esperaba, pero supongo que una chica tiene que empezar de alguna forma. Venga, vuelve a la cama y te enseñaré lo que tengo para ti. —La voz parecía más felina que femenina.

Dado que Roman se sentía como una presa atrapada, la comparación tenía sentido. El sonido de una mano dando palmaditas en el colchón resonó en el dormitorio.

Encendió la luz y vio un espectáculo grotesco: allí estaba Alice Magregor, con el pelo crespo más repeinado de la cuenta y el cuerpo embutido dentro de las famosas bragas de Charlotte. Era un cuerpo que Roman no tocaría ni borracho como una cuba, y en esos momentos estaba sobrio. O sea que aún menos.

—Oh, no duermes desnudo. —Hizo pucheros de un modo que a Roman le revolvió el estómago—. Da igual. Venga, apaga la luz y vuelve a la cama. — Se arqueó y pavoneó mientras colocaba la mano en la almohada de él.

Mierda, tendría que cambiar las sábanas antes de acostarse. Apretó los dientes: aquella invasión de su intimidad no era bienvenida ni deseada.

—Me voy a dar la vuelta para que te vistas. Luego fingiré que no ha pasado nada y tú harás lo mismo.

Ella no se arredró y le replicó antes de que se diese la vuelta.

—No digas que no estás interesado. El otro día te hice una seña y me sonreíste.

—Lo interpretaste al revés. Te sonreí antes de que me enseñaras las bragas.

—Los periodistas y los hechos. Da igual, es lo mismo. Sonreíste, te mostraste interesado. Ahora ven a la cama.

Roman no sabía si se hacía la tonta o era rematadamente estúpida.

—Vivimos en un pueblo pequeño, Alice. Trataba de ser amable. Y ahora vístete. —Se cruzó de brazos y se volvió. Se apoyó en el marco de la puerta sin terminar de creerse que Alice Magregor estuviera desnuda en su cama.

Ser cruel no era su estilo, pero no pensaba seguirle el juego ni darle a entender que quería que aquello se repitiera. No habría pasado si la puerta hubiera estado cerrada con llave. Su madre se llevaría un buen sermón sobre la seguridad. Ya no podía ser tan confiada. Gracias a su falso sentido de la seguridad había dejado la casa abierta, le podrían haber robado las bragas y, de haberse salido Alice con la suya, él podría haber sido víctima de una violación.

No tenía ni idea de cómo era posible que Alice hubiera sabido que su madre no estaría en casa, para entrar así y ponerse cómoda. Tampoco es que le importara mucho, siempre y cuando se largara ya mismo. Miró por encima del hombro, pero Alice ni se había inmutado.

—Me gustan los hombres que se hacen los duros.

En el recibidor se oyó el sonido inconfundible de unas carcajadas. La risa de su madre y la profunda risita ahogada de un hombre. Alice abrió mucho los ojos al oír aquellas risas.

«Lo que me faltaba —pensó Roman—, ahora tenemos público.» Le hizo un gesto a Alice para que se moviera, pero ella estaba paralizada.

—... arriba hay una luz encendida. Roman, ¿eres tú? —La voz de Raina se oyó con más fuerza, y consiguió lo que Roman no había logrado.

Alice salió de la cama a toda prisa.

—Oh, Dios mío. —Corrió a buscar la ropa. Trató de ponerse los pantalones y comenzó a saltar por el dormitorio a la pata coja mientras intentaba introducir una pierna en los vaqueros, que estaban del revés.

—¿Roman? Si eres tú, di algo.

—Ni te atrevas —farfulló Alice.

—Creía que en la guardería te habían enseñado ciertas cosas básicas —le dijo él—. Si te sientas y metes sólo una pierna a la vez, tal vez te sea más fácil.

Oía más los pasos de Raina que el latido de su propio corazón y, ahora que caía en la cuenta, el sonido de aquellos pasos era lo más agradable que había oído en mucho tiempo. Que te pillaran era el mejor método para quitarte las ganas de repetir, y si la cara roja como un tomate de Alice servía de indicación, seguramente no volvería a la casa ni lo acosaría en un futuro cercano.

Esperó a que Alice se calmara lo suficiente como para ser capaz de introducir la pierna hasta la mitad de los vaqueros antes de responder a su madre.

—Soy yo, mamá. He vuelto hace un rato.

Se oyó una voz masculina, probablemente la de Eric, lo cual explicaba por qué Raina no había subido. Sólo lo hacía por la mañana y por la noche. Roman se había planteado comentarle a Chase la posibilidad de transformar una de las habitaciones de abajo en un dormitorio para Raina.

—Quiero que me cuentes cómo te ha ido el fin de semana —dijo Raina, y Roman oyó sus pasos en la escalera a un ritmo rápido que le sorprendió.

—¡Ooh, no! —chilló Alice, presa del pánico.

Roman, todavía de pie junto al umbral, se volvió a tiempo para verla apartar los vaqueros de una patada. Acto seguido arrancó la colcha de la cama y se envolvió con ella como si fuera una mortaja.

«Esto ya es surrealista», pensó Roman mientras negaba con la cabeza.

—Por cierto —le dijo a Alice—, también ha venido el doctor Fallón. Pero no te preocupes, estoy seguro de que, gracias a los años de confidencialidad entre médico y paciente, sabrá ser discreto.

Además, pensó Roman, podría ser peor, podría ser Chase, don Sólo-Comunico-Hechos, el que estuviera subiendo la escalera con su madre.

Raina llegó al último escalón y se le acercó. Roman le impidió que viera el interior de su dormitorio.

—Hola, mamá. ¿Estás bien? —La miró por encima del hombro y vio a Eric.

—La escalera me ha dejado sin aliento. Sentémonos en la cama y hablemos. —Lo empujó suavemente para abrirse paso, pero Roman la retuvo por el brazo con delicadeza.

—No puedes entrar.

—¿Quién está ahí? ¿Charlotte? —preguntó, entusiasmada ante tal perspectiva.

—No, no es Charlotte, y ahora, por favor..., ya estoy metido en un lío como para que encima os preocupéis más.

Raina negó con la cabeza y trató de ver qué había por encima del hombro de su hijo.

A su espalda, el doctor Fallón puso los ojos en blanco, como si dijera: «Cuando se pone en marcha no puedo pararla», algo que Roman conocía de sobra.

—Vale, compruébalo tú misma —le susurró Roman mientras se llevaba un dedo a los labios para indicarle que se mantuviera en silencio. Su misión no era proteger a Alice de su propia estupidez, pero prefería que Raina echase un vistazo rápido y se marchase a humillarla al impedirle el paso.

Entró en el dormitorio, seguido de su madre, a tiempo de ver a Alice tratando de abrir la ventana con manos temblorosas. Roman se dio cuenta de que el pestillo estaba echado y Alice no corría peligro.

—Creo que deberíamos dejar que Eric se ocupase de ella, Roman. Está alterada y turbada —le susurró Raina, y luego le tomó de la mano para sacarlo del dormitorio.

Roman se percató de que su madre lo había visto en ropa interior, por lo que recogió los vaqueros que había dejado en el suelo. Se sobrepondría a ese bochorno mejor que Alice.

—Tienes razón. Vayamos abajo, ¿vale? —Roman salió con Raina.

Roman se dirigió rápidamente al baño para ponerse los vaqueros y luego llegó a la cocina a tiempo de ver a su madre tomándose una cucharada de antiácido.

—¿Puedes prepararme un té? —preguntó Raina—. Tanta emoción puede más que yo.

Roman la miró, preocupado.

—¿Seguro que es acidez de estómago? ¿No tiene que ver con el corazón? Eric podría...

—No, estoy bien. Algo me ha sentado mal, eso es todo. —Se dio un golpecito en el pecho—. Ahora mismo, esa chica necesita a Eric más que yo.

—Pero si te encuentras mal de verdad, no le quites importancia, ¿vale? —Comprobó que la tetera tuviera agua y luego encendió el fuego.

—Creo que a Alice le vendría bien un sedante y una buena reprimenda. ¿En qué estaría pensando? —Raina negó con la cabeza y se acomodó en una silla.

—Eso me recuerda algo. ¿En qué estabas pensando al dejar la puerta abierta?

—¿Debo recordarte que en toda la vida no he tenido que usar cerrojos en Yorkshire Falls?

—¿Cinco robos en la última semana no te parece motivo suficiente?

—Tienes razón, ya hablaremos de eso después.

Eric entró en la cocina.

—Alice está esperando en el recibidor... completamente vestida —dijo en voz baja—. La voy a llevar a su casa. Le he prometido que no contaremos nada a nadie. —No miró a Roman, a quien le sobraban motivos para no mencionar el incidente, sino a Raina, a quien Roman supuso que le encantaría cotillear por teléfono con sus amigas y contarles hasta el último detalle.

—Soy lo bastante sensata como para saber cuándo debo callar —dijo con expresión dolida.

Roman colocó la mano sobre las de ella.

—Estoy seguro de que no pretendía ofenderte, mamá. Sólo es cauto.

—Exacto, gracias, Roman. Raina, te llamaré. —Suavizó el tono—. Siento que la velada se haya visto interrumpida.

—Te agradezco que me sacases de casa. Sabes que los chicos están más tranquilos respecto a mi salud cuando estoy contigo. —Lo miró con recelo—. Y ahora disfrutaré de un buen té con mi hijo. Tú y yo podemos pasar un rato juntos cuando queramos.

—Mañana por la noche me va bien.

—Mañana nos quedaremos aquí, ¿de acuerdo? —Raina dejó escapar un largo suspiro.

Eric dio un paso hacia ella, pero Raina hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Sólo necesito una taza de té. La grasa de Norman's se me ha quedado en el pecho. Alguien debería allanar su establecimiento y robarle la manteca de la despensa.

Eric se rió y luego se volvió hacia Roman.

—No sé si decirte que cuides de tu madre o de ti mismo. —Se rió entre dientes y, antes de que Raina respondiera, Eric salió de la cocina sin darle la oportunidad de tener la última palabra.

La tetera comenzó a silbar y Roman se levantó para preparar el té.

—Creo que el doctor Fallón te conviene.

—¿No estás enfadado? —preguntó en tono preocupado.

Roman la miró por encima del hombro, sorprendido, y luego hundió la bolsita de té en el agua y le añadió una cucharadita de azúcar antes de volver a la mesa.

—¿Enfadado? Salta a la vista que ese hombre te hace feliz. Sales con él, sonrías más que nunca y, a pesar de tu salud...

—Tal vez es porque tú estás en casa.

—O tal vez porque un hombre te considera especial y te gusta que te presten atención. —Colocó la taza delante de ella.

—No des rienda suelta a tu imaginación. Es un viudo solo y le hago compañía. Eso es todo.

—Tú llevas más de veinte años siendo una viuda sola. Ya es hora de que comiences a vivir tu vida de nuevo.

Raina clavó la mirada en la taza.

—Nunca he dejado de vivir, Roman.

—Sí lo has hecho. —No le apetecía mantener esa conversación, pero era obvio que había llegado el momento—. En algunos aspectos has dejado de vivir y, como resultado, has cambiado nuestra vida. Roman, Rick y Chase, los hermanos solteros —dijo con ironía.

—¿Me estás diciendo que tengo la culpa de que estéis solteros? —Raina parecía indignada y dolida.

Colocó los dedos en forma de pirámide mientras pensaba. Quería decirle que no tenía la culpa de nada, pero no podía mentirle.

—Papá y tú nos disteis una buena vida familiar.

—¿Y eso es malo? ¿Suficientemente malo como para evitar el matrimonio y la familia?

Roman negó con la cabeza.

—Pero te quedaste desconsolada cuando murió. Fue como si la vida se hubiera detenido. Vivías..., vivías en un estado de dolor...

—Pero eso ya pasó —le recordó—. No habría cambiado ni un minuto con tu padre, ni siquiera si a cambio de eso no hubiese conocido el sufrimiento o la pena. No se vive de verdad hasta que se sabe lo que es el dolor —declaró a media voz.

Roman ya se había dado cuenta de que él realmente no había vivido hasta que pasó el fin de semana con Charlotte. Mientras su madre hablaba cayó en la cuenta de por qué. Con tal de evitar repetir el doloroso proceso por el que había visto pasar a su madre, Roman había optado por huir, viajar, mantenerse alejado del pueblo, la familia y Charlotte. Charlotte, la única mujer que sabía que podría retenerle en Yorkshire Falls.

La única mujer capaz de hacerle daño, de hacerle sentir el dolor que temía si ella se moría o lo dejaba. Pero pasar la noche con ella le había demostrado que tampoco podía vivir sin ella. Valía la pena arriesgarse.

—He vivido y he amado. No todo el mundo puede decir lo mismo. He sido afortunada —dijo su madre.

Roman esbozó una sonrisa irónica.

—Podrías haberlo sido más.

Raina adoptó una expresión mezcla de tristeza, felicidad y añoranza.

—No te mentaré. Por supuesto que habría preferido hacernos viejos juntos y haberos criado juntos, pero entonces no habría tenido la oportunidad de conocer a Eric. —Miró a Roman con preocupación—. ¿Estás seguro de que no te molesta?

—Creo que te beneficia. Eso no me molesta en absoluto.

Raina sonrió.

—Te das cuenta de que no podrás huir de la vida eternamente, ¿no?

No le sorprendió que le hubiera leído el pensamiento. Su madre siempre había sido perspicaz. Él había heredado ese rasgo y le había ayudado en el trabajo, pero era un engorro cuando lo usaban en su contra. Y era esa capacidad de percepción la que lo hacía demasiado consciente del dolor de su madre.

—Supongo que puedes seguir huyendo, pero piensa en todo lo que te

pierdes. —Le dio una palmadita con un gesto maternal que él conocía de sobra —. Y eres demasiado listo para proseguir con algo que es una huida y no una solución. Y bien, una vez dicho esto, ¿dónde encaja Charlotte? Y no me digas que no encaja.

Raina había retomado su misión.

—Me conoces perfectamente como para pensar que te lo contaría — repuso Roman.

Raina alzó la mirada hacia las alturas.

—Chicas. ¿Por qué Dios no me dio una para así saber qué piensan mis hijos?

—Venga ya, mamá. Te encanta conjeturar, te mantiene joven.

—Preferiría beber de la fuente de la juventud —murmuró—. Hablando de chicas, me dijiste que anoche irías a ver a una vieja amiga que acababa de mudarse a Albany, pero Samson me ha dicho que te vio marcharte en el coche con Charlotte.

—Para ser el recluso del pueblo, sabe demasiado.

Roman se preguntó quién más los habría visto marcharse, aunque tampoco le importaba. No permitiría que empañasen su reputación. Salvo que casarse con un Chandler que se rumoreaba que era un fetichista de bragas fuera un problema.

Por sorprendente que pareciese incluso para él, estaba dispuesto a comprometerse mucho más de lo que había imaginado jamás. Pero antes de abordar a Charlotte, tenía que convencerla de que sería un buen padre y esposo, de que quería algo más que un matrimonio de conveniencia a distancia. Sin embargo, todavía tenía que decidir hasta qué punto estaba dispuesto a sacrificar sus viajes y proyectos. Tenía compromisos, muchas personas confiaban en él, y no quería dejar de disfrutar del trabajo cuando se le acabase el permiso.

Ahora su objetivo era personal. Los nietos de su madre serían el producto de ese objetivo, pero no el motivo del matrimonio de Roman. Estaba un poco mareado, igual que el día del primer encargo de la agencia de noticias.

—Podrías haberme dicho que te irías con Charlotte —le dijo su madre sacándolo de su ensimismamiento.

—¿Para someterla a un interrogatorio? Pensé que era mejor ahorrárselo.

El semblante se le iluminó de alegría.

—Bueno, todavía estoy a tiempo de hacerlo a pesar de que intentes mantenerme al margen. Pero no lo haré, ya tiene bastante con lo suyo.

A Roman se le disparó la alarma interna. Si Alice había tenido el valor de cometer la locura de meterse en su cama, ¿quién sabe qué más podía estar pasando en el pueblo?

—¿Y eso? ¿Otro robo de bragas?

Su madre negó con la cabeza.

—No, y Rick está muy enfadado porque nadie te defendió anoche, de eso estoy segura. Tampoco es que la policía te considere sospechoso, pero con Alice y las mujeres alteradas en el pueblo...

—Mamá, ¿qué le pasa a Charlotte? —interrumpió sus divagaciones.

—Lo siento, me he dejado llevar. —Se sonrojó.

A Roman no le gustaba el sonido de su voz ni los labios fruncidos.

—¿Qué pasa?

Raina suspiró.

—Russell Bronson ha vuelto al pueblo.

Roman farfulló un impropio.

—Cuida tu lenguaje —le recriminó su madre, pero su mirada comprensiva le daba a entender que sabía por qué estaba molesto.

El padre de Charlotte no podría haber regresado en peor momento. El hecho de que Roman hubiera hecho las paces con su pasado y su futuro no significaba que Charlotte hubiera hecho otro tanto. Había estado luchando consigo mismo desde que volvió al pueblo y perdió en el a cara o cruz. A pesar de haber intentado mantenerse alejado de ella, Charlotte era la única mujer que quería en su vida. La única mujer con la que deseaba acostarse, la única con la que quería tener hijos.

Al principio había tomado esa decisión cuando perdió la apuesta con sus hermanos. Había sido una decisión egoísta y fría, porque todavía seguía huyendo. Todavía pensaba más en sí mismo que en Charlotte, por mucho que hubiera intentado convencerse de lo contrario. Tenía una necesidad y la había elegido a ella para satisfacerla. Así de simple y estúpido. Charlotte se merecía mucho más: un hombre que la quisiera, que estuviera a su lado y que le diera la vida familiar que le había faltado de niña. Roman quería ser el hombre que le ofreciese todas esas cosas, pero ella nunca le creería, y menos ahora.

Raina apoyó el mentón en una mano.

—¿Tienes algún plan?

Si lo tuviera, no lo compartiría con su madre. Pero dadas las circunstancias, estaba realmente bloqueado.

—Bueno, te sugiero que pienses algo —prosiguió ella al ver que Roman

no respondía.

Él le dedicó una mirada contrariada.

—Eso ya me lo imaginaba. Pero salvo que Russell no sea la escoria que el pueblo cree que es, entonces estoy en un aprieto.

—No sé qué es Russell. —Su madre se encogió de hombros—. Ha estado fuera mucho tiempo. Tú eres el reportero, desentraña la verdad. Pero recuerda que todas las historias tienen tres versiones: la de él, la de ella y la verdad.

Roman asintió. Confiaba en que la verdad bastase para asegurarles el futuro.

Charlotte llegó como flotando al trabajo el lunes por la mañana, ligera como una pluma y más feliz que nunca. Mientras la euforia durase, pensaba disfrutarla y no analizar todos los motivos por los que no debería acostumbrarse a Roman y a sus atenciones. Le había pedido que se mostrase abierta de miras y la había hecho sentirse demasiado bien como para discutir. Le había hecho pensar que, al fin y al cabo, todo era posible. Incluso ellos. Se sorprendió a sí misma con esa nueva actitud, pero Roman no le había dado motivos para dudar de él.

—Huelo a café —dijo Beth mientras salía de la trastienda.

—Hueles a té chai. Norman no se ha modernizado lo suficiente como para ofrecer granizado de café con leche, pero ha traído este té y está delicioso. Caliente o frío, da igual. Hoy me apetecía caliente. Toma, Pruébalo. —Charlotte le ofreció su taza—. Es muy dulce —le advirtió, por si acaso esperaba un sabor más amargo.

Beth dio un sorbito para probarlo. Abrió los ojos como platos.

—Es como una mezcla de miel y vainilla. Qué bueno.

—Es de la India. La primera vez que lo probé fue el año pasado en Nueva York.

—No quiero saber cuántas calorías tiene.

Charlotte negó con la cabeza.

—Yo tampoco, pero es un auténtico placer y me niego a no disfrutarlo. —Era una especie de lema que parecía haber adoptado desde que estaba con Roman—. Para almorzar sólo tomaré una ensalada ligera. —Charlotte cerró los ojos e inhaló la fragancia del té antes de beber un poco más—. Hummm. —Alargó el sonido.

—Oh-oh. —La voz de Beth interrumpió su satisfacción.

Charlotte abrió los ojos y vio la sonrisa perspicaz de su amiga.

—Oh-oh ¿qué?

—Reconozco esa mirada, ese sonido. Es puro éxtasis.

—¿Y? —Charlotte negó con la cabeza—. Ya te he dicho que me encanta.

—Tienes las mejillas sonrojadas y parece que has tenido un orgasmo. No me digas que es por el té.

—¿Qué otra cosa iba a ser?

Beth se reclinó en la silla situada al otro lado del desordenado escritorio de Charlotte.

—«¿Qué otra cosa iba a ser?», pregunta. Como si no fuera a enterarme de que ni tú ni Roman estabais en el pueblo el sábado por la noche. ¿Coincidencia? No lo creo. —Beth dio golpecitos con los dedos sobre una pila de facturas—. Rick y yo salimos el sábado por la noche. Jugamos a los dardos y, como blanco, pusimos la fotografía más reciente del buen médico...

—¿Te llamó?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Le llamé y, después de cortarme a toda prisa, le llamé de nuevo para decirle que se había acabado... y me estás interrumpiendo. —Cambió de tema con brusquedad.

Charlotte conocía esa táctica de evasión, pero no pensaba quedarse callada.

—¿Le dijiste que se había acabado? —Rodeó corriendo el escritorio para ir abrazar a su amiga—. Sé que no habrá sido fácil.

—No tenía elección. —Beth movió la cabeza, obviamente afectada.

Charlotte retrocedió para sentarse en el extremo de la mesa, con las piernas colgando a un lado. Se dio cuenta de que Beth ya no lucía el enorme diamante en la mano izquierda.

—¿Y te dejó que rompieras con él?

—Creo que se sintió aliviado.

—El muy estúpido.

Beth se rió, pero con los ojos llenos de lágrimas.

—Bueno, estoy de acuerdo, pero soy yo la que tiene el problema más gordo, ¿no? Me lo tomé en serio sin analizar siquiera o reconocer que él tenía esa especie de debilidad. —Se estremeció—. Cambiemos de tema, ¿vale?

Charlotte asintió. No quería que su amiga sufriera más. Beth se inclinó hacia adelante apoyando los codos en los brazos de la silla.

—Retomemos mi argumento original.

—¿Qué era?

—Tú, y que esas mejillas sonrojadas y los sonidos de placer no tienen nada que ver con el té chai.

Charlotte puso los ojos en blanco, pero Beth no le hizo caso. Beth era una experta en devolver la pelota y poner a Charlotte en un aprieto. Sostuvo ambas manos en alto frente a ella.

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

Todo lo que tuviera que ver con Roman y ella era demasiado personal como para hablar de ello, incluso con Beth.

—¡Aja! —Beth se irguió en la silla.

Charlotte entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Acogerse a la Quinta significa que tienes algo que proteger, algo privado. —Se inclinó hacia adelante con expresión de interés—. Venga, cuéntame. Fue más que una cita, ¿no? Por favor, déjame disfrutar de las buenas nuevas, que las mías son más bien malas.

Aunque a Charlotte le apenaban los problemas que tenía Beth, también se daba cuenta de cuándo jugaban con ella, y a Beth se le daba muy bien.

—¿Qué te parece esto? —sugirió Charlotte—. Cuando tenga noticias prometo compartirlas. Ahora mismo sólo tengo... esperanza. —Una esperanza que guardaba al abrigo de su corazón, temerosa de que si salía de allí viera que sólo eran sueños... y se quedara sola, como su madre.

Observó la mirada preocupada de su amiga.

—Si tuviera algo que contar, serías la única persona a quien se lo diría. —Se inclinó hacia adelante y le apretó la mano—. Te lo prometo.

Beth dejó escapar un suspiro.

—Lo sé, pero detesto ser la única que revela sus problemas y debilidades.

—No eres débil. Eres humana.

Beth se encogió de hombros.

—Bebamos. —Alzó la taza de poliestireno—. Salud.

—Salud. —Charlotte se acabó el té tibio de un par de sorbos placenteros—. ¿Te importaría ocuparte de la tienda hoy? Tengo ganas de atrincherarme en casa y hacer ganchillo.

—Oooh, qué apasionante.

—Pues no —se rió—, pero el dinero que ganaremos cuando entreguemos las prendas acabadas compensará con creces las horas que tendré que pasarme

delante de la tele.

Beth se puso en pie.

—Mejor tú que yo.

—Me reuniré contigo en el partido de la liguilla de béisbol, ¿vale? —La tienda de Charlotte había patrocinado un equipo y Charlotte intentaba sacar y alegrar a los chicos con la mayor frecuencia posible. Aunque la temporada acababa de empezar, ya habían jugado dos veces y comenzarían el partido de la noche bien situados en la clasificación. Para Charlotte era su equipo y se enorgullecía de todos los golpes que daban.

Beth se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Jo, gracias —repuso Charlotte con sarcasmo.

—De hecho, lo digo en serio. Ver el partido es mejor que pasarse la tarde jugando al solitario.

Charlotte arrojó la taza vacía a la basura.

—Por triste que parezca, el partido también es lo mejor del día para mí. —Salvo que Roman pasara por allí. «Volverás a verme», le había dicho, y se le había formado un nudo en el estómago al pensar en la expectativa. Se moría de ganas de que llegase ese momento.

—No sabes cuánta pena me das. —Beth la miró sin el menor atisbo de compasión.

Charlotte se rió.

—Ya, ya. Trae la cena porque, después de un duro día de trabajo, estaré hambrienta. —Habían acordado turnarse para encargarse de la comida. La semana pasada habían tomado pollo frito muertas de frío y, dado que la temperatura caía en picado, esa noche sería igual—. No te olvides la chaqueta.

—Sí, mamá.

Al oír las palabras de Beth, sintió una palpitación extraña en el pecho. Quizá fuera su reloj biológico el que provocó el posterior nudo en la garganta porque, desde luego, no podía ser un repentino deseo de tener hijos con Roman.

«Sé abierta de miras», le había dicho, pero Roman seguía siendo un trotamundos, tanto por el trabajo como por decisión propia. Ni en broma podía ser tan abierta de miras.

¿O sí que podía?

Más tarde, ese mismo día, Charlotte tenía las manos cansadas y los hombros rígidos, aunque la embargaba una sensación de logro. Había hecho ganchillo, cosido y trabajado una jornada completa. Luego había envuelto con esmero unas bragas de color azul claro y las había enviado a la siguiente persona en la lista de clientes antes de ir a comprar lo básico para abastecer la nevera.

Al volver se encontró un extraño mensaje de su madre en el contestador automático en el que le decía que esa noche se reuniría con ella en el partido de béisbol. Los partidos de la liguilla eran todo un acontecimiento en el pueblo, pero su madre nunca había ido a verlos. Charlotte se preguntó si el veterinario tendría algo que ver con las repentinas ganas de su madre de asistir al partido. Si así fuera, Charlotte iría a Harrington, el pueblo vecino, y sacaría un perro de la perrera para que así Annie tuviese un incentivo añadido para charlar con el veterinario.

Su madre había llamado, pero Roman no. Por supuesto, no le había prometido nada, lo cual significaba que tampoco había incumplido nada. De todos modos, le decepcionaba pensar que, tras lo que habían compartido, no le apeteciera repetir la experiencia. «Ya ves de qué sirve el encanto, la habilidad y la destreza erótica», pensó con ironía.

Era incapaz de librarse de esa desilusión, pero sabía que se recuperaría. No era la hija de su madre, al menos en ese sentido.

Enderezó la columna, elevó los hombros y se encaminó a la escuela. Notó una brisa helada a su alrededor. Tal como habían predicho, las temperaturas habían descendido bruscamente durante el día, por lo que se abrazó a sí misma con fuerza. Pero por suerte para los chicos y los desamparados como ella, era el tiempo idóneo para el *softball* y disfrutarían del partido. La tienda de Charlotte patrocinaba a los Rockets, y quería verlos sudar de lo lindo.

Mientras caminaba por el aparcamiento lleno, vio a lo lejos el campo de béisbol, más allá del campo de fútbol y las graderías descubiertas. Las tripas le gruñeron y se llevó una mano al estómago vacío. Confiaba en que Beth la esperara con comida, porque estaba muerta de hambre.

Al llegar junto a las graderías del estadio, un lugar en el que había pasado mucho tiempo de adolescente, apretó el paso. De repente, la sujetaron por detrás. Una mano fuerte la retuvo por la cintura y le inmovilizó los brazos a los costados.

Sintió miedo durante unos instantes, justo antes de que le llegase la fragancia de una colonia familiar y una voz sexy le murmurase al oído:

—Siempre quise meterte mano detrás de las graderías.

El miedo dio paso a la excitación. Había echado de menos a Roman, y si se paraba a pensar sobre lo mucho que le había echado en falta tal vez volviese a sentir miedo. Decidió relajarse en sus brazos y disfrutar del momento.

En cuanto habló, Roman sintió que los músculos de Charlotte se aflojaban contra su cuerpo. No sabía cómo había logrado estar lejos de ella todo el día. Joder, no sabía cómo había logrado estar lejos de ella durante más de diez años. Una admisión humilde para un hombre para quien viajar era su modus vivendi. Acercó la cara a los hombros y la nuca de Charlotte e inhaló su fragancia.

—Habría matado por llevarte detrás de las graderías cuando estábamos en el instituto.

—¿Y qué me habrías hecho?

A juzgar por el tono alegre, Roman supuso que Charlotte estaba de buen humor. Seguramente no se habría enterado del regreso de su padre, lo cual le brindaba esa pequeña oportunidad para cimentar lo que habían compartido. Le sujetó la mano y la llevó hasta la zona situada detrás de las graderías, donde nadie los vería. Roman lo sabía de sobra. Había sido su especialidad en el instituto, sólo que con las chicas equivocadas.

Ahora estaba con la correcta. Charlotte vestía vaqueros azules y una camiseta de la liguilla debajo de una chaqueta vaquera. Pero lo que más le llamó la atención fue la boca; tan roja como las botas de piel de serpiente.

Roman tiró del cuello de la chaqueta y la atrajo hacia sí.

—En el instituto no llevabas un maquillaje tan provocador.

Charlotte sonrió.

—En el instituto no quería atraer a nadie.

Roman sintió un alivio inesperado.

—Hoy me has echado de menos, ¿a que sí? —Roman había querido darle tiempo para que se sintiera así antes de volver a verla, pero le había costado lo suyo.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—No he dicho que quisiese llamar tu atención.

No la creyó. Charlotte le había echado tanto de menos como él a ella.

—Bueno, pues lo has conseguido de todos modos. Ahora cállate y bésame.

Eso hizo. Tenía los labios helados y él se los calentó mientras le

introducía la lengua en la boca. Charlotte le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo hacia sí para intensificar el beso, tras lo cual dejó escapar un suspiro de satisfacción que Roman entendió a la perfección. Ella deslizó las manos más abajo de la cintura de él, las palmas apretadas contra su trasero. Su lengua respondió a las embestidas de la de Roman, al igual que su cuerpo; apretados, el uno contra el otro, ejecutaban los movimientos eróticos. Por desgracia, los separaban demasiadas capas de ropa.

Se oyeron vítores a los lejos y Charlotte interrumpió el beso.

—Ahora no puedo —dijo con los labios humedecidos.

Roman la miró con expresión ofuscada.

—Claro que puedes, y quieres. —Tras saborear el paraíso en su interior, él también quería.

Charlotte ladeó la cabeza.

—Bien, te lo diré de otro modo. Quiero pero no puedo.

Roman seguía sujetándole los antebrazos con las manos, y el deseo de hacerle el amor —a la mierda el suelo duro y frío— era abrumador.

—Dame un motivo para ello, y que sea convincente.

—Mi madre me ha dejado un mensaje en el contestador automático. Decía que se reuniría conmigo en el campo de béisbol. Casi nunca viene a los actos del pueblo y esta semana ya ha ido a dos. Tengo que estar allí.

La expresión apenada de Charlotte bastó para contentarle. De momento.

—Creía que no se te ocurriría nada lo bastante convincente, pero me equivocaba. —La soltó. A su cuerpo no le entusiasmaba la perspectiva, pero su corazón se impuso. Quería darle lo que quería, en ese caso ver a su madre, aunque deseaba que no le doliese.

—¿No has hablado con ella desde que has vuelto?

Charlotte negó con la cabeza.

—No hemos podido hablar por teléfono.

Entonces era obvio que no sabía lo de su padre.

—Charlotte...

—Vamos. —Lo tomó de la mano—. Busquemos a mi madre, veamos el partido y, si tienes suerte, después seré toda tuya. —Se rió, y antes de que Roman replicara, echó a correr.

Con un gruñido, Roman la persiguió con la idea de minimizar el daño cuando llegara el momento fatal.

Charlotte miró por encima del hombro y se rió. Al arrancar tan rápido se había mareado, aunque el beso de Roman también contribuía al mareo; sin

embargo, la salida apresurada había sido fruto del instinto de conservación. Le daba igual lo lejos que estuvieran del campo de béisbol, bastaba con mirarla para saber qué había estado haciendo. Así que, cuanto menos hiciera detrás de las gradas, mejor. Hasta más tarde. Entonces podrían retomarlo donde lo habían dejado o hacer lo que les viniera en gana.

La idea le produjo cosquilleos en la columna, se le excitaron todas las terminaciones nerviosas y se sonrojó. Echó una rápida mirada hacia atrás y vio que Roman la seguía caminando a un ritmo pausado. Él le sonrió y la saludó con la mano, pero entonces apareció Rick y le retuvo por los hombros.

Charlotte aflojó el paso, se dio la vuelta y se topó con su madre. Una versión resplandeciente de su madre, desde el rostro maquillado hasta la sonrisa deslumbrante y los ojos centelleantes.

—¡Mamá!

—¿De dónde vienes tan rápido? —Annie la estabilizó con un abrazo antes de soltarla.

—Estoy..., estaba...

—Besuqueándote detrás de las gradas con Roman. —Su madre alargó la mano y le acarició la mejilla con los nudillos—. Se te nota. Tu padre y yo solíamos hacerlo.

Charlotte tuvo ganas de protestar. No quería aceptar que lo que sentía por Roman fuese similar a la relación entre Annie y Russell, ni siquiera algo tan divertido e intrascendente cómo comportarse como adolescentes.

—Entonces ¿qué te trae por aquí esta noche? —le preguntó Charlotte. Se dio la vuelta en busca de Dennis Sterling y luego miró a su madre con curiosidad—. ¿O tal vez debería preguntar quién te trae por aquí esta noche?

Con el rabillo del ojo, Charlotte vio a Beth haciéndole señas a lo lejos. Si Beth tenía tanta hambre debería empezar a comer sin esperarla. Charlotte le hizo un gesto con un dedo dándole a entender que tardaría más o menos un minuto.

Annie suspiró.

—Debería haberme imaginado que no podría guardar un secreto en este pueblo.

Charlotte se volvió hacia su madre.

—Al parecer sí que puedes, porque no tengo ni idea de a qué te refieres.

Lo único que Charlotte sabía era que su madre lucía una sonrisa de oreja a oreja y se reía con una facilidad que hacía tiempo que no veía. Cuando Charlotte viera a Dennis le daría un buen beso.

Abrazó con fuerza a su madre. Al respirar, le llegó una fragancia agradable que Charlotte no reconocía.

—Perfume y maquillaje —murmuró.

—Espero que me saludes con el mismo entusiasmo, Charlie.

Esa voz y ese nombre. Charlotte se puso tensa, dejó caer los brazos y se apartó lentamente de su madre. Sintió una pesada punzada de traición en el estómago. Debería haberse imaginado que Annie no se habría interesado por nadie que no fuera el esposo ausente, Russell Bronson.

Charlotte se dio la vuelta y observó al hombre que había entrado y salido de su vida a su antojo. Estaba tan apuesto como siempre, con unos pantalones color caqui y un jersey azul marino. Llevaba el pelo bien peinado, con más canas de las que recordaba, y tenía más arrugas, pero había envejecido bien. Y parecía feliz.

A diferencia de su madre, Charlotte estaba convencida de que su estado de ánimo no dependía de si estaba con Annie o no. Pero el de su madre, sus actos e incluso su aspecto sí dependían de si Russell estaba en el pueblo o no.

La ira de Charlotte fue en aumento, no sólo contra su padre, sino también contra su madre por dejarse manipular con tanta facilidad y durante tanto tiempo.

—¿Charlie?

Charlotte puso los brazos en jarras.

—Así que el padre pródigo ha vuelto.

Russell dio un paso hacia adelante y Charlotte uno hacia atrás. Russell adoptó una expresión de decepción, o tal vez eso fuera lo que Charlotte quería ver. La maldita semilla de esperanza que siempre había albergado en su corazón no se marchitaba, pero se negaba a guiarse por ella.

El partido de béisbol prosiguió, pero a Charlotte ya no le interesaba ni tampoco, al parecer, al resto del público. Salvo que se hubiese vuelto paranoica, sintió que docenas de pares de ojos se posaban en la disfuncional familia Bronson. La curiosidad provinciana en todo su esplendor. Se preparó mentalmente para las miradas y las habladurías, y guardó silencio esperando a que su padre hablara.

Russell suspiró.

—No es la acogida que me habría gustado —dijo finalmente.

—Pero estoy segura de que la esperabas.

Roman se le acercó y le rodeó los hombros con el brazo. «Más material para los chismorreos en Norman's», pensó ella con ironía.

—¿Interrumpo una reunión familiar?

Charlotte negó con la cabeza.

—Roman, ¿recuerdas a mí...? —Carraspeó—. Recuerdas a Russell, ¿no?

—Por supuesto. —Le tendió la mano—. Encantado de volver a verle.

La buena de Raina había enseñado buenos modales a todos sus hijos. Una pena que no les hubiera transmitido su capacidad para asentarse y echar raíces.

Russell estrechó la mano de Roman.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Sin duda —repuso Roman.

Charlotte apretó los dientes, sonrió sin ganas y se dirigió a Roman:

—Cierto, y puesto que llevas varios días en el pueblo y estás más al corriente de las novedades, ¿por qué no pones a Russell al tanto de lo que se ha perdido durante su última ausencia?

El brusco resoplido de Roman le atravesó el corazón, pero se negó a permitir que cambiase sus intenciones. Recordó el momento en que había salido de detrás de las gradas, riendo, contenta y excitada por el encuentro con él, ilusionada con la noche que los esperaba, cuando estaría a solas con él. Miró a su madre, sonrojada como lo había estado ella hacía un instante, y con expresión despreocupada, todo ello gracias a que Russell Bronson se había dignado volver.

Los paralelismos entre ella y Annie eran obvios. Tan obvios que podía imaginar fácilmente cómo había empezado y terminado la vida de su madre con Russell. Toda una vida en el limbo. Charlotte no se permitiría acabar de ese modo. Observó a los dos hombres capaces de romperle el corazón si les dejaba. Ahora mismo no podía mostrarse débil con ninguno de ellos.

Aunque no quería hacerle daño a Roman, representaba todo lo que temía. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado?

—Pensándolo bien, los dos tenéis tanto en común que resulta asombroso.

Russell miró a Roman o, para ser más exactos, a Charlotte le pareció que miraba el brazo con el que Roman le rodeaba los hombros.

—No estoy muy seguro de que eso sea cierto.

—Oh, yo sí. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte esta vez? ¿Un día? ¿El fin de semana? Tal vez más, ya que faltan varios meses para la temporada de programas piloto.

—¡Charlotte! —exclamó su madre al tiempo que le daba un golpecito en el brazo a modo de advertencia.

Ella cubrió la mano helada de su madre con la suya. Era la última persona a la que quisiera hacerle daño.

—¿Lo ves? No sabe qué responder, mamá. Se marchará cuando se aburra.

Charlotte miró a Roman y apartó los ojos al sentir un nudo en la garganta.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó sin mirarlo—. Gracias a Dios, Raina está cada día mejor. —Señaló hacia el lugar en el que estaba Raina, sentada sobre una manta con Eric Fallón, observándolos, al igual que Fred Aames, Marianne Diamond, Pearl Robinson, Eldin Wingate y el resto del pueblo. Charlotte detestaba llamar la atención de ese modo—. Puedes largarte cuando te dé la gana. Insisto, los dos tenéis mucho en común.

Antes de perder completamente el control o lo poco que le quedaba de compostura, se dio la vuelta y se marchó. Lejos de su madre, de su padre y, sobre todo, de Roman.



Capítulo 10

Roman observó cómo Charlotte se marchaba. Lejos del campo, de su padre, de él. Su dolor era también el dolor de Roman; hundió las manos en los bolsillos y gruñó, frustrado. No podía dejar que se fuera sola, y menos estando tan disgustada. Acababa de presenciar la devastación provocada por el regreso de su padre.

—Alguien debería ir a buscarla —dijo Annie. Resultaba obvio que no se refería a sí misma, porque se había cogido del brazo de Russell con fuerza.

—Estoy de acuerdo —repitió Russell—, pero no escuchará nada de lo que yo pueda decirle.

—¿Y eso les extraña? —Roman miró a los padres de Charlotte arqueando las cejas—. No soy quién para juzgar, pero ¿se les ha ocurrido hablar con ella en privado en lugar de convertir una reunión familiar en un espectáculo? —Roman, que sentía que estaba perdiendo un tiempo precioso, miró hacia el campo. Sintió un gran alivio al ver que Charlotte volvía a casa a pie.

Russell se encogió de hombros con una clara expresión de pesar en los ojos verdes que tanto se parecían a los de Charlotte.

—Annie estaba convencida de que Charlotte no vendría si se lo decíamos por teléfono, y que en cambio no nos dejaría plantados delante de la gente.

—Y usted no la conoce lo bastante como para saber lo que podía pasar.

Russell negó con la cabeza.

—Pero quisiera conocerla, siempre lo he querido.

La madre de Roman y Eric eligieron ese momento para ir a su encuentro. A Roman le había sorprendido ver a su madre en el partido de béisbol, pero puesto que estaba con Eric, sentada sobre la manta durante todo aquel rato, supuso que tenía ganas de estar allí y que incluso se sentía un poco mejor.

—Espero que no interrumpamos —dijo Eric.

—Al parecer, en este grupo, cuantos más, mejor —masculló Roman. Le quedaba poco tiempo para alcanzarla antes de tener que derribar la puerta de su casa si quería estar a solas con ella—. Russell, ¿podemos hablar un

momento? —le preguntó mirando a su madre de forma harto significativa.

—Annie, vamos a por un poco de limonada. La he preparado yo misma, y está deliciosa.

—Pero... —El pánico se apoderó de Annie, como si temiera que durante su breve ausencia Russell fuera a desaparecer de nuevo.

Observar a Annie le permitió a Roman comprender mejor los miedos de Charlotte. No se parecía en nada a su insegura madre, pero resultaba obvio que le había inculcado un temor, el de volverse tan necesitada, patética y cerrada en sí misma como ella.

Él quería proteger a Charlotte del dolor y cuidarla toda la vida, pero ella lo apartaría antes de que tuviera tiempo de hacerle daño. La mera idea le estremeció el alma.

Porque la quería.

La quería. La verdad se asentó en su corazón y le calentó esos lugares que siempre habían estado fríos.

Admiraba el fiero deseo de luchar por su individualidad, de no acabar como su madre. Admiraba el negocio que había creado sola, en un pueblo que no estaba preparado para ello, y cómo se había ganado a los habitantes de todos modos. Le gustaba que viera lo mejor de él incluso cuando no se lo merecía. Le gustaba al completo.

Presenciar su mayor miedo de primera mano lo obligó a reconocer sus sentimientos, sentimientos que tendrían que subordinarse a las necesidades de Charlotte si no quería perderla para siempre. Tenía que decírselo, pero debía hacerlo en el momento adecuado.

No tenía ni idea de cuándo sería ese momento. La familia de Roman no era precisamente un buen ejemplo de relaciones funcionales. Chase salía con los tipos solteros del periódico, bebía cerveza, hablaba de deportes y se acostaba con alguna que otra mujer sin comprometerse a nada. Rick rescataba mujeres, ahora mismo jugaba al Príncipe Azul con Beth Hansen hasta que superara su ruptura y fuera capaz de seguir adelante con su vida. Entonces Rick haría otro tanto e iría a por la siguiente mujer.

Roman negó con la cabeza, sabía que no tenía ningún modelo de conducta que imitar. Sólo contaba consigo mismo.

—Nada de peros —intervino Eric dirigiéndose a Annie en un tono conciliador y autoritario a partes iguales—, insisto en que pruebes la limonada de Raina. Además, se supone que ella no debería pasar mucho tiempo de pie, y te agradecería que la acompañaras de vuelta a la manta hasta que yo regrese.

—Venga, Annie. —Russell le dio un golpecito en el brazo y se soltó de ella.

En cuanto el trío hubo desaparecido, Roman se dirigió al padre de Charlotte.

—No tengo mucho tiempo.

—Lo sé, pero deberías saber que la vida es más complicada de lo que todos vosotros —Russell agitó el brazo en el aire y señaló hacia el campo de béisbol y al público—... creéis.

Roman no vio en aquella expresión apenada al actor ensimismado que había abandonado a su familia por la fama y la fortuna. Más bien a un hombre envejecido que había perdido muchas cosas. Roman dejó escapar un gruñido.

—Nosotros no tenemos que entender nada, es su hija quien debe hacerlo. —Miró a Russell de hito en hito—. Si de veras le importa, espero que se tome el tiempo y la molestia de demostrarlo.

—Tendría que estar dispuesta a escucharme.

Roman se encogió de hombros.

—Encuentre el modo de que lo haga. —Tras fulminarlo con la mirada, Roman se alejó corriendo del aparcamiento con la intención de seguir su propio consejo.

—Ha llegado el momento, Annie. —Russell Bronson se sentó en la manta que le había prestado Raina Chandler. Después de que los cuatro hubieron hablado, Eric había llevado a Raina a casa y había dejado a Russell y a Annie a solas. Russell recordaba a Raina como a una buena vecina, una buena madre para sus tres hijos y amiga de su esposa. Obviamente, las cosas no habían cambiado.

Y ése era el problema, pensó Russ. Nada había cambiado. Desde el día en que se había casado con Annie Wilson, la chica de la que se había enamorado en el instituto, hasta entonces, todo seguía igual en el mundo de Annie.

Ésta cruzó las piernas y observó a los jugadores.

—No estoy segura de que sirva de algo —dijo finalmente.

Russ tampoco lo estaba, pero al menos podían intentarlo. Russell rebuscó en el bolsillo el papel que le había dado el doctor Eric Fallón. Antes de despedirse, Eric había hablado con ellos como médico. Les había dicho que Annie estaba deprimida. Clínicamente deprimida.

¿Por qué Russell no se había dado cuenta antes? Lo más cómodo sería decir que porque no era médico, pero era lo bastante hombre como para reconocer sus defectos. Era egoísta y egocéntrico. Sus deseos siempre habían primado por encima de todo. Nunca se había parado a pensar por qué Annie hablaba y se comportaba como lo hacía. La había aceptado, del mismo modo que ella lo había aceptado a él.

Depresión, volvió a pensar. Algo de lo que Charlotte sí se había percatado, y por eso había llamado al doctor Fallón. Ahora Russell tenía que lograr que Annie buscara ayuda profesional. En silencio, agradeció a su hermosa y terca hija que se hubiese dado cuenta de lo que él no había visto.

Su hija. Una mujer con una combinación de desdén, miedo y vulnerabilidad en la mirada. El había causado esas emociones y se despreciaba por ello. Pero ahora tenía la oportunidad de enmendar muchos errores, empezando por Annie y acabando con su hija.

Annie no había respondido a su comentario, pero había llegado la hora. Lo haría aunque tuviera que obligarla, pensó Russell.

—¿Qué siente Charlotte por Roman Chandler?

Annie ladeó la cabeza. El pelo le rozó los hombros y Russell sintió la necesidad de pasar los dedos por aquellos mechones negros como el azabache. Siempre le entraban ganas de hacerlo.

—Lo mismo que yo por ti. Charlotte está destinada a repetir la misma historia. Roman irá y vendrá. Y ella permanecerá aquí esperándolo. Lo llevamos en los genes —declaró con toda naturalidad, como si esa posibilidad no le molestase lo más mínimo. Era demasiado complaciente y él se había aprovechado de eso, pensó Russell.

Tanto si hubiera sabido que estaba clínicamente deprimida como si no, Russell se habría aprovechado de su complacencia para ir y venir a su antojo.

No podía cambiar el pasado, pero no quería ese futuro para su hija.

—No estoy de acuerdo —dijo rebatiendo el comentario de Annie sobre Charlotte y Roman—, creo que está destinada a acabar sola, porque rechazará a cualquier hombre que no acepte quedarse en Yorkshire Falls.

Annie negó con la cabeza.

—Si estás en lo cierto, al menos no tendrá que pasarse la vida esperando a que él vuelva y sentirse viva sólo durante sus visitas.

Russell miró a su esposa, pensó en su pasado y en su futuro juntos. Había creído que, al quedarse en el pueblo, Annie sería feliz, pero se sentía desgraciada. Aunque hubiese sido lo que ella había elegido.

—Tanto si espera los regresos esporádicos de Roman como si le da la espalda y acaba sola, no será bueno para ella. Y tú lo sabes muy bien.

Annie apoyó la cabeza en el hombro de Russell.

—Ahora no me siento sola. —Suspiró, y él sintió el aliento cálido en el cuello.

No, pensó Russell, Annie lo aceptaba todo y a él le faltaba poco para odiar esa idea. Annie lo aceptaba todo. Hiciera lo que hiciera y fuese cual fuera la vida que le ofreciera. Una vez él creyó que podrían ser felices, pero esa ilusión se hizo añicos rápidamente. Lo único que podía hacer feliz a Annie era que él renunciase a todo y se quedase en Yorkshire Falls. E incluso así, una parte de Russell siempre había sospechado que ésa no era la solución. Aunque daba igual.

Nunca había sido capaz de renunciar a su vida por ella, y tampoco había logrado que Annie se marchara de aquel pueblo. Se había comprometido con ella, pero cada uno había escogido su forma de vivir. No podía decir que hubieran sido felices, pero, al menos, seguían adelante. La quería tanto como la había querido al principio. Pero no le había hecho ningún favor a nadie dejando que ella se saliese con la suya.

Y mucho menos a su hija.

Charlotte también se merecía elegir su destino, pero tenía derecho a hacerlo con todos los datos en la mano.

—Tiene que saberlo, Annie. Necesita comprender las decisiones que tomamos.

—¿Y si me odia?

Russell la abrazó.

—La educaste bien y te quiere. Con el tiempo, lo comprenderá. —Y si no lo hacía, bueno, al menos Annie y él le evitarían que se repitiera el pasado, o eso esperaba.

Roman dio alcance a Charlotte en First Street. Tocó el claxon una vez y luego aminoró la marcha al llegar a su lado. Charlotte lo miró de reojo y siguió caminando.

—Vamos, Charlotte, sube al coche.

—Ahora no estoy de humor, Roman.

—Me gustan las mujeres que reconocen que no están de humor. — Continuó conduciendo lentamente—. ¿Adónde vas?

Charlotte ladeó la cabeza.

—A casa.

—¿Tu nevera está tan vacía como la mía?

—Lárgate.

Roman no pensaba aceptar una negativa. De hecho, le ofrecería tres cosas que sabía que la harían cambiar de parecer.

—Te llevaré a un restaurante chino, te sacaré del pueblo y no hablaré de tu padre.

Charlotte se detuvo.

—Y si esas promesas no te convencen, comenzaré a tocar el claxon, montaré un número y no pararé hasta que estés sentada a mi lado. Dejo la elección en tus manos.

Charlotte dio media vuelta, abrió la puerta de un tirón y se acomodó en el asiento del copiloto.

—Ha sido por lo del restaurante chino.

Roman sonrió.

—Ya sabía yo que ése iba a ser el motivo determinante.

—Bien, porque no querría que pensaras, ni por un instante, que ha sido por tu simpatía.

Roman aceleró y condujo hacia la salida del pueblo.

—¿Te parezco simpático? —le preguntó. Charlotte cruzó los brazos y lo miró con recelo—. Supongo que eso es un «sí» —añadió él al ver que ella no respondía.

Charlotte se encogió de hombros.

—Juzga por ti mismo.

Saltaba a la vista que no le apetecían los juegos verbales. Daba igual. Mientras estuviera a medio metro de distancia y no la perdiera de vista, Roman se sentía satisfecho.

Al cabo de veinte minutos, estaban sentados en el típico restaurante chino; el papel pintado que imitaba un brocado de terciopelo rojo y la iluminación tenue de los candelabros de pared contribuían al ambiente exótico.

Un camarero los condujo hasta una mesa de un rincón, la mitad del restaurante tenía sillas, en la otra mitad había cojines para sentarse en el suelo. A la derecha, una familia formada por dos adultos y dos niños comían armando alboroto. En un rincón se veía una pecera y a la derecha un pequeño estanque repleto de peces tropicales.

—¿Te parece bien aquí? —le preguntó Roman a Charlotte. No le molestaban los niños, pero no podía prever la reacción de ella.

Charlotte esbozó una sonrisa.

—Mientras no tenga que comer pescado, me parece bien. —Se sentó en el suelo.

Roman podría haberse sentado frente a ella, pero decidió colocarse a su lado, por lo que Charlotte quedó atrapada entre Roman y la pared.

Ella le dedicó un mohín fingido.

—No juegas limpio.

—¿He dicho que lo haría? —Sabía que el enfrentamiento verbal era un recurso para evitar una conversación seria. Se preguntó cuánto duraría.

Charlotte negó con la cabeza. Ahora no podía pensar en Roman, por lo que observó a la familia. Los dos niños rubios tenían ganas de divertirse. Uno de ellos sostenía un tallarín entre el pulgar y el índice y entrecerró los ojos, preparado para lanzarlo. Su hermano le susurró algo al oído y, al ver que cambiaba de ángulo, Charlotte supuso que lo estaba incitando. Sus padres, absortos en una conversación seria, no parecían darse cuenta.

—No lo haré —le susurró Roman mientras se reclinaba.

—No apostarí la casa. De hecho, en tu caso, no apostarí la maleta.

—¡Ay!

Charlotte no le hizo caso y siguió observando a los niños.

—Preparados, listos, fuego —susurró a la vez que el niño ejecutaba los movimientos.

En ese preciso instante, el niño arrojó el tallarín endurecido, que se había partido en dos y que voló antes de caer con un plaf nada elegante en el agua de la pecera.

—¿Un pez puede morir por el impacto de un tallarín frito? —preguntó Charlotte.

—¿Y por tragárselo? Si fuera mi hijo, lo cogería por el cuello y le hundiría la cabeza en el agua. Después de aplaudir en silencio su puntería, claro.

—Lo has dicho como un hombre que de pequeño se hubiera metido en unos cuantos problemas.

Roman le dedicó una de aquellas sonrisas increíbles que la desarmaban y hacían que quisiera arrastrarse hasta su regazo y quedarse allí para siempre. Un pensamiento peligroso. Se mordió una mejilla por dentro.

—Le entiendo. Mis hermanos y yo dimos mucha guerra de pequeños.

Charlotte se volvió hacia él y se inclinó hacia adelante, apoyando el mentón en las manos.

—¿Como por ejemplo? —Necesitaba entretenerse con las historias felices de los demás.

—A ver. —Roman se calló para pensar—. Recuerdo una vez que mamá fue a la jornada de puertas abiertas de la escuela, que tuvo lugar por la noche, y Chase se quedó cuidando de nosotros.

—¿Chase se portaba como un dictador?

—Cuando estaba despierto, sí. Pero esa noche se durmió. —Se le formaron unas arruguitas junto a los ojos al recordar aquella noche con una sonrisa.

—No me digas que lo atasteis.

—¡No, Joder! —Parecía ofendido—. Deberías valorar más nuestra imaginación. Digamos que el estuche de maquillaje de mamá nos ofrecía un amplio abanico de posibilidades.

Charlotte estaba asombrada.

—¿Y no se despertó?

—La única ventaja de que Chase hiciera de supuesto padre era que dormía como un tronco. Le dejamos bien guaaaapo —dijo Roman arrastrando las palabras a propósito—. A su novia también se lo pareció.

Charlotte dejó escapar una carcajada.

—¿En serio?

Roman negó con la cabeza.

—Chase tenía dieciocho años, y salía con una chica de primer curso de la universidad. Ella se había ofrecido a pasar a buscarlo a casa para salir juntos en cuanto regresase mamá. Sonó el timbre de la puerta, lo despertamos para que abriera y...

Charlotte no escuchó el resto; se reía con tantas ganas que tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Oh, ojalá lo hubiera visto.

Roman se inclinó hacia adelante.

—Tengo fotografías.

Charlotte se secó los ojos con una servilleta de papel.

—Tengo que verlas.

—Cásate conmigo y te las enseñaré.

Charlotte parpadeó y se irguió. Los niños de la mesa de al lado seguían bromeando, y le llegó el aroma a rollitos de primavera... ¿Roman se le

acababa de declarar? No le habría oído bien.

—¿Qué?

Roman le tomó la mano y se la sujetó con fuerza.

—Acabo de pedirte que te cases conmigo. —Abrió los ojos como platos, y pareció sorprenderse de haberlo dicho, pero no lo suficiente como para repetirlo.

Charlotte estaba anonadada.

—No puedes..., no puedo..., no lo dirás en serio —acertó a musitar. El corazón le latía alocadamente y le costaba respirar. Dos sorpresas en un día. Primero su padre y ahora aquello. Cogió el vaso de agua, pero las manos le temblaban tanto que tuvo que dejarlo para que no se le cayera.

Roman lo levantó y lo llevó a sus labios. Ella dio un sorbo largo y frío y luego se lamió las gotitas.

—Gracias.

Roman asintió.

—No quería decírtelo de esta manera, pero va muy en serio.

Charlotte se preguntó cuándo dejaría de dar vueltas el comedor.

—Roman, no es posible que quieras casarte.

—¿Por qué no?

Charlotte deseó que él apartara la mirada, cualquier cosa con tal de romper aquel contacto, porque aquellos ojos azules hipnóticos le suplicaban que dijera que sí y a la mierda con los cómo y los porqués. Pero el oportuno regreso de su padre le había enseñado por qué no debía seguir los impulsos de su corazón.

—Porque... —Cerró los ojos y trató de encontrar la mejor respuesta posible, la más sensata y racional, la que explicara sus diferencias.

—Te quiero.

Esta vez fue ella quien abrió los ojos como platos.

—No puedes...

Roman se inclinó hacia adelante, apoyando el brazo en la mesa, y le cerró los labios con un beso. Un beso cálido y capaz de reblandecer las piedras.

—Tienes que dejar de decir «no puedes» —murmuró sin apenas separar los labios de los suyos. Luego volvió a unirlos y le introdujo la lengua hasta el fondo, hasta que oyó que gemía de placer.

—¡Eh, mamá, mira! Se están dando un beso con lengua.

—Eh, con lengua y todo. ¿Eso puede hacerse en público?

Charlotte y Roman se separaron. Avergonzada, ella se sonrojó y sonrió.

—Y eso lo dice un niño que estaba utilizando un pez para hacer prácticas de tiro.

—Te he hecho una pregunta —dijo Roman con expresión seria.

—Y ya sabes la respuesta. —Sentía los latidos del corazón en el pecho—. Yo... —Se lamió los labios húmedos—. Has visto a mis padres, estás al tanto de la vida de mi madre. ¿Por qué me pides que la repita? —Bajó la cabeza y deseó con todo su ser no perder la ira justificada que había exhibido durante el partido de béisbol, incluso si ello significaba trasladar a Roman lo que sentía por su padre.

—No te pido que vuelvas a vivir sus vidas. —Le sostuvo el rostro entre las manos con suavidad, con cariño.

A Charlotte se le hizo otro nudo en la garganta.

—¿Piensas quedarte a vivir en Yorkshire Falls? —Ya sabía cuál era la respuesta y se preparó para oírla.

Roman negó con la cabeza.

—Pero —dijo al tiempo que le apretaba el rostro un poco con los dedos— estoy estudiando algunas posibilidades. No quiero perderte, y estoy dispuesto a llegar a un compromiso. Lo único que te pido es que no te cierres en banda. Dame tiempo para encontrar una solución que nos satisfaga a los dos.

Charlotte tragó saliva, sin terminar de creerse lo que estaba oyendo, sin saber si debía confiar en algo intangible sin salir mal parada. De todos modos, hiciera lo que hiciese, saldría mal parada si le perdía. Quería pasar más tiempo con él antes de que ocurriera lo inevitable.

Si es que ocurría. Apartó de su mente todo pensamiento relacionado con sus padres. Pronto tendría que lidiar con ellos. Roman había empleado la palabra «compromiso», lo cual significaba que tenía en cuenta las necesidades de ella. Sintió una inesperada descarga de adrenalina.

—¿Has dicho que me querías?

Roman asintió y tragó saliva. Charlotte vio que la nuez se le desplazaba de arriba abajo de forma convulsiva.

—Creo que nunca se lo había dicho a nadie.

Charlotte contuvo las lágrimas.

—Yo tampoco.

Roman desplazó las manos hacia los hombros de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también te quiero.

—Van a volver a hacerlo —gritó uno de los niños de la otra mesa.

—¡Puaj! —exclamó su hermano con más fuerza.

Roman se rió y Charlotte sintió su placer como propio.

—¿Te imaginas tener una casa llena de niños? —le preguntó Roman.

—Ni se te ocurra bromear con algo tan serio.

Roman no le hizo caso y se limitó a sonreír.

—En mi familia mandan los chicos, y los dos sabemos que mis genes son los que determinan el sexo. Imagínate lo que nos divertiríamos concibiendo a esos niños. —Le masajeó de forma rítmica los hombros con las yemas de los dedos hasta lograr la deseada estimulación erótica.

Los hijos de Roman. Charlotte se estremeció; lo deseaba con todas sus fuerzas, pero sabía que seguramente era imposible. Tenían muchas cosas pendientes antes de pensar en ese futuro.

Pero la había conmovido, se había apropiado de su corazón. Siempre lo había hecho, desde la noche en que compartieron sus sueños más íntimos y a ella no le quedó más remedio que rechazarle.

Charlotte no había tomado ninguna decisión específica, pero ahora sabía que no le rechazaría.

—¿Ya saben qué tomarán? —les preguntó un camarero alto de pelo oscuro.

—No —respondieron los dos al unísono.

Charlotte no supo cómo, pero al cabo de unos minutos, con el estómago todavía vacío y habiendo dejado un billete de veinte dólares en la mesa, estaban de nuevo en la carretera, camino de casa, y media hora más tarde entraban en su apartamento.

Charlotte encendió la lámpara del techo del recibidor, que los iluminó una luz tenue. Roman cerró la puerta de un puntapié y atrajo a Charlotte hacia sus brazos. De pie, ella se apoyó contra la pared mientras él la besaba con fuerza. Su deseo era obvio, evidente y tan intenso como el de ella. Charlotte se despojó de la chaqueta y la dejó caer al suelo, y Roman le quitó el jersey más rápido aún, hasta que Charlotte se quedó sólo con las botas rojas, los vaqueros y el sujetador de encaje blanco.

Roman respiraba rápido mientras recorría el calado de flores con las yemas de los dedos. Los pezones de ella se endurecieron al sentir sus dedos, y el cuerpo se le puso tenso mientras el deseo la consumía.

—Seguro que tienes calor con tanta ropa. —Le quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo junto a la suya. Los ojos azules brillaron de deseo.

—Lo que siento va mucho más allá del calor. —Se quitó la camisa azul por la cabeza y la arrojó a un lado. Dio contra la pared que tenían detrás y cayó al suelo con un ruido sordo—. Tu turno.

Charlotte sintió un ritmo constante entre las piernas, y las palabras seductoras de Roman hicieron que se humedeciera. Excitada, se inclinó para quitarse las botas, pero las manos le temblaban y el cuero parecía pegársele a la piel.

—Deja que te ayude. —Roman se arrodilló, le sacó una bota roja de piel de serpiente y luego la otra antes de dedicarse al botón de los vaqueros. Actuó como un profesional; primero le bajó la cremallera y luego le pasó la cinturilla por las caderas.

Las piernas le temblaban y lo único que la sostenía era la pared mientras Roman le bajaba los pantalones hasta los tobillos. Trató de liberar un pie, pero los bajos de los dichosos vaqueros eran demasiado estrechos.

—No te molestes. Te tengo como quería. —Roman se arrodilló en el suelo, a los pies de Charlotte, y la miró. Esbozó una sonrisa pícaro y una expresión satisfecha se adueñó de su atractivo rostro.

La ropa no era lo único que la mantenía prisionera. Era víctima del deseo y el amor. El amor era recíproco. Cuando Roman se agachó y el pelo oscuro tocó su piel blanca, sintió ardientes punzadas de deseo por todo el cuerpo, una combinación inconfundible de erotismo y necesidad emocional.

Sólo quería que él satisficiera esos deseos divergentes, pero sabía de sobra que sólo lo conseguiría si la penetraba. Sus miradas se encontraron y Roman debió de adivinarle el pensamiento porque, en lugar de darle placer con la boca, como parecía que era su intención, le quitó las bragas y se puso de pie. Al cabo de unos instantes, estaba tan desnudo y excitado como ella.

Roman le tendió los brazos.

—Ven.

Charlotte fue a su encuentro y Roman la levantó en peso; ella le rodeó la cintura con las piernas, entrelazó las manos alrededor de su nuca y, de nuevo, apoyó la espalda en la pared. El calor y la fuerza de Roman calaron en su cuerpo y se sintió protegida y excitada.

—Te necesito dentro —le dijo Charlotte.

—Yo necesito estar dentro de ti —gimió Roman.

Tuvieron que maniobrar un poco, pero finalmente Charlotte notó el miembro erecto, listo para penetrarla. Cuando Roman la embistió, el corazón se le abrió a cualquier posibilidad. ¿Cómo iba a ser de otro modo cuando él

estaba preparado para estallar en su interior?

Al moverse, cada superficie dura de su miembro excitado causaba una fricción gloriosa en el interior de Charlotte, que se intensificaba con cada embestida del pene, cada vez más profunda.

Apenas podía respirar, no lo necesitaba, ya que el oleaje de sensaciones la transportó hasta el orgasmo más intenso de su vida... porque era fruto del amor.

El gemido estremecedor de Roman le indicó que sentía lo mismo. Charlotte lo amaba. Más tarde, mientras se dormía en sus brazos, se preguntó por qué había negado algo tan obvio durante tanto tiempo.

Charlotte se despertó y, al desperezarse, sintió las sábanas frías sobre la piel desnuda. La sensación de despertarse sola era normal y extraña a la vez. No era distinta a la de la mayoría de las mañanas de su vida, pero puesto que había dormido acurrucada contra el cuerpo de Roman, el frío resultaba desagradable y preocupante, al igual que las emociones que le zarandeaban el cerebro todavía somnoliento.

Comprendía los motivos por los que Roman la había besado y se había marchado silenciosamente de madrugada, y le agradecía el respeto que le mostraba frente a un pueblo chismoso. Pero le echaba de menos, quería volver a hacer el amor con él. Lo amaba. Esos pensamientos la asustaban sobremanera.

Al levantarse siguió la típica rutina matutina, tratando de fingir que todo seguía igual. Ducha caliente, café más caliente y bajar rápidamente la escalera para ir a trabajar. Sí, pensó Charlotte, la misma rutina. Pero era innegable que se sentía distinta.

Se había comprometido con Roman con esas dos palabras: «Te quiero». Y ahora que ya las había pronunciado, temía que su vida cambiara para siempre. Si el pasado era indicativo de algo —el de su madre, el de su padre e incluso el de Roman—, los cambios no serían buenos.

Con esa conclusión inquietante, entró en la tienda abierta, confiando en que la familiaridad de los volantes, los encajes y el popurrí de vainilla que perfumaba el ambiente la calmarían. Al entrar, la sorprendió el inesperado aroma a lavanda, lo cual la descolocó y acabó con cualquier atisbo de rutina tranquilizadora.

—¿Beth? —llamó.

—Aquí atrás. —Su amiga salió de la habitación trasera con un frasco de ambientador en la mano, que iba utilizando mientras caminaba—. Los de la limpieza estuvieron aquí anoche y debieron de derramar amoníaco por aquí. —Agitó la mano delante de la cara—. Pensé que iba a morirme asfixiada ahí dentro. He estado ambientando toda la tienda para disimular el olor.

Charlotte arrugó la nariz, con expresión de asco.

—Puaj. ¿Tan mal huele? —A ella la lavanda le provocaba arcadas. Charlotte dejó el bolso en el mostrador y, al llegar a los probadores, retrocedió al respirar aquel olor espantoso—. ¡Uf! —Ya podía irse olvidando de la idea de encerrarse en la oficina y distraerse con el papeleo.

Beth asintió.

—He cerrado la puerta de la oficina para que el olor no llegara a los probadores y he abierto las ventanas para airear.

—Gracias. Al menos en la entrada no es tan terrible.

—Esperemos que siga así.

—Bueno, tendremos que cerrar los probadores y marcar los tickets... Puedes aceptar devoluciones de cualquier artículo comprado hoy. — Normalmente, prendas como los trajes de baño y la ropa interior no se podían cambiar, pero no era una política justa si el comprador no podía probárselos primero—. Si el olor empeora, tendremos que cerrar. No tiene sentido que nos envenenemos. —Beth roció un poco más de lavanda por la tienda—. ¿No había otro aroma?

—Era el único que tenían en la tienda.

—Da igual, pero, por favor, no eches más y veamos qué pasa.

Tras dejar el ambientador en un estante, Beth siguió a Charlotte hasta la entrada, donde abrió la puerta para renovar el aire.

—Bueno —dijo Beth apoyándose en el mostrador, junto a la caja registradora—. Me alegro de verte aquí, sonriendo. ¿Cómo te sientes después de... ya sabes? —Bajó la voz hasta susurrar las dos últimas palabras, refiriéndose al espectáculo que Charlotte y su familia habían protagonizado el día anterior durante el partido de béisbol.

En cuanto Charlotte hubo subido al coche de Roman, se había olvidado de Beth, de la cena y de todo lo demás.

—Estoy bien —repuso en voz baja antes de darse cuenta. Observó la tienda vacía y puso los ojos en blanco—. ¿Por qué estamos susurrando? —preguntó en voz alta.

Beth se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Bueno, pues estoy bien. Aunque no me gustó que me tendieran una emboscada en público. Si papá, es decir, Russell, quería hablar conmigo, tendría que haberme llamado o venido a verme o abordarme a solas. Fue humillante.

—¿Le habrías concedido la oportunidad? —le preguntó Beth contemplándose las uñas, sin mirar a Charlotte.

Charlotte sacudió los hombros, donde se le había acumulado la tensión fruto de esa conversación.

—No lo sé. ¿Se la concederías tú al doctor Implante? —Respiró hondo de inmediato, disgustada consigo misma—. Santo cielo, lo siento, Beth. No sé por qué la tomo contigo. —Charlotte corrió hasta el mostrador y abrazó a Beth para disculparse—. ¿Me perdonas?

—Por supuesto. No tienes una hermana a la que torturar y tu madre está muy débil. ¿Quién más te queda, salvo la pobre de mí? —A pesar de aquellas palabras rudas, cuando Beth se apartó estaba sonriendo—. De hecho, es una pregunta interesante. Le concedería la oportunidad al doctor Implante para agradecerle que me hiciera ver mis propias inseguridades. Luego le tiraría un jarro de agua fría.

—¿De verdad te sientes mejor? —le preguntó Charlotte.

—¿Cómo explicarlo? —Beth miró hacia el techo como si buscara la respuesta—. Me siento más consciente —repuso—. Ahora me paso el día pensando y he descubierto que todas mis relaciones pasadas tienen una cosa en común. Todos los hombres con los que he estado querían cambiarme, y se lo permití. Me adaptaba fácilmente a sus deseos. David fue el caso más radical, pero se acabó. Y os agradezco a ti y a Rick que me ayudarais a recuperarme.

—¿A mí? —preguntó Charlotte, sorprendida—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Ya te lo dije el otro día. Me ofreciste este trabajo porque sabías mejor que yo qué me convenía. Ahora yo también lo sé. Y esto no es más que el comienzo.

—Me alegro de haberte ayudado. ¿Qué me dices de Rick?

—Hablar y escuchar. La mayoría de los hombres no hablan. Ven la tele, gruñen, tal vez eructan un par de veces antes de asentir y fingir que prestan atención. Rick ha escuchado con atención todas mis aventuras del pasado y me ha ayudado a llegar a las conclusiones correctas.

—Ha nacido para rescatar a damiselas en apuros. Tal vez debería haber sido loquero y no poli.

—Qué va, el orden público le da *sex-appeal*—dijo Beth riendo.

—Dime que no te estás enamorando de él.

—De ningún modo, ni en sueños. Estaré sola una buena temporada.

Charlotte asintió y la creyó. Los ojos de Beth no brillaron de ensoñación al hablar de Rick. No parecía derretirse por el agente sexy, no del modo en que Charlotte se derretía cuando pensaba en Roman. Sintió anhelo y excitación ante la idea de volver a verle.

—Tengo que aprender más sobre mí misma —afirmó Beth interrumpiendo los pensamientos de Charlotte justo a tiempo—. Tengo que averiguar qué me gusta y qué no, no qué se espera de mí. De momento sólo necesito a mis amigos.

—Nos tienes a nosotros, querida. —Charlotte le cogió la mano con fuerza y Beth hizo otro tanto. Charlotte confiaba en no ser la siguiente en tener la necesidad de desahogarse.

—¿Qué piensas hacer ahora que no puedes encerrarte en la oficina y ocuparte del papeleo? ¿Te vas a hacer ganchillo arriba?

Se estremeció ante la posibilidad.

—No, me duelen las manos. Debería espaciar esos trabajos. Primero iré al *Gazette* y hablaré con Chase sobre el anuncio para las rebajas de Semana Santa. No puedo creer que sólo falten dos semanas y media para las vacaciones.

—¿Sabes cuál es el mejor momento de las vacaciones?

Charlotte se dio un golpecito en la frente con un dedo.

—Humm, a ver... ¿Los anuncios de las chocolatinas Cadbury? —preguntó mencionando la debilidad de su mejor amiga.

—¿Cómo lo sabías?

—¿Es que has olvidado que en vacaciones siempre te envío chocolatinas? Te conozco como si fueras mi hija. —Charlotte recogió el bolso del mostrador, donde lo había dejado antes.

—Este año voy a ponerme las botas. —Beth se lamió los labios pensando en las chocolatinas que se comería.

Charlotte se rió.

—Volveré cuando salga del *Gazette*. Si no hay trabajo, tal vez me lleve el papeleo y las facturas arriba.

—Sabía que pasaría —dijo Beth con tristeza—. Te pasas un día en casa haciendo ganchillo y te quedas enganchada a los culebrones.

—Mentira.

—¿Vas a negarme que verás «Hospital General» mientras trabajas?

Charlotte hizo un gesto como si se cerrara los labios con cremallera. Se negaba a confirmarlo o a negarlo. Por supuesto que vería «Hospital General», porque uno de los actores le recordaba a Roman.

Cielos, oh, cielos, estaba peor de lo que se imaginaba.

—Hasta luego. —Se despidió, salió por la puerta y respiró hondo el aire fresco de la calle—. Mucho mejor —dijo en voz alta. Se colgó el bolso del hombro y comenzó a caminar.

Mientras alcanzaba las afueras del pueblo y el parterre final de césped, narcisos y otras flores variadas, vio a Samson limpiando los arriates y lo llamó. No la oyó o fingió no oírla.

—Oh, vaya. —Charlotte se encogió de hombros y prosiguió, contenta de respirar el fresco aire primaveral. Mientras caminaba, volvió a pensar en Roman. Sentía una mezcla de expectativa e inquietud por lo que se habían dicho y el nivel de compromiso que aquellas palabras tenían.

No sólo se preguntaba a qué se refería Roman con lo de llegar a un compromiso, sino si podía confiar en su amor y en el matrimonio que aseguraba desear.

Roman accedió a las oficinas del *Gazette* usando su llave. Todavía no había demasiada actividad. Lucy no había llegado y, a juzgar por el ambiente, Chase aún no había bajado.

Roman necesitaba un café recién hecho y un aire más fresco que el que había en la oficina, así que dejó abierta la puerta que daba a la calle y se dirigió hacia la cocina para preparar un café bien cargado.

La luz del amanecer lo había sacado de la cama de Charlotte. La había dejado dormida. La había besado en la mejilla y se había ido. El pueblo ya hablaba demasiado sobre Charlotte y su familia. No quería contribuir a los chismorreos saliendo de su apartamento de día. Irse a primera hora de la mañana era arriesgado, pero no había podido resistir la tentación de pasar la noche en su cama, junto a su cuerpo cálido y desnudo. Como lo haría el resto de su vida.

Se estremeció. Tal vez había reconocido algunas verdades —que quería dejar de huir, establecerse y que amaba a Charlotte—, pero mentiría si dijera que no estaba asustado. No lo bastante para cambiar de idea, sólo lo justo para volverlo humano, pensó Roman. Estaba a punto de experimentar un cambio

vital y los nervios podían con él.

Todavía no acababa de creerse que hubiera pronunciado aquellas palabras. No es que las palabras fueran difíciles; para un escritor nunca lo son.

Pero Roman siempre pensaba detenidamente en todo antes de expresarse. Nunca había dejado que las emociones se le impusieran al sentido común. Sin embargo, lo que sentía por Charlotte llevaba gestándose más de diez años. Quería casarse con ella y la amaba. No había planeado declararse, pero la espontaneidad era algo positivo. Mantenía las relaciones como nuevas, pensó Roman con ironía.

Sin embargo, la mano le temblaba mientras preparaba el café, contaba las cucharadas y llenaba de agua la máquina. Podría haber elegido otro momento. Se había declarado en público, justo después de que Charlotte había tenido un enfrentamiento emocional con su padre, y antes de que él hubiera tenido la oportunidad de tomar decisiones cruciales para su futuro juntos. A pesar de todo, Roman admitía que Charlotte se lo había tomado mejor de lo que había imaginado.

Sin embargo, ahora, solo en la oficina en la que había pasado tanto tiempo de niño, se percató de que había hecho bien al marcharse de la cama de Charlotte. Necesitaba estar a solas para plantearse cómo equilibrar su vida en esos momentos, y no tenía ni idea de lo que sucedería a partir de entonces. Suponía que ponerse en contacto con el *Washington Post* para la oferta de trabajo era un buen comienzo. La mera idea de descolgar el teléfono no le infundía la necesidad de salir corriendo. Decidió que era una buena señal.

—Eh, hermanito. Te has levantado temprano. —Chase llegó a la sala principal de la redacción—. ¿Qué haces aquí? ¿A mamá se le han acabado los pastelitos de coco?

Roman se encogió de hombros.

—Ni idea. —No había tenido tiempo de desayunar en casa. Miró a su hermano mayor—. Acabo de darme cuenta de que sólo hemos hablado de mí desde que he vuelto. ¿Qué me dices de ti?

Chase se encogió de hombros.

—Lo mismo de siempre.

—¿Mujeres nuevas? —Roman no le había visto con nadie desde que había regresado. Chase negó con la cabeza—. ¿Qué haces para no sentirte solo? —le preguntó. No se refería sólo al sexo. Los hermanos nunca hablaban de eso. Chase sabía a qué se refería Roman. Los dos habían experimentado esa

maldita soledad fruto de sus decisiones. La clase de soledad de la que Charlotte se había ocupado en su caso.

—Si necesito compañía, tengo amigas en Harrington —repuso Chase—. Yorkshire Falls es tan pequeño que es imposible mantener relaciones sin que se entere todo el mundo. Pero no me falta compañía. Y sigamos hablando de ti.

Roman se rió. Chase era incapaz de mantener una conversación sobre sí mismo.

—¿Qué dirías si te contase que el *Washington Post* me ha ofrecido un trabajo de redactor jefe? —le preguntó a su hermano mayor.

Chase recorrió la sala en calcetines —una de las ventajas de vivir en el piso de encima— y se sirvió una taza de café en la zona de la cocina, junto a Roman. Alzó la taza.

—Por cierto, gracias.

Roman se apoyó en la nevera.

—No hay de qué.

—Te diría que no aceptes un trabajo de oficina por lo del a cara o cruz.

Se atusó el pelo.

—No puedo fingir que no ocurrió. —Lo irónico era que Roman se alegraba de haber perdido en el a cara o cruz, de tener que quedarse en Yorkshire Falls, de plantearse el matrimonio. Las circunstancias se habían confabulado para darle una segunda oportunidad con Charlotte, la mujer a la que amaba. La mujer a la que siempre había amado.

—Ese a cara o cruz es el motivo por el que toda mi vida está a punto de cambiar. —Negó con la cabeza. No se había expresado bien. Aquel a cara o cruz le había dado el ímpetu necesario para iniciar una vida nueva. Pero se casaría con Charlotte por amor, no por obligaciones familiares.

—El matrimonio es algo serio, al igual que los hijos. Sé que mamá se muere de ganas de tener nietos, pero debes reconocer que, desde que sale con Eric, se ha calmado un poco.

—Eso es porque él la mantiene demasiado ocupada como para que nos incordie, pero créeme, yo la veo casi todas las mañanas y no ha olvidado que quiere nietos; además, sigue tomando antiácidos. —Aunque en ocasiones a Roman le parecía más activa cuando pensaba que él no la veía, supuso que era posible que fuera fruto de su imaginación—. Así que, si quieres saberlo, nada ha cambiado al respecto. —Sin embargo, lo que Roman sentía respecto a las necesidades de su madre sí había cambiado.

—Insisto en que tendrás que responsabilizarte de la decisión que tomes.

—Chase se calló para sorber el café—. Rick y yo lo comprenderemos si no quieres ser el chivo expiatorio en la cruzada de mamá por tener nietos sólo porque perdiste en él a cara o cruz. Todavía estás a tiempo de echarte atrás.

Las palabras de Chase eran las que el propio Roman se había dicho a sí mismo entonces. Pero las cosas habían cambiado desde que Roman había vuelto, exhausto, de Londres.

Hasta hacía poco no se había molestado en analizar los cómo y los porqués de sus actos durante el tiempo que había pasado en casa. Agotado y desorientado, sabía que la familia tenía una necesidad y que le había llegado el momento de satisfacerla. La presencia de Charlotte en el pueblo había cambiado la situación. Se preguntaba cómo explicarle aquel cambio a Chase, el hermano que más valoraba su soledad y soltería.

Charlotte se dirigió hacia el *Gazette* y vio que la puerta estaba abierta. Llamó con suavidad, pero no respondió nadie. Puesto que el *Gazette* siempre había sido un lugar distendido en el que podía charlar un rato con Lucy, Ty Turner e incluso Chase, dependiendo de su estado de ánimo y del trabajo pendiente, Charlotte decidió entrar. Esperaba ver a Lucy al teléfono en la recepción, pero se sorprendió al observar que la sala estaba vacía.

Consultó la hora y se dio cuenta de que era más temprano de lo que creía. Sin embargo, oyó voces procedentes de la cocina y Charlotte siguió el rastro de aquellos tonos graves. A medida que se acercaba, el aroma a café era más intenso, y el estómago comenzó a rugir para recordarle que todavía no había comido nada.

Oyó una voz masculina que parecía la de Roman y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Siempre sería así?, se preguntó. ¿Puro placer ante la idea de verle? ¿Su voz la seguiría excitando? ¿Sentiría el deseo abrumador de mirar aquellos ojos azules y de que le devolviesen una mirada también cargada de deseo? Si así fuera, esperaba que Roman sintiera lo mismo, porque presentía que aquello iba para largo.

Llegó a la puerta de la cocina. Roman miraba el techo, como si buscara respuestas allí, mientras Chase se bebía el café. Ninguno de los dos se percató de su presencia.

Estaba a punto de carraspear para hablar cuando Chase se le adelantó:

—Insisto en que tendrás que responsabilizarte de la decisión que tomes.
—Chase se calló para sorber el café—. Rick y yo lo comprenderemos si no

quieres ser el chivo expiatorio en la cruzada de mamá por tener nietos sólo porque perdiste en el a cara o cruz. Todavía estás a tiempo de echarte atrás.

Charlotte no terminaba de creerse lo que acababa de oír e interpretar rápidamente. ¿Raina quería nietos y Roman se los había prometido? ¿Era ése el motivo por el que el autoproclamado trotamundos había comenzado a hablar de matrimonio de repente? ¿Amor y matrimonio? Santo cielo.

El estómago se le encogió de dolor, pero se dijo a sí misma que los fisgones nunca oyen bien las cosas. Sólo había oído parte de la conversación. Sin embargo, no presagiaba nada bueno, al menos no para ella.

La buena educación le indicaba que tenía que anunciar su presencia antes de oír algo que en teoría no debía escuchar, aunque eso no significaba que olvidara lo que acababa de oír.

—¿Qué cara o cruz? —preguntó.

El sonido de su voz sobresaltó a los dos hermanos. Ambos se volvieron rápidamente y Roman se estremeció como si Charlotte le hubiera disparado.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Chase con su típica brusquedad y falta de tacto.

—He llamado, pero no ha contestado nadie. La puerta estaba abierta, así que aquí estoy. —Dejó el bolso en la encimera de la cocina y pasó junto a Chase para encararse con Roman—. ¿Qué cara o cruz? —preguntó de nuevo de forma harto significativa, sintiendo que la determinación, el fervor... y el miedo se le agolpaban en la garganta.

—Ha llegado el momento de que me excuse —dijo Chase.

—Cobarde —farfulló Roman.

—Creo que él no tiene nada que ver con esto. —Charlotte creía que el corazón se le saldría del pecho mientras Chase vertía el café en el fregadero y salía de la cocina, dejándola a solas con Roman.

Un hombre cuyos secretos temía escuchar.



Capítulo 11

Roman se acercó a Charlotte, la sujetó por el codo y la condujo hasta una mesita de la cocina del *Gazette*. Fórmica blanca, sillas blancas, mobiliario que Charlotte sabía que en su origen había sido de Raina. Negó con la cabeza ante el extraño modo en que su mente trataba de evitar verdades dolorosas.

—Siéntate —le dijo Roman.

—Presiento que me lo tomaré mejor de pie.

—Y yo preferiría saber que no te será tan fácil darte la vuelta y marcharte. Venga, siéntate.

Charlotte cruzó los brazos y se sentó en la silla. No tenía ganas de jugar ni de andarse con rodeos.

—Por favor, dime que no me pediste que me casara contigo porque tu madre quiere nietos.

Roman la miró de hito en hito con sus fríos ojos azules.

—No te lo pedí por ese motivo.

A Charlotte el corazón le latía a un ritmo desbocado.

—Entonces ¿a qué trato llegaste con tus hermanos?

—Venga ya, ¿no te dije anoche lo muy ridículos que pueden llegar a ser los hermanos? —Le cogió la mano—. Da igual lo que pasara entre nosotros tres.

Roman acababa de confirmarle sus dudas sobre cuán serias serían las revelaciones.

—No da igual, o no evitarías contármelo. —Le bastó observar su expresión seria para darse cuenta de que tenía razón.

—Volví a casa porque mamá fue hospitalizada por los dolores en el pecho, ¿lo recuerdas?

Charlotte asintió.

—Nos contó que los médicos le habían dicho que evitara forzar el corazón. Y tenía un deseo que sabíamos que deberíamos materializar.

Charlotte tragó saliva.

—Un nieto.

—Exacto. Pero puesto que ninguno de nosotros tenía una relación seria con una mujer...

—Ni pensaba casarse jamás —añadió Charlotte.

Roman le dedicó una sonrisa pícaro.

—Puesto que ninguno estaba en situación de que eso ocurriera, tuvimos que decidir quién daría el paso.

—Así que echasteis una moneda a cara o cruz para ver quién le daría un nieto a Raina, y te tocó. —Sintió que la bilis le subía a la garganta.

—Sé que suena terrible...

—Ni te imaginas cómo suena —repuso Charlotte con amargura—. ¿Qué sucedió después? ¿Me arrojé en tus brazos y me convertí en la afortunada candidata?

—Si haces memoria, recordarás que me aparté. Me esforcé por mantenerme alejado porque eras la única mujer a la que no podía hacerle algo así. —Se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—¿Qué es lo que no podías hacerme?

—Empeorará para luego mejorar —le advirtió Roman.

—Lo dudo.

—Dije que nunca te mentiría y no empezaré ahora, pero tendrás que oír toda la verdad antes de juzgarme. —Bajó la mirada y siguió hablando sin mirarla—. Creía que encontraría a una mujer que quisiera hijos. Me casaría, la dejaría embarazada y luego me iría al extranjero de nuevo. Supuse que podía cumplir con mis obligaciones económicas y venir a casa cada vez que me fuera posible, pero que mi vida no cambiaría demasiado.

—Como mi padre. —Roman Chandler se parecía más a Russell de lo que Charlotte se había imaginado. Sintió repugnancia, pero antes de que pudiera recobrar el aliento, Roman continuó.

—Sí, y precisamente por eso te descarté de inmediato, por muy intensa que fuera la atracción. No podía hacerte algo así. Incluso entonces te quería demasiado como para causarte dolor. Pero creía que, con cualquier otra mujer, si dejábamos las cosas bien claras, nadie saldría mal parado.

—Cualquier otra mujer —repitió Charlotte a duras penas—. Como si tal cosa. De decir que me quieres pasas a aceptar la idea de acostarte con otra mujer. Como si nada. —Contuvo las lágrimas.

—No. —Roman le apretó la mano con fuerza—. No. Cuando volví a casa estaba hecho un lío. Hasta ahora no había pensado en todo esto. Estaba desorientado, preocupado por mi madre, y en un sola noche acepté cambiar de

vida. No pensaba con claridad, lo único que sabía era que no quería hacerte daño. Así que me alejé.

—Qué noble.

Roman se mantuvo en silencio. Sólo el ruidoso tictac del reloj de pared rompía el silencio, pero Charlotte no pensaba ponérselo fácil.

Roman se aclaró la garganta.

—Pero me costaba mantenerme alejado de ti. Cada vez que nos acercábamos, la situación se desbocaba. No sólo a nivel sexual, sino también emocional. Aquí. —Se señaló el pecho—. Y supe que nunca podría estar con otra mujer. —Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Charlotte—. Nunca más.

—No. —Charlotte negó con la cabeza; era tal el dolor que sentía en la garganta y el pecho que le costaba hablar—. No trates de decir las cosas correctas para intentar arreglar lo que no tiene arreglo. No lo tiene. Entonces me elegiste —dijo retomando el hilo de la conversación para impedir que las emociones pudieran más que ella— porque la atracción era intensa. ¿Qué fue del cariño del que hablabas?

—Se convirtió en amor.

Se le formó un nudo en la garganta. Pero aunque quería creerle, también se enfrentaba a la verdad.

—Las palabras perfectas para convencerme de que me case contigo y le dé a tu madre el nieto que quiere.

—Palabras que nunca le había dicho a nadie. Palabras que no diría si no las sintiera. —Y las sentía, pero Roman sabía que Charlotte no le creería. Lo había escuchado; sin embargo, sus conclusiones no se basaban en sus emociones, sino en hechos innegables.

Qué irónico, pensó Roman. Los hechos dictaban su vida de periodista. Ahora quería que Charlotte descartara esos hechos y basase su futura felicidad en algo intangible. Quería que creyera en él, en su palabra, aunque los hechos apuntaran en dirección contraria.

Charlotte apartó la mano y sostuvo la cabeza entre sus manos. Roman esperó y le dio tiempo para que pensara y recobrarla la compostura. Cuando alzó la mirada, a Roman no le gustó su expresión fría y tensa.

—Dime una cosa: ¿pensabas dejarme en Yorkshire Falls mientras retomabas tu querido trabajo?

Roman negó con la cabeza.

—No sé qué planeé, salvo que quería a toda costa que funcionase. El

Washington Post me ha ofrecido un trabajo que me obligaría a quedarme en Washington. Pensaba que podría probarlo..., que podríamos probarlo —dijo, inspirado por aquella idea repentina—. Juntos podríamos llegar a un acuerdo laboral llevadero. —El corazón le palpitó al darse cuenta de lo mucho que lo deseaba.

El cambio de vida ya no le asustaba, ahora temía perder a Charlotte para siempre. La idea le produjo un sudor frío.

Los ojos verdes y tristes de Charlotte se encontraron con los suyos.

—Un acuerdo laboral llevadero —repitió—. ¿En nombre del amor o en nombre del a cara o cruz perdido?

Roman entrecerró los ojos, dolido a pesar de todo.

—No tendrías ni que preguntarlo.

—Bueno, perdóname, pero te lo pregunto. —Se reclinó y cruzó las manos en el regazo.

Roman se inclinó hacia adelante y percibió la fragancia de Charlotte. Estaba enfadado con ella por no confiar en él, aunque no había hecho nada para ganarse su confianza. También estaba furioso consigo mismo e increíblemente excitado.

—Sólo lo diré una vez. —Ya lo había pensado bien mientras hablaba con Chase—. El a cara o cruz me condujo hasta ti. Fue el catalizador de todo lo que ha ocurrido desde entonces. Pero el único motivo por el que estoy aquí contigo ahora es el amor.

Charlotte parpadeó. Una lágrima solitaria se le deslizó por la mejilla. Llevado por un impulso, Roman la atrapó con la yema del dedo y saboreó el agua salada. Había saboreado su dolor. Ahora quería que desapareciese. Charlotte se estaba ablandando. Roman lo notaba y contuvo el aliento mientras esperaba que ella hablara.

—¿Cómo lo sabré? —preguntó Charlotte pillándole desprevenido—. ¿Cómo sabré que estás conmigo porque así lo quieres y no porque les prometiste a tus hermanos que serías el que le daría un nieto a tu madre? —Negó con la cabeza—. Todo el pueblo sabe que la lealtad es el pilar de la familia Chandler. Chase es el ejemplo perfecto, y tú sigues sus pasos.

—Me enorgullezco de mi hermano mayor. No creo que sea un error seguir sus pasos, sobre todo si me llevan en la dirección correcta. —No tenía nada más que añadir, ya le había asegurado que sólo lo diría una vez. Nada de lo que dijera la haría cambiar de idea a no ser que quisiera creerle.

—Arriésgate, Charlotte. Arriésgate conmigo. —Le tendió la mano. Su

futuro se extendía ante él... ¿estaría lleno o tan vacío como la palma de su mano en aquel momento?

Se le encogió el estómago de miedo al ver que Charlotte apretaba los puños. Ni siquiera se había acercado un poco.

—No..., no puedo. Quieres que confíe en ti cuando sé de sobra que los Chandler sois solteros empedernidos. Ninguno de vosotros quiere comprometerse. Tuvisteis que jugaroslo a cara o cruz para decidir quién renunciaría a su vida por el bien de la familia. —Se levantó—. Ni siquiera puedo decir que yo sea tu premio, sino un castigo que conlleva perder todo lo que apreciabas.

Charlotte había erigido muros que Roman no creía posible poder franquear. Al menos no de momento. Se puso de pie y le tomó la mano por última vez.

—No soy tu padre.

—Para mí no hay tanta diferencia.

Y ése era el problema, pensó Roman. Charlotte era incapaz de ver más allá de los problemas de su familia. Resultaba obvio que tenía miedo, miedo a repetir la vida de su madre. Condenados Annie y Russell, pero no podía echarles toda la culpa. Charlotte era una mujer adulta, capaz de ver la verdad y tomar sus propias decisiones.

Se moría de ganas de abrazarla, pero dudaba que fuera conveniente.

—Nunca he creído que fueras cobarde.

Charlotte entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Tú también me has decepcionado. —Giró sobre los talones, salió corriendo de la cocina y lo dejó solo.

—Maldita sea. —Roman se dirigió a la habitación contigua y le propinó una patada al primer cubo de la basura que vio. El cubo de metal rebotó estrepitosamente en el suelo y chocó contra la pared con un ruido sordo.

—Supongo que las cosas no han ido bien. —Chase se topó con Roman al pie de la escalera que conducía a la oficina de la planta de arriba.

—Eso es un eufemismo —gruñó—. No tendrían que haber salido así.

Chase cerró la puerta.

—Así no nos molestarán los rezagados. A ver, ¿quién ha dicho que la vida sería fácil? Has tenido suerte durante una temporada, pero se ha acabado la buena vida, hermanito. Esta vez tendrás que trabajártelo. —Se volvió y se apoyó en el marco de la puerta—. Si eso es lo que quieres.

Roman tenía ganas de largarse de aquel pueblo y alejarse del dolor y las

contrariedades. Del corazón debilitado de su madre y del corazón roto de Charlotte. Por desgracia, no tenía adónde huir. Las emociones que había removido le perseguirían fuera a donde fuese. Ese viaje de vuelta le había enseñado que Yorkshire Falls no era un lugar cualquiera, sino su hogar, con todo el equipaje que ello conllevaba. El equipaje del que había estado huyendo toda la vida.

—Tienes toda la razón, eso es lo que quiero. La quiero a ella. —Sin embargo, tras pasarse años evitando las cargas y las responsabilidades, ahora que estaba preparado para soportar los altibajos de una relación seria, la mujer a la que deseaba no quería saber nada de él.

—Entonces ¿qué piensas hacer al respecto?

Roman no tenía ni idea.

—Tengo que ir a ver lo de Washington —le dijo a Chase en el preciso instante en que Rick hacía acto de presencia, con las llaves en la mano.

—¿Qué pasa en Washington? —preguntó Rick.

—Roman está planteándose aceptar un trabajo de oficina. —El tono de Chase destilaba sorpresa y se pellizcó el puente de la nariz mientras asimilaba esa información.

—No te emociones —farfulló Roman—. Me han ofrecido un cargo de redactor jefe en el *Post*.

—¿Te marchas del pueblo? —Rick hundió las manos en los bolsillos frontales.

—Qué más da. Nadie le echará de menos —dijo Chase sonriendo, y le dio una palmadita a Roman en la espalda.

—Cállate, Joder.

Rick se rió.

—¿Problemas con Charlotte? Entonces supongo que nadie podría confirmar cuál era tu paradero anoche, ¿no?

A Roman la cabeza comenzó a palparle.

—No me lo digas.

Su hermano asintió.

—Sexto robo de bragas. Así que tendré que preguntártelo de nuevo: ¿dónde estabas anoche?

Chase y Rick soltaron una carcajada. Les gustaba reírse a costa de Roman. Él no respondió, sabía que no era necesario. Pero a pesar de las risas, aquello era serio. Al igual que él, a ninguno de sus hermanos les hacía gracia que todavía hubiera una oleada de delitos sin resolver en Yorkshire Falls.

Charlotte salió corriendo del *Gazette*, aflojó el paso al quedarse sin aliento y se encaminó lentamente al pueblo. Le dolía el estómago y se alegró de ver una camioneta avanzando por la carretera.

Charlotte hizo autostop por primera vez en su vida. Fred Aames, el único fontanero del pueblo, se ofreció a llevarla hasta la tienda. Estaba a mitad de camino y bien lejos de Roman cuando se percató de que no había puesto el anuncio en el periódico. Tendría que llamar a Chase más tarde. De ninguna de las maneras volvería a ver a los hermanos Chandler, con su infecto a cara o cruz. Se preguntó si se estarían riendo de ello y luego negó con la cabeza.

Roman no se reiría. Se había quedado sin candidata y tendría que comenzar de cero. Encontrar a otra mujer a la que tirarse y dejar en el pueblo, embarazada.

El estómago se le revolvió y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no pedirle a Fred que parase la camioneta para vomitar en el rododendro de alguien.

—¿Te has enterado? —le preguntó Fred. Antes de que pudiera responder, Fred prosiguió, ya que seguramente estaba acostumbrado a hablar desde debajo de los armarios mientras arreglaba las tuberías, ajeno al mundo exterior—. Le han robado las bragas a Marge Sinclair.

Otra vez no. Comenzó a masajearse las sienes.

—¿Marge? Yo misma se las llevé ayer.

Fred se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que se dice. Visto y no visto. —Soltó una carcajada, interrumpida por un bache en la carretera que hizo saltar a Charlotte en el asiento y que se golpeará el hombro contra la puerta—. Pero no me creo los comentarios de Whitehall sobre Roman Chandler.

Al oír el nombre de Roman, a Charlotte se le hizo un nudo en el estómago. La vida provinciana, pensó. Le encantaba, pero a veces significaba que no podía evadirse por mucho que lo deseara.

—No, yo tampoco creo que Roman Chandler robe las bragas —repuso Charlotte.

—Las robaría si se tratase de una broma, pero no lo haría tal como cuentan los periódicos.

—Humm. —A lo mejor, si no respondía de inmediato, Fred se daría cuenta y cambiaría de tema.

—Tiene demasiada personalidad.

—Tiene mucha personalidad, seguro —farfulló. Prefería no hablar de la personalidad de Roman en aquellos momentos o le contaría todo a Fred y el pueblo se llenaría de chismorreos. No era lo que quería, y sabía que Roman tampoco.

—Salió en mi defensa en el instituto. Nunca lo olvidaré, ni dejaré que nadie en el pueblo lo olvide. Puedes apostar lo que sea a que le diré a todo el mundo que Roman Chandler no es un ladrón. —Pisó el freno de la camioneta delante de la tienda de Charlotte.

Charlotte cogió su bolso. ¿Quién estaría robando las bragas? Enumeró mentalmente a las víctimas. Whitehall, Sinclair..., todas mayores de cincuenta; se preguntó si Rick o algún otro agente de la policía de Yorkshire Falls habría llegado a la misma conclusión, y si serviría de algo. «Qué extraño», pensó Charlotte, por no decir algo peor.

—¿Has dicho algo? —le preguntó Fred.

—He dicho que me pregunto si te has dado cuenta de que me has salvado la vida. Gracias por traerme hasta aquí.

—El gusto es mío. —Se inclinó y colocó la mano sobre el respaldo del asiento de Charlotte—. Aunque podrías devolverme el favor.

—¿Cómo? —preguntó Charlotte con cautela.

—Poniendo a Marianne entre las primeras en tu lista de bragas pendientes. —Se sonrojó—. Al menos a tiempo para nuestra noche de bodas.

Charlotte sonrió y asintió.

—Creo que lo podré solucionar. —Charlotte salió de la furgoneta antes de echarse a reír y avergonzar más aún a Fred—. Gracias de nuevo, Fred.

—De nada. Y cuando las cuentas entren en la tienda hablando de los robos, recuérdales que Roman Chandler no roba nada.

«Salvo mi corazón», pensó Charlotte con tristeza.

Fred se alejó en la camioneta y la dejó en la acera. Primero observó la tienda y luego la ventana de la planta de arriba que daba a su apartamento. En aquel instante, no le apetecía ir a ninguno de esos dos sitios. Puesto que Roman había pasado la noche allí, su pequeño apartamento ya no era un refugio seguro en el que evadirse. La oficina olía peor que mal y, en la tienda, la presencia locuaz de Beth haría que Charlotte revelara secretos dolorosos en un santiamén. La casa de su madre quedaba descartada porque Russell estaba allí.

Se sentía como una expatriada sin ningún lugar donde refugiarse... hasta

que recordó un sitio donde podría acurrucarse y estar tranquila. Pasó por la tienda para decirle a Beth que se tomaría el día libre, luego por Norman's para comprar un sándwich y un refresco, antes de subir a su apartamento, cambiarse de ropa y escabullirse hacia la escalera de incendios con terraza con su querido libro en la mano: *Escapadas con glamur*.

Algunas personas buscaban solaz en la comida, Charlotte lo buscaba en los libros. En uno en concreto. La brisa agitó las páginas y Charlotte pasó a la que contemplaba más a menudo, la del famoso cartel de HOLLYWOOD. Se apoyó en la pared, con las piernas estiradas frente a ella y el libro descansando en las rodillas. Suspiró y resiguió las letras que se sabía de memoria, luego apoyó el mentón en las manos y observó las páginas de papel satinado.

Resultaba irónico que el libro que más la calmaba representara también su mayor dolor. Charlotte sabía por qué. *Escapadas con glamur* la transportaba a una época más sencilla, una en la que todavía creía en el príncipe azul y en los finales felices. Un tiempo en que pensaba que su padre volvería a casa y se llevaría a Charlotte y a su madre a Los Ángeles y así le devolvería la seguridad que había perdido, pero nunca lo hizo.

Aunque el libro la desequilibrara, también la tranquilizaba, del mismo modo que las creencias inocentes de la infancia. Charlotte no quería profundizar más. La vida ya era bastante complicada. Y el a cara o cruz de los hermanos Chandler la había trastornado más de lo que jamás hubiera imaginado.

A Charlotte no le gustaba autocompadecerse ni tampoco creía que hubiera hecho nada para merecer ese vuelco del destino. Pero teniendo en cuenta las circunstancias, no estaba sorprendida. Los psiquiatras se lo pasaban en grande con la idea de que las chicas se enamoraban de hombres que les recordaban a sus padres. Aseveración a la que ella se había opuesto con vehemencia en el pasado, pero de la cual ahora era una prueba viviente.

Los hermanos Chandler eran muchas cosas: solteros empedernidos, hijos devotos y hombres leales. Sabía que Roman nunca se había propuesto hacerle daño. Creía que la había descartado de la lista de posibles candidatas por su pasado familiar. Pero desde luego, ella le había facilitado las cosas arrojándose en sus brazos.

Tras acabar con sus hermanos, Roman se encerró en el despacho de Chase y se dedicó a lo que mejor se le daba: escribir. Desconectó por completo de todo y de todos y se pasó el resto de la mañana y buena parte de la tarde redactando un artículo sobre la vida provinciana. Los artículos realistas no eran lo suyo, pero en esta ocasión las palabras le salieron del alma.

Grandes ciudades, grandes historias. Grandes continentes, historias incluso de mayor interés humano. Pero Roman se percató de que lo que había en el fondo de todos esos artículos de gran envergadura era la esencia de las personas, sus vínculos, su comunidad, su tierra. Como los habitantes de Yorkshire Falls.

Cuando redactaba una noticia —ya fuera enfatizando las desigualdades de la pobreza o la hambruna, la verdad descarnada sobre la limpieza étnica en otros países o la necesidad de leyes de urbanismo nuevas que permitiesen que alguien con artritis degenerativa pudiese pasear a su mascota sin dolor—, las historias se centraban en las personas, lo que necesitaban y lo que hacían para sobrevivir.

Como periodista y como hombre, la visión objetiva le había sido más fácil, por lo que había elegido abordar el mundo exterior mientras bloqueaba sus emociones para con los demás. Porque los demás representaban su mayor miedo: dolor, rechazo y pérdida. Era lo que le había sucedido a su madre.

Era lo que estaba experimentando ahora por lo que le había hecho a Charlotte. Esa historia era una catarsis. Nunca la vendería, pero siempre constituiría una prueba de lo que su madre le había dicho: si no has amado, no has vivido. A pesar de todos sus viajes y experiencia, Roman se dio cuenta de que no había vivido de verdad. Y bien, ¿cómo convencería a Charlotte?

Tras pasar por la tienda, fue al establecimiento de Norman, quien le dijo que le había vendido un sándwich antes de irse a casa. El instinto le dijo que debía buscarla en su apartamento.

Ese mismo instinto había insistido en que si Charlotte se enteraba de lo del a cara o cruz estaría bien jodido, y había acertado. Y ahora que le decía que ella nunca saldría de su vida, sabía que eso también era cierto. Dobló la esquina que conducía a la parte posterior del apartamento.

El sol se estaba poniendo. Le daba igual que alguien le viera acechándola. Quería asegurarse de que estaba bien, aunque sabía que era un poco precipitado intentar hacerla entrar en razón.

Permaneció bajo la sombra de los árboles y la observó sentada en la

escalera de incendios. Sola por voluntad propia, sin responder al teléfono ni al timbre. Roman negó con la cabeza, odiándose por haberle hecho daño. Varios mechones de pelo rebeldes se habían escapado de su cola de caballo y se agitaban junto a su rostro pálido. Tocaba las páginas del libro con reverencia. Roman supuso que se trataba de alguno de sus dichosos libros de viajes. Era una soñadora y anhelaba cosas que creía que no estaban a su alcance. Viajar. Emocionarse. Su padre. Roman. Había tenido el valor de abrir un negocio cosmopolita en un pueblecito de mala muerte al norte del estado, pero no se atrevía a arriesgarse con la vida, con él.

«¿Y si la realidad me decepciona?», le había preguntado cuando él le había cuestionado sus libros, sus sueños. No le había contestado entonces porque estaba convencido de que haría realidad sus fantasías. Pero una escapada de fin de semana distaba mucho de cumplir el sueño de toda una vida. Roman estaba seguro de que podía materializar ambos.

Ahora mismo le apetecía darse de cabezadas por ser tan arrogante, tan seguro de sí mismo, cuando los sentimientos de Charlotte estaban en juego. Gracias a su padre, Charlotte esperaba que la vida la defraudara. En lugar de demostrarle que se equivocaba, Roman había confirmado todas las expectativas negativas que ella tenía de los hombres.

Farfulló un improperio. Le echó una última mirada y luego se marchó a casa.

Raina recogió el bolso y esperó mientras la doctora Leslie Gaines realizaba anotaciones. Puesto que salía con Eric, Raina había decidido que la doctora Gaines sería su médica principal. Tenía dos motivos para ello. No quería que Eric se viese en la desagradable situación de tener que mentir a sus hijos, y quería que su relación tuviese cierto misterio. Aunque pareciera una tontería. Si Eric la auscultaba y la observaba como a una paciente, ¿cómo podría mirarla como un hombre miraría a una mujer?

—El electrocardiograma es bueno, no hay cambios. —La doctora Gaines cerró la carpeta de papel manila—. Está sana, Raina. Siga haciendo ejercicio y ojo con los alimentos grasos.

—Sí, doctora. —Raina sabía que decirlo era muy fácil, pero no así seguir con la farsa de la enfermedad con sus hijos.

Aunque el pequeño «fraude», que era como había empezado a llamarlo,

todavía le producía punzadas de culpabilidad, creía en su causa. Quería que sus hijos sentaran la cabeza y fueran felices formando una familia.

La doctora Gaines sonrió.

—Ojalá todos mis pacientes cooperaran tanto.

Raina asintió.

—Gracias por todo. —Se marchó de la consulta sin ir a ver a Eric. Prefería guardarse ese placer para más tarde, cuando el tema de su «enfermedad» no fuera objeto de discusiones.

Puesto que Roman se pasaba el día en el periódico con Chase y Rick estaba de servicio, Raina se dirigió directamente a casa y se puso el chándal para correr un poco en la cinta rodante. Sólo un jovencito de veinte años o Superman podría seguir esa rutina sin que le descubrieran. Mientras comenzaba a caminar con brío, miró por la ventana del sótano hacia el camino de entrada de la casa por si acaso sus hijos volvían temprano. Si así fuera, se tumbaría en el sofá de inmediato.

Al cabo de veinte minutos, dejó la cinta rodante y se dio una ducha rápida, aliviada porque no la hubieran descubierto. Para cuando hubo acabado y comido algo, estaba preparada para abordar su principal preocupación.

La vida amorosa de Roman.

El camino del amor había tomado un desvío peligroso por culpa del carácter avinagrado de Roman y su repentina negativa a hablar sobre Charlotte. Roman había dicho que él se ocuparía de sus propios problemas. Pero Raina le había cambiado los pañales, le había secado lágrimas que lo habían avergonzado y conocía todas sus expresiones. Por mucho que Roman tratase de ocultar sus sentimientos, Raina los percibía igualmente. Y su pequeñín estaba dolido.

El problema con Charlotte, o lo que fuera, sólo sería un bache en el camino. Al fin y al cabo, todas las parejas tenían altibajos. De momento había ayudado bastante a su hijo pequeño; su «enfermedad» lo había traído a casa y lo había retenido en Yorkshire Falls, donde se había puesto más que al día con su primer amor. Un empujoncito y volverían a estar juntos.

Confiado en que nadie se hubiera dado cuenta de que ya había ido dos veces al pueblo e informara de ello a los chicos, Raina entró en la tienda de Charlotte esa misma tarde. Gracias a Dios, parecía estar vacía.

—¿Hola?

—Voy en seguida —dijo la voz cantarina de Charlotte desde atrás.

—Tranquila. —Raina se acercó a la sección de lencería y acarició un

bonito camisón de Natori de seda natural y una bata a juego.

—Te quedaría bien —le dijo Charlotte—. El marfil claro te resaltaría el verde de los ojos.

Raina se volvió y vio a la belleza de pelo negro azabache, quien, al igual que su hijo, estaba dolida en las profundidades del alma.

—No estoy segura de que algo tan blanco me quede bien.

Charlotte sonrió.

—Es claro, pero no blanco. Es una especie de color antiguo. Darse un capricho no tiene nada de malo. El tono no tiene ninguna importancia. Es una idea pasada de moda, te lo aseguro. —Cruzó los brazos—. Veo que te gusta mucho. Sigues toqueteando el encaje.

—Me has pillado con las manos en la masa —rió Raina—. Vale, envuélvemelo. —Se preguntó si se quedaría en el cajón o si...

—Me alegro de que te sientas bien y salgas a pasear.

Charlotte interrumpió los pensamientos de Raina justo a tiempo. Raina temía pensar en cosas tan íntimas. Hacía mucho que nadie la veía así.

—Se supone que debo descansar, pero necesitaba venir aquí. —Por motivos que aún no había revelado—. Además, ¿no es cierto que ir de compras combate el estrés?

—Si tú lo dices —se rió Charlotte. Se dirigió hacia el perchero y buscó entre las prendas de seda largas la talla de Raina. Recordaba la de todas las cuentas sin tener que preguntar de nuevo, algo que impresionó a Raina. Cualquiera que entraba allí recibía un trato especial de Charlotte o de Beth, y se marchaba con la impresión de ser la cuenta más importante del establecimiento. El negocio prosperaba y Charlotte había alcanzado el éxito profesional.

Pero también se merecía el éxito privado. Raina no soportaba que dos personas tan enamoradas se separaran. Mientras Charlotte descolgaba la percha y se dirigía a la caja, Raina todavía no había decidido cómo ni si plantearía el tema.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —le preguntó Charlotte con una sonrisa forzada.

¡Vaya oportunidad! Raina negó con la cabeza. Sin duda, eso indicaba que hacer preguntas a Charlotte no tenía nada de malo. Roman no se lo reprocharía, no cuando Charlotte estuviera felizmente a su lado. Raina se inclinó hacia el mostrador.

—Podrías explicarme por qué pareces tan infeliz.

—No sé a qué te refieres. —Charlotte comenzó a toquetear la lencería de inmediato, arrancó parte de la etiqueta del precio y envolvió la lujosa prenda con papel de seda de color rosa claro.

Raina le colocó una mano tranquilizadora sobre la suya.

—Creo que sí que lo sabes. Roman se siente tan desdichado como tú.

—No es posible. —Charlotte comenzó a calcular el total—. Ciento quince dólares y noventa y tres céntimos.

Raina sacó la tarjeta de crédito del bolso y la colocó en el mostrador.

—Te aseguro que así es. Conozco a mi hijo. Está sufriendo.

Charlotte pasó la tarjeta por la ranura e inició el proceso de cobro.

—No creo que puedas hacer nada por ayudarnos. Deberías olvidarlo.

Raina tragó saliva. El tono de Charlotte le advertía que lo dejara estar, pero le era imposible.

—No puedo.

Por primera vez desde que Raina había sacado el tema, Charlotte la miró.

—¿Porque te sientes responsable? —le preguntó sin malicia, pero con certeza.

Aunque no se sintiera responsable, a Raina el corazón comenzó a palpitarle por la desazón y la ansiedad.

—¿Por qué iba a sentirme responsable? —le preguntó con cautela.

—Entonces no lo sabes, ¿no? —Charlotte negó con la cabeza, abandonó la actitud rígida y fue al encuentro de Raina—. Ven, siéntate.

Raina siguió a Charlotte hasta la oficina preguntándose cómo era posible que la conversación versara sobre ella y no sobre la relación entre Roman y Charlotte.

—Cuando enfermaste, tus hijos se preocuparon.

Raina bajó la vista, incapaz de aguantar la mirada sincera y preocupada de Charlotte, ya que el sentimiento de culpabilidad reaparecía de nuevo.

—Y decidieron cumplir tu mayor deseo.

—¿Que es... ? —preguntó Raina sin saber muy bien a qué se refería Charlotte.

—Los nietos, por supuesto.

—¡Oh! —Raina exhaló un suspiro de alivio al oír la equivocada idea de Charlotte. Agitó una mano en el aire—. Mis chicos jamás querrían darme nietos, por mucho que yo los deseara.

—Tienes razón. No querían, pero sentían que tenían que hacerlo. —

Charlotte alzó la vista y sus miradas se encontraron—. Lanzaron una moneda al aire. El perdedor apoquinaría; se casaría y tendría hijos. Roman perdió. — Se encogió de hombros, pero el dolor, suspendido entre ellas, se palpaba en el aire—. Yo era la candidata más a mano.

Raina se sintió indignada y el corazón se le retorció de dolor y algo peor que la culpabilidad. Había presionado a sus hijos para que se casaran, pero no había querido que nadie saliese malparado por ello.

—Charlotte, no creerás que Roman te eligió porque perdió en el a cara o cruz. Al fin y al cabo, los dos manteníais una relación.

Charlotte apartó la mirada.

—Roman reconoció haber perdido en el a cara o cruz. El resto salta a la vista.

—Pero ¿no te eligió porque fueras la candidata más a mano! —Raina se centró primero en el dolor de Charlotte. Ya se ocuparía después del a cara o cruz y de su propio papel. Oh, sí, ya se ocuparía de sus chicos.

Se había hecho la ilusión de que John y ella habían dado ejemplo de una familia feliz y de un buen matrimonio. Era obvio que no había sido así, pero ¿qué demonios había ocurrido para convencer a los chicos de lo contrario? Ciertamente, Rick había sufrido aquel doloroso fracaso causado por su bienintencionado deseo de ayudar, pero la mujer adecuada derribaría las murallas que Rick había erigido desde entonces. Y Roman... Raina recordaba que le había dicho que creía que ella, su madre, había perdido la esperanza en la vida. ¿Había bastado eso para alejarlo para siempre del matrimonio?

—No sé por qué Roman me eligió. —La voz le temblaba, síntoma de duda. A Raina le pareció un buen presagio.

—Creo que sabes más de lo que admites. —Raina se inclinó hacia adelante y le apretó la mano—. Sé que seguramente soy la última persona a la que harías caso, pero déjame decirte una cosa.

Charlotte inclinó la cabeza.

—No te culpo, Raina.

Tal vez debiera. Quizá entonces ella y Roman no serían desdichados.

—Si has encontrado al amor de tu vida, no dejes que nada se interponga. Un día, apenas veinticuatro horas, podría ser un día perdido en una vida demasiado corta.

A Raina le pareció que Charlotte emitía un sonido ahogado, por lo que se levantó rápidamente; no quería seguir inmiscuyéndose. Además, necesitaba estar a solas para lidiar consigo misma y decidir qué haría con el dolor y los

estragos que había causado involuntariamente.

—Cuídate. —Raina dejó a Charlotte sentada, en silencio, y salió de la tienda. Aunque hacía sol, sentía de todo menos calor y alegría. Estaba confundida y no sabía cómo arreglar la situación.

Teniendo en cuenta lo desastroso que había sido su plan hasta el momento, lo más acertado sería que no interfiriese más en la vida de los demás y se ocupase de sus asuntos. Eric había tenido razón desde el principio, pero no le gustaría saber que Raina había llegado a esa conclusión a costa de los demás.

De todos modos, aunque le gustaría apartarse y no seguir interviniendo, sus hijos y ella tenían que hablar de muchos asuntos serios. Suspiró. Lo que sería de Roman y Charlotte después de eso era pura conjetura.

Roman martilleaba clavos en la estantería del garaje. Si pensaba quedarse, más le valía hacer algo útil. Por lo general, Chase y Rick se ocupaban del mantenimiento de la casa, pero a Roman le gustaba colaborar cuando estaba allí. Y en esos precisos momentos, dar martillazos era un método excelente para liberar la frustración.

Charlotte no había llamado. No le había devuelto las llamadas, para ser exactos. No estaba seguro de que la diferencia importase.

Alzó el martillo y apuntó en el preciso instante en que oyó la voz mandona de su madre.

—Ven aquí, Roman.

El martillo le golpeó de lleno en los dedos.

—Joder.

Salió del garaje de forma impetuosa al tiempo que sacudía la mano para aliviar el dolor punzante. Encontró a su madre en el camino de entrada, paseando arriba y abajo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—De todo. Y, aunque me culpo de ello, necesito respuestas.

Roman se secó el sudor de la frente con el brazo.

—No sé de qué demonios estás hablando, pero pareces preocupada y no es bueno para el corazón.

—Olvídate de mi corazón. Me preocupa el tuyo. ¿Cara o cruz? ¿El perdedor se casa y tiene hijos? ¿En qué nos equivocamos tu padre y yo para

que odiéis así el matrimonio? —Los ojos color verde se le llenaron de lágrimas.

—Maldita sea, mamá, no llores. —Le afectaba mucho que ella llorase. Siempre había sido así, y pensó que eso respondía en parte a su pregunta—. ¿Quién te lo ha contado? —La rodeó con el brazo y la condujo hasta las sillas del patio trasero.

Raina entrecerró los ojos.

—Eso no importa. Respóndeme.

—No quiero que acabes en el hospital. Eso sí que importa.

—No ocurrirá. Venga, habla.

Roman dejó escapar un gemido, pero se percató de que se la veía más fuerte que nunca.

—El a cara o cruz, Roman. Estoy esperando —insistió Raina al ver que él no respondía. Dio un golpecito en el suelo con el pie.

Roman se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? Parecía la mejor solución en ese momento.

—Idiotas, he criado a unos idiotas. —Puso los ojos en blanco—. Olvídalo. He criado a hombres normales.

Tenía razón. Era un hombre normal y corriente y, como miembro orgulloso y con credenciales de la especie, no se sentía cómodo hablando de sus sentimientos o emociones. Pero le debía una explicación a la mujer que lo había criado lo mejor posible. Intuía que debería hacer otro tanto con Charlotte... si quería una segunda oportunidad. Y lo hizo.

—El otro día empezamos a hablar de esto. —Roman se inclinó hacia adelante en la silla—. Tenía once años cuando papá murió. Al ver que estabas sufriendo tanto, bueno, en este viaje de vuelta me he dado cuenta de que quería apartarme de lo que me importaba. Ser periodista, por la naturaleza del trabajo, me permite desapegarme. Pero no podía desapegarme en casa, ni contigo ni con Charlotte.

Raina dejó escapar un largo suspiro cargado de ira, miedo y frustración.

—Lo siento. Por todo.

—No puedes responsabilizarte del destino o de la reacción de alguien ante sí mismo.

Sus miradas se encontraron.

—No lo entiendes.

—Sí lo entiendo. Y te agradezco que te preocupes, pero no te esfuerces demasiado. —Se levantó—. Si lo haces, informaré de inmediato al médico. —

Eric o su socia le echarían una buena reprimenda a su madre si jugaba con su salud.

Roman entrecerró los ojos y observó detenidamente a Raina. Unas sombras oscuras rodeaban sus ojos y apenas se había maquillado. Estaba prestando menos atención a su apariencia. ¿Tal vez se cansaba con mayor facilidad?, se preguntó. El que se preocupara por él y Charlotte no ayudaba en nada, por lo que trató de tranquilizarla.

—Has hecho tu trabajo a la perfección. Chase, Rick y yo sabemos ocuparnos de nosotros mismos. Te lo prometo. —La besó en la mejilla.

Raina se levantó y lo acompañó de vuelta al garaje.

—Te quiero, hijo.

—Yo también, mamá. Tienes un gran corazón y...

—Roman, hablando de mi corazón...

El negó con la cabeza.

—No hables más —le dijo en un tono serio—. Quiero que descanses arriba. Baja las persianas y echa una cabezada. Pon la tele. Haz cualquier cosa menos usar los pies y pensar demasiado en tus hijos.

—¿Son imaginaciones mías o has zanjado a toda prisa la conversación sobre el estúpido a cara o cruz?

Roman se rió.

—Jamás podré meterte un gol, pero no, no trato de distraerte, sólo quiero que no te estreses. Ya he respondido a la pregunta de por qué participé en el a cara o cruz. Ahora te contaré otra verdad que te ayudará a dormir bien. Me alegro de ello. El matrimonio ya no me parece un castigo. Desde luego, no si me caso con la mujer adecuada. —Una mujer que no quería saber nada de él, pero Roman había decidido que había llegado el momento de forzar la decisión.

A Raina se le iluminó el semblante; los ojos verdes le resplandecían.

—Sabía que algo había cambiado desde tu vuelta. Pero ¿qué me dices de tu reciente... ? ¿Cómo lo digo con delicadeza? ¿De tu malhumor?

—Resolveré mis problemas, tú echa una cabezada.

Lo miró frunciendo el cejo.

—Asegúrate de arreglar las cosas con Charlotte.

—No he dicho...

Le dio una palmadita en la mejilla, como solía hacerle de niño.

—No hace falta que lo digas. Las madres saben estas cosas.

Roman puso los ojos en blanco y señaló la casa.

—A la cama.

Raina se despidió y entró en la casa. Roman la siguió con la mirada mientras pensaba en todos los consejos que le había dado en el transcurso de los años y en el feliz matrimonio que había compartido con su padre. No la culpaba por querer lo mismo para sus hijos. Con la perspectiva que da el tiempo, le costaba creer, al igual que su madre, que Rick, Chase y él se hubieran rebajado a lanzar una moneda para decidir su destino.

Roman se planteó si debía intentar explicárselo de nuevo a Charlotte, pero decidió que no. Ella no estaba dispuesta a volver a hablar del asunto y tenía buenos motivos para ello. Lo único que Roman haría sería reiterar el pasado, y el hecho de que no tenía planes para el futuro.

La siguiente vez que viera a Charlotte debía tener claros sus sentimientos e intenciones. Sólo entonces podría abrirle su corazón y retarla a que se marchase.

Fue en busca del móvil y llamó a sus hermanos. Al cabo de diez minutos, se reunieron con él en el garaje, donde había empezado toda aquella pesadilla. Roman comenzó explicándoles la situación, incluido lo que su madre sabía sobre su trato.

—Ahora que estáis al día, vigilad a mamá. Aseguraos de que descansa y no se pasa la noche en vela buscando el modo de arreglarle la vida. Eso ya lo haré yo.

—¿Cómo? —Chase cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Iré a Washington. —Necesitaba demostrarle a Charlotte que era capaz de sentar la cabeza. Volvería con un trabajo fijo y un plan de acción que les haría felices.

No renunciaría a las noticias ni a su pasión por revelar la verdad al mundo. Simplemente cubriría otras noticias y cambiaría el lugar desde donde hacerlo. Tras la temporada que acababa de pasar en Yorkshire Falls con su familia y los habitantes de su pueblo natal, Roman se dio cuenta de que no sólo era capaz de sentar la cabeza, sino que además quería hacerlo.

—¿Y bien? —preguntó al ver que sus hermanos callaban—. ¿No se os ocurre ningún chiste ingenioso?

Rick se encogió de hombros.

—Te deseamos lo mejor.

—Seguro que sabes chistes más agudos.

—Bromeo a menudo, pero no cuando hay tantas cosas en juego. Es un

paso importante para ti, Roman. Te deseo suerte.

Rick le tendió la mano y Roman se la estrechó. Luego lo abrazó.

—Hazme un favor. Vigila a Charlotte mientras no esté aquí.

—Eso está chupado. —Rick le dio una palmada en la espalda.

Roman entrecerró los ojos.

—Pero las manos bien quietas —dijo a modo de advertencia, aunque sabía que Rick no se insinuaría a Charlotte. Confiaba plenamente en sus hermanos, y eso incluía a Charlotte.

—Mira que eres posesivo —dijo Rick con los brazos cruzados.

Chase se rió con disimulo.

—No la caguéis —gruñó Roman—. Vigíladla hasta que vuelva. Tengo que lavar la ropa y luego preparar la maleta. —Roman comenzó a subir el breve tramo de escalones de madera que conducía a la casa.

—¿Qué lo hace a uno tan especial? —preguntó Rick.

—¿Aparte de que ella es su coartada? —dijo Chase riéndose mientras Roman llegaba a la puerta.

Éste negó con la cabeza, sujetó el pomo y luego se volvió.

—Me muero de ganas de que llegue el día en que pueda reírme de vosotros.

Charlotte entró en el apartamento y se abalanzó sobre el teléfono. Lo había oído desde el pasillo, con los brazos cargados con la ropa de la tintorería, y para cuando encontró las llaves y entró, quienquiera que hubiera llamado había colgado sin dejar mensaje.

Puso la ropa en el sofá.

—Veamos si ha llamado alguien más.

El estómago se le encogió mientras rezaba para que ni su padre ni Roman lo hubieran hecho. No podría evitarlos siempre, pero hasta que comprendiese qué necesitaba de la vida, lo haría en la medida de lo posible.

Le dio al botón de mensajes y escuchó el único que había.

—Hola, Charlotte, soy yo. —La voz de Roman le sentó como un puñetazo en el estómago y la dejó sin aire en los pulmones. Se sentó en la silla más cercana—. Sólo llamaba para... —Se produjo un silencio y Charlotte contuvo el aliento, esperando a que Roman prosiguiera, aunque no sabía qué quería escuchar—. Sólo llamaba para despedirme.

El dolor comenzó a correrle por la sangre y se extendió por todo su

cuerpo. Esperó para ver si Roman decía algo más, pero sólo se oyó el clic final. Permaneció sentada, muda, con un nudo enorme en la garganta y un dolor intenso y punzante en el pecho.

Se había acabado. Había vuelto a marcharse a un lugar desconocido, tal como siempre había imaginado que haría.

Se le revolvió el estómago y creyó que estaba enferma. Pero ¿por qué? ¿Por qué debería turbarle el hecho de que Roman siguiera las pautas que se había marcado, las que ella había esperado? Incapaz de soportar el aire viciado del apartamento y las preguntas que la acosaban, cogió las llaves y salió corriendo por la puerta sin volver la vista atrás.



Capítulo 12

Charlotte entró en el colmado a las siete de la mañana, la hora a la que Herb Cooper abría las puertas.

—Es la tercera vez esta semana que vienes tan temprano. ¿Horario nuevo? —le preguntó.

Charlotte sonrió.

—Algo así.

Una semana después de la marcha de Roman, la sorprendió descubrir lo fácil que resultaba evitar a los demás si se era creativo. Nadie iba a comprar tan temprano, por lo que entraba y salía de la tienda sin tener que mantener charlas triviales con nadie, salvo con Herb o Roxanne, su mujer.

—Todavía no he sacado el pan de hoy, pero iré a buscar una barra y te estará esperando junto a la caja cuando vayas a pagar.

—Gracias, Herb.

—Es mi trabajo. Tú haces felices a las mujeres del pueblo y los hombres hemos decidido que nosotros vamos a hacerte feliz a ti.

Charlotte se rió.

—No rechazaría una barra de pan del día, pero creo que me dais demasiada importancia.

Herb se sonrojó.

—No, jovencita. Estás haciendo felices a las mujeres, de eso no hay duda. Lo que las está volviendo locas es el ladrón de bragas. Las mujeres a las que se las han birlado las sustituyen por unas nuevas en un santiamén y las más jovencitas esperan que Chandler las despierte de sus dulces sueños.

Charlotte alzó la mirada hacia las alturas. ¡Tanto madrugar para nada!

—Viven en un cuento de hadas. Un hombre como Roman Chandler tiene cosas más importantes que hacer que robar bragas. Pero trata de explicárselo a las mujeres. —Negó con la cabeza en el preciso instante en que sonó el teléfono interrumpiéndolo—. Bueno, al menos desde que se ha marchado las aguas se han calmado. Quienquiera que sea el ladrón de bragas sabe que ahora

no tiene coartada, así que estamos más tranquilos. —Descolgó el teléfono—. Buenos días, ¿en qué puedo servirle?

Charlotte huyó hacia los pasillos en cuanto pudo y respiró aliviada. Durante aquellos siete días, había comenzado a admirar la capacidad de su madre para mantenerse desconectada de la vida provinciana. No era tan fácil.

Aparte de la cháchara trivial con los vecinos, todos los que se relacionaban con Charlotte querían algo de ella. Beth quería saber qué ocurría, por qué Roman se había marchado repentinamente. Su madre quería saber cuándo iría a cenar con su familia. Rick quería una lista actualizada de cuentas y cualquier corazonada que tuviera al respecto, y las clientas querían las bragas que habían encargado.

Puesto que Beth se ocupaba de la tienda, Charlotte podía pasarse el día haciendo ganchillo. Otra forma de evitar a los demás, pero al menos las cuentas estarían satisfechas, aunque no así el resto de las personas que le sonsacaban información.

La única persona que no le pedía nada de nada era la única a la que había rechazado. La garganta se le había contraído y le dolía por el nudo que se le había asentado allí de forma permanente. Se culpaba por haber caído en la trampa de Roman del mismo modo que lo culpaba a él por haberla atraído. Aunque sabía que Roman nunca había querido hacerle daño, lo cierto era que se lo había hecho.

Todavía conservaba el mensaje que él había dejado en su contestador. No pensaba torturarse escuchándolo una y otra vez, pero se negaba a preguntarse por qué no había dejado que el siguiente mensaje borrara la seductora voz de Roman.

Media hora después regresó al apartamento y ordenó la compra antes de ir a trabajar. Se había pasado toda la semana escondiéndose del mundo. Charlotte supuso que cualquier persona con el corazón roto tenía derecho a sanarlo. Aunque, a diferencia de su madre, no pensaba pasarse la vida así.

Observó la luz del sol por la ventana. Había llegado el momento de retomar la rutina, comenzando por el partido de béisbol de esa misma noche.

Cuando el partido terminó, con otra victoria que los Rockets sumaron a su racha ganadora, Charlotte evitó a sus padres. Estaba preparada para casi todo, pero enfrentarse a su padre no era una de ellas. Le recordaba demasiado las cosas que le dolían, pasadas y presentes. Estaba convencida de que si le evitaba el tiempo suficiente, él también se marcharía. Charlotte tenía que irse del campo antes de que Russell tratara de abordarla de nuevo, como había

hecho en el colmado y frente a su apartamento. En esas ocasiones había logrado eludirlo.

—Toma. Tírala, por favor. —Charlotte le dio la lata de refresco a Beth—. Y no olvides reciclarla. —Bajó de la última gradería de un salto—. Nos vemos mañana en el trabajo.

—Cobarde —le gritó Beth.

Charlotte siguió caminando, aunque era innegable que las palabras de su amiga la habían afectado. En parte porque Roman le había dicho lo mismo, pero sobre todo porque Charlotte sabía que Beth estaba en lo cierto. Algún día tendría que enfrentarse a todo lo que estaba evitando, incluidos sus padres. Pero todavía no estaba preparada.

A mitad de camino, decidió atajar por el patio de George y Rose Carlton. Los Carlton todavía estaban en el campo de béisbol, al igual que la mayoría de los habitantes del pueblo, por lo que cuando Charlotte oyó un crujido cerca del seto frontal, se volvió sorprendida.

—¿Hola? —gritó.

Había un hombre larguirucho con pantalones verde oscuro, camisa abotonada hasta arriba y una gorra de béisbol, desplazándose furtivamente entre los arbustos. Al oír la voz de Charlotte, el hombre se agachó, pero no lo bastante rápido como para evitar que ella le viera la cara unos instantes.

—¿Samson? —La sorpresa dio paso al asombro. Corrió por el camino de arenisca azulada—. Sal de los arbustos ahora mismo. —Tiró de la camisa verde que se confundía con el follaje—. ¿Qué estás haciendo?

Samson se levantó.

—No deberías estar aquí.

—Tú tampoco. ¿Qué pasa? —Se fijó en su mano derecha enguantada, que parecía sujetar unas bragas. Las bragas de encaje que ella vendía, se corrigió mentalmente. Vaya sorpresa más extraña...—. Dámelas. —Tendió la mano.

—No es asunto tuyo —le gruñó.

—Si vistieras ropa del sexo contrario y no fuera un robo, no sería asunto mío, pero puesto que las has robado, te aseguro que sí es asunto mío. Y pienso averiguar por qué, pero primero vuelve a la casa y deja las bragas donde estaban.

—No. —Cruzó los brazos como un niño enfurruñado.

—Los Carlton volverán del partido en cualquier momento, así que las devolverás ahora mismo y luego hablaremos. —Miró hacia la puerta de la entrada, y supuso que los Carlton no la habrían cerrado con llave.

El maldito pueblo seguía viviendo en una época en la que todos confiaban en todos. Incluso después de los robos de las bragas nadie se lo tomaba lo bastante en serio como para cerrar las puertas con llave. En el caso de George y Rose, seguramente creían que *Mick* hacía de vigilante, pero Charlotte no terminaba de imaginarse qué le haría ese sabueso viejo y artrítico a un intruso.

Hablando del perro...

—¿Dónde está *Mick*? —preguntó Charlotte con cautela.

—Comiéndose un bistec. —Charlotte dejó escapar un suspiro. Los ojos de Samson se oscurecieron—. ¿A qué viene eso? No creerás que le haría daño, ¿no?

Charlotte negó con la cabeza. No lo creía, y no sólo porque nadie había sufrido daño alguno durante el transcurso de los otros robos, sino porque confiaba en el viejo gruñón y creía que ese extraño vuelco de los acontecimientos tendría una explicación comprensible. Eso esperaba.

Antes de que pudiera sopesar cuáles eran los motivos de Samson, el sabueso en cuestión salió corriendo de su caseta y comenzó a aullar y a dar vueltas alrededor de Sam. Charlotte suspiró.

—No te queda más bistec en los bolsillos, ¿no?

Sam negó con la cabeza.

—No se suponía que fuera a hacerme falta. Si no me hubieras detenido, me habría marchado hace rato.

Charlotte puso los ojos en blanco y se inclinó para alzar al pesado perro entre sus brazos. No quería que decidiera atacar a Samson mientras estuviera dentro, aunque tampoco podía decirse que *Mick* tuviera fama de arisco. Esa característica era más propia de Samson.

Mick no sólo pesaba mucho, sino que además le babeó el brazo.

—Ya le tengo, y ahora deja las bragas dentro de la casa antes de que me hernie —siseó—. Yo montaré guardia.

Samson la fulminó con la mirada, pero afortunadamente se volvió, subió la escalera y entró en la casa. En ese momento, Charlotte se dio cuenta de que, al llevar las manos enguantadas, Samson no dejaría huellas. Gruñó y cambió de postura. Las patas delanteras de *Mick* le tocaron el hombro, y su cuerpo cálido y regordete se acurrucó contra el de Charlotte.

—¿Bailamos? —le preguntó.

Él le lamió la mejilla a modo de respuesta.

—Oh, amigo. Bueno, al menos tú sabes cómo besar a una dama. —

Comenzó a dar vueltas por el seto frontal hasta que cayó en la cuenta de que parecería una trastornada mental, tras lo cual se ocultó detrás de un árbol. Si alguna vez le preguntaban al respecto, diría que se trataba de un amor repentino por los perros y se compraría una mascota. Lo que fuera con tal de encubrir aquella situación.

Por suerte, Samson salió antes de que los Carlton regresasen y se viera obligada a explicarles por qué sostenía en brazos a su perro de dos toneladas. Dejó a *Mick* en el suelo y el animal entró en la casa corriendo. Había olvidado a Charlotte de inmediato.

—Típico de los hombres —farfulló.

Sin mediar palabra, cogió a Samson por el brazo y lo arrastró por el patio y la calle hasta una distancia prudente antes de sonsacarle la verdad.

—Cuéntame, y no me vengas con rollos tipo «no es asunto tuyo»: ¿por qué robas las bragas? Las bragas que yo he hecho —le preguntó.

—¿Es que un hombre no tiene intimidad?

—A no ser que quieras que vaya a ver a Rick Chandler ahora mismo, más te vale que me lo expliques. —Continuaron caminando hacia el pueblo, pero Samson se mantuvo en silencio. Frustrada, Charlotte se paró en seco y le tiró de la manga—. Samson, si me lo pones difícil esto no acabará bien. Te procesarán y seguramente te encarcelarán una temporada o te enviarán al psiquiatra, y entonces...

—Lo hice por ti.

Ésa era la respuesta que menos se esperaba.

—No lo entiendo.

—Siempre me has gustado. —Bajó la mirada y le dio una patada al suelo con las playeras desgastadas—. Siempre eras muy amable. Las demás me evitaban, pero tú siempre me saludabas, como tu madre. Cuando regresaste no habías cambiado. Siempre tenías tiempo para un desconocido.

—Entonces ¿robaste las bragas porque...?

—Quería que la tienda funcionase para que te quedaras en el pueblo.

Por extraño que pareciera, aquellas palabras le emocionaron. Samson la apreciaba, aunque fuera de un modo peculiar.

—¿Qué te hizo pensar que robar bragas ayudaría a la tienda?

—Al principio creí que serviría para darte a conocer.

—Creo que los anuncios que he puesto han hecho precisamente eso.

—No a gran escala. Planeé sólo un par de robos, y cuando me enteré de

que el menor de los Chandler había regresado, recordé las bragas que robó en su travesura juvenil. —Samson se dio un palmadita en la cabeza—. Memoria de película.

—Querrás decir memoria fotográfica —corrigió Charlotte.

—Quiero decir que no olvido nada. Y cuando me di cuenta de que los demás también lo recordaban y vi que había cola en tu tienda, supe que había obrado bien. Además, con el joven Chandler en el pueblo tenía una buena tapadera.

A Charlotte le asombraban los razonamientos de Samson.

—¿No te preocupaba que culparan a Roman de tu..., esto..., delito?

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—No creía que el agente Rick detuviese a su hermano sin pruebas, y puesto que Roman no era culpable, entonces no podían encontrar pruebas. —Volvió a agitar las manos enguantadas, obviamente satisfecho de sí mismo.

Sin embargo, Charlotte no lo estaba.

—¡Deberías avergonzarte! Me da igual que el robo fuera menor o que tus intenciones fueran buenas, no deberías haber hecho algo ilegal. Y menos por mí.

—Eso es lo que yo llamo gratitud —farfulló en tono hosco.

Charlotte lo miró con cautela.

—Roman lleva una semana fuera. ¿Te importaría decirme a qué viene el robo de esta noche?

Negó con la cabeza y suspiró de forma exagerada, como si diera a entender que Charlotte era corta y él lo sabía.

—Le había metido en problemas y tenía que echarle un cable, ¿no?

—¿Te has arriesgado por ayudar a Roman? —¿Acaso no iban a acabarse las sorpresas?

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —preguntó, enfadado—. Lo he hecho por ti. Porque me sonríes y nadie más lo hace, menos tu madre cuando viene al pueblo. Porque me pagas los recados con dinero y no con caridad. ¿Cómo crees que sabía quién compraba las malditas bragas? Las enviaba yo, ¿no? Además, la señora Chandler también es buena conmigo.

—¿Raina?

Samson asintió, mirando de nuevo hacia el suelo.

—Una señora muy guapa. Me recuerda a alguien con quien solía..., da igual, no importa. Pero las dos os preocupáis por Roman. Por cierto, qué nombre tan raro, ¿no?

—Tan raro como el tuyo. Venga, no te vayas por las ramas.

—Maldita sea, mira que sois impacientes las mujeres. —Suspiró—. ¿No es obvio? Ahora que Roman no está en el pueblo, otro robo de bragas demostraría su inocencia.

Charlotte parpadeó.

—Muy admirable por tu parte. Creo. —Charlotte no sabía qué pensar de todo aquello, aunque ahora tenía más sentido. Entendía cómo era posible que el ladrón supiera en qué casas debía entrar... Samson repartía sus pedidos y siempre andaba por el pueblo, escuchando sin llamar la atención—. Dime que has acabado, que no robarás más.

—Claro que no. Se ha complicado mucho, sobre todo con entrometidas como tú fisgoneando por ahí. Bien, si has acabado con el interrogatorio, tengo cosas que hacer en casa.

Charlotte no le preguntó qué. Como Samson le había dicho, su vida no era asunto suyo.

—He terminado. Pero quiero que sepas —¿cómo agradecerle que robe bragas para ayudarla?—... que agradezco la motivación de tus actos. —Asintió. Eso era.

—Entonces podrías devolverme el favor.

Esas palabras le recordaron a las de Fred Aames.

—No pienso hacerte unas bragas —repuso Charlotte. Se refería a que no se las haría a la novia que dudaba que tuviera, pero prefirió no corregirse.

—Claro que no, no soy mariquita. Además, me quedan seis bragas y no sé qué hacer con ellas.

Charlotte respiró hondo.

—Te sugiero que las quemes —dijo con los clientes apretados.

—Sigo queriendo un favor.

¿Es que pensaba extorsionarla? Suponía que quería que le prometiese que no le contaría a nadie lo de sus correrías nocturnas para robar bragas.

—No te entregaré a la policía —dijo adivinándole el pensamiento, aunque no podía dejar a Rick con un delito sin resolver y no tenía ni idea de qué le contaría.

Samson agitó la mano, como si no le importara lo más mínimo.

—Sabes que la gente no se fija en mí a no ser que corran en sentido contrario o me ignoren. Puedo pasarme el día entero junto a alguien mientras hablan de sexo porque creen que soy idiota y no me entero.

Charlotte le tendió la mano para ofrecerle consuelo, pero Samson frunció

el ceño y ella apartó la mano de inmediato.

—Pero también oigo otras cosas. El otro día oí a tus padres. Están sufriendo.

Charlotte tensó los hombros.

—Eso sí que no es asunto tuyo —repuso devolviéndole la pelota.

—Cierto, pero como siempre le das una oportunidad a un viejo que apenas conoces... creo que deberías hacer lo mismo con los tuyos. —Se dispuso a cruzar la calle, en sentido contrario al pueblo, hacia la casucha destartalada en la que vivía. De repente, giró sobre sus talones—. Algunos no tenemos familiares ni parientes. —Se volvió y continuó el solitario camino a casa.

—¿Sam? —le gritó Charlotte, pero él no se dio la vuelta—. Tienes amigos —dijo en voz alta.

Samson siguió caminando hacia su casa como si no hubiera oído nada, pero Charlotte sabía que la había oído.

Samson la dejó sola, emocionada y confundida por sus actos. Ya sabía que tendría que lidiar con Russell, aunque no esperaba ese momento con ansia. En esos instantes le preocupaba Samson. ¿Qué demonios le contaría a Rick?

Se le ocurrieron varias expresiones terribles, «obstrucción a la justicia» y «cómplice del delito» entre otras. Pero no podía entregar a Samson, y su papel montando guardia esa noche no tenía nada que ver. Sus delitos eran de poca monta y los robos se habían acabado. Le había creído cuando se lo había dicho. Debía al cuerpo de policía una explicación que les permitiera cerrar el caso, pero quería proteger a Samson.

Charlotte se mordió el labio inferior. El sol se había puesto y había anochecido a su alrededor. El aire nocturno helaba, por lo que comenzó a caminar con brío hacia casa sin dejar de preguntarse qué hacer.

Ojalá Roman estuviera en el pueblo para aconsejarle. Pensó en ello de repente, de forma espontánea. Roman, el periodista, el defensor de la verdad. Sin embargo, si estuviera en el pueblo le confiaría el secreto porque sabía que él tampoco permitiría que Samson saliese mal parado. El corazón empezó a palpitarle.

¿Cómo podría confiarle un secreto tan importante y no creer las palabras que le había dicho? «Te quiero.» «Nunca se lo había dicho a nadie.» «No quiero perderte.» Recordaba su expresión afligida mientras le contaba la verdad, cuando podría haber mentido o disimulado para que no la supiera y así asegurar el matrimonio, los hijos y la promesa familiar.

No le había mentado. Le había explicado lo del a cara o cruz sabiendo que se arriesgaba a perderla al hacerlo.

¿Qué estaba dispuesta a arriesgar Charlotte a cambio?

El sol matutino se colaba por el escaparate frontal mientras Charlotte repasaba la lista de cosas pendientes.

—Acuérdate de colocar un plato con huevos de chocolate la semana que viene —le dijo a Beth al llegar al sexto punto de la lista—. Pero colócalo al lado de la caja, porque no quiero que la mercancía se manche de chocolate. —Mordisqueó el tapón del bolígrafo—. ¿Qué te parece si alquilamos un disfraz de conejo de Pascua del sitio ese de Harrington para la Semana Santa? A lo mejor podemos compartir el gasto entre todos los propietarios de tiendas de la calle.

Charlotte lanzó una mirada a Beth, que observaba el escaparate ajena a todo, incluidas las brillantes ideas de Charlotte.

—Se me ocurre una idea mejor. Te desvestimos y te mandamos desnuda por esta calle con un cartel en la espalda que diga «VENID A COMPRAR A LA TIENDA DE CHARLOTTE». ¿Qué te parece?

—Aja.

Charlotte sonrió y estampó la libreta contra el mostrador con la fuerza suficiente para sacar a su amiga de su ensimismamiento. Beth dio un respingo.

—¿A qué viene esto?

—A nada. Por cierto, puedes empezar a pasearte desnuda por la calle a eso de las doce. Es la hora punta.

Beth se sonrojó.

—Supongo que estaba distraída.

Charlotte se echó a reír.

—Supongo. ¿Te importaría explicarme con qué?

Con un gesto en apariencia despreocupado, Beth señaló hacia la ventana en la que un desconocido de pelo castaño hablaba con Norman.

—¿Quién es?

—Un carpintero. Uno de esos manitas. Ha venido a vivir aquí desde Albany. También es bombero. —Beth suspiró y cogió un huevo de chocolate con su correspondiente envoltorio con aire distraído—. ¿No te parece guapísimo? —preguntó.

A ojos de Charlotte no tenía comparación con cierto reportero moreno, pero le veía potencial para Beth.

—Está bueno —convino. Sin embargo, Beth acababa de sufrir un fuerte desengaño amoroso—. Pero ¿no es muy pronto para...? bueno, ya me entiendes.

—No pienso precipitarme, pero mirar no tiene nada de malo, ¿no?

Charlotte se rió.

—El hecho de que mires ya es positivo.

Su amiga asintió.

—Además, ahora mantendré los ojos bien abiertos cuando haga o deje de hacer algo.

Le brillaron los ojos de un modo que Charlotte nunca había visto en ella. Pensó que había aprendido una lección. De hecho, las mujeres eran capaces de superar la pérdida de un hombre. No obstante, a pesar de la capacidad de su amiga para reponerse, Charlotte albergaba dudas respecto a que fuera tan fácil como aparentaba. De todos modos, sonrió, contenta al saber que su amiga tenía las ideas claras aunque estuviera soñando con el guaperas del día.

—¿Sabes cómo se llama?

—Thomas Scalia. Suena exótico, ¿verdad? —Mientras Beth hablaba, el hombre en cuestión se volvió hacia el escaparate y pareció mirarla fijamente—. Se me acercó después del último partido de béisbol. Cuando me dejaste plantada y te largaste.

Charlotte no respondió a esa pulla. Ya había dejado un mensaje en el contestador automático de su madre diciendo que quería reunirse con su padre y su madre. Había pasado todo el día nerviosa porque no le habían devuelto la llamada y ella esperaba el momento con impaciencia.

Por sorprendente que pareciera, las palabras de Samson la habían afectado. Igual que la historia de Roman. Todavía no sabía cómo conciliar el a cara o cruz con los verdaderos deseos de Roman, pero en lo más profundo de su corazón sabía que no quería que se hubieran esfumado.

Había llegado el momento de enfrentarse a sus padres y a su pasado. De lo contrario carecería de futuro.

—Oh, Dios mío. —El grito de Beth sacó a Charlotte de su ensimismamiento—. Va a entrar.

Desde luego. La puerta se abrió y Thomas Scalia entró a grandes zancadas. Tenía la actitud segura y engreída que Charlotte asociaba con los machos dominantes y cruzó los dedos. No quería que Beth cayera en la misma

trampa con otro hombre que quisiera controlarla y cambiar a la hermosa persona que era, por dentro y por fuera.

Las campanillas de la puerta sonaron detrás de él mientras se acercaba al mostrador.

—Buenas tardes, señoras. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. A Beth ya la conozco —sonrió y se le marcaron unos hoyuelos que no surtieron ningún efecto en Charlotte, pero que obviamente hicieron que Beth se retorciera en el asiento—, pero creo que no tengo el placer. —Y lanzó una fugaz mirada a Charlotte.

—Charlotte Bronson —se presentó, tendiéndole la mano.

El se la estrechó.

—Thomas Scalia, pero puedes llamarme Tom. —Hablaba con Charlotte pero sin dejar de mirar con admiración a Beth, que se había sonrojado.

Charlotte observó su interacción sin palabras con una mezcla de diversión y de anhelo por Roman. Le echaba de menos con una desesperación que no sabía que fuera capaz de sentir y que hacía que su último encuentro y las palabras hirientes que habían intercambiado parecieran triviales. Pero jugarse algo a cara o cruz no tenía nada de trivial, ni tampoco los sentimientos de Roman con respecto al compromiso. Aunque Charlotte hiciera las paces con sus propios fantasmas, no existían garantías de que él quisiera establecerse en un lugar concreto. Sobre todo ahora que había vuelto a marcharse de viaje.

—¿En qué puedo servirte? —La voz de Beth sonó un poco grave y devolvió a Charlotte al presente.

—Vaya preguntita. —Thomas se inclinó hacia ella.

Beth toqueteaba el cuenco de chocolates del mostrador. Le tembló la mano al coger uno de los huevos de chocolate. Charlotte observó anonadada cómo Beth, una consumada mujer coqueta supuestamente serena, se introducía un huevo con envoltorio y todo en la boca con la misma mano temblorosa.

—Admiro a las mujeres que se lo comen todo sin pensar en las calorías o en el peso —aseveró Thomas con una sonrisa picara.

Beth escupió el chocolate y ocultó el rostro entre las manos.

Charlotte contuvo la risa. Al parecer, hasta la seductora más experta se ponía nerviosa delante de algunos hombres.

—Qué vergüenza —se lamentó Beth con la voz amortiguada entre las manos juntas.

Esta vez Charlotte sí que se rió por lo bajo. Thomas susurró a Beth algo

obviamente íntimo en el oído. Para ellos dos no existía nadie más en el mundo. Charlotte pensó que había llegado el momento de desaparecer.

Consultó su reloj. Las cuatro y media de la tarde.

—¿Sabes qué? Hoy la tienda está tranquila. ¿Por qué no cerramos y nos marchamos temprano?

—Perfecto —le dijo Thomas a Beth—. Confiaba en convencerte para ir a cenar. Por supuesto tú también estás invitada, Charlotte —añadió educadamente, aunque ella advirtió la reticencia de su tono y sonrió.

Beth le dedicó una mirada de súplica. Oh, no. De ninguna manera iba a ser la tercera en discordia al comienzo de un romance. Dejaría que ellos dos pusieran de manifiesto su torpeza solitos. Charlotte tocó la mano de su amiga para darle ánimos. Beth podía ir tranquilamente a cenar con él, siempre y cuando no se le olvidara desenvolver antes las porciones de mantequilla.

Charlotte se obligó a negar con la cabeza y empezó a recoger sus cosas.

—Gracias, pero tengo otros planes —mintió—. Sin embargo, Beth está libre. Me lo ha dicho esta tarde. —Charlotte notó la mirada asesina de su amiga, pero no le importaba. Charlotte tenía problemas más acuciantes—. Ya cerraré yo.

—Ni hablar. Vete para arriba —dijo Beth—. Ya cerraré yo al marcharme.

Beth quería ganar tiempo. Charlotte conocía bien esa táctica. Estaba claro que Beth se figuraba que ella y su Romeo estarían más seguros en la tienda que solos en cualquier otro lugar. No imaginaba la de escenas eróticas que podían tener lugar en la tienda. Charlotte y Roman lo sabían de primera mano.

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta al recordarlo.

—Encantada de conocerte, Thomas.

—Lo mismo digo.

Al cabo de menos de un minuto Charlotte se había marchado y subió corriendo a su apartamento. En cuanto introdujo la llave en la cerradura y entró, fue recibida por el ruido de las cacerolas y los sonidos de una conversación. Además del delicioso aroma del pollo frito y el puré de patatas que, sorprendentemente, le trajeron buenos recuerdos de su infancia.

Su estómago se quejaba por una combinación de hambre y miedo, porque no le cabía la menor duda de que sus padres la esperaban.

—Cariño, ya está en casa. —Las palabras de su madre demostraron que Charlotte estaba en lo cierto.

En el interior del apartamento en el que solía estar sola, Charlotte encontró a su familia y la mesa puesta para tres, flores recién cortadas y una

jarra de té helado en el centro. Sus padres la recibieron en el pequeño salón. Se saludaron con expresión forzada y Charlotte en seguida se excusó para ir a lavarse. Necesitaba echarse agua fría en la cara para hacer acopio de entereza y valor.

Camino de su dormitorio, oyó los susurros de dos personas que se conocían bien. Sintió un escalofrío. No era así como imaginaba a su familia. No obstante, habían hecho un gran esfuerzo para celebrar ese encuentro, y era obvio que habían interpretado su llamada de teléfono como un acercamiento, que es lo que era. Ahora sólo le quedaba hacer las paces con sus propios fantasmas.

La cena se desarrolló en silencio. No porque Charlotte quisiera incomodar a sus padres, sino porque no sabía qué decir. Habían pasado demasiados años como para preguntar cómo le había ido a su padre en el trabajo o si Charlotte disfrutaba con el suyo. Se preguntaba si no era demasiado tarde para todo. Si así era, también era demasiado tarde para ella y Roman, idea que Charlotte se resistía a aceptar.

Cuando hubieron terminado la comida, Charlotte se quedó mirando la taza de café y dando vueltas a la cucharilla, haciendo acopio de valor.

—Bueno —carraspeó.

—Bueno. —Annie miró a Charlotte con tanta esperanza y expectativa en los ojos que a Charlotte le pareció que podía atragantarse con ellas.

Su madre deseaba una reconciliación y a Charlotte sólo se le ocurría una manera.

—¿Por qué no os habéis divorciado? —preguntó ante la tarta de manzana hecha por su madre. A sus padres se les cayó el tenedor al unísono. Pero no pensaba disculparse por preguntar lo que tenía en mente desde hacía años.

Necesitaba comprender cómo habían llegado a ese punto. Ya era hora.



Capítulo 13

Russell observó a su hija sin mirar a su esposa a propósito. Si dejaba que Annie le influyera, seguiría culpándose de sus separaciones, pero nada más. Y no sólo porque quería tener una buena relación con Charlotte, sino porque tenía el presentimiento de que el futuro de ella dependía de lo que él respondiera.

De sus respuestas sinceras.

—Tu madre y yo nunca nos hemos divorciado porque nos queremos.

Charlotte bajó el tenedor y dejó la servilleta en la mesa.

—Perdona, pero tienes una forma muy curiosa de demostrarlo.

Y ése era el problema pensó Russell.

—Las personas tienen formas distintas de expresar sus sentimientos. A veces incluso ocultan cosas para proteger a sus seres queridos.

—¿Eso es una excusa por haber desaparecido todos estos años? Lo siento. Pensaba que sería capaz de esto, pero no puedo.

Se levantó y Russell hizo otro tanto, al tiempo que la agarraba del brazo.

—Sí puedes. Por eso me llamaste. Si quieres gritar, chillar o patear, adelante. Estoy seguro de que me lo merezco. Pero si quieres escuchar y luego seguir con tu vida, creo que te resultará mucho más beneficioso.

Se hizo el silencio y él dejó que Charlotte calibrara, decidiera qué hacer a partir de ahí. No le pasó por alto que Annie se había quedado sentada, observando en silencio. El doctor Fallon había dicho que todos los antidepresivos tardaban algún tiempo en empezar a actuar, así que Russell no esperaba milagros de la noche a la mañana. Si no se sentía preparada para participar en la conversación, por lo menos estaba presente, y sabía que para ella ya suponía un paso enorme.

Charlotte cruzó los brazos y exhaló un suspiro de aceptación.

—De acuerdo. Soy toda oídos.

—Tu madre siempre supo que yo quería actuar, y que no podía vivir de la interpretación en Yorkshire Falls.

Charlotte miró fijamente a Annie en espera de confirmación y ella asintió.

—Para que quede bien claro, nos casamos antes de que se quedara

embarazada de ti y nos casamos porque quisimos —explicó su padre.

—Entonces ¿por qué...? —Charlotte hizo una pausa y tragó saliva.

A Russell se le partía el corazón al observar el dolor de su hija, pero no habría curación sin que antes se partieran el alma mutuamente. Lo supo en ese preciso instante.

—¿Por qué hice qué?

—Marcharte.

Señaló el sofá de la otra estancia y se acomodaron en el tapizado floreado. Annie los siguió y se sentó al lado de su hija. Tomó la mano de Charlotte y se la agarró con fuerza.

—¿Por qué te fuiste a California sin nosotras? —preguntó Charlotte—. Si querías a mamá tanto como dices, ¿por qué no te quedaste aquí o nos llevaste contigo? ¿Tanta carga suponían tu mujer y tu hija? ¿Habríamos sido un estorbo para ti?

—No —respondió él, molesto por el hecho de que Charlotte pensara tal cosa—. No creas eso ni por un momento. No me quedé porque soy actor. No podía sacrificarme. Soy egoísta, supongo, pero sincero. Necesitaba actuar y necesitaba estar en el mejor sitio para intentar hacer realidad mis sueños.

—Y yo siempre lo supe. —Annie habló por primera vez y luego le secó una lágrima a Charlotte de la mejilla.

Charlotte se levantó, se acercó a la ventana y se agarró al alféizar para mirar hacia fuera.

—¿Sabes que soñaba con que nos llevarías a California contigo? Tenía una maleta preparada debajo de la cama por si acaso. No sé cuántos años me aferré a esa fantasía. Al final acabé dándome cuenta de que ser actor era más importante para ti que nosotras. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, no puedo decir que lo aceptara.

—Me alegro. A lo mejor en algún lugar aquí dentro... —Señaló su corazón—. A lo mejor te diste cuenta de que no era verdad que me importara más mi carrera que vosotras.

—Entonces ¿por qué no me cuentas qué pasaba en realidad?

Russell deseó que la explicación fuera tan concisa y sencilla como ella parecía creer. Pero había sentimientos de por medio. Los de él, los de Annie..., no era fácil. Durante todo aquel tiempo, Russell había pensado que alimentando la necesidad de Annie de tener una familia y la de una hija de estar con su madre las ayudaba a las dos. Pero al ver que su hija lo observaba con aquellos ojos enormes y acusadores, se dio cuenta del craso error que

había cometido.

Respiró hondo sabiendo que las palabras que iba a pronunciar a continuación iban a hacerle tanto o más daño que sus largas ausencias.

—Cada vez que volvía, incluida ésta, le pedía a tu madre que viniera a California conmigo.

Charlotte dio un paso atrás, titubeando por la información que acababa de recibir. Había construido toda su vida basándose en la asunción de que su padre no las quería lo suficiente como para llevárselas con él. Annie había fomentado esa idea. No había dicho ni una sola vez que Russell le hubiera pedido que fueran con él.

Charlotte empezó a temblar por la negativa a aceptarlo.

—No, no. Mamá habría ido a California. No habría decidido quedarse aquí sola, añorándote. Permitiendo que la gente hablara de nosotros. Permitiendo que los demás niños se burlaran de mí por no tener un padre que me quisiera. —Miró a su madre en espera de confirmación.

Porque enterarse ahora de lo contrario significaría que había pasado muchos años sin padre innecesariamente. Aunque no estuviera en el pueblo, si hubiera sabido que la quería, que la amaba, sus pilares emocionales habrían sido más sólidos.

Seguro que su madre habría sabido una cosa así.

—¿Mamá? —Charlotte odiaba la vocecilla infantil que le salió, y se enderezó. Asumiría lo que viniera a continuación.

Por increíble que pareciera, Annie asintió.

—Es..., es verdad. No podía dejar el pueblo y todo lo que me resultaba familiar. Y no podía soportar separarme de ti, así que nos quedamos aquí.

—Pero ¿por qué no me dijiste por lo menos que papá nos quería? Sabías que a ti te quería. Tenías ese conocimiento que te dejaba dormir tranquila por las noches. ¿Por qué no quisiste lo mismo para mí?

—Quería lo mejor para ti. Pero me avergüenza reconocer que hice sólo lo que a mí me convenía. Por cómo reaccionabas cuando tu padre se marchaba y por cómo investigabas en los libros sobre Hollywood, temía perderte si te enterabas. Siempre te pareciste más a tu padre que a mí. —Se sorbió la nariz y se secó los ojos con el dorso de la mano—. Pensé que te marcharías con él y me dejarías. Sola.

Charlotte parpadeó. Se sentía abotargada y se dejó caer en el sofá.

—Te he culpado todos estos años. —Miró a su padre de hito en hito.

—Yo permitía que lo hicieras, cariño.

Era verdad. Si bien su madre había permitido que su hija sufriera, su padre había perpetuado la mentira de que las había abandonado a ambas.

—¿Por qué?

El dejó escapar un gemido.

—Al comienzo fue por amor y respeto a los deseos de tu madre. Tenía tanto miedo de perderte que no pude evitar pensar que te necesitaba más que yo. ¿Y cómo se explica todo eso a una niña?

—¿Y después?

—Te convertiste en una adolescente resentida. —Ahuecó la mano en la nuca, negó con la cabeza y empezó a masajearse la zona.

—Cuando viajaba a casa ni siquiera querías mantener una conversación civilizada conmigo sobre el tiempo. Luego fuiste a la universidad, te trasladaste a Nueva York y ya tuviste edad suficiente para planificar tus viajes a casa de forma que me evitaras.

Era cierto, reconoció Charlotte con una tristeza y un sentimiento de culpabilidad repentinos e inesperados. Quizá todos tuvieran su parte de culpa, pensó.

—Supongo que no me esforcé lo suficiente.

Charlotte exhaló con fuerza.

—Y yo no me esforcé lo más mínimo. —No era fácil reconocer tal cosa.

—Es culpa mía pero hay una explicación. No es que quiera quitarme las culpas de encima pero... —Con manos temblorosas, Annie extrajo un pequeño frasco de medicinas—. El doctor Fallon dice que parece que soy un caso de depresión grave.

¿Acaso Charlotte no se había dirigido al médico por intuir esa posibilidad?

Annie contuvo las lágrimas.

—Quizá tendría que haber empezado a medicarme antes, pero no era consciente de que necesitara ayuda. Tu padre dijo..., dijo que el doctor Fallon había hablado contigo y que pensabas que podía haber algún problema. No lo sabía. Pensaba que era normal sentirse así. Pensaba que era normal. Quiero decir que siempre me he sentido así. —Se le quebró la voz pero continuó hablando— Y no podía soportar perderte. Sabía que te causaba dolor debido a mí... enfermedad y lo siento. —Annie abrazó a Charlotte con fuerza—. No sabes cuánto lo siento.

Su madre olía a madre, cálida, suave y reconfortante. Pero Annie siempre había tenido un componente infantil. Charlotte se dio cuenta de lo frágil que

siempre había parecido. Hasta el trabajo de bibliotecaria era perfecto para ella por el silencio y las voces bajas del entorno.

—No estoy enfadada contigo, mamá. —Todo aquello la había pillado desprevenida y la confundía. El nudo que tenía en la garganta era tan grande que le dolía y no sabía cómo encajar la verdad.

Si volvía la vista atrás, había muchas más cosas que tenían sentido, pero hasta hacía poco Charlotte no había advertido que existía un problema más grave. Seguía teniendo el presentimiento de que se trataba de algo más arraigado que una depresión leve, algo más parecido a una enfermedad mental. ¿Por qué si no una persona iba a tener las persianas bajadas y las ventanas cerradas y preferir la soledad a la compañía de otros, incluido el marido que amaba?

¿Por qué ninguno de ellos había captado las señales antes? Charlotte pensó entristecida que quizá estaban todos demasiado ensimismados.

—Creo que deberíamos dejarte a solas para que pienses en todo esto —dijo Russell al ver el silencio de Charlotte. Tomó a su madre de la mano—. ¿Annie?

Ella asintió.

—Voy —dijo, antes de mirar a Charlotte—. Y repito que lo siento.

Ambos se encaminaron a la puerta y Charlotte los dejó marchar.

Esperaba y rezaba porque la verdad le aportara comprensión y paz. Pero necesitaba pasar algún tiempo a solas para entender lo que le habían dicho y decidir cómo se sentía. Cómo se sentiría cuando dejara de sentirse abotargada.

Al cabo de unas horas, Charlotte se acostó, pero dejó las persianas subidas para poder observar la oscuridad del cielo nocturno. Estaba demasiado nerviosa para dormir, y pensó que tal vez contar estrellas la ayudaría a relajarse. Por desgracia, las ideas se agolpaban en su mente a toda velocidad. Eso sí que era haber vivido engañada, se dijo. El padre que pensaba que no la quería resultaba que sí lo hacía.

Sin embargo, durante toda su vida Charlotte había modelado su comportamiento y su trato con los hombres —hombres como Russell y viajeros como Roman Chandler— influida por la mentira sobre el abandono que habían perpetuado sus padres. Pero Russell Bronson no era quien Charlotte creía que era. Era egoísta y tenía defectos, pero quería a su madre. Charlotte tenía que concederle algún mérito por ello. Aunque podía haber hecho más para ayudar a Annie y a su hija, no podía sacrificar su vida entera por amor.

Charlotte ni siquiera le pediría una cosa así a Roman. Ya no. Pedirle que se quedara en Yorkshire Falls era tan egoísta como lo que había hecho Russell. Roman se merecía algo mejor de ella.

Todo aquello resultaba muy irónico. Roman no era el hombre que ella había necesitado que fuera. Charlotte había necesitado que Roman fuera el trotamundos sin sentimientos, el soltero que coleccionaba conquistas sin preocuparse de nadie aparte de sí mismo. Había necesitado que Roman fuera todo aquello porque eso le daba una excusa para mantenerlo alejado desde un punto de vista emocional. Para evitar que le hiciera daño igual que creía que le había sucedido a su madre.

Ahora lo necesitaba y punto.

Se acurrucó todavía más en la cama, se tapó con las mantas y bostezó. Charlotte pensó que el amor tenía la capacidad de desmontar todas las redes de seguridad. Y al día siguiente daría su salto de fe sin garantías de adónde iría a parar.

En algún momento, Charlotte debió de quedarse dormida, porque el sol que entraba por la ventana la despertó al amanecer. Había dormido bien por primera vez en un montón de tiempo y abrió los ojos al notar una subida de adrenalina que no esperaba. Se duchó, se tomó un yogur de melocotón y decidió que era una hora adecuada para llamar a Rick.

Él contestó después del primer ring.

—Rick Chandler a su servicio.

—Veo que estás de buenas —dijo Charlotte.

—Sí, bueno, es lo que pasa cuando uno sale a correr. ¿Qué ocurre, Charlotte? ¿Todo va bien?

—Sí —afirmó ella, pensando en su decisión de seguir a Roman—, y no —farfulló, sabiendo que todavía tenía que contarle a Rick lo de Samson y hacerle prometer que protegería y no entregaría al inofensivo hombre—. Tengo que hablar contigo.

—Ya sabes que siempre tengo tiempo para ti. Pero estoy saliendo por la puerta. Tengo que asistir a varias reuniones en Albany y no volveré hasta más tarde.

Charlotte se llevó una gran decepción. Ahora que ya había tomado una determinación, estaba preparada para actuar.

—¿Qué te parece si me paso cuando vuelva a casa? —sugirió él—. A eso de las siete.

Sujetó el auricular entre la oreja y el hombro y lavó la cuchara mientras repasaba las actividades de la jornada.

—Es la noche de los patrocinadores. Se supone que hoy tengo que hacer el lanzamiento inaugural del partido de los Rockets. —Por mucho que quisiera dejar de lado todo lo que tenía que hacer ese día y reunirse con Roman lo antes posible, no podía, ni quería, dejar plantados a los niños.

No podía darle la información a Rick en público y tendría que esperar hasta la noche.

—¿Por qué no vienes a mi casa después del partido? —sugirió ella.

—Me parece buena idea. ¿Seguro que estás bien?

Charlotte puso los ojos en blanco.

—¿Quieres hacer el favor de no preguntármelo más? Empiezas a parecerte al hermano mayor que nunca he tenido.

—Bueno, vale, lo prometí.

—¿Qué es lo que prometiste? —Empezó a notar un cosquilleo en el estómago—. ¿Y a quién?

Se hizo el silencio en la línea telefónica.

—Venga ya, Rick. ¿Qué querías decir?

Rick carraspeó.

—Nada. Sólo que tengo la misión de asegurarme de que estás bien.

¿Su misión como policía o su misión como hermano?, se preguntó Charlotte. ¿Acaso Roman le había hecho prometer a Rick algo antes de marcharse?

—Bueno, pues estoy bien. —Aunque le picaba la curiosidad, Charlotte aceptó la respuesta vaga de Rick. Era consciente de que no iba a conseguir que uno de los hermanos Chandler delatara a otro.

—Hasta la noche.

—De acuerdo. Conduce con cuidado. —Charlotte colgó el teléfono y suspiró con fuerza. Tenía por delante toda una jornada de trabajo y siete turnos para batear, después de eso descubriría adónde había ido Roman. Charlotte disponía de doce horas para hacer acopio de valor y viajar hasta donde fuera. Dejar Yorkshire Falls y presentarse en la puerta de casa de Roman sin haber sido invitada, sin saber cómo la recibiría.

El día fue más largo de lo que Charlotte había previsto puesto que cada hora le parecía una eternidad. Oír a Beth hablando todo el rato de Thomas

Scalia le producía sentimientos encontrados, felicidad por su amiga y envidia porque ella estaba sola y se enfrentaba a un futuro incierto.

Pero el día pasó y Charlotte por fin hizo el lanzamiento inaugural mientras sus padres la observaban desde las gradas. Juntos. Charlotte negó con la cabeza asombrada. No es que se hiciera muchas ilusiones. Russell regresaría a California a comienzos de la semana siguiente. Solo en aquella ocasión, pero quizá no durante mucho tiempo.

Annie había aceptado seguir una terapia. En Harrington había una clínica de salud mental fabulosa y su madre había decidido, alentada por su padre, ver al psiquiatra que el doctor Fallon le había recomendado. Mientras tanto, su padre había decidido atar algunos cabos sueltos en Los Ángeles y pasar algún tiempo en casa, por lo menos el tiempo suficiente para que Annie empezara la terapia y viera si era capaz de plantearse la posibilidad de trasladarse a la Costa Oeste.

¿Se acabarían las sorpresas en algún momento?, caviló Charlotte, más feliz y esperanzada con la vida que nunca. Como si lo supieran, los Rockets de Charlotte volvieron a ganar el partido, a pesar de que el lanzador estrella no jugara por tener la muñeca rota y hubiera otros jugadores lesionados. Aunque todavía estaban al comienzo de la temporada, habían decidido que Charlotte era su talismán de la suerte, e incluso le habían entregado un medallón honorario en forma de nave espacial para que se lo colgara con una cadena al cuello como agradecimiento por su patrocinio y por no faltar a ninguna de sus citas. El gesto la emocionó y se alegró de no haber dejado plantados a los chicos en favor de su vida privada.

—¿Qué vida privada? —se preguntó en voz alta cuando por fin regresó a su apartamento por la noche.

Parecía haberle salido el tiro por la culata. Incluso su madre tenía vida privada mientras que en esos momentos Charlotte era quien no la tenía. Pero en cuanto viera a Rick y consiguiera información sobre Roman, se pondría en camino, no sabía hacia qué, pero por lo menos daría pasos hacia adelante.

Charlotte dejó las llaves en la mesa de la cocina, se acercó al contestador automático que parpadeaba y pulsó el botón «play».

—Hola, Charlotte, soy yo, Rick. Me he entretenido en Albany y luego en cuanto he llegado al pueblo me han llamado por un caso. Tenemos que hablar, así que espérame.

Como si tuviera algún otro sitio adónde ir. Como no estaba cansada y se sentía sobreexcitada después del partido, se dirigió a la cocina y rebuscó en la

nevera el helado de dulce de leche que guardaba en el fondo. Cuchara en mano, decidió esperar en el dormitorio. Desde que había malgastado el dinero comprando un pequeño televisor en color de trece pulgadas para su habitación, había descubierto que disfrutaba más repantigada en el dormitorio que sola en la salita del pequeño apartamento. Con un poco de suerte, encontraría algo en la tele para matar el tiempo hasta que llegara Rick.

Se acercó a su habitación mientras iba tomando cucharadas de helado. La luz tenue que salía por la puerta la pilló desprevenida. No recordaba haberse dejado la luz de la mesita de noche encendida al irse a trabajar por la mañana. Se encogió de hombros antes de entrar en su santuario privado al tiempo que se lamía el dulce de leche de los labios.

—Podría ayudarte a hacer eso si estuvieras dispuesta a hablar conmigo.

Charlotte se paró en seco. El corazón le dejó de latir durante unos segundos antes de continuar, más irregular y rápido que antes.

—¿Roman? —Pregunta estúpida. Por supuesto que aquella voz profunda y grave era de Roman.

Y era Roman, eróticamente tumbado con un chándal gris, una camiseta azul marino y los pies descalzos encima de su colcha blanca de volantes y almohadones varios. Sólo un hombre de su estatura y complexión podía presentar un aspecto incluso más viril rodeado de volantes femeninos y lazos. Sólo una mujer enamorada podía querer arrojar toda precaución por la ventana y lanzarse a sus brazos.

Charlotte exhaló una bocanada de aire presa de la frustración. Le había echado de menos y se alegraba sobremanera de verle pero todavía tenían asuntos que zanjar. Y hasta que no hablaran de esos problemas y llegaran a un acuerdo que les satisficiera a ambos, quedarían muchas incertidumbres entre los dos. Aunque en esos momentos a Charlotte le parecía posible poder vivir exclusivamente del amor y el aire que él respiraba, sabía que no podía dejarse engañar por esa sensación.

Por lo menos eso era lo que esperaba. Porque su decisión de esperar se estaba desmoronando rápidamente.

Roman se obligó a mantenerse tranquilo y relajado. Algo difícil de conseguir estando entre los almohadones de la mullida cama de Charlotte y rodeado de su femenina fragancia, que tanto había echado de menos durante su ausencia. Y todavía más difícil de conseguir mientras ella lo miraba fijamente con una mezcla de anhelo y cautela en sus preciosos ojos verdes.

Había llegado al pueblo, y como todo el mundo estaba cenando o

mirando el partido de béisbol infantil, nadie lo había visto, lo cual era positivo, dado que contaba con el factor sorpresa.

Como quería estar a solas con ella y cuanto antes mejor, había planeado abordarla y marcharse corriendo, a su casa o al apartamento de ella, daba igual. Tenía mucho que compartir sobre su viaje a Washington D. C. y un futuro en el que esperaba que ella estuviera incluida.

Pero por muy ansioso que estuviera por salvar la distancia física que los separaba, no quería precipitarse. Antes tenía que ganarse su confianza.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él.

—¿Me has echado de menos? —repuso ella.

Roman sonrió. Bueno, por lo menos Charlotte no había perdido el arrojo, y, además, tampoco esperaba que ella se lanzara a sus brazos.

—Por supuesto que te he echado de menos.

En vez de encontrar a Charlotte en casa o en la tienda, la había descubierto en el campo, haciendo el lanzamiento de honor. Luego su padre la había abrazado. Su padre. Al ver la enorme capacidad de perdón de su corazón, Roman se había vuelto a enamorar de ella.

La había visto sonriéndole a Russell, y Roman en seguida se dio cuenta de que había hecho las paces con esa parte de su vida. Esperaba que eso la ayudara a hacer las paces con él.

Roman dio una palmada sobre la cama, a su lado.

—Ven conmigo.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó ella, sin embargo.

—Por la escalera de incendios. Sabía que volverías a dejarte la ventana abierta en mi ausencia para cuidar de ti. —Y era verdad. Así pues, Roman había entrado por la escalera de incendios y se había acomodado en la cama a esperarla—. Necesitas un guarda, Charlotte. —Recordó que ella le había dicho eso el día de su primer reencuentro en el pasillo de Norman's. Nunca había imaginado que acabaría en esa coyuntura, en la que su corazón y su futuro dependían de las decisiones de aquella hermosa mujer.

—¿Vas a solicitar el trabajo? —preguntó ella.

Roman se encogió de hombros en un intento por no dejar traslucir sus emociones. No todavía.

—Pensaba que ya lo había hecho.

—¿Porque elegiste cara cuando Chase escogió cruz? —preguntó Charlotte con un exceso de despreocupación.

El dardo que le acababa de lanzar le dolió, porque significaba que ella

todavía se sentía herida por culpa de él.

—De hecho, Chase no participó.

Charlotte arqueó una ceja.

—A ver si lo adivino. Porque él ya se sacrificó una vez.

—Ya dijo Rick que eras lista.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Y lo eres. ¿Tan lista como para ir a buscarme? —le preguntó señalando la maleta abierta que había en la habitación y que le había estado insinuando esa posibilidad desde que había entrado. El mero hecho de que tuviera las agallas suficientes para hacer el viaje le transmitían lo que ya sabía. Era más hija de su padre de lo que ella imaginaba, y él se dio cuenta entonces de que eso no era negativo. Tenía el presentimiento de que Charlotte también lo sabía.

Era la media naranja de Roman. Y para un hombre que nunca se había planteado tal cosa, reconocerlo era un paso de gigante, y quería compartirlo con ella.

—Venga, Charlotte. ¿Es posible que te haya ahorrado un viaje? —Oyó el tono esperanzado de su propia voz pero le daba igual. Si para recuperarla tenía que entregarle el corazón en bandeja y dejar que lo pisotease, lo haría.

—Maldito seas, Roman. —Cogió un cojín hecho a ganchillo de la cómoda y se lo lanzó con fuerza a la cabeza—. Ser tan creído no te beneficia.

—Pero a ti sí, espero. Perdóname, Charlotte.

Charlotte tragó saliva y se puso a dar golpecitos con el pie en el suelo, haciéndole esperar.

—Eres un arrogante —farfulló mientras reprimía una sonrisa imposible de disimular, por más enfadada que estuviera, por mucho que lo intentara.

—Es una de mis cualidades más encantadoras. Ahora deja de andarte con rodeos y acaba con mi sufrimiento.

Eso le llegó al corazón y Charlotte arqueó una ceja asombrada. Obviamente le sorprendía que él hubiera sufrido. Aquello lo dejó aturdido. ¿Cómo era posible que no supiera que sin ella le faltaba algo?

—Dime adónde pensabas ir.

Charlotte negó con la cabeza.

—Oh, no. Tú primero. ¿Adónde te fuiste y, mejor aún, por qué has vuelto?

—Siéntate a mi lado y te lo digo.

—Me invitas a que me siente en mi propia cama, tú que te has autoinvitado. ¿No es el mundo al revés?

Roman miró a su alrededor y fijó la vista en un gran espejo oval que había al otro extremo de la habitación. El vidrio le proporcionaba una visión perfecta de él tumbado en la cama. Se encogió de hombros.

—Ni mucho menos, por lo que veo.

Con un quejido, Charlotte caminó con paso majestuoso por la habitación y se sentó a su lado con una tarrina de helado deshecho como única barrera física.

—Habla.

—Sólo si prometes darme de comer más tarde.

—Roman...

—No estoy yéndome por las ramas. Hablo en serio. Hace horas que no como. Tomé el avión y vine a verte directamente. —Con un pequeño rodeo para ir al partido de béisbol, del que hablarían en cuanto ella le abriera su corazón sobre la nueva relación con su padre—. Así que si te gusta lo que oyes, tienes que prometerme que me darás de comer.

—Antes de que me dé cuenta, me estarás pidiendo que te dé de comer con la mano.

—Con la boca me conformaría —bromeó él.

Charlotte frunció los labios en una sonrisa vacilante.

Por lo menos seguía surtiendo efecto en ella, pensó.

—He estado en Washington D. C.

—Me basta —murmuró, y dejó la tarrina en la mesita de noche—. Prometo darte de comer.

—Bien. ¿Te acuerdas de que te hablé de una oferta de trabajo en Washington D. C? —Su siguiente pensamiento quedó interrumpido por unos fuertes golpes en la puerta de Charlotte, seguidos por el timbre.

Charlotte se puso en pie de un salto.

—Es Rick. Le pedí que viniera para que me contara... —Se calló antes de terminar.

—¿Te contara qué, Charlotte? —Pero ya lo sabía. Lo que se había imaginado. Lo había estado buscando.

—Nada de lo que debas preocuparte. —Se sonrojó, pero antes de responder, Rick volvió a aporrear la puerta—. También tengo que ver a Rick por otro asunto. Te parecerá interesante, te lo prometo.

¿Más interesante que ellos? Roman lo dudaba.

—De acuerdo, deja entrar al pesado ese.

Roman se levantó de la cama y siguió a Charlotte a la salita, donde

saludó a su hermano con una mirada furiosa.

—No sabía que había vuelto. —Rick señaló a Roman—. Bienvenido a casa... oh, mierda.

—No es el saludo que esperaba.

—Ninguno de los dos se va a creer esto. —Rick negó con la cabeza—. Joder, es que no me lo creo ni yo.

—Bueno, antes de que nos cuentes nada, yo tengo algo que decirte — declaró Charlotte.

Roman meneó la cabeza.

—Los dos me estáis picando la curiosidad.

Rick suspiró con fuerza.

—Bueno, las damas primero.

—Vale. —Charlotte se retorció las manos en un gesto tan poco propio de ella que Roman se preocupó.

—No —dijo, cambiando de parecer—. Tú primero.

Rick se encogió de hombros.

—Llegué al pueblo pensando en venir aquí directamente pero habíamos recibido unas llamadas en la comisaría. Varias, de hecho. Parece ser que el ladrón de bragas ha vuelto a actuar.

—¿Qué? —exclamaron Roman y Charlotte al unísono.

—Al revés, de hecho. Ha devuelto las bragas.

Roman se echó a reír.

—Debes de estar de broma.

—No. Ha dejado todas y cada una de las bragas o en el interior de la casa o en el porche delantero. Aunque nunca consideramos a Roman sospechoso oficial, pensaba decirle a Charlotte que las mujeres del pueblo tendrían que desechar la idea de que el ladrón era él. —Rick se pasó la mano por el pelo.

—¿Por qué? ¿Le habéis pillado? —preguntó Charlotte con cautela.

—No, maldita sea.

¿Roman se lo estaba imaginando o Charlotte acababa de exhalar un enorme suspiro de alivio?

—Pero dado que Roman no estaba en el pueblo, tendrían que dejar de lado sus fantasías con respecto a mi hermanito —continuó Rick.

—¿Qué pasa? ¿Estabas celoso de que no te enseñaran las bragas a ti? — Roman sonrió.

—Tiene gracia. —Rick negó con la cabeza—. Pero acabo de caer en la

cuenta de que ahora que has vuelto al pueblo parece ser que tendrás que vivir con ese estigma. —Se rió de la idea.

Para asombro de Roman, Charlotte se colocó a su lado y le entrelazó la mano con la suya, cálida y suave. Se quedó junto a él mientras miraba a Rick y decía:

—No, no tendrá que vivir con ese estigma.

—Sabes algo de esto, ¿verdad? —inquirió Roman.

—Puede ser. —Le apretó más la mano. Aunque no necesitaba que cuidara de él, le gustaba su faceta protectora. Sobre todo porque todavía no habían tenido tiempo de aclarar su situación y, de todos modos, ella le defendía.

—Vamos, Charlotte. No puedes ocultarme información —declaró Rick.

—Oh, no sé, Rick. Nunca he dicho que supiera algo. —Alzó la vista hacia Roman con los ojos bien abiertos y suplicantes—. ¿Te ha visto alguien esta noche? ¿Alguien sabe que has vuelto aparte de nosotros?

Roman negó con la cabeza.

—Aunque sea un pueblo pequeño, creo que nadie se ha fijado en mí. —Había sido discreto a propósito, aunque no pensaba que Rick agradeciera que lo dijera.

—Rick, si supiera algo, no te lo diría a no ser que me prometieses dos cosas. Una es no usar nunca la información que te dé y la otra no decirle absolutamente a nadie que Roman ha vuelto esta noche al pueblo.

Su hermano se sonrojó sobremanera.

—No estarás pensando en sobornar a un agente de policía...

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Entonces no sé nada. Me alegro de verte, Rick. Buenas noches.

Roman no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero le pondría fin de inmediato.

—Esto es ridículo, Charlotte, si sabes algo debes decirlo. Y Rick, prométele lo que te pide.

Rick rompió a reír.

—Sí, vale.

—Samson fue quien cometió los robos, pero si le detienes, le interrogas o arqueas la ceja siquiera cuando pases junto a él, negaré haberte dicho nada. Le pagaré un abogado y te demandaremos por acoso. Sin acritud, por cierto. La verdad es que me caes muy bien, Rick. —Dedicó al hermano pasmado de Roman su sonrisa más dulce.

Esa sonrisa almibarada habría hecho que Roman se tirara a sus pies. Por

desgracia, Rick no era Roman y su hermano policía se había quedado lívido. De hecho, empezó a enrojecer.

—¿Lo sabías y ocultaste la información? ¿Desde cuándo?

—¿De qué habría servido decirlo? Es un viejo inofensivo que quería cuidar de mí. Soy amable con él y pensó que así aumentaría el interés en mi negocio. Que culparan a Roman no entraba en sus planes.

—Pero sí le benefició. —Roman advertía lo gracioso de la situación, a diferencia de Rick. Su travesura de la época del instituto había beneficiado a Samson.

—Lo que hizo es ilegal —señaló Rick—. ¿O acaso no eres consciente de ello?

Charlotte separó la mano de la de Roman y puso los brazos en jarras.

—Dime quién sufrió algún daño y luego dime quién se beneficiaría de que arrestaran al pobre hombre. Ya se ha acabado. Lo prometo. No volverá a hacerlo.

Roman se inclinó hacia ella y le susurró al oído.

—No deberías hacer promesas que quizá no puedas cumplir. No puedes controlar los actos de Samson. —Igual que él era incapaz de controlar su cuerpo en cuanto inhaló su delicioso aroma y los cabellos largos de pelo alborotado le rozaron la nariz y la mejilla, excitándole.

Había llegado el momento de que su hermano se marchara rápidamente, pensó Roman.

—Tiene razón y lo sabes, Rick. No le harás justicia a nadie procesando a ese hombre.

—No lo volverá a hacer. Por favor... —suplicó Charlotte en voz baja.

—Bueno, vale. Como no tengo testigos, dejaré en paz a Samson, pero si vuelve a ocurrir...

—No volverá a pasar —dijeron Charlotte y Roman al unísono. Roman supuso que harían una visita conjunta al «hombre de los patos» para asegurarse de que entendía la excepción que hacían con él en ese asunto.

—Y dado que Samson se tomó la molestia de devolver las bragas para exonerar a Roman durante su ausencia, esta noche no has visto a Roman en el pueblo, ¿de acuerdo? —dijo con voz decidida—. La primera vez que lo verás desde que se marchó hace una semana será...

—Dentro de veinticuatro horas, cuando llame a tu puerta —decidió Roman—. Hasta entonces, estamos ilocalizables. —Puso una mano en la espalda de Rick y lo empujó hacia la puerta—. Si alguien pregunta, Charlotte

tiene gripe.

—No me lo puedo creer —farfulló Rick en cuanto pisó el rellano.

—Eres un buen hombre, Rick Chandler —le dijo Charlotte mientras se iba.

Rick se volvió.

—Hay que ver las cosas que hago por amor —dijo, antes de desaparecer escaleras abajo sin dejar de murmurar.

«Las siguientes veinticuatro horas.» Las palabras resonaban en la mente de Charlotte cuando cerró la puerta detrás de Rick y se volvió para mirar a Roman.

—¿Puedo preguntar dónde piensas esconderte durante este día?

Veinticuatro horas, volvió a pensar. Mucho, mucho tiempo para que dos personas permanecieran ilocalizables. Solas, juntas. ¿Acaso era todo el tiempo que les quedaba? ¿O Roman tenía otra cosa en mente?

—Tu cama es bastante acogedora. Por supuesto, sería más acogedora si la compartieras conmigo.

El corazón de Charlotte volvió a acelerarse.

—Cuéntame lo de Washington.

Roman le tendió la mano y, para cuando se hubo dado cuenta, la había llevado a la habitación y estaban cómodamente aposentados en su cama de matrimonio. Tan cómodos como les era posible teniendo en cuenta la excitación sexual y la expectación que bullía entre ellos y el colchón mullido que los tentaba.

—En Washington ya hace calor. Es un sitio fabuloso para vivir. Divertido, optimista.

—¿Estás pensando en trasladarte? ¿Dejar Nueva York para vivir en Washington?

—La oferta laboral era para un puesto de redactor jefe, pero entonces no tendría la libertad para...

—¿Viajar? —se aventuró a decir ella intuyendo por su tono que había rechazado la oferta del prestigioso periódico.

—Sí. Quiero poder trabajar con un portátil. El trabajo de redactor jefe exige pasar muchas horas sentado a una mesa y tengo que estar disponible para las personas que están a mi cargo.

Charlotte se mordió el interior de una mejilla.

—Soy consciente de que trabajar en Washington no es lo que te va. Estás acostumbrado a viajar por el mundo y a escribir grandes reportajes.

—Me he acostumbrado a ti. —La pilló desprevenida y le acarició la mejilla—. Puedo trabajar perfectamente tras una mesa en Washington si tú tienes un negocio aquí.

Charlotte se quedó confundida, frustrada y esperanzada a la vez. Sobre todo estaba harta de que él hablara dando rodeos en vez de ir al grano. En un gesto que la sorprendió incluso a ella, sujetó a Roman hundiéndole los hombros en la cama y sentándose a horcajadas sobre su cintura.

—Empecemos otra vez y a ver si me lo dices claro. ¿Has aceptado el trabajo sí o no?

Roman la observó con los ojos bien abiertos, claramente divertido y, a juzgar por la erección que notaba entre sus muslos, muy excitado.

—No he aceptado el trabajo de redactor jefe.

Charlotte captó la sutil insinuación.

—¿Qué trabajo has aceptado?

—El de columnista de opinión. Les impresionó un artículo que escribí aquí, una columna muy realista que les demostró que soy capaz de trabajar en todos los frentes. He dejado mi puesto en la agencia y ahora puedo trabajar desde casa e ir de vez en cuando a Washington. E ir de vacaciones a lugares exóticos cuando nos apetezca.

—Nosotros. —Habría tragado saliva pero se le había quedado la boca seca. Apenas era capaz de articular palabra, pero lo consiguió. Ciertas cosas eran demasiado importantes—. ¿Dónde estará tu casa, Roman?

—Donde estés tú, Charlotte. —La miró fijamente con sus profundos ojos azules.

Charlotte parpadeó, incapaz de creerse que aquel trotamundos hubiera renunciado a revelar noticias de alcance mundial para establecerse entre Washington D. C. y Yorkshire Falls. Con ella. Negó con la cabeza.

—No puedes renunciar a todo lo que te gusta —le dijo.

—No puedo renunciar a ti. Lo he pasado fatal estando a dos horas de distancia de aquí, así que no soy capaz de imaginarme estando más lejos. Me moriría de soledad. —Sonrió.

—No te precipites. —Charlotte le acarició la mejilla y le sostuvo la cara con la palma de la mano—. Yo quiero que seas feliz. No quiero que estés resentido conmigo o que laments las decisiones que has tomado.

—Tú lo has dicho, cariño. He tomado decisiones.

Se dio cuenta de que las había tomado incluso antes de recibir la aprobación de Charlotte. Ya había tomado medidas concretas para cambiar de vida. Había dejado su trabajo en la agencia de noticias y aceptado otro. Todo ello sin un compromiso firme de ella sobre su futuro juntos. Había tomado las decisiones que había querido. Y aunque no había mencionado el tema hijos o el lanzamiento de la moneda, Charlotte conocía a Roman lo suficiente como para saber que no había tomado esa determinación por una apuesta o por obligación familiar. Había seguido los dictados de su corazón.

Igual que ella había estado dispuesta a seguir los suyos, pensó, al advertir la maleta abierta. La tontería de la apuesta se había convertido en un tema discutible para ella incluso antes de que él regresara.

—Washington es la mejor solución intermedia que se me ocurre — declaró Roman—. Seguro que te gusta cuando estés allí y, en esas épocas, Beth puede encargarse de la tienda. He encontrado un apartamento, pero si no te gusta podemos buscar otro y comprar o construirnos una casa allí. Y lo mejor es que hay una buena conexión aérea con Albany que nos irá bien a los dos. Si aceptas.

—¿Y si no? —Tenía que preguntarlo. Tenía que saber que él seguiría adelante con todo aquello de todos modos. Porque si pensaba retomar su trabajo en la agencia si ella lo rechazaba, entonces su relación no tenía futuro. Charlotte contuvo el aliento y esperó.

—Tenemos muchas fases previas para el resto de nuestras vidas. He tomado varias decisiones, Charlotte. Quiero que te incluyan, pero son definitivas de todos modos...

Le interrumpió con un beso apasionado que había tardado demasiado en llegar. Unieron las lenguas y él se apoderó de su boca en toda su profundidad, haciéndole saber que era suya ahora y para siempre. Ella notó las palabras y los pensamientos en cada uno de sus movimientos. Y aunque había empezado como «agresora», en seguida se encontró en la posición contraria, boca arriba, con la ropa en el suelo y dejándose devorar por Roman con un brillo pícaro en los ojos.

—Soy consciente de que tenemos que ultimar algunos detalles.

—Pueden esperar. —Los dos empezaron a jadear.

Roman se quitó la camiseta de cualquier manera mientras ella le bajaba el chándal y le sujetaba el miembro grueso y duro con una mano.

—Dios mío. —Roman pronunció esas palabras con una exhalación

brusca—. Espera un momento o explotaré.

Charlotte se echó a reír y lo soltó porque no quería estropear la diversión antes de empezar. ¿Aquella era la vida que le esperaba?, se preguntó mientras observaba cómo se desnudaba el hombre que amaba. De repente una relación entre dos lugares no le pareció tan mal. No si era con Roman.

De forma igualmente repentina alcanzó a comprender a su madre un poco más. Por qué se había aferrado al hombre que amaba a pesar de la distancia y de su propia incapacidad para irse a vivir con él. Tal vez, a fin de cuentas, ella y Annie no fueran tan distintas, y quizá eso no tuviera nada de malo, pensó Charlotte.

Roman se recolocó encima de ella y luego cogió la tarrina de helado.

—¿Recuerdas que he dicho que tenía hambre?

Charlotte ladeó la cabeza con un deseo irrefrenable en sus ojos verdes.

—Recuerdo haberte prometido que te daría de comer —repuso ella con cierto tono atrevido.

Roman dejó que el helado derretido goteara sobre la piel de Charlotte. El líquido fresco hizo que le temblara el vientre y notó el ardor de su deseo entre las piernas.

—Ah, sí.

Charlotte dejó escapar un débil gemido.

—Rick tenía razón, ¿sabes? —le dijo a Roman.

—¿Sobre qué?

Charlotte vio que se derretía al mirarla.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Y se dispuso a enseñarle cuánto, empezando por el helado que se le había acumulado en el vientre. Lo lamió cálidamente. El contraste del calor con el frío del helado formó una especie de oleaje en su estómago que hizo que le temblaran las piernas y sintiera el deseo que bullía en su interior.

Y cuando él inclinó la cabeza para satisfacer ese deseo, Charlotte pensó que sin duda podía asumir el estilo de vida de Roman. Para el resto de su vida y más allá.



Epílogo

Charlotte yacía desnuda encima de las sábanas blancas. Los rayos del sol se filtraban por las finas cortinas, pero su intimidad no peligraba. La habitación de hotel estaba en la planta decimoquinta y no había más edificios altos alrededor. Mientras Roman la observaba se sorprendió de nuevo de la belleza tanto interior como exterior que poseía, así como de su increíble buena suerte.

¿Cómo era posible que hubiera estado a punto de dejar de lado ese regalo, pensando que no quería una relación duradera? ¿Cómo era posible que se le hubiera pasado por la cabeza que podría vivir separado de ella?

Se inclinó hacia adelante e hizo oscilar un racimo de uvas de forma tentadora. Charlotte arrancó una con los dientes y sonrió.

—Me estás consintiendo demasiado.

—De eso se trata.

—¿Cómo puede resistirse a eso una mujer? ¿Qué planes tenemos para hoy? —preguntó.

Habían visitado castillos en Escocia y el pueblo del monstruo del lago Ness.

—Estaba pensando que podríamos llamar a la agencia de viajes y añadir una escapada rápida a California al volver a casa la semana que viene. — Roman contuvo el aliento mientras esperaba su respuesta, porque ya había reservado el viaje. Quería más tiempo para calibrar su reacción y había esperado antes de soltárselo. Siempre le quedaba la opción de cancelarlo y entonces volver en avión directamente a Yorkshire Falls, visitar a sus respectivas madres, además de la tienda, antes de empezar su vida en Washington. Esperaba que Charlotte quisiera ver todo lo que Hollywood ofrecía, pero no estaba seguro de si los recuerdos seguirían siendo perturbadores a pesar de haberse reconciliado con su padre.

—Pensaba que a estas alturas tendrías ganas de volver a casa para ver cómo está Raina —dijo Charlotte.

—Sabes tan bien como yo que la acidez de estómago no ha matado a

nadie.

—Entonces me encantaría visitar Hollywood contigo. A lo mejor Russell nos puede llevar a dar una vuelta. —Los ojos verdes le brillaron de placer.

Aquél era el plan sorpresa, pero Roman no lo reveló por el momento.

—A lo mejor.

Charlotte volvió a tumbarse encima de los almohadones y rompió a reír.

—Todavía me cuesta creer lo que llegó a hacer tu madre para casaros. — Obviamente estaba pensando otra vez en la artimaña de Raina.

—Menos mal que me di cuenta. Todos los téis que se tomaba y el Maalox fueron lo que me indujo a pensar que se trataba de una indigestión más que de un problema de corazón; igual que la medicación para la acidez, que ni siquiera precisa de receta. Pero es que también presentaba los síntomas clásicos de quienes mienten mal. —Meneó la cabeza al recordarlo—. Nunca me miraba a la cara cuando le preguntaba por su salud, y cuando pensaba que no la veía, bajaba la escalera a toda velocidad. —Puso los ojos en blanco al recordarlo.

—Por no decir que olvidaba esconder la ropa de hacer ejercicio...

Roman rió por lo bajo. Antes de su viaje a Washington había ido a poner una lavadora y se había encontrado el chándal y la camiseta sudada de su madre en el cesto de la ropa sucia. Estaba claro que lo que tenía delante era ropa utilizada justo después de hacer ejercicio. Cuando ató cabos le entraron ganas de estrangularla, pero antes necesitaba confirmar sus sospechas.

Le resultó fácil acorralar a la doctora Leslie Gaines y fingir que su madre le había dicho la verdad sobre su estado. Hizo creer a la doctora que sabía que los problemas de salud de su madre no eran graves, pero que le preocupaba que el antiácido líquido tampoco fuera muy saludable. La doctora Gaines dijo que el reflujo gástrico no era un problema tan grave como el ataque al corazón que habían creído que Raina había sufrido la noche que la llevaron a Urgencias. La doctora le aseguró que de todos modos seguía controlándole el corazón y que se plantearía darle una medicación más fuerte para el reflujo.

—¿Cómo es posible que tu madre no se diera cuenta de que estaba tratando con hombres Chandler, que llevan el instinto de reportero en los genes? —preguntó Charlotte.

—Porque estaba tratando con hijos que anteponen el amor y la consideración por ella a todo lo demás y no se plantearon ni por un momento ir más allá. —Joder, si no hubiera vivido con ella, nunca habría sospechado

nada.

—¿Y estás seguro de que haces lo correcto no diciéndole que lo sabes?

Roman sonrió.

—Cree que está empezando a salirse con la suya. ¿Por qué estropearle ese buen momento? Además, en cuanto superé el asombro y el enfado, me vengué, ¿no?

Charlotte se desmereció en la cama, tentándole con su cuerpo esbelto tanto como la primera vez que la había visto.

—Diciéndole que no va a tener nietos en un futuro inmediato porque antes queremos pasar solos algún tiempo, lo sé. Y todavía me siento culpable por mentirle.

—Se merece la venganza —murmuró él—. Y yo no sé si te merezco, pero voy a disfrutar de ti de todos modos.

Hundió la cabeza para dejarle una estela de besos alrededor del pecho, engañándola con lengüetazos rápidos, pero sin rozar siquiera el pezón que suplicaba que lo tocara, con la lengua o con los dientes.

Charlotte arqueó la espalda y gimió a modo de súplica y petición para que pusiera fin a su sufrimiento y se abalanzara sobre su pezón erecto. Roman había llegado a conocer las señales y los mensajes que le enviaba su cuerpo durante las últimas semanas y no pensaba cansarse de aprender más.

—Todavía no, cariño.

—Necesitamos...

—Cariño, sé exactamente lo que necesitamos —repuso él con el miembro a punto de estallar y listo para penetrar en su interior resbaladizo. Primero la atormentó con los dedos, deslizándose los por entre las piernas e introduciendo uno en sus pliegues húmedos.

Charlotte juntó las piernas con fuerza y le atrapó la mano para interrumpir sus movimientos.

—Tenemos que informar a Chase y Rick de su estado.

Roman gimió.

—¿Cómo puedes pensar en algo en este preciso instante o, mejor dicho, pensar en mis hermanos?

—Se llama priorizar y no es fácil, créeme. ¿No crees que preferiría hacer el amor contigo en vez de darle vueltas a todo esto?

Ya habían hablado del tema con anterioridad; Charlotte insistía en que era injusto que Chase y Rick no supieran que su madre no sufría ningún trastorno grave.

—Cariño, ya hablaremos de eso cuando lleguemos a casa. Mientras tanto, cuanto más tiempo les ocultemos la verdad, más tiempo estarán a merced de mamá y más probabilidades tendrán de encontrar la felicidad de la que nosotros disfrutamos.

Charlotte exhaló un suspiro.

—A lo mejor tienes razón.

—Seguro que la tengo.

—Entonces ¿por qué me siento tan culpable?

Roman sonrió.

—Porque tienes demasiado tiempo para pensar, lo cual significa que tengo que distraerte del todo.

Roman se incorporó y se colocó encima de su esposa.

Su esposa. La palabra, que en otros momentos le habría hecho salir corriendo, lo colmaba ahora de satisfacción. Y todo gracias a Charlotte.

Ella no sólo lo amaba sino que adoraba a su familia y se preocupaba por ellos como si fuera la de ella. Aquella mujer hermosa y cariñosa era la suya y lo sería para siempre. Además, tenía la intención de disfrutar de todos y cada uno de los instantes de su vida de casados, al tiempo que materializaría todos los sueños y fantasías de Charlotte.

Su miembro palpitaba contra el monte de Venus de ella.

—Ábrete para mí, Charlotte.

Ella desplegó una sonrisa sexy al tiempo que separaba los muslos. Ya estaba húmeda y lista para él y Roman la penetró con facilidad y rapidez, pero no tenía ninguna intención de hacer el amor con rapidez.

El suspiro de satisfacción que exhaló Charlotte fue acompañado de la reacción de su cuerpo al tensarse y cerrarse alrededor de su erección.

—Oh, sí, sí —musitó él mientras el ardor le embargaba no sólo con una necesidad acuciante sino con una profunda calidez emocional. Sus largos días de soltería quedaban felizmente atrás.

—Te quiero, Roman —le susurró junto al cuello.

—Yo también te quiero, Charlotte —respondió él, y entonces se dispuso a demostrarle cuánto.



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

CARLY PHILLIPS



Inició su carrera como escritora con Brazen (Una semana en el paraíso) en 1999, desde entonces ha publicado más de 20 novelas, que han estado entre las más vendidas en las listas más conocidas de Estados Unidos. Su libro The Bachelor (Soltero... ¿y sin compromiso? recientemente publicado por el sello Esencia) fue elegido para un programa de lectura a nivel nacional. Actualmente publica en dos sellos, Harlequín y Warner.

Carly vive en Purchase, New York con su marido, sus dos hijas pequeñas y un juguetero Wheaton Terrier. Su pasatiempo favorito es leer, le gusta escuchar opera y le encanta recibir correos de sus lectoras, ya sea por mail o por correo normal. Contacta con ella a través de su [página](#)

SOLTERO... ¿Y SIN COMPROMISO?

Los hermanos Chandler se han convertido en los tres solteros más atractivos de Yorksire Falls. Son muy protectores con su madre viuda y muy cobardes a la hora de decidirse a amar. La madre, conocedora de sus temores, finge un infarto para hacerlos volver a casa y convencerlos de que el amor y la familia son lo que realmente importa. Y ellos, con tal de no defraudarla, deciden echar a suertes quién será el primero que tendrá que encontrar pareja.

Roman, el menor, pierde la apuesta. Su trabajo le obligó a renunciar a todo, incluida Charlotte, su primer amor. Pero cuando se reencuentran, ambos

entienden que tienen muchos temas pendientes. ¿Podrá el amor de esta mujer hacer que un hombre independiente y amante de la libertad se comprometa para el resto de sus días?

* * *

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados
Título original: *The Bachelor*
Warner Books, Inc., 2002 (Nueva York)
© 2002 Karen Drogin
© de la traducción, Mercé Diago y Abel Debritto, 2007
© Editorial Planeta, S. A., 2007
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Primera edición: febrero de 2007
ISBN: 978-84-08-07061-0
Fotocomposición: Tiffitext, S. L.
Depósito legal: NA. 90-2007
Impresión y encuadernación: RODESA (Rotativas de Estella, S.L.)
Villatuerta, Navarra
Impreso en España - Printed in Spain

Table of Contents

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[\(Sin título\)](#)

[RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#)